

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año III - N° 6 - Marzo de 2015



Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Archivos está abierta a aportes científico-académicos de autores de distintas disciplinas sociales, tanto desde una perspectiva marxista como desde otros enfoques que contribuyan a dicho propósito.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. Los artículos firmados no expresan necesariamente la opinión del Comité Editor.

Los resúmenes de los artículos, en castellano y en inglés, se encuentran al final de cada texto.

Archivos es una publicación del Programa de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda (PROHMOI).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM).

Correo postal: Franklin 822, 2º, (1405) CABA - Argentina

En Internet: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Impreso en Gráfica San Martín - Buenos Aires, Argentina

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (Universidad de Buenos Aires - Conicet)

Comité Editor

Cristian Aquino

Universidad de Buenos Aires

Alejandro Belkin

Universidad de Buenos Aires

Hernán Camarero

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Laura Caruso

Universidad de Buenos Aires - Conicet
Universidad Nacional de San Martín

Natalia Casola

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires

Hernán Díaz

Universidad de Buenos Aires

Carlos Herrera

Université de Cergy-Pontoise, Francia

Martín Mangiantini

ISP Joaquín V. González - UBA

Antonio Oliva

Universidad Nacional de Rosario

Leandro Molinaro

Universidad de Buenos Aires

Lucas Poy

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Alicia Rojo

Universidad de Buenos Aires

Claudia Santa Cruz

Universidad de Buenos Aires

Ludmila Scheinkman

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Gabriela Scodeller

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Paula Varela

Universidad de Buenos Aires - Conicet

Consejo Asesor

- **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein** (Centre for Contemporary History Potsdam. *The International Newsletter of Communist Studies*, Alemania) • **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México)
- **Daniel James** (Indiana University, Estados Unidos) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura, Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) • **Peter D. Thomas** (Brunel University, Londres. *Historical Materialism*, Inglaterra) • **Andréia Galvão** (Arquivo Edgard Leuenroth, Unicamp, Brasil) • **Massimo Modonesi** (Universidad Nacional Autónoma de México) • **Oswaldo Coggiola** (Universidade de São Paulo, Brasil) • **Sebastian Budgen** (*Historical Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República, Uruguay) • **Olga Ulianova** (USACH. Revista *Izquierdas*, Chile) • **Victor Jefets** (Universidad Estatal de San Petersburgo, Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.)
- **Gilles Candar** (Société d'Études Jaurésiennes, Francia).
- **Nicolás Iñigo Carrera** (UBA-Conicet. PIMSA) • **Pablo Pozzi** (UBA) • **Eduardo Grüner** (UBA) • **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) • **Agustín Santella** (UBA-Conicet)

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año III - N° 6 - Marzo de 2015

Índice

Presentación 5

**Dossier: “El camino reformista: el Partido Socialista
argentino desde sus orígenes hasta la Ley Sáenz Peña”**

Presentación del dossier 9

Fisonomía de un semanario socialista: *La Vanguardia*, 1894-1905,
por *Juan Buonuome* 11

El Partido Socialista y las huelgas: una relación incómoda.
Un análisis de las posiciones partidarias en los primeros años
del siglo XX, por *Lucas Poy* 31

¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias
de la Ley Sáenz Peña, por *Ricardo Martínez Mazzola* 53

El socialismo argentino frente a Enrico Ferri,
por *Carlos Miguel Herrera* 73

El periódico *Palabra Socialista* (1912-1914)
y los comienzos de la disidencia marxista en el PS,
por *Hernán M. Díaz* 95

Artículos

- El poder de la turba. La lucha de los ferroviarios del Central Argentino y las contiendas del poder gremial en el seno del movimiento obrero (1917-1918),
por *Paulo Menotti y Antonio Oliva* 117
- Activistas clasistas en las fábricas del calzado de la Córdoba revolucionaria (1969-1975), por *María Laura Ortiz* 139

Debates

- Diálogo sobre el concepto de “estrategia” de la clase obrera,
por *Paula Varela y Nicolás Iñigo Carrera* 155

Crítica de libros

- Mundos del trabajo en transformación: entre lo local y lo global*
(de Rossana Barragán y Pilar Uriona, coords.),
por *Gabriela Scodeller* 177
- Córdoba obrera. El sindicato en la fábrica, 1968-1973*
(de Carlos Mignon), por *Diego Ceruso* 179
- Entre bibliotecas y andamios. Orígenes del movimiento obrero en Mar del Plata (1890-1930)* (de Gustavo Dorado, Lucas González y Oscar Spadari), por *Agustín Nieto* 181
- Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*
(de Miranda Lida), por *Ludmila Scheinkman* 184
- Chavs. La demonización de la clase obrera* (de Owen Jones),
por *Paula Varela* 187
- Instrucciones para los autores** 191

Presentación

La historia de los partidos y las corrientes políticas de izquierda en la Argentina ha merecido varios abordajes en las páginas de nuestra revista. Su contribución nos parece decisiva, incluso, en el plano del análisis social, intelectual y cultural, además de su relevancia para un estudio del devenir de la clase trabajadora. Examinar un partido, sobre todo uno de izquierda, implica atender a su ideología, programa y estrategia, a sus interpretaciones generales y coyunturales de la realidad, a los debates internos y externos en los que participó, a su estructura interna, repertorios militantes y estilos de liderazgo, a sus formas de intervención en el campo político y en el movimiento social, entre muchos factores. En el presente número decidimos abrir la investigación hacia éstas y otras dimensiones en lo referente al Partido Socialista argentino, durante sus primeras dos décadas de existencia, cuando ya había consolidado, aún con tensiones, su trayectoria reformista. Lo hacemos en un compacto y bien articulado dossier, coordinado por Carlos Herrera y Lucas Poy, cuyos fundamentos se justifican más adelante. Con ello, continuamos con el impulso abierto en el N° 5, cuyo dossier también se enfocó en el itinerario de un partido, en ese caso, el comunista. Por otra parte, ofrecemos dos artículos libres, el de Paulo Menotti y Antonio Oliva sobre las luchas de los ferroviarios en Santa Fe en 1917-1918 y el de Laura Ortiz sobre el clasismo en el ascenso del poscordobazo, que amplían y diversifican las temáticas del número. Asimismo, inauguramos la sección “Debates”, la cual esperamos continuar con nuevos aportes, y en este caso se trata de un “Diálogo sobre el concepto de ‘estrategia’ de la clase obrera”, entre Paula Varela y Nicolás Iñigo Carrera (su contexto y sentido son explicados en su introducción).

Los esfuerzos de *Archivos* por mantener la calidad del contenido en cada entrega y la regularidad en su aparición han permitido construir una relación con un creciente número de lectores. Con todos ellos queremos compartir algunas informaciones sobre nuestros avances. Pro-

sigue la extensión de los vínculos con colegas y redes de investigadores del país y del exterior, así como la continuidad de la labor en cuanto a las presentaciones y participaciones en eventos académicos y debates teórico-políticos. Respecto a nuestra incorporación en los sistemas de indexación de publicaciones científicas, al anterior ingreso al Catálogo de **Latindex**, se suma ahora el de **Clase** (base de datos bibliográfica de revistas de ciencias sociales y humanidades, de la Universidad Nacional Autónoma de México).

Con mucha satisfacción, también queremos anunciar los progresos de la **Colección Archivos. Estudios de historia del movimiento obrero y la izquierda**, la serie de libros que impulsamos. En la primera mitad de este año editamos otras tres obras. En la de Paula Varela, *La disputa por la dignidad obrera. Sindicalismo de base fabril en la zona norte del Conurbano bonaerense, 2003-2014*, se analiza la dinámica de los trabajadores a partir de la caída del régimen de la convertibilidad y del arribo del kirchnerismo al gobierno, que ofrece una visión alternativa a las existentes acerca de la relación entre clase, territorio, política y fábrica, así como de la actuación de la izquierda. El trabajo de Natalia Casola, *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*, aborda en profundidad el posicionamiento general y la intervención concreta de los comunistas durante el “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983), brindando una sólida argumentación de las razones que condujeron a aquel partido a una línea de apoyo al régimen castrense. El texto de Diego Ceruso, en tanto, es una original investigación que arroja luz sobre los vínculos entre el movimiento obrero industrial y las izquierdas (anarquistas, socialistas, *sindicalistas revolucionarios* y comunistas), desde una perspectiva específica y poco considerada en la historiografía: la de la organización en el sitio laboral en Buenos Aires y sus alrededores, a partir de 1916 y hasta 1943. Estos tres volúmenes se suman al primero, editado en 2014, de Lucas Poy, dedicado a los orígenes de la clase obrera argentina a fines del siglo XIX. Para el segundo semestre de este año, proyectamos la salida de dos libros más, uno de Laura Caruso y el otro de Hernán Camarero.

Por último, se encuentran en preparación las **I Jornadas de historia del movimiento obrero y la izquierda**, organizadas desde la revista *Archivos*, que se realizarán en el mes de junio de este año en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA. Se trata de un esfuerzo en la perspectiva de incentivar el intercambio fructífero, el debate colectivo y la profundización del examen de nuestras temáticas, con diversos colegas y compañeros. Las novedades acerca del desarrollo de este evento y de las otras actividades e iniciativas de nuestro espacio, pueden ser consultadas en la página web: www.archivosrevista.com.ar.

DOSSIER:

**El camino reformista:
el Partido Socialista desde sus
orígenes hasta la ley Sáenz Peña**

Presentación del dossier

El conjunto de artículos reunidos en este número en torno a la historia del Partido Socialista buscan contribuir al proceso de renovación historiográfica que se encuentra actualmente en desarrollo en el campo de la historia de los trabajadores y las izquierdas. El PS surgió en Argentina en un período temprano, colocando así a nuestro país como uno de las primeras regiones no europeas en contar con un activo agrupamiento de orientación socialista. Desde sus primeros años, el socialismo fue, junto con el anarquismo y posteriormente el *sindicalismo revolucionario* surgido de su propio seno, un animador fundamental del movimiento obrero y una referencia indiscutible para decenas de miles de trabajadores. Al tiempo que se consolidaba organizativamente, el PS fue definiendo una orientación política de carácter reformista que, aún inscripta en el cuadro más amplio de la socialdemocracia internacional, mostraba también una serie de particularidades locales.

La satisfacción de los coordinadores por la compacta composición de este dossier, con cinco artículos con originales aportes sobre el tema, no oculta cierto sabor amargo que deja la necesidad de no poder contar con otros textos, de excelente factura, que fueron recibidos. En cualquier caso, la notable repercusión que tuvo la convocatoria pone de manifiesto el dinamismo de un campo que conoce una renovación determinante en los últimos quince años.

El recorte cronológico privilegiado por el dossier se concentra en el período formativo del partido, entre los últimos años del siglo XIX y la década del 10. Más allá de sus diversos temas, los cinco artículos muestran un interés común por impulsar una historia política del partido que incorpore elementos de la historia social y cultural. El dossier se abre con un trabajo de Juan Buonuome sobre *La Vanguardia*, órgano central del PS. El periódico, fundado en abril de 1894, antecedió a la propia constitución “oficial” del partido, ocurrida formalmente en 1896; en este sentido, y como ha sido señalado a menudo, resulta una pieza fundamental para comprender la vida política y social del socialismo local. El trabajo de Buonuome permite al lector introducirse en las características del periódico y contribuye, de esta manera, a delinear

una mirada sobre la fisonomía del propio partido. El artículo de Lucas Poy examina el decisivo problema del vínculo entre el partido y el movimiento obrero en relación con la cuestión de las luchas económicas. Se reconstruye allí la posición que desarrolló el PS sobre las huelgas, especialmente la huelga general, para definir el papel que jugaba en su estrategia el clivaje entre lucha política y lucha económica, analizando además el modo concreto en que el partido y sus militantes intervinieron en la aguda coyuntura de conflictividad huelguística que marcara los primeros años del siglo XX.

Tras delinear así el proceso de consolidación organizativa y política que experimentó el partido hasta la primera mitad de la década de 1900, los tres artículos siguientes abordan desde otros ángulos la nueva situación que vive el PS tras la transformación del sistema electoral y su integración creciente en las instituciones parlamentarias del país, insistiendo en las tensiones que esta situación trajo aparejada. El artículo de Ricardo Martínez Mazzola examina el modo en que el partido se ubicó frente a las diferentes propuestas de reforma electoral promovidas por la clase dominante, para mostrar que el posicionamiento del PS frente a las mismas estuvo lejos de ser, en un principio, de aceptación pasiva. Al contrario, los planteamientos del socialismo frente a una reforma que concluiría por modificar en forma decisiva su peso en la vida política argentina conocieron diversos cambios cuya indagación echa luz sobre el desenvolvimiento interno del propio partido. Es también en este contexto que se inscribe el aporte de Carlos M. Herrera, con un trabajo que vuelve sobre el impacto que tuvieron en la vida partidaria los viajes del socialista italiano Enrico Ferri en 1908 y 1910. Herrera reconstruye un conjunto de posiciones que no se limitan a la célebre polémica con Justo, y que ponen de relieve las incertidumbres y debates que atravesaban al PS en torno a cuestiones decisivas para su estrategia política en ese momento clave, en particular con el lugar de los trabajadores en la misma. Si la década de 1910 estará marcada por un crecimiento significativo en la performance electoral del PS, que se alzarán varias veces con el triunfo en la ciudad de Buenos Aires, es también un período que se caracterizará por una aceleración de las tensiones y llevará a la ruptura de un ala izquierda, que terminará conformando el Partido Comunista. Hernán Díaz cierra el dossier con un análisis de la “prehistoria” de ese proceso, a partir de un estudio de *Palabra Socialista*, un periódico que reunió a todo un conjunto de militantes críticos con la orientación del partido, y hasta ahora había sido prácticamente inexplorado por la historiografía. El artículo no se contenta con presentar una fuente hasta ahora inaccesible en Argentina: ofrece un hilo conductor para profundizar el examen de las sucesivas tendencias y rupturas que sufrió el socialismo en este período temprano.

Fisonomía de un semanario socialista: *La Vanguardia*, 1894-1905

Juan Bonuome

CONICET/UBA/UdeSA
juanbonuome@yahoo.com.ar

La caracterización de *La Vanguardia* como el periódico más destacado del socialismo argentino en su etapa formativa y como una de las empresas más importantes de la red de instituciones sostenidas por el naciente partido, ha sido un planteo recurrente en la historiografía. No obstante, la historia de este periódico como problemática en sí misma no ha recibido una atención acorde a esta caracterización. En este sentido, la historiografía del socialismo argentino se encuentra en desventaja respecto a otros casos en Europa y en América (Bonuome, 2013/2014).

Las observaciones sobre la experiencia política y periodística de *La Vanguardia* presentes en la historiografía académica reciente han sido, en realidad, capítulos secundarios de investigaciones destinadas a dilucidar otros aspectos de la historia del socialismo del cambio de siglo. Los estudios de Ricardo Martínez Mazzola (2005), Lucas Poy (2014), Horacio Tarcus (2007) y Richard Walter (1980) han avanzado en el conocimiento del papel de *La Vanguardia* como receptora y difusora del marxismo entre los círculos obreros y socialistas de Buenos Aires, así como en el rol del semanario como escenario y objeto de las disputas entre distintos sectores dentro del partido. En efecto, *La Vanguardia* cumplió una importante función doctrinaria y organizativa al interior del movimiento socialista. Desde su fundación actuó como un factor clave en el proceso de institucionalización del socialismo argentino, al permitir la reunión de clubes y asociaciones socialistas de Buenos Aires en un mismo partido político. A ello colaboró su capacidad no sólo para vincular entre sí los elementos dispersos del movimiento suministrando información sobre reuniones y movilizaciones, sino también para apuntalar los debates y las definiciones estratégicas mediante la difusión de materiales doctrinarios.

No obstante, la suerte de la nueva organización política requería, al mismo tiempo, de un esfuerzo por trascender las estrechas fronteras

de los círculos militantes. A medida que el partido adquiría un mayor grado de formalización interna, se hizo necesario captar la atención de aquellos miembros de los sectores mayoritarios de la sociedad que tenían un contacto cada vez más fluido y cotidiano con la palabra impresa, pero que se mantenían todavía ignorantes o indiferentes a las ideas socialistas. Teniendo en cuenta la confianza casi ciega que los socialistas argentinos –al igual que sus pares del movimiento socialista internacional– tenían en la difusión de la práctica de la lectura como agente de cambio, no resulta extraño que *La Vanguardia* haya intentado acomodar su estilo periodístico para dar satisfacción a las demandas del extenso público lector que se estaba conformando en la ciudad de Buenos Aires y en la región litoral del país.

Esta democratización de la lectura no emergía como un producto automático del avance de la alfabetización y la escolarización estatal. Antes bien, fue el auge de las industrias periodística y editorial el factor clave que hizo de la lectura una práctica cotidiana en amplios sectores de la sociedad. Uno de los fenómenos destacados fue la difusión de la literatura criollista de corte popular en folletos baratos que circularon desde los años 80 entre la población urbana y rural, tanto inmigrante como nativa (Prieto, 2006). El otro fenómeno relevante fue el éxito que alcanzaron para el cambio de siglo los principales matutinos de Buenos Aires, en particular *La Prensa* y *La Nación* (Román, 2010). Con tiradas diarias que alcanzaban las seis cifras y una capacidad para llegar a todas las clases sociales, estos periódicos fueron un obstáculo en la labor de concientización política y social que los socialistas buscaban realizar.

Dentro del estrecho margen de acción que le señalaba la condición de órgano político y periódico militante, quienes estuvieron a cargo de la edición de *La Vanguardia* buscaron ajustar su funcionamiento interno, su fisonomía material y sus contenidos propagandísticos de modo de incidir en el fenómeno de extensión de la práctica de la lectura entre la población trabajadora. En el presente artículo pongo particular atención en la evolución del sistema de secciones de *La Vanguardia* entre su aparición como semanario en 1894 y su transformación en diario matutino en 1905. Procurando evitar una imagen estática y homogénea del estilo periodístico del semanario, indago en la dinámica de jerarquización y marginación espacial de sus contenidos editoriales a lo largo de estos años. Este análisis resulta central para conocer cuáles fueron las funciones que sus editores asignaron al periódico y qué imágenes del lector se forjaron en sus páginas. En este sentido, muestro que, si bien hubo períodos en los que predominaron las funciones doctrinaria y organizativa al interior del movimiento obrero y socialista, en otros momentos ganaron protagonismo en *La Vanguardia* una serie de estrategias orientadas a captar a un público que excedía por mucho al mundo

de los militantes más activos. Difuso en términos socioeconómicos y asociado por momentos con “lo popular”, este lector fue construido –o reconstruido– por medio de materiales que combinaban la vulgarización doctrinaria con la información y la recreación.

El trabajo se inicia con un apartado en donde se presentan las principales coordenadas de la historia de *La Vanguardia* como empresa militante, mientras que el resto del artículo se organiza en orden cronológico, tomando en cuenta los cambios más destacados en su estructura de secciones.

***La Vanguardia* y la prensa socialista a fines del siglo XIX**

A pesar de haber pasado a la historia como el vocero oficial del Partido Socialista, no fue éste el que dio vida a *La Vanguardia* sino que, por el contrario, fue el periódico el que actuó como un factor de primer orden para la institucionalización del socialismo en la Argentina. En este sentido, *La Vanguardia* se presenta como un inmejorable ejemplo del “periódico militante” según la caracterización de Philippe Régnier (2012):

El periódico militante se caracteriza, en definitiva, para decirlo en términos de lingüística pragmática, por un máximo de *performatividad*: su publicación en sí es un acto militante, su existencia es una militancia. [...] El medio poco a poco se convierte en un fin, y la relación entre el grupo o partido, por un lado, y su periódico, por el otro, se invierte, haciendo a éste una condición *sine qua non* de aquél (314-315).¹

Su aparición en 1894, producida en el contexto de un incipiente reconocimiento entre los observadores del periodismo argentino de la existencia de una prensa socialista en el país –reconocimiento que el nuevo periódico, sin dudas, aceleró– representa la emergencia de una forma particular de periodismo militante que construyó su perfil en referencia a otros universos periodísticos (De la Fuente, 1898: LXVII-LXX; Payró, 1897). Por una parte, la prensa socialista surgió como subproducto de la prensa obrera, es decir, del conjunto de periódicos que comenzaban a circular en la segunda mitad del siglo XIX junto con la aparición de las primeras formas de organización autónoma de los trabajadores. En gran medida, estos periódicos escritos por y para los obreros, de edición precaria y efímera, canalizaban las reivindicaciones de un oficio o gremio específico (Falcón, 1984; Lobato, 2009).

En la década de 1880, el ingreso al país de trabajadores portadores

1. Traducción propia.

de ideas de redención social que circulaban en el movimiento obrero al otro lado del Atlántico, dio pie a la aparición de los primeros periódicos de inspiración anarquista y socialista, como *La Questione Sociale*, *Il Socialista* y *Vorwärts*. Con pretensión pedagógica aunque todavía en el idioma de las comunidades inmigrantes, iniciaron una labor de propaganda y adoctrinamiento dirigida al conjunto de los trabajadores del país (Carreras *et al.*, 2008; Suriano, 2001: 179-215). El gran impulso para esta clase de periódicos, sin embargo, llegó durante la intensa movilización obrera de los años 1888-1890, producida por el ciclo de huelgas, la primera celebración local del 1º de Mayo y la creación de la Federación de Trabajadores. A partir de entonces, publicaciones anarquistas como *El Perseguido* y *El Oprimido* adquirieron figuración y continuidad. En tanto, la aparición de *El Obrero* a fines de 1890, órgano de la nueva Federación, le dio al movimiento socialista el primer periódico de inspiración marxista redactado en español (Martínez Mazzola, 2003/2004; Tarcus, 2007: 184-195).

Dado que una inmensa mayoría de la clase trabajadora estaba compuesta de inmigrantes, cuya renuencia a nacionalizarse los excluía del ejercicio del voto, la aparición de una prensa socialista escrita en español señaló el interés de los militantes que la sostenían por dar a estos trabajadores un lugar como actores del campo político. Respondiendo al llamado del Congreso de París de 1889, iniciador de la Segunda Internacional, se insistía en la necesidad de formar partidos socialistas de alcance nacional y volcados a la actividad parlamentaria. En este contexto, la fundación de *La Vanguardia* fue la mejor expresión de un nuevo tipo de periodismo militante: aunque surgido en íntima relación a la prensa obrera, no estaba interesado en crear una identidad de clase definida sólo en términos de función económica o de oficio, sino que se esforzaba, además, por constituir a sus lectores en obreros en ejercicio de sus derechos políticos. El carácter heterogéneo de la composición socio-profesional del *staff* de redactores de *La Vanguardia* durante el período 1894-1905 indicaba asimismo un deslizamiento con respecto a la prensa obrera. Si bien un núcleo importante estuvo compuesto por redactores de orígenes obreros y que se desempeñaban en oficios manuales, fue significativo el peso del grupo de quienes provenían de los sectores medios y que se dedicaban a labores intelectuales.

Estas novedades estuvieron acompañadas por el despliegue de prácticas periodísticas que acercaron a *La Vanguardia* a un modelo de prensa, predominante en las décadas posteriores a Caseros y con una presencia todavía importante a fines de siglo, que se caracterizaba por favorecer un estrecho vínculo entre la intervención periodística y la práctica política. Vehículo fundamental de las disputas al interior de la elite política, esta prensa era financiada, escrita y leída por los miembros de las principales

agrupaciones o sectores políticos, ya que les permitía difundir sus ideas y constituir sus propios espacios de sociabilidad. Mientras la idea de formar una estructura partidaria estable y orgánica no constituía un horizonte deseable de la práctica política, los periódicos ocupaban, en cierta manera, su lugar (Alonso, 1997; Duncan, 1980).

De modo similar, *La Vanguardia* forjó en su redacción y en sus columnas la identidad de un partido, dando cauce al proceso de consolidación ideológica y organizativa del movimiento socialista. Sus métodos de financiamiento, además, no eran tan distintos, como reconocía su administrador José Lebrón, cuando en 1896 llamaba a buscar la forma de no supeditar la vida del periódico a los designios del “cabecilla o personaje [que] costea *la parada*”.² Si bien no contaba con los recursos de la suscripción oficial como otros órganos partidarios de la élite política, *La Vanguardia* dependió en sus dos primeros años de las donaciones que realizó su principal dirigente, Juan B. Justo, gracias a las cuales este joven médico pudo ejercer sobre el periódico una influencia política e intelectual determinante.

Como órgano central del partido, *La Vanguardia* se encargó de delimitar las jerarquías y fronteras que surcaron al movimiento socialista. Esta posición de autoridad se hizo evidente en la relación tirante –cuando no de enfrentamiento directo– que mantuvo con otros periódicos socialistas que circularon por estos años. El heterogéneo mapa de la prensa socialista en la Argentina asumió la característica de un sistema que, a diferencia del concierto de periódicos anarquistas –cuyos rasgos definitorios fueron la superposición de voces y la ausencia de una autoridad reconocida que delimitara qué expresiones estaban dentro y fuera del movimiento–, estuvo dominado por relaciones de complementariedad basadas en la diferencia y por un principio de orden jerárquico construido desde el centro (Anapios, 2010; Fernández Cordero, 2013).

La vida de *La Vanguardia* estuvo, además, determinada por una tensión entre la lógica militante y la lógica comercial. A pesar de la recurrencia de un discurso que entronizaba la idea del periodismo como una “misión” y se oponía a la consecución del “negocio”, sus editores debieron encontrar medios para expandir su esfera de acción, sobre todo una vez que el Partido Socialista alcanzó cierto grado de institucionalización a mediados de 1896. Esto los condujo a un acercamiento a las formas de gestión de los matutinos más exitosos comercialmente del cambio de siglo, como la incorporación de avisos publicitarios y el voceo callejero. Alejándose de la lógica de los periódicos partidarios de la elite política, que interpelaban al ciudadano antes que al habitante,

2. José Lebrón, “Dos palabras”, *La Vanguardia* (en adelante, *LV*), 26 de diciembre de 1896, pp. 2-3.

el órgano socialista echó mano a nuevas formas de financiamiento y distribución para lograr captar lectores entre el público anónimo de las ciudades y pueblos de la campaña.

Los resultados de este intento, no obstante, fueron más bien modestos. La circulación de *La Vanguardia* osciló entre los 1.500 y los 5.000 ejemplares semanales, muy lejos de los 100.000 que alcanzaba a tirar *La Prensa* en forma diaria, aunque en consonancia con el alcance que tenía el semanario anarquista *La Protesta Humana*, que rondaba entre los 2.000 y los 3.500 (Menchaca, 1900: 86).³ La principal forma de circulación de *La Vanguardia* eran las suscripciones, es decir, el envío del periódico a cambio del pago adelantado de una cuota mensual o trimestral. Si bien la cantidad de suscripciones fue en aumento, el problema que enfrentaron los animadores del periódico fue su volatilidad. En el congreso partidario de 1903 se informaba que en los últimos dos años se habían podido conseguir 2.550 suscriptores nuevos pero se habían perdido 2.280.⁴ Según se explicaba, este fenómeno –también verificado en la evolución de la cantidad de afiliados al partido– respondía a la “condición flotante” de una gran parte de la población obrera. No resulta extraño, entonces, que los animadores apostaran por un método de circulación más acorde a esta cualidad de su potencial público: la venta por números sueltos, en kioscos, librerías y mediante el voceo callejero. Si bien nunca superó en términos cuantitativos a las suscripciones, sí duplicó su aporte relativo a las arcas del periódico entre 1898 y 1905. La rebaja en el precio –de 10 a 5 centavos el número suelto– producida a fines de 1897 y la comercialización en la vía pública se enmarcaban en la búsqueda por captar nuevos adherentes dentro del público anónimo de las grandes ciudades.

La circulación de *La Vanguardia* tuvo su centro indiscutido en la Capital Federal (de allí provenían el 60% de las suscripciones), aunque se extendió tempranamente al resto del territorio nacional, así como también a países limítrofes. El mayor peso proporcional lo tuvieron los pueblos y ciudades de la provincia de Buenos Aires y, secundariamente, de las provincias del litoral pampeano. Allí había conseguido *La Vanguardia* algunos suscriptores aunque le resultaba difícil mantener su fidelidad. En los años posteriores, esta dificultad intentó ser resuelta con la extensión de la red de agentes de suscripción que garantizaran mayor regularidad en el pago de las cuotas. Pequeña en un principio, esta red comenzó a ser significativa hacia fin de siglo y fue decisiva en la creación de centros partidarios a lo largo del territorio.⁵

3. Agradezco a Martín Albornoz por facilitarme los datos sobre *La Protesta Humana*.

4. “Vº Congreso del Partido Socialista Argentino”, LV, 11 de julio de 1903, p. 2.

5. En 1899, el partido contaba con seis centros en el interior del país contra vein-

Debatir las ideas, 1894-1896

Cuando apareció el 7 Abril de 1894, *La Vanguardia* se presentó con una estructura periodística similar a la de los semanarios socialistas de Buenos Aires que lo habían precedido, en particular *El Obrero*. Este periódico editado entre diciembre de 1890 y septiembre de 1892, se había caracterizado por combinar la discusión doctrinaria (mediante caracterizaciones del sistema económico-social argentino y análisis críticos de la coyuntura según las categorías marxistas) con una función organizativa vinculada a su carácter de “Órgano de la Federación Obrera” (Martínez Mazzola, 2003/2004; Tarcus, 2007: 184-195). En el caso de *La Vanguardia*, los editoriales y los artículos de fondo, donde predominaban las reflexiones sobre temáticas internacionales y locales desde una perspectiva doctrinaria, imprimían la tónica general del periódico. En momentos en que se discutía entre los círculos socialistas de Buenos Aires el proceso de organización política del socialismo y el carácter del partido en formación, sus páginas se erigieron en tribuna de un debate sobre estrategia política.

Como era usual en la prensa de opinión del siglo XIX, el editorial funcionaba como un medio de afirmación ideológica donde los lectores podían encontrar la doctrina oficial del periódico. Allí, Juan B. Justo, en calidad de primer director del periódico, difundió en el primer número un texto programático prefigurando la perspectiva política que luego iba a seguir el Partido Socialista. Con el título de “Nuestro programa” el joven médico trazó un diagnóstico del arribo de la Argentina a la modernidad capitalista y defendió la necesidad de la organización y la acción política reformista del proletariado. Justo, de todos modos, no fue el único en hacer uso de este espacio. Entre los pocos que dejaron registro de su identidad firmando con sus iniciales se encuentran Eduardo García, que en mayo de 1894 escribió un par de artículos titulados “La acción política del Partido Socialista”, y Augusto Kühn, que en marzo de 1896 escribió sobre la necesidad de organizar instancias de arbitraje entre el capital y el trabajo.⁶ Además de reflexiones sobre estrategia política y de análisis históricos y teóricos, los editoriales presentaban intervenciones sobre la coyuntura nacional e internacional, crónicas de reuniones obreras y hasta convocatorias a movilizaciones.

tinieve agentes de suscripción, pero en 1903 ya eran treinta y cuatro los centros socialistas y treinta y cinco los agentes de suscripción. “Partido Socialista”, *LV*, 3 de junio de 1899, p. 4; “Partido Socialista Argentino” y “Agentes de *La Vanguardia*”, *LV*, 6 de junio de 1903, p. 4.

6. E.G., “La acción política del Partido Socialista I y II”, *LV*, 12 de mayo de 1894, p. 1, y 19 de mayo de 1894, p. 1; A.K., “Tribunales de árbitros”, *LV*, 28 de marzo de 1896, p. 1.

Más de la mitad de la superficie del periódico estaba ocupada por extensos artículos de fondo. Como los editoriales, mostraban cierta amplitud de registro, confundiendo allí la discusión teórica, el análisis de actualidad económica, política y social, y el comentario sobre el movimiento obrero y socialista local e internacional. Pero su rasgo distintivo en este período estuvo dado por el hecho de estar compuestos, en su gran mayoría, por materiales recogidos de folletos, periódicos y revistas del movimiento socialista internacional. Como ha señalado Horacio Tarcus, la recepción del “socialismo científico” que se hacía desde *La Vanguardia* dependía en buena medida de las traducciones de publicaciones del socialismo europeo. En este sentido, las revistas italianas, como *Critica Sociale*, *Lotta di Classe*, *L’Era Nuova* e *Il Grido del Popolo*, constituían un medio insoslayable de actualización doctrinaria. Textos de Marx, Engels, Plejanov, Lafargue, Vandervelde, De Amicis, Loria, Ferri y Turati, entre otros, eran reproducidos por una redacción que buscaba estimular un debate sobre los lineamientos políticos y doctrinarios que debía seguir el partido en construcción (Tarcus, 2007: 307-329).

El componente extranjero en las fuentes y en los contenidos de la información se reforzaba en la sección dedicada a las noticias del “Exterior”. Allí se resumían en breves párrafos las novedades del movimiento obrero y socialista del reducido grupo de países que encarnaban el concepto de lo “internacional” para los socialistas argentinos: un puñado de países de Europa occidental y central y, en menor medida, Rusia, Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda y algunos países latinoamericanos, como Brasil, Chile, Cuba y Uruguay. En tanto, no existía todavía una sección de noticias del “Interior”. En su lugar, aparecía en forma intermitente una columna titulada “Correspondencia”, en la segunda o tercera página, que daba cabida a extensas cartas de colaboradores enviadas desde algunos pueblos y localidades del territorio argentino.

Entre la tercera y la última página podía encontrarse otra sección fija dedicada al movimiento obrero. Allí se informaban las actividades de los gremios y las sociedades obreras de la ciudad, muchas de las cuales contaban con una destacada participación de los socialistas. A menudo, la información se presentaba en la forma de cartas por parte de los miembros de las agrupaciones, que ofrecían crónicas de las reuniones, transcribían los discursos pronunciados en los actos y conferencias e informaban sobre la evolución de las huelgas. En la segunda mitad de 1896, junto al incremento en la cantidad e intensidad de los conflictos huelguísticos, esta sección llegó a ocupar toda la tercera página. A pesar de la perspectiva ambigua que los socialistas mantenían sobre las huelgas como herramienta de lucha (la consideraban un método “rudimentario” de lucha, secundario respecto a la acción política), *La Vanguardia* se encargó de realizar una crónica pormenorizada de los

conflictos. Destacada fue la cobertura de la huelga de los trabajadores del ferrocarril, que además de constituir el núcleo de la agitación de esos meses, fue dirigida en gran medida por militantes socialistas (Poy, 2014: 302-306).

Desde mayo de 1894 *La Vanguardia* contó con un folletín. Mientras que este dispositivo periodístico-literario había sido clave, desde varias décadas atrás, en la estrategia de los periódicos de mayor tirada para captar lectores –y sobre todo lectoras–, su presencia en *La Vanguardia* estaba tensionada por la necesidad de difundir los ideales socialistas. Así, el folletín de *La Vanguardia* se caracterizó por combinar literatura edificante con materiales doctrinarios, haciendo convivir registros diversos, desde la novela histórica y futurista, el cuento y la obra de teatro, hasta el relato de viaje y el ensayo teórico y político. La composición heterogénea de su *staff* de redacción, con una presencia significativa de redactores provenientes de medios intelectuales, puede haber colaborado a darle un carácter variado al folletín de *La Vanguardia*, a diferencia del sesgo puramente doctrinario que tenía esta sección en *El Socialista* de Madrid, en cuya redacción predominaba el componente obrero (Castillo, 1979). Por las mismas razones, se diferenció del carácter estrictamente literario del folletín del *Avanti!* de Roma, órgano oficial de los socialistas italianos aparecido a fines de 1896 cuya redacción se componía de intelectuales y universitarios (Arfè, 2002).

Educar al pueblo, 1897-1902

A partir de enero de 1897 se produjo un importante cambio en la estructura periodística de *La Vanguardia*, que conllevó un sensible aumento del formato y una jerarquización de los contenidos y secciones. En el primer número de ese año, los miembros de la redacción anunciaban que “con el aumento de formato, podremos dedicar a las cuestiones generales de actualidad el espacio que antes debíamos invertir sólo en la propaganda teórica y el movimiento obrero”.⁷ En realidad, tras el congreso constituyente del partido en junio de 1896 el imperativo por “debatir las ideas” seguía siendo importante, aunque ya no se vinculaba tanto con una necesidad por establecer consensos hacia el interior del partido, sino por trazar fronteras teóricas y doctrinarias hacia afuera de la nueva organización. La creciente presencia de polémicas con periódicos y militantes anarquistas y católicos fue una clara expresión de ello. Con todo, allí no parecía estar la principal novedad.

Lo que marcó el tono de *La Vanguardia* en este periodo fue la ansiedad de los socialistas con respecto al proceso de democratización de la

7. “Vida nueva”, *LV*, 2 de enero de 1897, p. 1.

lectura. Una de las principales novedades fue la creciente atención a lo que publicaban los diarios de gran tirada de la capital en la forma de pequeños sueltos de actualidad, que intentaban cumplir una función de información para su público, a la vez que contrarrestar –por medio de la crítica irónica– el efecto que tenía la gran difusión de noticias que cotidianamente y a escala masiva realizaban estos matutinos. Además, los miembros de la redacción se enorgullecieron por la publicación semanal de “grabados de actualidad”: “Las ilustraciones con que adornaremos nuestras columnas –se leía en el primer número de 1897– darán amenidad al periódico, haciéndole interesante y accesible a todas las inteligencias”.⁸ Por último, resultó sintomática la aparición de diálogos de ficción y poemas de tono gauchesco. En búsqueda por aprovechar la difusión capilar que gozaba la literatura criollista en folletos a bajo precio, los redactores de *La Vanguardia* adaptaron muchos de sus elementos a las necesidades de la propaganda socialista.

La inclusión de ilustraciones era la novedad más llamativa. Ubicadas en la parte superior de la primera página y acompañadas de un texto que orientaba su lectura, los “grabados de actualidad” cumplían la función de un segundo editorial. Sus temas más recurrentes eran la situación de los desocupados y sus familias, la proletarización de los productores rurales y la corrupción de las clases dirigentes. En sintonía con las publicaciones ilustradas del movimiento obrero en Europa, predominaban las escenas y figuras que surgían de construcciones conceptuales, en particular “tipos” sociales. Algunos grabados buscaban moldear una cultura del trabajo de corte contestataria y centrada en el valor de la organización colectiva y la solidaridad de clase, mientras que otros daban impulso al mito del ascenso social enfatizando el valor de la instrucción, la disciplina y el esfuerzo individual. Por otra parte, aunque gran parte de estas imágenes eran tomadas directamente de la prensa socialista europea, en algunos casos aparecían las marcas de lo local, como aquellas que retomaban la figura del gaucho con trazos similares a las ilustraciones que adornaban los folletos criollistas. Los “grabados de actualidad”, de todos modos, dejaron de aparecer a fines de 1897, coincidiendo con la renuncia de José Lebrón al cargo de administrador de *La Vanguardia*.⁹

Menos llamativo pero más duradero fue el protagonismo que ganaron en este período los comentarios dirigidos a los “grandes diarios” de la capital. El rol cada vez más activo que tenían periódicos como *La*

8. *Ibid.*

9. Lebrón pagaba de su propio bolsillo los grabados que encargaba al reconocido dibujante José María Cao, convencido de que dichas imágenes estimularían la venta callejera del periódico (Solari, 1974: 20)

Prensa y La Nación en la vida política y social de fin de siglo, dada su capacidad para conquistar a un público extendido de sectores medios y trabajadores, preocupaba a los redactores de *La Vanguardia*. En el contexto de una incipiente recomposición económica que anunciaba la segunda gran expansión al calor del modelo agroexportador, cuyo efecto de derrame provocaba un importante aumento en el consumo, los principales diarios porteños alcanzaban tiradas de cien mil ejemplares y construían empresas de alto nivel tecnológico y visibilidad pública.

La atención de *La Vanguardia* a este fenómeno se canalizaba, por una parte, mediante editoriales y artículos de fondo donde se denunciaba el papel que asumía la autodenominada “prensa independiente” en el inquieto escenario político abierto por la sucesión presidencial y las movilizaciones de desocupados de 1897, profundizado desde el año siguiente por la emergente oposición política al segundo mandato de Roca y el creciente malestar por la “cuestión obrera” (Rojkind, 2008/2009, 2012).

Por otra parte, las críticas al papel de la “gran prensa” se insertaban en una sección que ya existía desde 1894, titulada “Notas” o “Notas de la semana”, donde se presentaban breves párrafos de actualidad que incluían noticias de temas variados, desde la evolución del movimiento obrero y la política internacional, hasta los hechos criminales y los eventos teatrales. Si esta sección estaba casi siempre ubicada en la tercera página, hacia el cambio de siglo se trasladó a la primera plana. Aunque existía un claro interés por dar mayor atención a las “cuestiones de actualidad”, el propósito de esta sección no era el de presentar una crónica objetiva de los hechos. En cambio, los redactores de estas notas se esforzaban por realizar apreciaciones que, con diferentes dosis de pedagogía e ironía, ponían de manifiesto una interpretación socialista de la realidad. Así, como en la prensa socialista francesa en los inicios de la Tercera República, se glosaban las crónicas sociales y policiales de los diarios de gran tirada con el fin de evidenciar el disfuncionamiento de la sociedad y la degeneración moral de la clase burguesa (Feller, 1965; Perrot, 1959). La permanente “editorialización” de las noticias, propia del periodismo militante, obligaba a poner en el centro de la atención el papel jugado por la “prensa burguesa” en la construcción de la actualidad social y política, local e internacional.

El lugar que ocupaban los artículos doctrinarios en la parte central del periódico fue ocupado en parte por las polémicas que los socialistas entablaban con anarquistas y católicos. Como parte de un proceso de formación identitaria, resultaba necesario para estos grupos dirimir sus diferencias ideológicas, de allí que fuese usual el debate público sobre cuestiones teóricas y doctrinarias. Así, *La Vanguardia* publicó las crónicas de las reuniones de controversia que se sucedían en locales y teatros de la capital (Albornoz, 2013). En la mayor parte de los casos,

sin embargo, las controversias se dieron al interior mismo del medio periodístico. Al igual que en los debates “cara a cara”, los textos polémicos se daban en la forma de un juego con códigos delimitados, mediante un ejercicio ritualizado de la diatriba y la injuria. Entre otras cosas, se estipulaba que el periódico debía publicar no sólo los “ataques”, sino también las respuestas del contrincante, reproduciendo la experiencia de quien asistía a las controversias orales. No obstante, estas polémicas escritas no tenían como protagonistas a figuras reconocidas, sino a las mismas redacciones de los periódicos, que polemizaban a través de redactores que firmaban con seudónimo. Además, el carácter escrito de las polémicas no permitía el uso de la gestualidad, que fue reemplazado por abundantes citas eruditas y de autoridad.

La sección dedicada al movimiento obrero continuó ocupando un espacio similar respecto de los primeros años, aunque su contenido sufrió algunas modificaciones. Si bien seguía nutriéndose de las colaboraciones de los miembros de las sociedades obreras, ganó protagonismo la voz de la redacción del periódico. Así, se incrementó el componente de análisis de la evolución del movimiento gremial. En particular, se pudieron encontrar con más frecuencia debates con periódicos gremiales y anarquistas. El abandono que el movimiento libertario hacía entonces de sus posturas individualistas y su reorientación a la intervención en las organizaciones gremiales se encontraban en la base de muchos de estos debates.

La relación oscilante entre entretenimiento y adoctrinamiento que habían planteado los folletines desde 1894 se extremó con la proliferación en *La Vanguardia* de recursos de “propaganda popular” como los diálogos de ficción, las canciones y los poemas criollistas, que utilizaban estrategias retóricas basadas en la apelación emotiva del lector y un lenguaje llano y cercano a la oralidad. Su principal impulsor fue Adrián Patroni, quien no dudaba en llamar la atención sobre las dificultades de *La Vanguardia* en la divulgación de “doctrinas demasiado científicas para ser comprendidas por una clase trabajadora en su mayor parte bastante atrasada”.¹⁰ Con el objetivo puesto en captar a los “indiferentes”, se esforzaba en dar a *La Vanguardia* el aspecto de un diario “eminentemente popular”.¹¹ Así, tal como hizo a partir de 1899 en su propia hoja, el *ABC del Socialismo*, Patroni redactó para *La Vanguardia* diálogos de ficción, un dispositivo pedagógico que retomaba el esquema

10. Adrián Patroni, “A los miembros del Partido Socialista”, *LV*, 9 de agosto de 1902, p. 1.

11. Adrián Patroni, “A los indiferentes”, *LV*, 4 de diciembre de 1897, p. 2; Id., “Carta abierta a un obrero indiferente”, *LV*, 8 de diciembre de 1897, p. 1-2; Id., “Estaba ebrio...! A los indiferentes”, *LV*, 11 de diciembre de 1897, p. 2; Id., “A los indiferentes”, *LV*, 25 de marzo de 1899, p. 4.

catequístico de pregunta-respuesta recreando conversaciones cotidianas entre individuos de distintos universos sociales.¹²

Una variante de este tipo de dispositivo fue la que adoptaron los socialistas argentinos de las publicaciones anticlericales italianas que circulaban en Buenos Aires, como *l'Asino*, un semanario satírico editado en Roma, o *Bertoldo*, un folleto impreso por los socialistas del norte de la península que contenía la versión de un tradicional texto anticlerical del siglo XVII (Anónimo, 1895). Siguiendo estos modelos, Giuseppe Momo, librero y agente comercial de *l'Asino* en Buenos Aires, publicó en *La Vanguardia* sus propios diálogos de ficción. En momentos en que Patroni ejercía la jefatura de redacción, se inició una serie titulada "Propaganda popular", donde el obrero "Pepín" (el propio Momo) discutía con el Arzobispo "Espinazo" sobre socialismo y religión.¹³

Este enfoque pedagógico y popular también fue utilizado para acercar las ideas socialistas a los trabajadores rurales. Si para 1901 el partido contó con un "Programa para el campo" concebido por Juan B. Justo, en este período eran usuales los reclamos por la falta de consideración del partido respecto de la situación del proletariado rural. En este sentido, la publicación a partir de 1897 de poemas, cantos, diálogos y correspondencias de ficción en clave criollista puede interpretarse como una forma de remediar ese "olvido". Al mismo tiempo, siguiendo la hipótesis de Prieto sobre la función integradora de la literatura criollista, estos materiales publicados en *La Vanguardia* pueden ser interpretados como un mecanismo empleado por los socialistas para favorecer la asimilación de los inmigrantes a la cultura local (Prieto, 2006). Como ejemplo, puede mencionarse el intercambio epistolar publicado en 1902, durante la gestión de Adrián Patroni como jefe de redacción. En la primera carta, el corresponsal "Pajuerano" consultaba al redactor del semanario: "Sería güeno que el amigaso redactor, que asigún vide, anduvo por muchas partes de la República, nos diga qué debemos hacer pa salir del atolladero".¹⁴ La respuesta, firmada por "Pueblerero", se iniciaba así: "Su carta ha venío de rechupetete, pues ansina tendremos lonja pa achurar y pa trenzar, y los amigazos de pajuera van a gozar leyendo las cartas criollas, ya que ellos son duros de boca y no les gusta ni entienden á los que escriben con política".¹⁵

12. Por ejemplo: Adrián Patroni, "Pequeña cartilla socialista", *LV*, 15 de octubre de 1898, p. 2; Id., "Cinematógrafos de actualidad", *LV*, 20 de noviembre de 1897, p. 2.

13. "Propaganda Popular", *LV*, 16 de agosto de 1902, p. 3.

14. Pajuerano, "Lamentos de un criollo", *LV*, 16 de agosto de 1902, p. 3.

15. Pueblerero, "Pa los criollos", *LV*, 30 de agosto de 1902, p. 3. También puede consultarse: Bibiano Contreras, "Al aparecero D^o Regino Luna", *LV*, 13 de mayo de 1899, p. 2; Guido A. Cartei, "Bocetos Sociales: La promesa de No Prudencio", *LV*, 24 de agosto

La última gran novedad a partir de 1897 fue la inclusión de avisos comerciales en la cuarta página. El objetivo era mejorar la situación financiera del periódico, aunque se establecían algunas condiciones: no debía utilizarse “letra notable, dibujos o espacios en blanco” y se prohibían los “avisos de adivinas, de religiones, de usureros ni de charlatanes”.¹⁶ No obstante, los anuncios pronto dejaron de aparecer en forma de “clasificados” en un rincón de la página y adquirieron un aspecto acorde con el estilo publicitario de la “gran prensa” de la capital, ocupando el grueso de la hoja con ilustraciones y tipografías vistosas. Aunque el cambio generó algunas dudas entre las filas partidarias, *La Vanguardia* abrió sus páginas a firmas que ofrecían productos y servicios variados: hoteles, cafés, restaurants, almacenes, imprentas, casas de cambio, peluquerías, sastrerías, tabaquerías... Que la apertura a la publicidad comercial conllevaba una separación entre el espacio dedicado a los avisos respecto del resto de los contenidos lo prueba el hecho de que fueron publicados, durante un tiempo, avisos de despachos de vino y licores, así como de algunas marcas de cerveza. De todas formas, a medida que el discurso antialcohólico fue ganando mayor espacio en la propaganda del partido en torno al cambio de siglo, sólo quedaron los avisos de cervezas, cuya peligrosidad sólo reconocían los partidarios más radicalizados de la cruzada socialista contra el alcohol (Martínez Mazzola, 2000: 129-130).

Organizar el partido, 1903-1905

A partir de 1903 se produjo un proceso de reestructuración en el sistema de secciones de *La Vanguardia*, que implicó un mayor protagonismo de su función organizativa y un resurgimiento de su papel como tribuna doctrinaria. Como trasfondo de estas transformaciones se desarrollaba un importante cambio en la estructura partidaria, vinculado con el aumento de la cantidad de afiliados y con la ampliación de la red de centros socialistas en distintos puntos del país. En el congreso partidario de 1903, el Comité Ejecutivo Nacional celebró que entre enero y junio de ese año se hubiera registrado un salto de 1.362 a 1.736 afiliados, repartidos en igual forma entre Capital e Interior.¹⁷ En tanto, los centros y agrupaciones adheridas habían aumentado en

de 1901, p. 2; J.S., “Entre campesinos. Conversación”, *LV*, 8 de agosto de 1903, p. 3; D.R., “La situación del paisano”, *LV*, 22 de mayo de 1897: 1-2.

16. “Aviso”, *LV*, 27 de julio de 1896, p. 4.

17. “Quinto Congreso del Partido Socialista Argentino”, *LV*, 11 de julio de 1903, p. 1.

forma significativa: pasaron de ser 9 en 1899 a 34 en 1903, y llegaron a ser 50 en 1905.¹⁸

El periódico ya había cumplido una función organizativa desde su primer número. En sus primeros dos años, publicaba en la cuarta página los anuncios de las reuniones de las sociedades obreras y agrupaciones socialistas. Tras el congreso constituyente de 1896, empezó a aparecer el resumen de las reuniones del Comité Ejecutivo del partido. Además, apareció una sección titulada “Interior” que, aunque pequeña, de poca regularidad y relegada a la tercera página, evidenció un intento por seguir los esfuerzos de organización de centros socialistas en las provincias. La novedad desde 1903 fue el peso que adquirió en la estructura de secciones de *La Vanguardia* el resumen de actividades de los centros socialistas del país. Bajo los títulos “Capital” e “Interior”, se ofreció el listado de estos órganos locales, con una síntesis de su vida interna y de sus actividades propagandísticas. Y puesto que su organización respondía a la distribución en circunscripciones electorales, desde varios meses antes de la coyuntura electoral de 1904, esta sección pasó a ocupar buena parte, si no toda, la superficie de la página uno.

La elección de Alfredo Palacios como diputado nacional en dichas elecciones motivó la aparición, también en primera plana, de algunas crónicas de sus intervenciones, aunque ellas no configuraron todavía una sección estable. De hecho, para los editores de *La Vanguardia*, la llegada de un representante socialista al Congreso planteó la necesidad de la aparición diaria del órgano del partido, de modo de ofrecer un seguimiento cotidiano de su accionar. Tras la elección, un editorial llamó a acelerar los trabajos para esta transformación ante “el peligro de que los diarios de los distintos matices de opinión hagan de acuerdo la conjuración del silencio a la acción parlamentaria de nuestro único diputado”.¹⁹ Como paliativo, el artículo instaba a “todos los compañeros de la República” a solicitar de la Secretaría de la Cámara de Diputados el envío gratuito del *Diario de Sesiones*, cuya distribución organizó el propio órgano socialista en los meses siguientes.²⁰

Por otra parte, este período fue testigo del renacer de los debates políticos y doctrinarios al interior del partido. En un contexto marcado por el auge del movimiento huelguístico y por el acceso de los socialistas al Congreso, las disputas retomaron la cuestión de la relación entre lucha económica y lucha política. En este sentido, la emergencia de un sector del partido identificado con el “sindicalismo revolucionario” impulsó un

18. “Partido Socialista Argentino”, *LV*, 3 de junio de 1899, p. 4; *LV*, 6 de junio de 1903, p. 4; 3 de junio de 1905, p. 4.

19. “El diputado obliga el diario”, *LV*, 26 de marzo de 1904, p. 2.

20. “Diario de sesiones”, *LV*, 28 de enero de 1905, p. 3.

debate en torno a la dirección estratégica del socialismo local (Belkin, 2006). La polémica ocupó un lugar destacado en las páginas del periódico, sobre todo después de agosto de 1904, cuando Luis Bernard, un miembro del grupo “sindicalista”, ocupó el cargo de jefe de redacción. Las discusiones en torno a la oposición entre parlamentarismo y revolución, el lugar de la violencia, la “acción directa” y la huelga general, así como la relación entre partido y organismos gremiales, adquirieron con frecuencia un registro teórico y abstracto, aunque nunca dejaron de referir a tópicos coyunturales, como el proyecto de Código Nacional del Trabajo del ministro Joaquín V. González y el estado de sitio decretado por el gobierno de Quintana tras el levantamiento radical de febrero de 1905.

Una diferencia importante con respecto a los debates de los años 1894-1896 radicó en la casi total desaparición de material doctrinario de origen extranjero publicado con el objetivo de fundamentar posiciones políticas. Si en los primeros años los animadores del periódico habían desplegado una labor de traducción de textos de líderes del socialismo europeo, en la nueva coyuntura esa tendencia estuvo prácticamente ausente. El socialismo argentino ya contaba con una mayor cantidad de dirigentes capaces de producir materiales propios, mientras que la literatura teórica y doctrinaria extranjera fue canalizada ahora por la cada vez más densa red de librerías y agentes dedicada a la venta y distribución de publicaciones del socialismo europeo.

En tanto, la sección “Movimiento gremial” siguió ocupando una columna en la tercera página. A pesar del aumento sostenido de la conflictividad laboral, no se constató una jerarquización espacial de la sección. Es que, a diferencia de lo sucedido durante el pico huelguístico de 1896, cuando el incremento de la sección se produjo sobre la base de una pronunciada presencia de los socialistas entre las organizaciones obreras, la nueva coyuntura de conflictos se desarrolló en el marco de una mayor influencia anarquista entre los gremios y de una mirada cada vez más negativa hacia las huelgas por parte de los socialistas cercanos al liderazgo de Justo (Korzeniewicz, 1989). De todas maneras, la creciente conflictividad laboral no fue pasada por alto por el órgano socialista. Además de los artículos de fondo que analizaban las implicancias políticas de la evolución del movimiento obrero y de las crónicas sobre los congresos de las centrales de trabajadores recientemente creadas (FOA/FORA y UGT), *La Vanguardia* incorporó desde 1903 una sección titulada “Las huelgas”, destinada a informar sobre los focos de conflicto. Ella se ubicaba en la segunda página hasta que, pasada la coyuntura electoral de la primera mitad de 1904 y coincidiendo con la jefatura de redacción de Bernard, encontró su lugar en la primera plana.

Otros contenidos y secciones mantuvieron similares características

respecto de los años anteriores. *La Vanguardia* continuó publicando análisis de la situación política, denuncias a los “grandes diarios”, comentarios sobre la evolución del socialismo en otros países, correspondencias del interior y dispositivos de “propaganda popular”. Los folletines, ausentes sin aviso desde mediados de 1901, fueron reemplazados por las crónicas y transcripciones de conferencias educativas y científicas que se dictaban en instituciones como la Sociedad Luz, en funcionamiento desde 1899.

Consideraciones finales

Fundado en un contexto de reflujó del movimiento huelguístico, el semanario *La Vanguardia* tuvo como primer objetivo la difusión del “socialismo científico”, insistiendo en la necesidad de una acción política mediante la formación de un partido socialista fuerte. Enriquecidas por una sistemática política de traducción de autores socialistas europeos, durante los dos primeros años sus páginas interpellaron a lectores militantes, es decir, a aquel pequeño grupo de obreros autodidactas, estudiantes y profesionales que, por estar involucrados en el proceso de consolidación política y doctrinaria del socialismo, conocían y comprendían las discusiones en curso que se daban en el movimiento socialista internacional.

A partir de 1897 se produjo una transformación por la cual se privilegiaron estrategias periodísticas destinadas a intervenir en el proceso de democratización de la lectura. Ante la amplia difusión que tenía la “prensa burguesa” y la literatura criollista entre los trabajadores y los sectores medios rurales y urbanos, los animadores de *La Vanguardia* tomaron dos caminos. Por un lado, llevaron a la primera plana la publicación de sueltos de actualidad que buscaban incidir sobre el proceso de elaboración de noticias que realizaban los principales diarios de la capital. Por otro lado, desarrollaron dispositivos de “propaganda popular” para acercar las ideas socialistas a ese extendido público de trabajadores “indiferentes” de las ciudades y la campaña. En ambos casos, se interpellaba a un lector popular, cuyo perfil sociocultural difuso y heterogéneo coincidía con los contornos del nuevo público ampliado que compartía un acceso cotidiano a publicaciones periódicas de alcance masivo.

Entre 1903 y 1905, el fuerte crecimiento de la estructura partidaria y la irrupción de los debates motorizados por la doble coyuntura de auge huelguístico e ingreso socialista al Congreso, impulsaron un nuevo vuelco en el estilo periodístico de *La Vanguardia*. La jerarquización espacial del seguimiento de las actividades de los centros socialistas evidenció el intento de los animadores del periódico por priorizar la organización del partido, coordinando las actividades de proselitismo de los afiliados

de cara a las elecciones de 1904. En tanto, el inédito peso electoral del socialismo en un momento álgido de conflictividad laboral dio pie a la publicación de discusiones entre los dirigentes sobre la relación entre lucha económica y lucha política, cuestión clave de la identidad política y doctrinaria del partido. Al igual que en el periodo 1894-1896, se trataba de interpelar a una comunidad relativamente cerrada de lectores, aunque de mayor extensión que en aquel entonces.

Los estudios académicos sobre el semanario socialista han centrado la atención en los discursos cuyos destinatarios se encontraban al interior del movimiento obrero socialista. Sin embargo, el análisis de la evolución del sistema de secciones ensayado en este artículo permitió iluminar estrategias periodísticas orientadas a captar a un extendido público “popular” que excedía por mucho al mundo militante. Restará analizar de qué modo esa apelación ampliada, presente tempranamente en la propaganda impresa socialista, generó tensiones con respecto a la construcción de la figura del “obrero consciente”, ya sea en su estricta dimensión clasista, o bien en su faz política ligada al ejercicio de los derechos ciudadanos.

Bibliografía

- Albornoz, Martín (2013), *Las formas de las polémicas entre anarquistas y socialistas en Argentina (1890-1902)*, Tesis de Maestría, IDAES-UNSAM.
- Alonso, Paula (1997), “En la primavera de la historia: El discurso político del roquismo de la década del ochenta a través de su prensa”, *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 15, Buenos Aires, pp. 35-70.
- Anapios, Luciana (2010), “Una promesa de folletos. El rol de la prensa en el movimiento anarquista en la Argentina (1890-1930)”, *Contracorriente*, vol. 8, n° 2, p. 1-33.
- Anónimo (1895), *Bertoldo, contadino ragiona sulle prediche del vescovo Bonomelli e spiega il socialismo*, Cremona: Tip. Sociale.
- Arfè, Gaetano (2002), *Storia dell'Avanti!*, Napoli: Giannini Editore.
- Belkin, Alejandro (2006), *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en la Argentina*, Buenos Aires: Ediciones CCC.
- Buonuome, Juan (2013/2014), “Cultura impresa y socialismo. Lecturas sobre la historia de la prensa socialista en tiempos de la Segunda Internacional”, *Políticas de la Memoria*, n° 14, pp. 139-149.
- Castillo, Santiago (1979), “Fuentes para la historia del movimiento obrero: *El Socialista* (1886-1900)”, en Bernard Barrère *et al.*, *Metodología de la historia de la prensa española*, Madrid: Siglo XXI, pp. 177-184.
- Carreras, Sandra, Horacio Tarcus y Jessica Zeller (eds.) (2008), *Los socialistas alemanes y la formación del movimiento obrero argentino. Antología del Vorwärts, 1886-1901*, Buenos Aires: IAI-Cedinci.

- De la Fuente, Diego (pres.) (1898), *Segundo Censo Nacional. Tomo III*, Buenos Aires: Taller Tipográfico de la Penitenciaría Nacional.
- Duncan, Tim (1980), "La prensa política: *Sud-América*, 1884-1892", en Gustavo Ferrari y Ezequiel Gallo (comps.), *La Argentina del ochenta al Centenario*, Buenos Aires: Sudamericana, pp. 761-783.
- Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero (1857-1899)*, Buenos Aires: CEAL.
- Feller, Henri (1965), "Physionomie d'un quotidien: le *Cri du Peuple* (1883-1889)", en *Le Mouvement Social*, n° 53, pp. 69-97.
- Fernández Cordero, Laura (2013), "Un ejercicio de lectura sobre el concierto de la prensa anarquista a partir de Mijail Bajtin (Argentina, 1895-1925)", *AdVersuS*, año X, n° 24, pp. 68-91.
- Korzeniewicz, Roberto (1989), "The Labour Movement and the State in Argentina, 1887-1907", *Bulletin of Latin American Research*, vol. 8, n° 1.
- Lobato, Mirta (2009), *La prensa obrera. Buenos Aires y Montevideo, 1890-1958*, Buenos Aires: Edhasa.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2000), *¡Guerra al alcohol! Las campañas anti-alcohólicas de socialistas y anarquistas a principios de siglo*, Tesis de Maestría, Universidad de Buenos Aires.
- (2003/2004), "Campeones del proletariado. *El Obrero* y los comienzos del socialismo en la Argentina", en *Políticas de la Memoria*, n° 4, Buenos Aires, pp. 91-110.
- (2005), "El papel de la prensa en la formación del socialismo en la Argentina (1890-1912)", *VII Congreso Nacional de Ciencia Política*, Córdoba: SAAP-Universidad Católica de Córdoba.
- Menchaca, Ángel (1900), "El periodismo argentino", en Alberto B. Martínez, *Baedeker de la República Argentina*, Buenos Aires: Jacobo Peuser.
- Payró, Roberto (1897), "La prensa socialista", en Jorge Navarro Viola, *Anuario de la prensa argentina 1896*, Buenos Aires: Pablo E. Coni e hijos.
- Perrot, Michelle (1959), "Le premier journal marxiste français: *L'Egalité* de Jules Guesde (1877-1883)", *L'Actualité de l'Histoire*, n° 28, pp. 1-26.
- Poy, Lucas (2014), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Prieto, Adolfo (2006), *El discurso criollista en la formación de la Argentina moderna*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Régnier, Philippe (2012), "Le journal militant", en Dominique Kalifa *et al.*, *La Civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française au XIXe siècle*, Paris: Nouveau Monde, pp. 295-316.
- Rojkind, Inés (2012), "El gobierno de la calle. Diarios, movilizaciones y política en Buenos Aires del novecientos", *Secuencia*, n° 84, pp. 99-123.
- (2008/2009), "«El malestar obrero». Visibilidad de la protesta social en Buenos Aires del novecientos", *Travesía*, n° 10-11, pp. 15-44.
- Román, Claudia (2010), "La modernización de la prensa periódica entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)", en Alejandra Laera

(dir.), *Historia crítica de la literatura argentina. Volumen 3. El brote de los géneros*, Buenos Aires: Emecé, pp. 15-37.

Solari, Juan Antonio (1974), *La Vanguardia. Su trayectoria histórica. Hombres y luchas*, Buenos Aires: Afirmación.

Suriano, Juan (2001), *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires. 1890-1910*, Buenos Aires: Manantial.

Tarcus, Horacio (2007), *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*, Buenos Aires: Siglo XXI.

Walter, Richard (1980), "The Socialist Press in Turn-of-the-Century Argentina", *The Americas*, vol. 37, n° 1, pp. 1-24.

* * *

Título: Physiognomy of a Socialist Weekly: *La Vanguardia*, 1894-1905

Resumen: La caracterización de *La Vanguardia* como el periódico más destacado del socialismo argentino y como una de las empresas más importantes de la red de instituciones sostenidas por el partido ha sido recurrente en la historiografía. No obstante, la historia de este periódico como problemática en sí misma no ha recibido una atención acorde a esta caracterización. En el presente artículo, atiendo a la evolución del sistema de secciones de *La Vanguardia* entre su aparición como semanario en 1894 y su transformación en diario matutino en 1905, con el objetivo de mostrar cuáles fueron las funciones que sus editores asignaron al periódico y qué imágenes del lector se forjaron en sus páginas.

Palabras claves: Socialismo argentino- *La Vanguardia* - Cultura impresa - Prensa periódica

Abstract: Characterization of *La Vanguardia* as the most prominent Argentine Socialist newspaper and as one of the most important enterprises in the network of institutions supported by the party has recurred within historiography. However, the history of this newspaper as a problematic in itself has not received attention according to this characterization. In this article, I pay attention to the evolution of the system of sections of *La Vanguardia* between his appearance as a weekly in 1894 and its transformation into a morning daily in 1905, with the aim of showing what were the functions editors assigned to the newspaper and what images of the reader were forged in its pages.

Key words: Argentine Socialism - *La Vanguardia* - Print Culture - Periodical Press

Recepción: 26 de diciembre de 2014. **Aprobación:** 28 de febrero de 2015.

El Partido Socialista y las huelgas: una relación incómoda.

Un análisis de las posiciones partidarias en los primeros años del siglo XX

Lucas Poy

IIGG - UBA - Conicet
lucaspoi@gmail.com

En noviembre de 1902, en el marco de un ciclo de conflictividad obrera que ya se venía extendiendo por más de un año, la Argentina se vio conmovida por la primera huelga general de su historia.¹ La medida de fuerza, convocada por la Federación Obrera Argentina, de reciente fundación, produjo un enorme impacto en la opinión pública y en los círculos dirigentes del Estado, a punto tal que, en tan solo veinticuatro horas, ambas cámaras del Congreso sancionaron con celeridad la ley 4.144, llamada “de Residencia”, poniendo así de relieve la importancia que había alcanzado la “cuestión obrera” en el país. Pocos días después de concluida la huelga, el periódico del Partido Socialista trazaba sin embargo un balance definitivamente sombrío acerca de esta demostración de fuerza de la clase trabajadora local. Los socialistas, en efecto, concluían que “la tentativa de huelga general” había sido una “obra descabellada y absurda que no encuentra otra atenuación que la conducta también descabellada y absurda del Gobierno en los recientes sucesos”. En un número especial, editado bajo el estado de sitio, *La Vanguardia* reivindicaba “la actitud serena, resuelta y sensata del Partido Socialista”, en medio “del espantoso caos de los últimos días, creado por la actitud inepta del gobierno y la fantasía revolucionaria de los anarquistas”. Frente al “febril y atropellado desconcierto del gobierno” y la “calentura roja de los fanáticos de la violencia”, el Partido Socialista había aplicado “una oportuna ducha de buen sentido”, que le había granjeado simpatías, “al revelarse como partido de pensamiento, de orden y de progreso”.²

1. El presente trabajo es parte de una investigación posdoctoral sobre la historia del Partido Socialista argentino en la etapa anterior a 1930, que cuenta con financiación del Conicet y de la Fundación Slicher van Bath-de Jong establecida en el CEDLA (Ámsterdam).

2. “El estado de sitio y el Partido Socialista”, *La Vanguardia*, año IX, suplemento al n° 47, 29 de noviembre de 1902.

La huelga de 1902 ha quedado grabada, desde entonces, en la historia del movimiento obrero local, y no han faltado los trabajos que se dedicaron a abordarla en la historiografía, particularmente desde el ángulo de su impacto en el desarrollo del anarquismo. Sabemos menos, sin embargo, acerca del modo en que los socialistas argentinos caracterizaron el episodio en el contexto de la interpretación que ya venían realizando, desde una década atrás, acerca del lugar de las huelgas en su estrategia política. La cuestión del vínculo entre acción política y lucha económica, en efecto, siempre constituyó un clivaje crítico para el PS, una formación cuya composición social echaba fuertes raíces en la clase trabajadora y que influía, de diversas maneras, en numerosas sociedades gremiales. El objetivo del presente artículo es analizar las posiciones del socialismo local con respecto a la cuestión de las huelgas en el agitado periodo de conflictividad obrera que se extendió entre 1900 y 1902, trazando primero una recapitulación acerca del modo en que el tema había sido abordado en los años inmediatamente anteriores. Como veremos, en el contexto de fuerte agitación que se vivió en esos años, que coincidieron además con la constitución de la Federación Obrera Argentina y culminaron con la declaración de la primera huelga general, el PS fue consolidando sus críticas respecto de la utilidad de las huelgas y, sobre todo, desarrolló un cuestionamiento a la idea de *huelga general*. La cuestión, como intentaremos mostrar a continuación, estaba siendo debatida en el movimiento socialista a nivel internacional: en ese sentido el PS argentino desarrollaba una posición que en gran medida coincidía con la de sus contrapartes socialdemócratas de otros países. Nuestra hipótesis es que, si la huelga “grande” de 1896 contribuyó a que surgieran con firmeza las primeras posiciones contrarias a la generalización de las huelgas, la agitación de 1901-1902, en el contexto de una dura disputa con los anarquistas, consolidó aún más esta posición, inscribiéndola ya en forma definitiva entre las líneas medulares de la interpelación del partido.

Antecedentes: los primeros pasos del socialismo y su vínculo con la actividad huelguística (1889-1900)

Desde sus más tempranos orígenes los socialistas de Argentina se vincularon con las acciones huelguísticas de la clase trabajadora local. De hecho, la intervención en la conflictividad obrera fue lo que permitió a los primeros núcleos socialdemócratas de Buenos Aires dar un primer salto organizativo y político a fines de la década de 1880. Tal como había señalado Ricardo Falcón (2011) y desarrollamos extensamente en otro trabajo (Poy, 2014), en efecto, el importante ciclo de agitación obrera que atravesó a la ciudad de Buenos Aires en los años 1888 y

1889 mostró una importante intervención del Verein Vorwärts, el primer núcleo socialista del país, que había sido fundado en 1882 por emigrados socialdemócratas alemanes y que en el marco del ascenso obrero de fines de esa década logró expandir su influencia más allá del estrecho grupo inicial.

Fue en el marco del ciclo de huelgas de 1888 y 1889, por otra parte, cuando los socialistas debieron enfrentar el primer ataque abierto por parte de la prensa comercial, que atribuía la existencia de huelgas a la acción de “cabecillas extranjeros”, y en particular a los propios militantes socialistas nucleados en el Verein Vorwärts. Fue en este cuadro cuando los socialistas de Argentina desarrollaron por primera vez una posición respecto de las huelgas, saliendo al cruce de las acusaciones. El *Vorwärts* respondió que las causas de la agitación, en realidad, debían buscarse en el agudo proceso inflacionario que atravesaba el país en el período y caracterizaba a las huelgas “como un mal necesario, como un producto de las circunstancias sociales actuales”: las mismas eran inevitables en el capitalismo, en tanto representaban “a menudo el único medio de los trabajadores para defenderse de una excesiva opresión por parte del capital”. Las huelgas existían más allá de la voluntad de los socialistas, que no tenían como tarea provocarlas e incluso a menudo las habían “desaconsejado”.³

El período de edición de *El Obrero* —el primer periódico socialista en español, publicado desde fines de 1890 hasta fines de 1892— coincidió con una etapa de retracción de la actividad huelguística, y es por ello que la cuestión de las huelgas no ocupó un lugar destacado en sus páginas. En el contexto de una huelga de zapateros, en la primavera de 1892, volvemos a encontrar una reflexión de los socialistas sobre el problema de las huelgas, nuevamente en las páginas del *Vorwärts*. Otra vez, encontramos una valoración ambivalente: los socialistas alemanes aclaraban entonces que sentían “toda la simpatía hacia los huelguistas”, pero que debían caracterizar a la huelga como “precipitada e irreflexiva”. De todas formas, los socialistas alemanes caracterizaban que aun si la huelga concluyera con un fracaso —como de hecho ocurrió— no “carecería de utilidad”, en tanto sería una “advertencia para los patrones” y para los propios obreros, que en el futuro serían “más sagaces gracias a la experiencia hecha ahora”.⁴

A partir de la aparición de *La Vanguardia*, en 1894, la actividad de los socialistas entró en una nueva etapa, marcada por la creciente articulación de los diferentes grupos y una serie de avances organizativos y políticos. La postura de los socialistas respecto de las huelgas, en este

3. “Die Streiks und die Sozialisten”, *Vorwärts*, n° 100, 17 de noviembre de 1888.

4. “Zum Streik der Schuhmacher”, *Vorwärts*, n° 307, 19 de noviembre de 1892.

período, debe ponerse en relación con su caracterización sobre la madurez de las condiciones para desarrollar un agrupamiento propiamente socialista en el país, uno de los puntos fundamentales de debate en esta etapa. *La Vanguardia* argumentaba sistemáticamente que el avance del desarrollo capitalista en Argentina había cerrado las posibilidades de ascenso social para los trabajadores, y por ello explicaba el desarrollo de las huelgas, que eran justas e inevitables, así como la expansión de las sociedades gremiales.

Vemos cómo iban definiéndose, en fecha tan temprana como mediados de la década de 1890, una serie de caracterizaciones que constituirían el núcleo de la postura socialista sobre las huelgas. Si, por un lado, éstas eran un producto inevitable del desarrollo capitalista, y debían ser no solo defendidas de los ataques patronales sino incluso reivindicadas como un síntoma del avance de una delimitación clasista por parte de los trabajadores, constituían al mismo tiempo, por otro lado, un método “atrasado” de la lucha de clases. Mientras las huelgas podrían traer como resultado mejoras transitorias, siempre y cuando fueran impulsadas “en el momento propicio e inteligentemente dirigidas”, la acción política era el camino que permitía alcanzar “poco a poco reformas de un orden más radical y permanente que les acercan al día tan anhelado de su emancipación económica”.⁵ La superioridad de la “acción política” se veía reforzada por el hecho de que permitía consolidar la unidad de conjunto de la clase obrera: mientras las eventuales mejoras de una huelga solo eran aprovechadas por el gremio que las realizaba, las obtenidas en el terreno político favorecían “a la clase obrera en general”.⁶

A mediados de 1896, una generalizada agitación huelguística conocida como “huelga grande” llevó al conflicto a decenas de gremios de la ciudad de Buenos Aires y otros puntos del país. En el caso de los socialistas, que jugaron un papel destacado en la organización de muchos de esos conflictos —particularmente el de los trabajadores de los talleres ferroviarios— la experiencia de la huelga marcó decisivamente sus planteos y posicionamientos. La caracterización que ya habían elaborado sobre las huelgas implicó una cerrada negativa a extender el conflicto a otros oficios, en tanto consideraban que la generalización de la huelga en todos los gremios no contribuiría a asegurar la victoria sino que, al contrario, era un mecanismo incapaz de proveer a un triunfo de las reivindicaciones obreras y proclive a favorecer los planteamientos anarquistas. La larga extensión del conflicto y su culminación con una derrota, por otra parte, contribuyó a reforzar dicha postura.

5. “Huelgas y acción política”, *La Vanguardia*, año II, n° 2, 12 de enero de 1895.

6. “Las huelgas son una forma atrasada de la lucha de clases. El voto es la gran arma del trabajador”, *La Vanguardia*, año II, n° 51, 21 de diciembre de 1895.

Cuando se acercaba el cierre del conflicto, Juan B. Justo trazó un balance que resumía los posicionamientos desarrollados por el socialismo local en este periodo temprano. Desde su perspectiva, las huelgas eran el primer paso en la lucha del proletariado: aun cuando fracasaran, eran “en principio buenas para la clase obrera”, en la medida en que sacaban a los trabajadores de la pasividad o la inacción y contribuían a fortalecer “los sentimientos y hábitos de solidaridad” y a experimentar cómo el gobierno se ponía “servilmente al servicio de los patrones”. La huelga, sin embargo, era también para Justo “una forma de lucha rudimentaria”. En su argumentación agregaba la idea de que constituía en realidad una “acción negativa y pasiva”, porque en un conflicto huelguístico los trabajadores se reunían “para no hacer”. La lucha política —y, agregaba Justo, la asociación cooperativa— eran por el contrario un “esfuerzo activo”, a través del cual los trabajadores estarían en condiciones de adquirir “los conocimientos y la disciplina que les hacen falta para llegar a su emancipación”.⁷

Luego de la derrota de la “huelga grande” se abrió un período de pronunciada retracción de las luchas obreras, que se extendió durante varios años. El reflujó de la actividad huelguística, por otra parte, coincidía con una etapa de crisis económica, una de cuyas consecuencias fue el incremento de la desocupación. Las dificultades eran bien claras para los propios militantes activos en el período: en un número especial editado el 1° de mayo de 1908, por ejemplo, cuando *La Vanguardia* repasaba los principales episodios de la lucha de clases de las dos décadas previas, refería que “el fracaso” de la huelga de 1896 había traído “aparejado un decaimiento casi completo, y con él la desaparición de las sociedades gremiales que tuvieron mal éxito en sus huelgas”. Según el periódico socialista, 1897 había estado marcado por “una escasez de trabajo bastante importante” y 1898 no había modificado las cosas: siendo un “año de escasez de trabajo, el número de huelgas fue reducido y de importancia secundaria”.⁸

Las cosas empezaron a modificarse, y solo parcialmente, en 1899, mientras que en 1900 la cantidad de huelgas se incrementó casi cuatro veces. La agitación obrera, de todos modos, conocería un salto decisivo en 1901 y, sobre todo, en 1902, un bienio en el que se desarrolló un nuevo ciclo de ascenso de la conflictividad, más importante aún que los anteriores de 1888-1890 y 1894-1896 (Oved, 1978: 132; Marotta, 1960: 134; Korzeniewicz, 1989). La precariedad de las condiciones de vida de los trabajadores y los primeros síntomas de un nuevo ciclo de agitación social, por otra parte, contribuían a poner en primer plano

7. “La acción obrera”, *La Vanguardia*, año III, n° 40, 3 de octubre de 1896.

8. *La Vanguardia*, 1 de mayo de 1908.

la llamada “cuestión social”. Todavía en agosto de 1901 se realizó un *meeting* de desocupados, que provocó una gran impresión y llevó a que el diario *La Prensa* lanzara su conocida serie “Los obreros y el trabajo”, durante agosto, septiembre y octubre.

En este cuadro, y acicateado por una reactivación económica que ya estaba tomando fuerza, en la segunda mitad de 1901 comenzó un ascenso obrero en toda la línea, con huelgas de importancia. A diferencia de lo ocurrido en los años anteriores, éstas tendrán ahora un alcance nacional. En agosto se produjo una huelga de los trabajadores que tendían la vía férrea de Bahía Blanca a Olavarría, que culminó con un triunfo de los huelguistas. En octubre tuvo lugar un agudo conflicto en la Refinería Argentina de Rosario, cuando un millar de trabajadores se declararon en huelga reclamando aumento de salario y disminución de la jornada laboral. En el marco de la represión policial contra una asamblea de huelguistas, cayó el primer muerto del movimiento obrero argentino, el joven Cosme Budislavich, el 20 de octubre de 1901.

A caballo del siglo, en suma, el movimiento obrero argentino desenvolvía una predisposición de lucha que implicaba una fuerte tendencia a la generalización de las huelgas. Tal como había ocurrido en los dos procesos de ascenso huelguístico de la década anterior, la aceleración de la agitación obrera dio lugar a un reanimamiento de la actividad de las sociedades gremiales y empujó a la acción conjunta de las diferentes sociedades de resistencia, poniendo a la orden del día la cuestión de construir una federación de gremios. La acción conjunta entre diversas sociedades de oficios se vio precedida por la aparición de un periódico, llamado *La Organización* y editado por un conjunto de sociedades gremiales, cuyo primer número vio la luz el 10 de enero de 1901. Poco después, en el mes de febrero, la sociedad de mecánicos lanzó la iniciativa de avanzar en la constitución de una federación. Con la presencia de unos 50 delegados en representación de 27 sociedades, un congreso reunido el 25 de mayo de 1901 constituyó la Federación Obrera Argentina (FOA). Tal como ha sido analizado por la historiografía, se trató de una iniciativa que contó con la participación tanto de militantes socialistas como anarquistas y su mérito histórico fue el de dejar conformada una federación obrera que ya no perdería continuidad.⁹

Tanto los anarquistas como los socialistas, en efecto, valoraban positivamente la iniciativa unitaria. *La Protesta Humana*, el principal órgano de prensa de los anarquistas de orientación organizadora, llamaba a apoyar la iniciativa de la federación, “buena para luchar con ventaja contra la burguesía”, y recomendaba a los militantes libertarios de las diferentes sociedades gremiales que supieran “ilustrar las sesiones del

9. Sobre el congreso, ver Abad de Santillán (1933), Marotta (1960) y Oved (1978).

congreso con criterio bien orientado”.¹⁰ Por su parte, los socialistas valoraron la iniciativa, considerando que este avance venía “después de un largo período de estancamiento” y que ahora se notaba “una sensible agitación en varios gremios”.¹¹ De todos modos, la incomodidad ante una organización que estaba lejos de quedar bajo control de los socialistas no dejaba de expresarse: se dejaba claro que, debido al “elemento heterogéneo que componía” el congreso, solo había podido tener lugar “una fusión amistosa entre las dos tendencias allí representadas”. Esta fusión había permitido “acertados acuerdos” pero al mismo tiempo había contribuido a que “se aceptasen conclusiones contradictorias impuestas por una imprevisión de los delegados”.¹²

En los meses siguientes, con la Federación recién constituida, estas tensiones irían agudizándose, en el contexto de un incremento de la conflictividad obrera. En realidad, aunque socialistas y anarquistas coincidían en impulsar la Federación, lo hacían con perspectivas distintas, que se vinculaban directamente con la posición elaborada ante la cuestión de las huelgas, y en particular la cuestión de la huelga general. Mientras los anarquistas veían a la federación como un paso fundamental para *impulsar* esta última, los socialistas la entendían como una posible herramienta capaz de *evitar* estallidos huelguísticos generalizados de consecuencias negativas para el movimiento obrero.

La cuestión de la huelga general: el debate nacional e internacional

A lo largo de 1901 y 1902, en efecto, encontramos en la prensa socialista argentina una constante referencia a la cuestión de la huelga general, con el objetivo de dejar sentada una delimitación con los anarquistas. Ya en un editorial publicado a comienzos de 1901, el dirigente socialista Ángel Sesma, por entonces miembro del comité ejecutivo, planteaba que no tenía sentido “romper lanzas sobre si se llegará o no se llegará a la huelga general, sobre si será buena o sobre si será mala”, debido a que no estaban dadas las condiciones para la misma. En realidad, hablar de huelga general era “un absurdo” y tratar de llevarla a cabo era “beneficioso solamente para la clase capitalista”. Sesma planteaba que “a la huelga general futura anteponeamos la organización

10. “Congreso obrero”, *La Protesta Humana*, 23 de marzo de 1901, citado en Oved (1978: 134). Los anarquistas de orientación anti-organizadora, ya más débiles en este período, se manifestaron en contra de la federación.

11. Guido Anatolio Cartey, “Federación gremial”, *La Vanguardia*, año VIII, n° 8, 23 de febrero de 1901.

12. “El congreso corporativo”, *La Vanguardia*, año VIII, n° 23, 8 de junio de 1901.

del presente, de esa especie de andamiaje, de esa especie de gimnasia, necesaria para preservar a los trabajadores de los fatales accidentes de la lucha, y sobre todo para adiestrarlos a la lucha misma”.¹³ Poco más tarde, en el cuarto congreso del partido, reunido en julio de 1901 en La Plata, se aprobó una escueta resolución de compromiso sobre el tema, que establecía que el PS reconocía “la importancia de la huelga general y acepta los criterios vertidos al respecto por los Congresos Socialistas internacionales” (Partido Socialista Argentino, 1910: 126).

Es que, en efecto, el debate sobre la huelga general ocupaba un lugar fundamental en las discusiones que atravesaban al anarquismo y al socialismo a nivel internacional. Aun antes de la gran discusión sobre la huelga general política, puesta en primer plano en la primera década del siglo al calor del impacto de la revolución rusa,¹⁴ la cuestión ya había sido objeto de debates y posicionamientos por parte de los marxistas. Ya en la década de 1870 Engels había planteado una posición crítica frente a una táctica que se consideraba propia del anarquismo:

Los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta (1873).

Esta posición fundamental había marcado fuertemente los posicionamientos de los militantes socialistas, si bien desde la fundación de la Internacional, en 1889, el tema volvió a aparecer en el debate de manera recurrente. Una proposición del holandés Domela Nieuwenhuis (1846-1919), en favor de la huelga general, había sido rechazada ya en el congreso de Zurich, en 1893 (Joll, 1966: 133). El congreso de Londres, celebrado en 1896, aprobó una resolución que abordaba la cuestión del vínculo entre luchas económicas y acción política. Sus términos permiten contextualizar los posicionamientos del PS argentino, analizados más arriba, y ponen de manifiesto que los socialistas locales desenvolvían una interpretación que se encontraba en sintonía con las resoluciones de la socialdemocracia internacional:

La lucha sindical de los trabajadores es indispensable para resistir la tiranía económica del capital, y por lo tanto mejorar

13. Ángel Sesma, “La huelga general. Otra vez”, *La Vanguardia*, año VIII, n° 3, 2 de febrero de 1901.

14. Se trata de un tema que excede cronológicamente el alcance de este artículo y que no abordamos aquí. Ver, al respecto, Aricó (1978).

su situación actual. [...] La lucha económica reclama también la acción política de la clase trabajadora. Lo que sea que obtengan los trabajadores de los patrones en disputas abiertas debe ser confirmado por la ley para poder ser conservado, mientras que los conflictos sindicales pueden en otros casos ser innecesarios debido a medidas legislativas. (*Histoire*, 1980a: 384)

A partir de estas consideraciones, la resolución del congreso de Londres planteaba que

las huelgas y los boicots son medios necesarios para llevar adelante los objetivos de los sindicatos. Lo que es inmediatamente necesario es la organización completa de las clases obreras, ya que el manejo exitoso de una huelga depende de la fuerza de su organización. (*Histoire*, 1980a: 385)

En las actas oficiales del congreso de Londres, editadas en inglés, no figura sin embargo una frase incluida en el medio de dicho párrafo. En efecto, tal como se puede comprobar leyendo la versión alemana, la formulación completa de la primera frase era: “El congreso de Londres considera que las huelgas y los boicots son medios necesarios para llevar adelante los objetivos de los sindicatos, *pero no ve la posibilidad actual de una huelga general internacional*” (cursivas nuestras).¹⁵ Ocurre que también había existido una resolución de minoría, impulsada por militantes sindicales franceses, que llamaba explícitamente a considerar la cuestión de la huelga general (*Histoire*, 1980a: 386).

El tema fue objeto de un debate específico en el siguiente congreso de la Internacional, celebrado en París en septiembre de 1900, donde nuevamente la comisión encargada de debatir la cuestión quedó dividida. Por la posición mayoritaria, apoyada por los socialistas alemanes y austriacos, informó el alemán Carl Legien (1861-1920), líder de la poderosa ala sindical del partido. Según las actas del congreso, Legien argumentó que la huelga general no era “discutible actualmente”. Lo que estaba planteado, en realidad, era continuar fortaleciendo la organización sindical: “Para salir a la batalla”, argumentó, “hace falta comenzar por formar grandes batallones; hacen falta numerosos y

15. “Der kongress hält den Streik und Boykott für ein notwendiges Mittel zur Erreichung der Aufgaben der Gewerkschaften, sieht aber die Möglichkeit für einen internationalen Generalstreik nicht gegeben” (*Histoire*, 1980a: 489). No se publicaron actas oficiales en francés (Haupt, 1965: 157). Hamon (1896) destacó en su trabajo la notoria omisión de tan importante frase en la versión inglesa: “Los autores de esta falsificación querían para los socialistas del continente afirmar la imposibilidad de la huelga general y la no imposibilidad para las trade unions inglesas” (1896: 277).

pujantes sindicatos” (*Histoire*, 1980b: 130). Para Legien, mientras el proletariado no contase “con sindicatos numerosos y fuertemente organizados, declarar la huelga general no sería deseable más que para la burguesía, porque esta huelga general solo tendría una consecuencia: dejar indefenso al proletariado, que será fusilado o vencido por hambre”. Partiendo de estas consideraciones, la propuesta de resolución de mayoría se limitaba a “ratificar la resolución votada en el congreso internacional de Londres en 1896, que trata de la huelga general” (idem: 358).

La posición minoritaria fue defendida por el francés Aristide Briand (1862-1932), un dirigente socialista que pasaría de sostener posiciones combativas al interior del movimiento sindical a convertirse luego en un hombre de estado del régimen burgués, llegando a ser varias veces primer ministro de su país. Briand se preguntaba cómo era posible “rechazar la idea de huelga general sin poner en duda, por esta misma negación, la eficacia de la organización sindical en su conjunto”. Para Briand, la huelga general era “el estimulante más activo de la organización sindical”; consideraba, además, que veía a la huelga general “como el modo más eficaz de llevar a cabo la revolución” (*Histoire*, 1980b: 130-132). En consonancia con estos planteos, la propuesta de resolución de minoría invitaba “a los trabajadores del mundo entero a organizarse para la huelga general, sea que esta organización constituya en sus manos en simple medio de presión (...) o sea que, cuando las circunstancias se muestren propicias, esta se ponga al servicio de la revolución social” (idem: 133-134).

La moción mayoritaria obtuvo un amplio triunfo en la sesión plenaria, resultando aprobada por 27 votos a 7. A pesar de que, llamativamente, el voto argentino —por representación, a través del francés Achille Cambier— en el congreso de París refrendó la postura de Briand, los posicionamientos elaborados por *La Vanguardia* y por la dirección del PS argentino se colocaban inequívocamente en la línea de la postura mayoritaria de la Internacional. Ya hemos visto cómo Sesma había argumentado en términos similares a los utilizados por Legien en Londres, pero es posible encontrar más ejemplos. El 19 de octubre de 1901, por caso, se publicó en *La Vanguardia* un artículo de *El Socialista* de Madrid, con el título de “La huelga general favorece a los patronos”. Se sostenía allí que las huelgas generales provocaban un desgaste que llevaban a la derrota de los trabajadores planteando, incluso, que eran los patronos quienes buscaban convertir en generales las huelgas parciales iniciadas en algún oficio, para cortar de recursos a los trabajadores en conflicto y obligar a los trabajadores a “rendirse por hambre”. Según *El Socialista*, la táctica de los anarquistas partidarios

de la huelga general coincidía con la de los capitalistas en el plano de la búsqueda de hacerla “violenta”.¹⁶

Este alineamiento del PS argentino con la postura dominante a nivel internacional puede volver a encontrarse un año más tarde, en junio y julio de 1902, cuando *La Vanguardia* publicó por entregas el trabajo “Socialismo y anarquismo. Consideraciones sobre una y otra escuela”, del valenciano Rafael Carratalá Ramos (1859-1909). En su sexto capítulo, dedicado a la huelga general, el socialista español citaba a Gabriel Deville, quien caracterizaba a la huelga general como un “plan descabellado [que] debe ser desechado por todos los obreros conscientes de los hechos y de sus consecuencias, por todos los que razonan sin preocupación y no se contentan con palabras”. Para Carratalá, se corría el grave riesgo de una derrota que sería “desastrosa para la causa del trabajo y del progreso”.¹⁷ En esa línea, en el mismo número de *La Vanguardia*, otro artículo caracterizaba que “en algunos puntos donde los obreros aún viven en una gran confusión de ideas”, la huelga general y la revuelta eran “los medios predilectos que emplean frecuentemente con el fin de realizar algunos sueños de sociedad futura que les sugieren ciertos profetas, pero hasta ahora lo único que han conseguido ha sido empeorar más la situación”.¹⁸

En suma, el Partido Socialista argentino llegaba al período de fuerte conflictividad obrera de fines de 1902 con una postura elaborada en torno a la cuestión de las huelgas que se insertaba en el marco más general de los posicionamientos desenvueltos internacionalmente por la socialdemocracia de la época. Las huelgas impulsadas y recomendadas por los socialistas eran siempre huelgas parciales, promovidas por sociedades sólidamente estructuradas, capaces de afrontar la resistencia a los patrones. Eran huelgas no violentas, que debían sostenerse por la unidad y la conciencia de los trabajadores al ausentarse del trabajo hasta quebrar la resistencia de los patrones, por la vía de una negociación o un arbitraje si era necesario, que permitiera mejorar en algo las condiciones de vida y trabajo. Eran huelgas, sobre todo, que debían servir para fortalecer las organizaciones sindicales y estimular una conciencia de clase cuya máxima expresión era la incorporación de los trabajadores a las filas socialistas y la intervención decisiva en la vida política.

16. “La huelga general favorece a los patrones”, *La Vanguardia*, año VIII, n° 42, 19 de octubre de 1901.

17. Rafael Carratalá Ramos, “Socialismo y anarquismo. Consideraciones sobre una y otra escuela. VI. La huelga general”, *La Vanguardia*, año IX, n° 28, 12 de julio de 1902.

18. Jorge Linstein, “Medios de lucha”, *La Vanguardia*, año IX, n° 28, 12 de julio de 1902.

Los acontecimientos en Argentina, sin embargo, iban a desenvolverse en otra dirección. Los primeros meses de 1902 estuvieron marcados por una aceleración de las tensiones: en enero, nuevamente el centro de atención se ubicó en Rosario, donde se desarrolló otra huelga general. Dicha ciudad, precisamente un centro obrero donde la influencia anarquista era muy superior a la socialista, aparecía como el ejemplo del peligroso camino al que llevaba la generalización de los conflictos. El comité ejecutivo del partido realizó entonces un balance muy negativo de lo ocurrido. La huelga general había resultado “un conato desgraciado, pues además de no haber participado en ese movimiento sino una escasa minoría, fue un fracaso, dejando como consecuencia varias víctimas, un profundo desaliento en las filas obreras y el fracaso de los estibadores”.¹⁹

Fue en este contexto en el que se procesaría la ruptura de la Federación Obrera, cuando aún no se había cumplido un año de su fundación. Las tensiones se hicieron evidentes a comienzos de 1902, cuando varias sociedades gremiales influidas por militantes socialistas decidieron crear una “Unión General de Trabajadores”, haciéndose fuertes además en el control de la publicación del periódico *La Organización*. En un primer momento, la dirección del partido y la redacción del periódico socialista vieron con ojos críticos la creación de la UGT: el 8 de febrero de 1902, por ejemplo, el editorial de *La Vanguardia* estaba dedicado a criticar la reciente formación de la nueva organización, que era considerada “una aberración, explicable solo cuando se considera que el sectarismo suele primar sobre los bien entendidos intereses de clase”.²⁰ Sin embargo, cuando en abril de 1902 se produjo la ruptura, el periódico socialista realizó una valoración positiva. Enrique Dickmann caracterizaba lo ocurrido como inevitable, y por lo tanto positivo: “Nadie ha de lamentar lo sucedido, aunque a primera vista parece lamentable. Más bien han de felicitarse por un desenlace que servirá de provechosa lección a los obreros conscientes, de fecunda enseñanza a los gremios serios y bien organizados”.

19. “A los trabajadores de la República Argentina”, *La Vanguardia*, año IX, nº 3, 18 de enero de 1902. Si Rosario era la “Barcelona argentina”, según una definición de Enrique Dickmann que hacía referencia a la influencia anarquista en dicho puerto del Litoral, apenas unas semanas más tarde estallaba una dramática huelga general precisamente en la capital catalana, que conmovió a toda España y dejó centenares de muertos (Colodrón, 1971; Duarte, 1991). El editorial de *La Vanguardia* del 22 de febrero estaba dedicado al episodio, que era visto en un prisma fuertemente negativo, culpando nuevamente a los anarquistas por lo acontecido (“Barcelona”, *La Vanguardia*, año IX, nº 8, 22 de febrero de 1902).

20. “La Federación Obrera Gremial Argentina”, *La Vanguardia*, año IX, nº 6, 8 de febrero de 1902.

De nuevo, encontramos que detrás de la discusión sobre la federación de gremios la cuestión clave era la postura acerca del rol de las huelgas: para los socialistas, se había puesto de manifiesto que unos y otros veían a la federación como un medio para alcanzar fines bien distintos. Los anarquistas querían “celebrar un congreso para tratar del ‘sabotaje’, de la ‘revolución social’, de la ‘huelga general’ y de la inutilidad del ‘arbitraje’; pero no tienen el valor moral de afrontar las responsabilidades propias”. Por eso habían tramado “un subterfugio ingenioso” y fraguado, según los socialistas, las representaciones del congreso. El periódico socialista recomendaba a los gremios que se habían retirado “celebrar otro congreso genuinamente obrero, donde se tratarán sus intereses económicos con un criterio culto y elevado”. Dickmann planteaba que, “frente a la Federación anarquista, los gremios conscientes han de fundar la ‘Unión general de los trabajadores’, y han de cuidarse muy bien de no caer otra vez en la trampa preparada por los procuradores y aves negras de la anarquía”.²¹

La huelga general de noviembre de 1902 y la sanción de la Ley de Residencia

Todo este recorrido llegaría a un desenlace a fines de 1902, cuando se produjo la primera huelga general de la historia del país. La conflictividad seguía mostrando un fuerte ascenso desde los meses anteriores: en forma paralela a la ya mencionada huelga general de Rosario había estallado en enero un agudo conflicto en el puerto de Buenos Aires y la agitación continuó durante los meses posteriores, destacándose las huelgas de cocheros y de panaderos en la capital (Oved, 1978: 206). En el transcurso del año, por otra parte, se había avanzado en la conformación de sindicatos que nucleaban a los trabajadores del mismo oficio en distintos puntos del país, generalmente bajo fuerte influencia anarquista, lo cual sería un factor de impulso para la generalización de las huelgas.²²

Los acontecimientos que llevaron a la huelga general son conocidos: el conflicto comenzó con el reclamo de los estibadores para reducir el peso de las bolsas de cereales, al que luego se sumaron los obreros de los depósitos del Mercado Central de Frutos. Ante el rechazo de los patronos a las exigencias de los obreros del MCF, la Federación de Estibadores convocó a una huelga solidaria, y lo mismo hizo la Federación

21. Enrique Dickmann, “El congreso gremial”, *La Vanguardia*, año IX, n° 17, 26 de abril de 1902.

22. Se destacan fundamentalmente la Federación del Rodado y la de Estibadores. Ver Darraidou (2011: 96-97).

de Rodados, paralizando así el transporte y la actividad del puerto. Ante los rumores de que el gobierno se aprestaba a sancionar una legislación represiva, como efectivamente sucedió, el 20 de noviembre la FOA decretó la huelga general.²³

El desencadenamiento de conflictos generalizados y la velocidad del gobierno para responder con la Ley de Residencia parecían confirmar los peores temores de los socialistas. En la edición del 15 de noviembre apenas aparecen referencias a la huelga ya iniciada por los estibadores, pero una semana más tarde la aceleración de los acontecimientos ya había cambiado la situación. El sábado 22 de noviembre, *La Vanguardia* estaba encabezada por un editorial titulado “A la acción, compañeros”. La línea fundamental de la caracterización de los socialistas era que se trataba de un movimiento no deseado, impulsado por sus adversarios políticos con una orientación que lo llevaría al fracaso, en el cual sin embargo era necesario intervenir para atenuar las consecuencias negativas.

En sintonía con lo que se había argumentado previamente desde un punto de vista teórico y también para los casos de huelgas generales en otros países, ahora se subrayaba el gran peligro que corría el movimiento obrero argentino debido a la irresponsabilidad de los anarquistas. Lo que se observa, en ese primer número de *La Vanguardia* publicado al calor del conflicto, es que la táctica de los ácratas era vista como causante de la generalización huelguística que estaba en pleno curso, en un número del periódico que estaba mucho más centrado en criticar a sus adversarios políticos que en denunciar la represión gubernamental. Según *La Vanguardia*, la clase trabajadora estaba siendo conducida “por caminos tortuosos en derechura al desastre inmediato”, por responsabilidades de “aquellos que, erigiéndose en apóstoles y redentores, especulan maliciosamente su inconsciencia”.²⁴ Los anarquistas, “obcecados con su sistema terrorífico, no solo han mirado con desdén toda idea de cálculo y previsión antes de lanzarse a la lucha, sino que, con sus destemplanzas y amenazas, provocan primero en los patrones el espíritu de venganza, y con su irresistible tendencia a extremar el conflicto, generalizando el paro, dan lugar después a los trastornos consiguientes”.²⁵

La semana siguiente, ya bajo estado de sitio y con la Ley de Residencia sancionada, el Partido Socialista no pudo publicar *La Vanguardia* con su formato habitual. En su lugar, fue editado el 29 de noviembre un boletín especial, de menor tamaño, con el encabezado “Al pueblo”. El principal cambio con respecto a lo publicado previamente es que ahora se dedicaba un espacio mucho mayor a defender a los huelguistas,

23. Ver Oved (1978: 247-277), Marotta (1960: 145-151) y Boido (2002: 168-175).

24. “A la acción, compañeros”, *La Vanguardia*, año IX, n° 47, 22 de noviembre de 1902.

25. “Labor estéril”, *La Vanguardia*, año IX, n° 47, 22 de noviembre de 1902.

explicar sus reivindicaciones y atacar a la burguesía y al estado. El manifiesto partía de valorar positivamente la lucha reivindicativa que había iniciado la huelga, caracterizando a los peones de las barracas y el MCF como “un gremio modesto y laborioso” con “reivindicaciones justísimas”. A su vez, se caracterizaba positivamente la huelga solidaria declarada por los estibadores y por los carreros, un “acto de inteligente solidaridad [que] habría asegurado el triunfo de los barraqueros”, de no haber sido por “nuevas causas de perturbación y de desquicio” que vinieron a “desbandar todo el movimiento”. Estas causas se referían, en primer lugar, a los aprestos del gobierno para sancionar una ley represiva. Pero en segundo término, nuevamente, el PS enfocaba su crítica en la actitud de los anarquistas, que “creyendo que iban a poner al gobierno en la necesidad de renunciar a los proyectos bárbaros que acariciaba, lanzaron, con fecha 20 de noviembre, un enérgico manifiesto incitando a la huelga general”.²⁶

La caracterización de los socialistas, que se veían a sí mismos como los encargados de dotar de “responsabilidad” al movimiento y morigerar las consecuencias negativas de la huelga general, no se limitó a la recomendación a sus militantes de que intervinieran en sus respectivos gremios sino que implicó también la búsqueda de entablar una negociación con el gobierno. Fue en este contexto que el comité ejecutivo del PS, reunido el 22 de noviembre, decidió formar una comisión para entrevistarse con el presidente de la República e intentar abrir una negociación. La iniciativa no prosperó, porque pocas horas después de que el comité ejecutivo tomara estas resoluciones, en la misma noche del 22, el Congreso sancionó la ley de residencia. Aunque el presidente no aceptó reunirse con la comisión, otorgó una audiencia a uno de sus miembros, Celindo Castro, que tampoco tuvo resultados positivos porque a las pocas horas el gobierno decretó el estado de sitio.

En suma, el manifiesto del 29 de noviembre reflejaba la posición de un partido que ponía de relieve su incomodidad ante el rumbo que habían tomado los acontecimientos: de una huelga parcial en reclamo de reivindicaciones justas, apoyada por algunos gremios solidarios, se había pasado a una huelga general que tendría consecuencias muy gravosas. Al poner la responsabilidad tanto en el gobierno como en la dirección anarquista de la Federación obrera, los socialistas volvían a manifestar uno de los rasgos más característicos de su interpretación política: la compartida “ignorancia” de los anarquistas y de la burguesía, que eran incapaces de comprender la dinámica de un progreso histórico que solo los socialistas sabían interpretar. En este marco, no sorprende que la tarea que se atribuyó el partido fuera la de intervenir en el conflicto

26. “Al pueblo”, *La Vanguardia*, suplemento al n° 47, 29 de noviembre de 1902.

para desenvolver una tarea que parece fundamentalmente pedagógica: no solo en las propias filas obreras, para atenuar la influencia de la prédica anarquista, sino incluso en las altas esferas gubernamentales, designando a una comisión para entrevistarse con las máximas autoridades con un propósito de mediación.

Los socialistas debieron sufrir una fuerte represión, al igual que todas las organizaciones obreras. En efecto, numerosos dirigentes y militantes del partido fueron detenidos, los centros socialistas fueron clausurados, se prohibió la publicación de los periódicos y fue saqueado el local de la Sociedad Luz. Una vez sancionada la ley, por otra parte, el Partido Socialista orientó su política en dos direcciones: por un lado, continuó denunciando la responsabilidad conjunta del Estado y de sus adversarios anarquistas por lo ocurrido; por el otro, convocó a los trabajadores a desenvolver una respuesta política ante la fuerte avanzada represiva del gobierno. Ante el desinterés del gobierno por recibir a la comisión socialista, el partido resolvió publicar en los diarios del lunes 24 una serie de declaraciones, en las que establecía su apoyo moral y material a la huelga de los peones del Mercado de Frutos. En segundo lugar, se denunciaba la conducta del gobierno, que había enviado soldados y marineros para reemplazar a los huelguistas, y la “actitud descomedida del presidente”, que se había negado a recibir a la delegación socialista, y se condenaba “enérgicamente la ley de residencia”. No se privaban, sin embargo, de agregar que el partido “deplora[ba] la actitud asumida por algunos gremios al declararse en huelga por simple espíritu de solidaridad hacia los barraqueros, estibadores y carreros, actitud que fue determinada por la propaganda anarquista y que es contraproducente”.²⁷

La propuesta de realizar una acción conjunta, de carácter político, en contra de la Ley de Residencia, volvió a poner de manifiesto hasta qué punto las diferencias entre anarquistas y socialistas en torno a la cuestión de la huelga general hacían casi imposible cualquier actividad unificada. El comité ejecutivo del PS envió en esas mismas horas sendas notas a la Federación obrera, dirigida por los anarquistas, y al Comité de Propaganda Gremial, de orientación socialista, con el objetivo de convocar a una manifestación unitaria contra la ley de residencia, el mismo martes 25 de noviembre. Según la nota, la sanción de la ley era “un golpe mortal dado a la organización obrera de este país”, ante lo cual era necesario “que todas las fuerzas obreras se aúnen en el propósito común de realizar una formidable manifestación de protesta”. Sin embargo, la respuesta de la Federación fue negativa: en nota enviada al comité ejecutivo del PS, la conducción de la FOA señalaba que “el único

27. *idem*.

medio de combatir la citada ley de residencia es la huelga general, para la cual invita a todas las sociedades gremiales a adherirse”.²⁸

Conclusión

Entre las primeras huelgas que recorrieron la ciudad de Buenos Aires, en el bienio 1888-1889, y el agudo proceso de agitación que llevó a la huelga general de noviembre de 1902 había pasado apenas algo más de una década, pero durante la cual se procesó una muy rica experiencia política para el movimiento obrero argentino. Como hemos visto, los socialistas locales intervinieron en los procesos de conflictividad desde sus mismos orígenes, jugando en ellos un papel activo y desarrollando una decidida militancia en favor del triunfo de las huelgas y medidas de fuerza. Las huelgas y las luchas económicas eran correctamente caracterizadas como una consecuencia inevitable del desarrollo capitalista del país y el consecuente proceso de consolidación de su clase obrera. Al mismo tiempo, sin embargo, los socialistas no dejaban de mostrar una notoria incomodidad ante las huelgas: consideraban que se trataba de una forma de lucha de carácter rudimentario, inferior sin dudas a la organizada y disciplinada acción política que solo un fuerte partido de clase podía encarar para obtener mejoras significativas para la clase trabajadora y desenvolver una lucha por el poder político y la transformación de la sociedad.

La caracterización de los socialistas sobre las huelgas debe entenderse en el marco de la interpretación más general que trazaban sobre el desarrollo de la sociedad en la que debían desenvolver su actividad y en relación con el fuerte debate político con los anarquistas que atravesaba al movimiento obrero a nivel internacional. Para los socialistas, sus adversarios anarquistas expresaban las tendencias más retrasadas de una clase trabajadora inexperta, y al mismo tiempo las reforzaban, generando estallidos violentos que solo provocaban una reacción de la burguesía y el estado, haciendo así retroceder aún más el desarrollo del proletariado. El argumento de fondo, que se repetía habitualmente en las polémicas entre ambas fuerzas políticas, es que los anarquistas eran incapaces de advertir el desarrollo y las tendencias “evolutivas” de la sociedad y daban a la violencia un lugar que los socialistas rechazaban.

En este artículo hemos intentado mostrar cómo esta caracterización, que resulta constitutiva del socialismo argentino, se consolidó en fechas muy tempranas. Subrayamos también que se trataba de posicionamientos que no eran de ningún modo exclusivos del socialismo argentino, sino que antes bien se insertaban dentro de las caracterizaciones y

28. ídem.

debates que se desenvolvían al mismo tiempo en la socialdemocracia internacional. Por otra parte, contribuimos a señalar que los diferentes procesos de agitación y movilización obrera del período fueron un factor que contribuyó a reforzar esta perspectiva, dándole cada vez mayor peso dentro de las formulaciones partidarias. El análisis conjunto de los diferentes ciclos de conflictividad obrera y de la historia política de las izquierdas se revela nuevamente enriquecedor en este sentido: en torno al pico de conflictividad de 1896, en efecto, se procesó por una parte un giro político al interior del anarquismo que dio lugar a la consolidación de la orientación “organizadora” y, al propio tiempo, se reforzó en el socialismo una perspectiva fuertemente crítica de las huelgas. En los años posteriores, esta divergencia de caminos se fue consolidando: mientras los anarquistas lograban hacerse fuertes en varios gremios influyentes —particularmente en el puerto y en los transportes—, impulsando la orientación favorable a la huelga general, los socialistas se replegaban sobre gremios de mayor calificación y desarrollaban una postura que insistía en la necesidad de impulsar huelgas parciales.

Esta divergencia de orientaciones no impidió, como vimos, que en 1901 ambas corrientes confluyeran en la conformación de la FOA, pero se trataba de un compromiso precario, en tanto unos y otros buscaban en la federación objetivos distintos. Mientras los anarquistas la veían como un paso necesario para dar impulso a la huelga general, los socialistas la consideraban una posible herramienta para evitarla. La coexistencia de ambas corrientes en la misma federación se hizo imposible y los socialistas advirtieron que no serían capaces de obtener una hegemonía: la constitución de diferentes sociedades por rama de actividad y finalmente la convocatoria a la huelga general en noviembre de 1902 pusieron de relieve hasta qué punto el anarquismo había recuperado terreno y ganado una influencia destacada en torno al cambio de siglo.

La huelga general y la fuerte represión que le siguió no hicieron más que reforzar estos planteamientos de los socialistas. “El Partido Socialista”, decía *La Vanguardia* el 20 de diciembre de 1902, “necesitaba un acontecimiento trascendental que lo conmoviera intensamente, un acontecimiento que, poniendo a prueba su cohesión y disciplina, lo empujara una buena vez a tomar una actitud decisiva en el movimiento gremial argentino”. La huelga general y la sanción de la Ley de Residencia eran así caracterizados como una bisagra en la historia del movimiento obrero local: lo ocurrido debía fortalecer al Partido Socialista “como organismo de opinión y de responsabilidad que es”, capaz de “inspirar y dirigir la opinión obrera por las vías de la sensatez y la cordura, arrollando en su paso la descabellada propaganda que su encarnizado adversario el anarquismo ha ido destilando en el seno de nuestro proletariado”.

La clase obrera argentina había sufrido un fuerte golpe, pero debía

servir como lección. En efecto, si la influencia del anarquismo en amplias franjas de trabajadores era vista como una característica propia de un estadio temprano de desarrollo, lo ocurrido debía actuar como impulso para dar el salto hacia una etapa más avanzada, que era la que representaba el PS. Se reforzaba así la interpretación que veía al desarrollo de la conciencia y la organización obrera como un proceso gradual y no violento, en oposición a lo que se consideraba característico del planteamiento anarquista. “La obra de mejoramiento primero y de emancipación después”, concluía *La Vanguardia*, “no se puede efectuar a saltos”. Esto no implicaba dejar de intervenir en el movimiento gremial: antes bien, tenían planteada la tarea de “intervenir en las luchas gremiales, formar parte de las sociedades de resistencia, ilustrar con los conocimientos adquiridos el criterio de sus compañeros de explotación, a fin de realizar la obra que más dignifica por lo costosa: la obra de mejoramiento y redención de los humildes”.²⁹ En suma, la conclusión que sacaban los socialistas era un reforzamiento de sus planteos, contrarios a los estallidos huelguísticos y favorables a la tarea de organización y difusión gradual de sus ideas en las filas obreras.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego (1933), *La FORA: ideología y trayectoria del movimiento obrero en la Argentina*, Buenos Aires: Editorial Nervio.
- Aricó, José (ed.) (1978), *Debate sobre la huelga de masas*, Cuadernos de Pasado y Presente 62, México: Siglo XXI.
- Boido, Jorge Oscar (2002), “La primera huelga general en la República Argentina (1902). Sus características y significado, como expresión de la presencia de los obreros como clase en la lucha político económica”, Tesis de Licenciatura, Universidad Nacional de Luján.
- Bonamusa, Francesc (1991), “¿Reforma o revolución? ‘La huelga de masas’ en el primer debate socialista internacional (1893-1905)”, *Ayer*, n° 4, Barcelona.
- Colodrón, A. (1971), “Aproximación al estudio de la huelga general (la huelga general de Barcelona de 1902)”, *Revista de Trabajo*, n° 33, pp. 67-119.
- Darraidou, Sebastián (2011), “Anarquistas y socialistas en el movimiento huelguístico en la Argentina de 1900 a 1902. Algunos problemas para su abordaje”, *Trabajadores*, año 1, n° 2. Buenos Aires, págs. 86-103.
- Duarte, Ángel (1991), “Entre el mito y la realidad. Barcelona, 1902”, *Ayer*, n° 4, Barcelona.
- Engels, Friedrich (1873), “Los bakuninistas en acción”. Ver online en

29. “Enseñanzas de los últimos sucesos”, *La Vanguardia*, año IX, n° 49, 20 de diciembre de 1902.

- Marxists Internet Archive: <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1870s/1873-bakun.htm>
- Falcón, Ricardo (2011), "Orígenes del movimiento socialista en Argentina. Prólogo. Capítulo I y II". *Cuadernos del Ciesal*, año 8, n° 10, julio-diciembre, pp 11-45.
- Hamon, A. (1896), *El socialismo y el congreso de Londres*, La Coruña: Imprenta El Progreso.
- Haupt, Georges (1965), *La deuxième internationale 1899-1914: étude critique des sources : essai bibliographique*, París: Mouton.
- Histoire de la IIe Internationale* (1980a), vol. V, Ginebra, Minkoff.
- Histoire de la IIe Internationale* (1980b), vol. VI, Ginebra, Minkoff.
- Joll, James (1966), *The Second International, 1889-1914*, Nueva York: Harper & Row.
- Korzeniewicz, Roberto (1989), "Labor Unrest in Argentina, 1887-1907", *Latin American Research Review*, vol. 24, n° 3.
- Marotta, Sebastián (1960), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo, 1857-1907*, Buenos Aires: Editorial Lacio.
- Oved, Iacov (1978), *El anarquismo y el movimiento obrero en Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Partido Socialista Argentino (1910), *Movimiento socialista y obrero*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Poy, Lucas (2014), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires: Imago Mundi.

* * *

Título: The Socialist Party and strikes: an uneasy relationship.
An analysis of party positions in the early twentieth century

Resumen: El artículo analiza las posiciones del socialismo argentino respecto a la cuestión de las huelgas en el agitado período de conflictividad obrera que se extendió entre 1900 y 1902, trazando primero una recapitulación acerca del modo en que el tema había sido abordado en los años anteriores. Se muestra cómo el PS consolidó sus críticas respecto a la utilidad de las huelgas y, sobre todo, desarrolló un cuestionamiento a la idea de *huelga general*, un tema que estaba siendo debatido en el movimiento socialdemócrata a nivel internacional. La hipótesis es que, si la huelga "grande" de 1896 contribuyó a que surgieran con firmeza las primeras posiciones contrarias a la generalización de las huelgas, la agitación de 1901-1902 inscribió en forma definitiva esta posición entre las líneas medulares de la interpelación del partido.

Palabras clave: Partido Socialista – huelga general – movimiento obrero – Segunda Internacional

Abstract: The paper addresses the political stance of Argentine Socialism regarding the question of strikes, during the turbulent years of labor unrest between

1900 and 1902, after summarizing how the topic had been addressed in previous years. It shows how the Socialist Party consolidated a strong critique of the strikes' usefulness, and especially a durable opposition to the idea of general strikes, a question that was being discussed by the socialist movement globally. The article argues that, if the big strike of 1896 contributed to the emergence of a strong criticism towards the idea of a general strike, the 1901-1902 wave of labor unrest definitely put this interpretation among the core political positions of the party.

Keywords: Socialist Party – general strike – labor movement – Second International

Recepción: 14 de agosto de 2014. **Aprobación:** 20 de diciembre de 2014.

¿Males pasajeros? El Partido Socialista frente a las consecuencias de la Ley Sáenz Peña

Ricardo Martínez Mazzola

CONICET-UNSAM-UBA
ricardomm17@yahoo.com

El presidente Sáenz Peña, como el presidente Figueroa, como el presidente Quintana, en su hora solemne ha hablado de la libertad electoral y de la constitución de partidos orgánicos hasta hoy inexistentes. Y él, como todos los otros, ha expresado el pensamiento pueril de la providencia oficial: los partidos van a nacer cuando el presidente de la república se decida a crearlos; la vida política sana y fecunda va a brotar milagrosamente cuando el gran mago de la Casa Rosada agite su vara llamándola a luz.

(La Vanguardia, 18 de febrero de 1911)

Sin haber esperado jamás milagros de la Ley Sáenz Peña, estamos, más que nunca, convencidos de su honda y duradera trascendencia política, ella ha dado al pueblo el instrumento primario de la democracia, sin cuya posesión es imposible todo progreso político. Con su uso el pueblo se capacitará, cada vez más, a manejar mejor el instrumento.

(La Vanguardia, 7 de agosto de 1918)

A fines de 1910 Roque Sáenz Peña asumió la Presidencia de la Nación Argentina sosteniendo como principal bandera la necesidad de llevar adelante una profunda reforma electoral. Como muestra la primera cita, las propuestas de Saénz Peña fueron recibidas con escepticismo por parte de un Partido Socialista (PS) que, aunque hacía tiempo bregaba por una reforma tal, desconfiaba de la figura del viejo dirigente modernista y, más en general, de las soluciones que surgían de la cumbre del

Estado para transformar la sociedad. Contra las expectativas socialistas, la iniciativa de Sáenz Peña alcanzaría éxito y, como reconoce la segunda cita, afectaría profundamente la vida política argentina y también, como pronto comenzarían a plantear con preocupación algunos dirigentes socialistas, la vida interna del propio PS.

Desde hace décadas numerosos historiadores y científicos sociales han echado luz sobre el intrincado proceso que derivó en la “Ley Sáenz Peña”,¹ destacando el profundo impacto de la modificación del mecanismo electoral sobre el sistema político argentino. En cambio, la posición que frente a la nueva legislación sostuvieron los socialistas solo ha sido abordada por Scherlis (2005) en dos trabajos que, concentrados en el modo en que la reforma modificó el lugar del PS en el sistema político, dejan en un segundo plano consecuencias de esas modificaciones sobre la estructura y los alineamientos internos del PS.

En este artículo nos proponemos dar cuenta del impacto de la Ley Sáenz Peña, que ampliaba y complejizaba el universo de participación política, sobre la organización y la vida interna del PS. El recorrido propuesto tiene tres etapas: en primer lugar, y luego de pasar revista al modo en que los socialistas se colocaron frente a propuestas de reforma, deteniéndonos brevemente en los cambios que produjo la elección de Alfredo Palacios en 1904, revisaremos las posiciones del PS en los debates que condujeron a la sanción de la Ley Sáenz Peña. En segundo lugar abordaremos cómo fueron recibidos los, sorprendentemente positivos, resultados socialistas en las elecciones porteñas que siguieron a la sanción de la reforma, lo que implica abordar las elecciones de 1912 y los comicios que en 1913 y 1914 dieron el triunfo al PS. En tercer lugar, y centrándonos en el decisivo XII Congreso del PS, realizado en mayo de 1914, señalaremos el modo en que los propios socialistas percibieron y afrontaron los desafíos nacidos del crecimiento experimentado por el partido a partir de la sanción de la nueva legislación electoral. Concluiremos planteando algunos argumentos más generales respecto a los desafíos a los que los socialistas se vieron sometidos a partir de la vigencia de la Ley Sáenz Peña.

1. El PS ante las propuestas de reforma electoral

Para el sentido común la Ley Sáenz Peña estableció el sufragio universal masculino en la República Argentina. No es así: el sufragio universal

1. Se conoce como “Ley Sáenz Peña” a la ley n° 8.871, que estableció el sufragio universal masculino obligatorio y el sistema de lista incompleta. Debe aclararse que también suele incluirse bajo el nombre de “Ley Sáenz Peña” a la ley 8.130 que definía la creación de un padrón electoral permanente en base al enrolamiento militar.

masculino regía desde el siglo XIX y en la Provincia de Buenos Aires había sido establecido en 1821 bajo el gobierno de Martín Rodríguez. Sin embargo, a comienzos del siglo XX la participación electoral era limitada y, quizás más importante, controlada. El voto no era secreto, los padrones eran elaborados por autoridades políticas parciales, las juntas escrutadoras solían quedar en manos de las facciones. Los comicios oscilaban entre el fraude mecánico y las batallas entre las máquinas electorales de las distintas facciones. Por otra parte, la lógica guerrera era alimentada por el sistema de “lista completa” que hacía que quien lograra imponerse en la elección obtuviera todos los cargos en disputa.

Desde fines del siglo XIX distintos sectores políticos opositores demandaron medidas que garantizaran el “voto libre” y posibilitaran la representación de una sociedad cada vez más compleja. Desde sus primeros días los socialistas, aunque divididos respecto a la centralidad de la lucha política (Poy, 2014), se colocaron entre quienes reclamaban una reforma electoral, siendo particularmente insistentes en la demanda de mecanismos que permitieran la representación de las minorías. En rigor, los planteos socialistas en esa dirección anteceden a la fundación formal del PS: ya en la reunión de abril de 1894, en la que los clubes Les Egaux, Fascio dei lavoratori y Agrupación Socialista decidieron la formación de un partido socialista, se aprobó un Programa Mínimo, que demandaba la representación de las minorías (Oddone, 1983: 25).

Los debates en torno a la cuestión electoral tomaron un tono más concreto a mediados de 1902, momento en que el Ministro del Interior del gobierno de Julio A. Roca, Joaquín V. González, presentó su proyecto de reforma electoral. Mientras algunos socialistas lo juzgaban como “bueno y hasta excelente” porque consagraba muchas de las aspiraciones en materia de reforma electoral, poniendo al partido en condiciones de aumentar su representación, otros rechazaban el sistema uninominal,² argumentando que no solo no se acercaba a la representación proporcional sino que impedía su posterior implantación. Fue en el clima político y social tenso que seguía a la gran huelga portuaria de noviembre de 1902 y a la posterior sanción de la Ley de Residencia que, bajo estado de sitio, el Congreso Nacional aprobó la reforma electoral. No sorprende entonces que la misma fuera recibida fríamente por la socialistas, quienes denunciaron el modo en que el gobierno roquista diseñaba las circunscripciones, constituía las “juntas de distrito” y fraguaba los padrones electorales. Poco hacía prever que bajo la nueva legislación el PS obtendría su primer representante parlamentario. Sin embargo, en marzo de 1904 Alfredo Palacios fue electo diputado por la 4ª sección

2. Por este sistema cada distrito se dividía en tantas secciones como cargos a llenar y en cada una de ellas se elegía a un candidato por mayoría simple.

electoral, la Boca.³ El siguiente número de *La Vanguardia (LV)*, titula con entusiasmo y espíritu internacionalista: “Victoria Socialista. Las elecciones del 13 de Marzo de 1904, en Buenos Aires han dado a la clase obrera el primer diputado socialista en la América del Sud. ¡Viva el Partido Socialista Internacional!” (*LV*, 19 de marzo de 1904).

A partir de la elección de Palacios se fortalecieron las posiciones de quienes tendían a poner en un lugar central la participación electoral y la acción parlamentaria, al tiempo que aumentaba la exposición pública del PS pero, sobre todo, del mismo Palacios.⁴ Se colocaban así los fundamentos que marcarán la institucionalización del partido en los años que siguen (1905-1910): la centralización del poder organizativo y el predominio de la agitación electoral y la acción parlamentaria. Estos rasgos se pusieron ya de manifiesto en el VII Congreso del PS realizado en 1906, en el que los seguidores de Justo impusieron su posición en la vida partidaria, “invitando” a los simpatizantes de las ideas sindicalistas, entre los que se contaba la conducción de la Unión General de los Trabajadores, a abandonar el partido. Sería también en esos años que comenzaría a plantearse un conflicto tradicional en los partidos socialistas, el que enfrentaba al “núcleo interno” con figuras parlamentarias como la de Palacios. La dinámica partidaria que reforzaba a la vez la centralización y la orientación parlamentaria del partido daría lugar a frecuentes conflictos y duras polémicas –sobre la “cuestión nacional”, la “cuestión religiosa”, sobre las alianzas políticas– que anticipaban la ruptura abierta que seguiría a los éxitos electorales que el PS experimentaría a partir de la sanción de la Ley Sáenz Peña

Hacia la Ley Sáenz Peña

El PS que, como vimos, no había apoyado la implantación del sistema de circunscripciones uninominales para las elecciones de diputados, sí lamentó cuando a mediados de 1905, el gobierno de Manuel Quintana

3. Juan Carlos Torre (2012: 46-47) sostiene que el triunfo de Palacios no se explica sólo por el apoyo de los socialistas o siquiera por el de los liberales y anticlericales italianos de la Boca, que habían hecho explícita la adhesión a su candidatura. Palacios, subraya, obtuvo también la adhesión de los mitristas quienes, sabiendo merced al carácter público del voto que su candidato no tenía posibilidades, concentraron en él sus votos para derrotar al candidato del PAN Marco Avellaneda.

4. La actuación de Palacios se convertiría en el *test* principal de la apuesta del PS por un camino electoral, reformista y parlamentario. Sus intervenciones en la cámara –en oposición a la Ley de Residencia y en pos de leyes como el divorcio, la reducción de la jornada laboral y la implantación de un régimen sobre accidentes de trabajo– recibirán gran cobertura en las páginas de *LV*, que comenzaría a tener una sección permanente dedicada a reseñar los debates parlamentarios.

impulsó su derogación y la vuelta al sistema de lista completa (Castro, 2012: 158). *La Vanguardia* reconocía que “la ley electoral por distrito, resultaba con todos los defectos que se le atribuyen, un positivo adelante en la materia” y afirmaba que lo que debía hacerse era mejorarla “estableciendo el secreto del voto, y hacer efectivas las penas para los infractores”. En lugar de ello, lamentaban, se cambiaba el sistema, volviendo al de lista, sin incorporar tampoco el voto secreto (*LV*, 22 de julio de 1905). Sin embargo la crítica era puntual y no tendría consecuencias, el PS no llevó adelante ninguna acción en defensa de la ley electoral.⁵

Quintana falleció a mediados de 1906. Aunque su sucesor, José Figueroa Alcorta, proclamó insistentemente la necesidad de una reforma electoral, sus propuestas nunca pasaron de proyectos que ni siquiera alcanzaron estado parlamentario. El escepticismo que los socialistas habían mostrado frente a los discursos reformistas de Figueroa Alcorta se mantuvo cuando el candidato que éste impulsó, Roque Sáenz Peña, alcanzó la Presidencia. Los socialistas desconfiaban de Sáenz Peña, tanto por su pasado juarizta como por su filiación católica; pero también rechazaban los puntos centrales del proyecto que, a poco de asumir, el Poder Ejecutivo envió al Parlamento: el sistema de lista incompleta⁶ y el voto obligatorio.⁷ Algunos socialistas pidieron que el PS se movilizara en oposición al sistema de lista incompleta (*LV*, 13 de agosto de 1911) y el CE remitió una nota a la Cámara de Diputados declarando su preferencia por la representación proporcional o, en su defecto, las circunscripciones uninominales (*LV*, 26 de agosto de 1911). Sin embargo a este tono crítico se contrapuso la voz de Justo quien, tal vez temiendo que las críticas confundieran a los socialistas con los que se oponían a toda reforma, respondió a una encuesta de *La Nación* evaluando que la lista incompleta podía tener el efecto positivo de “imponer la concordancia entre las facciones afines” (*LV*, 27 de agosto de 1911). Cuando, a fines de noviembre, la Cámara de Diputados aprobó la lista incompleta, *LV* publicó un editorial que, abriendo la campaña electoral,

5. Probablemente a ello contribuyera la fuerte disputa que en esos días enfrentaba al núcleo justista, tradicionalmente dominante, con el sector “sindicalista” que bregaba por acentuar el perfil obrero del Partido (Belkin, 2007).

6. Por este sistema cada votante podía sufragar sólo por dos tercios de los cargos en disputa lo que, se suponía, haría que la primera fuerza ocupara esos dos tercios a la vez que permitía que los votantes de una segunda fuerza colocara a algunos de sus candidatos para ocupar el tercio restante. En su práctica, como veremos al referirnos a los comicios de 1912, el sistema permitiría que incluso más de dos listas logran hacer elegir a alguno de sus candidatos.

7. El voto obligatorio sería también uno de los principales blancos de la crítica de los sindicalistas quienes encontraban en él una prueba de que las elecciones constituían un engranaje de la dominación burguesa (Belkin, 2013).

señalaba que, más allá de las bondades y defectos de ese sistema, los socialistas debían ser más disciplinados que nunca, ya que las nuevas circunstancias políticas –cambio de sistema electoral, nuevo padrón– les permitirían “contarse” (*LV*, 26 de noviembre de 1911). Aunque el artículo concluía apelando a la decisión de triunfar, la perspectiva de victoria aparecía como lejana y el tono más bien parecía remitir a una revista de las propias fuerzas para futuros combates.

Esta visión pesimista aparecía reforzada por la desconfianza con la que se observaba la otra pieza central del proyecto de reforma: el voto obligatorio. Los socialistas no sólo consideraban que el planteo invertía los términos del problema –si el pueblo no votaba era por falta de cultura y por lo tanto debía desarrollarse ésta antes de empujar a los ciudadanos al comicio– sino que temían lo que consideraban –apoyándose en precedentes belgas, españoles e italianos– como una medida eminentemente conservadora que intentaba diluir el peso de las “minorías avanzadas” con la fuerza “de la opinión chata y rutinaria de las campañas” (*LV*, 16 de agosto de 1911). Pero la sanción del voto obligatorio, aunque negativa, era considerada inevitable (*LV*, 1 de diciembre de 1911). Por eso, grande fue la sorpresa de los socialistas cuando ese mismo 1° de diciembre, el voto obligatorio fue rechazado por la Cámara de Diputados. Desde *LV* se recordaba que para reconsiderar la medida eran necesarios dos tercios de los votos de la comisión, por lo que concluía: “Puede asegurarse, pues, que el voto obligatorio está muerto. Felicitémonos de ello” (*LV*, 2 de diciembre de 1911).

Sin embargo poco duró el júbilo socialista. El 9 de febrero *LV* titulaba “Ya tenemos reforma electoral”, e informaba que habían sido aprobados tanto el sistema de lista incompleta como el voto obligatorio. Con respecto al primero se explicaba que se lo había preferido al voto uninominal, que había sido desechado por “revolucionario”: la oligarquía había pretextado la eliminación de las luchas de los caudillos barriales, pero en el fondo lo que se buscaba era “disminuir las probabilidades de que el PS haga valer sus votos en los distritos obreros, alcanzando resultados que con el sistema adoptado serán más problemáticos”. En lo que hacía al voto obligatorio, que a diferencia de juicios previos era considerado como “lo principal de la nueva ley”, era visto como “un salto al vacío que puede dejarnos malparados” (*LV*, 9 de febrero de 1912). El juicio socialista combinaba clarividencia con cortedad de miras: pronto el voto obligatorio se mostraría sí como “lo principal de la nueva ley” y también como un salto al vacío, pero para su sorpresa, el PS saldría, al menos en el corto plazo, más beneficiado que lo esperado.

2. La Ley Sáenz Peña puesta a prueba

Pocos días después de aprobada la reforma, *LV* estimaba que sus efectos serían escasos. Sostenía que a cinco semanas de las elecciones se observaba “un quietismo enervante” ya que, salvo por la agitación de los socialistas, no se observaba “ningún rasgo de acción cívica por parte de las otras agrupaciones” que mantenían sus inveteradas prácticas, “ese manipuleo de nombres, esas contradanzas y cabildeos (...) para cumplimentar a los amigos, para saciar los apetitos de los cómplices, para ubicar al recomendado”. El diagnóstico concluía con el viejo deseo de los socialistas, la simplificación del sistema político (Martínez Mazzola, 2005): “Urge para el país y para la mayor eficacia de nuestro desenvolvimiento que los grupos sociales adquieran la conciencia de sus intereses políticos”. Hasta el presente, concluía el artículo, sólo lo había hecho la clase obrera a través del PS, en tanto las demás clases sociales, que también eran víctimas de la oligarquía, se resignaban a conceder cobardemente “la carta blanca [...] para que los terratenientes adueñados del gobierno concluyan por extorsión y asfixia con las más elementales manifestaciones de la vida social del pueblo” (*LV*, 23 de febrero de 1912).

Al comenzar la campaña, el escepticismo dejó paso a un discurso que planteaba las ventajas de la nueva situación, subrayando que la mayoría de los nuevos votantes que incorporaría el voto obligatorio eran trabajadores que antes habían estado alejados de las urnas, a los que se instaba a dar su voto a los socialistas que protegerían sus ingresos de los altos impuestos y defenderían sus organizaciones (*LV*, 9 de marzo de 1912). Un tono optimista caracterizaba al manifiesto que el Comité Ejecutivo y el Comité Electoral emitieron el 17 de marzo. Ese optimismo, que los hacía proclamar “conquistaremos, dentro de poco, la Capital Federal”, no aparecía justificado en términos de las nuevas reglas electorales, sino por una larga historia de luchas que, en difíciles circunstancias, había dado lugar a un progreso lento pero firme, “que no da lugar al retroceso”. Con respecto a la reforma, se la calificaba como “de alcances medianos”, y, luego de ponderar el sistema proporcional, se destacaba que con la lista incompleta un gran número de ciudadanos, entre los que imaginaban encontrarse ellos, quedaría sin representación (*LV*, 18 de marzo de 1912). Sin embargo, a dos días de transcurrido el comicio, y ya con los primeros datos del escrutinio, los socialistas comenzaron a entrever el buen resultado obtenido. *LV* subrayaba que a partir de ese momento “el Partido Socialista tiene conquistada la más alta personería política, negada hasta ahora tácitamente por los bandos oligárquicos”. Al finalizar el escrutinio provisional, el PS obtuvo dos bancas, junto a

ocho radicales, Luis Drago de la Unión Cívica y Estanislao Zeballos de la Unión Nacional.

El éxito electoral, que había permitido la llegada al Parlamento de dos diputados socialistas, modificaba el lugar del PS en el sistema político, así como las tareas que debía llevar adelante. Tal era el argumento del editorial que abría el número especial que *LV* publicó el 1° de mayo, que explicaba que en el acto de ese día se festejaba, junto al Día del Trabajo, “la consagración del socialismo como fuerza política positiva”, la única en un país que empezaba a aprender los primeros pasos de la democracia. La enumeración de las distintas etapas de desarrollo del partido –sus primeros pasos donde su insignificancia se perdía “en la inmensidad de la Babel cosmopolita”, el primer jalón obtenido con el triunfo “con pocos centenares de votos” de Palacios en 1904– brindaba el marco para subrayar el modo en que había variado su “posición”, y convocar a las filas socialistas. Pero esta convocatoria dejaba ver un nuevo desafío: la fuerza interna del partido, su militancia, debía acompañar el súbito crecimiento de su “fuerza externa, la influencia socialista en el pueblo”, expresada en las recientes elecciones.

Pronto los efectos de la Ley Sáenz Peña fueron testeados nuevamente: los resultados responderían, al menos por el momento, a las expectativas socialistas. En marzo de 1913 tuvieron lugar nuevas elecciones nacionales, convocadas para llenar dos bancas de diputados y una de senador por la Capital. En las elecciones de diputados Nicolás Repetto y Mario Bravo obtuvieron más de 48.000 votos, aventajando cómodamente al radical Lauro Lagos que con algo más de 30.000 obtuvo la tercera banca. En la elección de senadores, Enrique Del Valle Iberlucea recibió 41.484 votos contra 30.748 de Leopoldo Melo de la UCR. Al conocerse los primeros cómputos, *LV* explicaba que el “ruidoso triunfo” del PS daba cuenta del “camino progresivo” que el electorado de la Capital había recorrido en tan solo un año bajo la influencia de “la fecunda y brillante acción parlamentaria de los diputados socialistas” (*LV*, 1 de abril de 1913). El triunfo socialista fue shockeante tanto para las fuerzas políticas tradicionales –Carlos Ibarguren daba cuenta del “pánico” que se había manifestado en una reunión de senadores conservadores a la que había expresado su solidaridad el único senador radical, José Camilo Crotto– como para los “grandes diarios”. *La Prensa* consideraba que el resultado mostraba lo aventurado de las reformas de Sáenz Peña y Gómez, y planteaba la necesidad de volver atrás con las reformas; *La Nación* criticaba el voto a una fuerza formada por extranjeros, para luego consolarse con el argumento de que el triunfo no se debía al voto socialista sino al del electorado independiente y conservador, tendencialmente cívico. En el caso del radicalismo, la derrota derivó en un recrudescimiento del discurso anti-extranjero –que adoptaba un

argumento similar al empleado por *La Nación*– y en la denuncia, por parte de su Comité Nacional,

de una siniestra conjuración tramada por el régimen imperante en el país, que en la imposibilidad de realizar aquí los fraudes y las agresiones puestos en juego en el interior de la república, no ha vacilado en prestar su concurso a una secta, compuesta en su mayor parte de extranjeros sistemáticamente enemigos de todo bien común. (Citado en Garguin, 1999: 168)

Estos argumentos fueron descartados por los socialistas –considerándolos “fantásticos y absurdos”, fruto del temor y el criterio trastornado de mucha gente, entre ellos los redactores de los grandes diarios (*LV*, 3 de abril de 1913)– que explicaban que además de los votos tradicionalmente socialistas habían recibido los de “los electores que no pertenecían a ningún partido [...] y que han adquirido bastante experiencia para emplear sus sufragios inteligentemente”, y los de la legión de “ciudadanos desencantados con el radicalismo, que ante la esterilidad de sus representantes parlamentarios han decidido retirarles su apoyo” (*LV*, 9 de abril de 1913). Estas explicaciones fueron compartidas por otros observadores de la época, como los miembros de la *Revista Argentina de Ciencia Política*, en particular por su director Rodolfo Rivarola, que adjudicó el triunfo a la existencia de un voto independiente que se había orientado, en esta ocasión, principalmente hacia los socialistas.

Como había sucedido en 1913, los comicios de renovación parlamentaria realizados en la ciudad de Buenos Aires en marzo de 1914, produjeron un nuevo triunfo del PS cuyos candidatos obtuvieron más de 40.000 votos y siete bancas. Los radicales ganaron las tres restantes, mientras que cívicos y constitucionales no obtuvieron representantes. Después de las elecciones, la animadversión que había caracterizado las relaciones entre socialistas y radicales durante la campaña electoral se acentuó. Por otro lado, el crecimiento del bloque parlamentario, que permitía a los socialistas abrigar fuertes expectativas con respecto al “año parlamentario” que estaba por abrirse, no hacía más que acentuar la importante cuestión de las relaciones con un radicalismo que también se había fortalecido por sus recientes triunfos en las elecciones del interior del país. En ocasiones los socialistas trazaban un paralelo positivo entre ambas fuerzas en crecimiento; es el caso de un editorial de *LV* que, planteando un elogio del radicalismo, sostenía que en las últimas elecciones “y al amparo de la nueva ley electoral” se había dado una polarización del “espíritu público” en torno de agrupaciones que representaban, aunque fuera “a medias” como en el caso radical, “una verdad y un principio”, quedando atrás “la vieja oligarquía” (*LV*, 18 de abril de 1914).

3. Los dolores del crecimiento

A sólo dos años de sancionada la Ley Sáenz Peña, el PS se había impuesto en dos elecciones en la Capital Federal. Sus votos se habían quintuplicado con respecto a la última elección previa a la reforma electoral,⁸ y tenía nueve diputados y un senador nacional.

Pero no todas eran rosas. Si bien el partido crecía, su crecimiento organizacional era desperejo y centrado en la Capital –de los 72 centros representados al congreso de Rosario sólo 13 estaban ubicados en el interior del país–. Por otro lado, aunque el número de centros porteños se había duplicado, el número de votantes había crecido a un ritmo mucho mayor. Un editorial de *La Vanguardia* pasaba revista a los resultados electorales y al aumento de la representación parlamentaria del PS, señalando que si bien el número de centros socialistas también había crecido –“la media docena de agrupaciones con que se constituyó, encerradas en los límites de la capital, se han multiplicado hasta llegar hoy a 110, por todas las regiones del país”–, era necesario confesar que estaba lejos de corresponderse con los 55.240 votos obtenidos por el partido en las últimas elecciones. A continuación señalaba que, aunque el objetivo inmediato no era alcanzar la relación de 5 a 1 entre número de votos y de afiliados que tenían los partidos socialistas más sólidos, era necesario profundizar “la organización del pueblo” y para ello se debía intensificar “la propaganda ‘por la organización’” (LV, 15 de mayo de 1914).

Como había sucedido con sus “hermanos mayores” europeos, el ingreso a la política de masas acentuaba la diferenciación entre votantes y militantes socialistas. Esta diferenciación, a pesar del esfuerzo de la conducción partidaria por mantener satisfechas a las dos bases sociales, no dejaría de ocasionar conflictos, particularmente por las tensiones que generaría la búsqueda de *aggiornar* al partido para obtener nuevos éxitos electorales, que haría surgir la resistencia de núcleos de militantes que sostenían posturas más “obreras”, “revolucionarias” e “internacionalistas”, que eran acompañados por buena parte de la militancia gremial y juvenil del PS.⁹

8. Palacios, el candidato más votado del PS en las elecciones de diputados nacionales por la Capital Federal, había obtenido menos de 8.000 votos; en cambio, en las elecciones de marzo de 1914, el menos carismático Repetto recibió casi 45.000 votos.

9. Quienes sostenían estas posiciones, presentes desde los primeros días del PS, y que en 1912 habían establecido un primer núcleo organizativo con la fundación del Centro de Estudios Sociales Carlos Marx y la publicación del periódico *Palabra Socialista* (Corbière, 1984: 16-17), afianzarían su peso en la estructura partidaria con la creación del Comité de Propaganda Gremial. Pocos días antes de la realización del XIIº Congreso del PS en Rosario se reunieron en el Centro Socialista de la Sección

El número especial que *LV* publicó el 1° de mayo posterior a las elecciones de 1914 daba prueba clara de este intento por interpelar a la base electoral más amplia que había dado al PS los recientes triunfos electorales. Se abría con un artículo en el que José Rouco Oliva explicaba que, si a cada conmemoración del 1° de mayo los socialistas le asignaban un motivo especial, ligado con cuestiones de la hora que acompañaban a su significado propio y permanente, el tema de este año no podía ser más que la celebración del triunfo socialista y el afianzamiento de la libertad electoral que implicaba. Este carácter doble de la fecha era reafirmado por el editorial impreso a continuación que explicaba que ese día era para los socialistas de la Argentina “el día del Trabajo y la Democracia”, subrayando, ante las posibles prevenciones, que compartían “con el proletariado mundial, los anhelos comunes, las mismas ansias de reivindicaciones generales, la misma esperanza en un régimen mejor”, pero a la vez afirmando “el carácter nacional e histórico de nuestro movimiento”. El artículo concluía haciendo fe de un “nacionalismo inteligente y sano”, alejado del “raro patriotismo” de quienes honraban a la patria sólo en sus símbolos fríos y en su pasado “oscuro y turbulento” y de los gobiernos que con sus “excesos militaristas” arrancaban del hogar y el trabajo a los jóvenes para llevarlos al sacrificio (*LV*, 1 de mayo de 1914).

En la misma línea se ubicaba el artículo de Francisco Dagnino, que reproducía un poema del líder socialista Emilo Frugoni dirigido “a la plebe gaucha”, planteando explícitamente la necesidad de disputar el monopolio que sobre el tema habían tenido “los patriotas de última hora” y un conjunto de “periodistas y poetastros” –cabe recordar que pocos meses atrás Lugones había dado sus célebres conferencias sobre el Martín Fierro como clave de la identidad nacional–, que habían convertido “el tópico campero” en el “simbólico estandarte siniestro de un patriotismo de pacotilla”. Dagnino explicaba que la patria y la nacionalidad sólo serían protegidas “cuando los pobres y los desamparados auténticos –el gaucho entre ellos– sean admitidos de verdad, y no con lírica hipócrita,

12ª los delegados de 22 centros socialistas de Capital Federal y el Gran Buenos Aires, para crear un organismo que tuviera por objeto “constituir sindicatos gremiales entre los obreros de un mismo oficio que aún no estén organizados en sociedad; intensificar la propaganda gremial [...]; uniformar las organizaciones a constituir y las ya existentes mediante una eficaz y positiva reglamentación (citado en Camarero y Schneider 1991: 78-79). A pesar de no cuestionar explícitamente la línea partidaria con respecto a las organizaciones gremiales, la acción del Comité de Propaganda Gremial sería percibida como una amenaza por la dirección partidaria, que no sólo no le daría apoyo sino que aún, como señalan Camarero y Schneider (1991), abriría las páginas de *LV* para que el dirigente sindicalista Marotta cuestionara las posiciones adoptadas por el agrupamiento gremial socialista.

a formar parte de esa sociabilidad argentina". El planteo concluía con una afirmación fuertemente iluminista: "A los gauchos, a los proletarios del campo, debemos enseñarles que, a fuer de héroes se puede y es más útil ser ciudadanos conscientes" (*LV*, 1 de mayo de 1914).

Pero el esfuerzo por destacar el carácter "nacional" del socialismo no obedecía solamente a una discusión general con los ideólogos nacionalistas, sino a los rumores acerca de la formación de un "socialismo nacional". Esto lo hacía explícito un artículo, también de Francisco Dagnino que, abandonando su tradicional preocupación por cuestiones literarias, subrayaba que la constitución de tal fuerza no tenía sentido debido a que el PS ya era "el único partido auténtica y genuinamente nacional" por ser quien, despreciando "la charla patriota por inconcluyente", impulsaba el movimiento político moderno y suscitaba esperanzas "en todas las clases populares". Como vemos, el énfasis en el carácter nacional del partido se ligaba con una redefinición de aquéllos a quienes se dirigía: luego de la aprobación de la Ley Sáenz Peña, los socialistas tendían a interpelar menos al proletariado y más a un "pueblo" de carácter más indefinido (*LV*, 14 de mayo de 1914).

El XII Congreso del PS

Como dijimos, estas transformaciones –no sólo las identitarias ligadas a la adopción de un discurso menos obrero y más "nacionalista", sino también las organizativas relacionadas con las necesidades de una estructura en rápido crecimiento– no dejaban de suscitar resistencias en las filas partidarias, las que, se temía, podían estallar en el XII Congreso que tendría lugar en Rosario a fines de mayo. El primer gesto de la dirección partidaria para evitar estos conflictos fue la apelación al viejo tópico que enfatizaba la necesidad de centrarse en cuestiones concretas y no en debates doctrinarios y, con ese fin, instar a los centros a elegir "sus delegados de entre sus hombres más experimentados, más capaces y de mayor confianza" (*LV*, 5 de mayo de 1914). Días después la cuestión parecía hacerse más profunda al discutirse ya no la elección de los delegados sino el mandato que los mismos llevarían al congreso, señalando que, si la noción de un mandato imperativo siempre había sido absurda, en ese momento era del todo "inadmisible". Y pasaba a explicarse que la "libertad de juicio" era particularmente necesaria en momentos en que el crecimiento del partido planteaba condiciones nuevas y más complejas a la acción socialista, lo que imponía la necesidad de centralizar su dirección. Podemos ver que la libertad de los representantes no se planteaba en nombre de la libertad individual sino de la centralización partidaria, la que, sostenía la dirección de *LV*, se vería bloqueada si los delegados en el congreso no pudieran acordar distanciándose de lo decidido en los centros (*LV*, 8 de mayo de 1914).

Otra cuestión relacionada con el fortalecimiento electoral, que también ponía de manifiesto las tensiones que el crecimiento generaba en una fuerza que hasta poco tiempo antes no accedía a cargos públicos, era la de la incompatibilidad entre cargos partidarios y cargos electivos. *LV* señalaba que, aunque eran comprensibles las desconfianzas hacia una excesiva centralización, las mismas no debían llevar a temer que en el PS se entronizara “una especie de oligarquía que, en un partido de libre discusión y de contralor riguroso como el nuestro, no tendría medios de mantenerse, ni objeto que llenar”. Indicaba que las “falsas incompatibilidades” que se deseaba imponer no tenían objeto y que, en cambio, implicaban “un agravio para muchos hombres insospechables en su independencia de carácter”. El diario socialista planteaba que aunque podía tener sentido estar alerta ante “los elementos que hoy o mañana por sus tocamientos con el gobierno, pueden comprometer la independencia del partido”, el PS nada podía ganar “disminuyendo a los hombres que lo sirven por entero y que por su misma situación social clara y definida pueden merecer mayor confianza”. El Editorial sostenía que la discusión nacía de una falsa concepción que parecía considerar que el CE debía “fiscalizar inquisitorialmente [...] a la redacción del diario” y que el salario pagado por el PS tenía un poder de corrupción mayor que el recibido de un patrón o del Estado (*LV*, 21 de mayo de 1914). Este último comentario marcaba el punto en el que la cuestión de las incompatibilidades se tocaba con otro tema que también afectaba las tradiciones partidarias: el de la existencia de funcionarios rentados. Frente a ello, se apelaba a los ejemplos del socialismo francés y alemán para sostener que “nadie podría tomar a mal que el partido (pagara) a quienes absorbe su tiempo, impidiéndole entregarse a otras tareas” (*LV*, 21 de mayo de 1914).

Más allá de las prevenciones, los conflictos internos ocuparon la mayor parte de las consideraciones del congreso. Ya al comienzo, se vivió un clima de tensión cuando, retomando la cuestión de la incompatibilidad entre cargos partidarios y cargos electivos, la candidatura de Justo a la presidencia del congreso fue resistida por un sector que sostenía que el cargo no debía recaer en un legislador sino en un simple delegado. Justo finalmente se impuso, aunque más de un tercio de los delegados votó por el delegado de 25 de Mayo Román Rodríguez de Vicente, y al ocupar la presidencia dio un discurso reconociendo que el crecimiento electoral experimentado por el partido implicaba mayores responsabilidades y también nuevos riesgos: “Puede asaltarnos el peligro de las ambiciones personales, puede la preocupación del éxito inmediato tender a desviar nuestro juicio” (*LV*, 26 de mayo de 1914).¹⁰

10. Una prueba de esos temores la encontramos en la decisión del CE de crear un

La discusión del informe en el que el CE daba cuenta de lo actuado por el PS en los años recientes dejó ver que buena parte de las tensiones remitían a las prácticas electorales de un partido en crecimiento, que participaba de comicios más allá del ámbito porteño. Así, la participación de los socialistas de Santiago del Estero en una lista que, bajo el nombre de “Comité del Pueblo”, los unía con fracciones de la oligarquía local mereció una condena que no sólo se dirigía al Centro Socialista santiagueño sino también al CE, al que se instaba a que en el futuro vigilara más de cerca la conducta política de las agrupaciones adheridas. También suscitó discusiones el pedido de Ramón Morey, dirigente del socialismo mendocino que recientemente había sido electo como legislador provincial, de una subvención para poder desempeñar un cargo que, a diferencia de los legisladores, no recibía dieta. La propuesta recibió resistencias por parte de quienes, como el militante del Comité de Propaganda Gremial Pedro Zibecchi, consideraban que no se trataría de una subvención sino de una simple retribución por su labor militante. Finalmente la cuestión sería saldada por un mecanismo indirecto: el nombramiento de Morey como corresponsal a sueldo de LV (LV, 26 de mayo de 1914).

Pero la disputa excedía los casos locales, ello se hizo manifiesto al discutirse la creación de una Secretaría Electoral impulsada por el CE. Mientras algunos centros negaban la necesidad de crear ese cargo y otros argumentaban que el monto que la conducción había destinado para quién lo ocupara era excesivo, Zibecchi iba más allá discutiendo las atribuciones que tomaba para sí el CE al crear un cargo –e incluso nombrar como su ocupante a Marcelino Folgar– sin aval del Congreso partidario. Ante las críticas hizo uso de la palabra el Secretario General del PS Antonio de Tomaso quien buscó dar cuenta de la necesidad del cargo afirmando:

La función crea el órgano. La actividad electoral del Partido ha crecido enormemente, por eso el C.E., que según los estatutos debe ejercer la función de vigilancia de las elecciones, ha decidido crear este órgano que será de gran importancia para el estudio de las situaciones políticas. (LV, 26 de mayo de 1914)

Las palabras de De Tomaso no lograron calmar las dudas de quienes

“formulario” que debían firmar todos aquellos que solicitaran el ingreso al PS. El nuevo afiliado, además de aportar datos personales, familiares y de “estado político”, debía declarar “conocer y aceptar la declaración de principios, el programa mínimo y el estatuto del Partido”. El formulario era enviado al Comité Ejecutivo y solo cuando éste hallaba que no había ningún inconveniente se incorporaba al nuevo afiliado (LV, 24 de mayo de 1914).

objetaban la medida: el congreso rechazó la moción que disponía la creación del cargo de Secretario Electoral y le fijaba una renta. Como podemos ver, no todos en el PS aceptaban la centralidad que la dirección partidaria daba a la cuestión electoral. Prueba de ello sería la protesta, que militantes gremiales como Zibecchi y Martín Casaretto hicieron oír en el congreso, respecto de la brevedad del apartado del informe del CE atinente al movimiento obrero (*LV*, 26 de mayo de 1914).

Pero si uno de los focos de tensión enfrentaba a la conducción del PS con la izquierda partidaria, que cuestionaba el abandono de lo gremial y la obsesión con los comicios, otro se hallaba en la figura de quien siempre había sido la principal baza electoral del PS, Alfredo Palacios. El legislador sufrió la condena por haber votado a favor de un proyecto de intervención a la Provincia de Salta, adoptando una postura contraria a la definida por el bloque socialista. En su descargo, Palacios dijo que se trataba de la única ocasión en que había actuado sin consultar a sus compañeros de bloque. Justo le respondió citando otras “indisciplinas” y trazando una evaluación general de su actuación general: dijo que Palacios, de cuyo talento no dudaba, siempre se había encontrado “en una situación especial dentro del partido; siendo diputado, nunca asistió a las reuniones del CE; asistió poco o como quiso a las reuniones del grupo parlamentario, y contra la mayoría de éste mantuvo inconvencible su opinión sobre las elecciones de Buenos Aires”. Y terminó declarando “si el congreso quiere juzgar...que juzgue y condene a quien no está dentro de la disciplina” (26 de mayo de 1914). Aunque Palacios negó que hubiera habido indisciplina de su parte, su actuación recibió fuertes críticas. Probablemente las más duras, por prever la posible separación del legislador socialista, fueron las de Enrique Dickmann quien señaló que, lo mismo que el legislador cuestionado, él era un hombre de honor pero que, como hombre libre, acataba las resoluciones de la mayoría: “Si no puedo acatar una resolución me retiro del partido. Mientras esté en él, acataré sus resoluciones”. Puesta a votación la moción de censura, obtuvo una rotunda mayoría, 2.878 votos contra 151. De mayores consecuencias fue la aprobación por el congreso de un artículo del Estatuto partidario que fijaba mayores obligaciones a los miembros del grupo parlamentario (*LV*, 26 de mayo de 1914).

Otro punto de tensión entre Palacios y la dirección del PS surgió de la moción, planteada por el legislador socialista, proponiendo que se permitiera que el PS concurriera a sus actos y demostraciones llevando no sólo la bandera roja sino también la argentina. Mientras sectores de la izquierda del PS, como Pedro Zibecchi, rechazaron la propuesta, la conducción partidaria consideró inoportuno abordar un debate que tocaba un punto frágil para la unidad partidaria, “la cuestión nacional”. Finalmente, ante voces que consideraban que el tema debía remitirse a

los centros y a un voto general, se decidió “aplazar” la moción (*LV*, 26 de mayo de 1914).

Pero el punto de mayor conflicto se asociaba con la cuestión del duelo, de vieja data y que antes del congreso había sido reactivada por el frustrado lance entre Palacios y Manuel Ugarte en 1913. Aunque el duelo no llegó a realizarse, Ugarte, quien en esos días enfrentaba públicamente al PS por su posición respecto de la “cuestión nacional”, fue separado del PS; el caso de Palacios, en cambio, había sido remitido al congreso partidario por su carácter de representante parlamentario. En el congreso la actitud de Palacios recibió duras críticas, aunque, en consideración a su trayectoria y a su papel de diputado la cláusula que prohibía los duelos fue eliminada. Se hizo pública sin embargo una fuerte censura a su actitud, lo que derivó en que, ante un nuevo duelo de Palacios a solo semanas del congreso, el CE llamara a un voto general que restauró la cláusula. Finalmente un nuevo duelo pautado a mediados de 1915 llevaría a la expulsión del legislador.¹¹

Días después, Palacios habló en la Cámara de Diputados, declarando su profunda fe socialista y su orgullo por haber sido el primer representante del PS en el Parlamento, y renunció a su banca. La renuncia fue rechazada por la mayoría de los representantes y también por los diputados socialistas, quienes juzgaban, como afirmaba Enrique Dickmann, que más allá de la disidencia sobre el honor, Palacios era “un Diputado útil para el pueblo que lo ha elegido y [...] un aliado natural, tal vez nuestro único aliado en el recinto de la Honorable Cámara”. Sin embargo, Palacios insistió con su solicitud, la que finalmente fue aceptada; el primer diputado socialista abandonaba la Cámara, y aunque trataría de regresar, los votos que obtendría como candidato del recién fundado Partido Socialista Argentino (PSA) serían insuficientes.

Reflexiones finales

A comienzos de 1915, y en un editorial de *LV*, Enrique Dickmann reconocía que la “rápida y casi inesperada expansión” que el PS había experimentado a partir de la sanción de la Ley Saénz Peña había hecho surgir una nueva serie de problemas en el seno del partido. La fuente de algunos de ellos se hallaba en el exterior, en la “prensa rica” que había reemplazado su política de silencio respecto al PS por crónicas y editoriales tendenciosos que intrigaban y plantaban cizaña con el fin de suscitar disputas en las filas socialistas. Pero Dickmann reconocía que a esas acciones se sumaba un cambio en el propio PS: ya no se trataba de un “grupito” insignificante, más preocupado por cuestiones teóricas

11. Sólo retornaría al Parlamento en los años 30, luego de su regreso a las filas del PS.

que prácticas en el que todos formaban “una especie de familia socialista con sus virtudes y defectos en íntima comunión ética y mental” y en la que no había “puestos de figuración y provecho” porque todo era abnegación y sacrificio. Las palabras de Dickmann dejaban ver una fuerte desconfianza respecto a las ambiciones que el crecimiento electoral podía despertar. Ante ello, el dirigente socialista apela a un expediente tranquilizador comparando la situación del PS con la de “algunos organismos jóvenes que de repente crecen y se estiran con exceso, produciendo fiebres, dolores, malestares vagos e indefinidos [...] fenómenos pasajeros consecuencia de un ritmo acelerado en el crecimiento, y que paran con la consolidación y robustez del organismo” (LV, 7 de febrero de 1915). La analogía médica, al ligar los problemas a los efectos temporarios de un proceso evolutivo, parecía ofrecer una mirada tranquilizadora. Y, sin embargo, las palabras de Dickmann translucían cierta urgencia por el “peligro” que, si no primaba la serenidad, los triunfos podían traer consigo. Ante ello la salida, usual entre los socialistas era la apelación a la “conciencia”, al saber que permitiría al socialismo “conocer los obstáculos que puede encontrar y los peligros que lo amenazan, para prevenirlos y evitarlos a tiempo” (7 de febrero de 1915).

Más allá de las previsiones de Dickmann, el PS no sortearía fácilmente los peligros y desafíos nacidos del fuerte crecimiento que había experimentado a partir de la sanción de la Ley Sáenz Peña. Los éxitos electorales llevaron al refuerzo de la dimensión electoral de la práctica socialista, lo que ya había sucedido en 1904 con la elección de Palacios, y al aportar una nutrida representación parlamentaria, contribuyeron a consolidar al grupo parlamentario socialista como un importante foco de poder dentro del partido. Ese peso se pondría en evidencia con particular nitidez en 1917 cuando, al poner en juego sus bancas, los miembros del grupo parlamentario lograron torcer la decisión contraria a la ruptura de relaciones con Alemania, adoptada meses antes en un III Congreso Extraordinario. Los sectores de izquierda que sostenían las posiciones adoptadas en el congreso serían expulsados y poco tiempo después fundarían el Partido Socialista Internacional (Campioni, 2005). Por otra parte, y como vimos, la existencia de un bloque numeroso cambiaba la dinámica al interior del grupo parlamentario socialista reforzando el peso de lo colectivo sobre figuras individuales como Palacios, las que deberían disciplinarse o ser expulsadas.

Pero en la expulsión de Palacios jugó también otro factor: el aumento de escala de la movilización política, como consecuencia del crecimiento de la participación electoral que trajo consigo el voto obligatorio implantado por la Ley Sáenz Peña, lo que favoreció el reemplazo de los “partidos de notables” por los “partidos de masas”. En el caso del PS, además de conducir al desarrollo de una módica burocracia y,

con ella, al afianzamiento del poder de la dirección partidaria *vis-à-vis* los distintos sectores disidentes, ese carácter masivo de las elecciones, unido al mantenimiento de un sistema de “lista”, aunque incompleta, hizo que aquellos que cuestionaban a la dirección del partido que, en nombre de la disciplina y la unidad partidaria relegaba toda posición disidente, tuvieran menos recursos para enfrentarla. Y ello porque, como señala Panebianco (1990), la mayor parte de los simpatizantes se identifican con el partido y no con un sector, manteniendo fidelidad ante el mismo y ante los líderes que representan el signo visible de la identidad partidaria. Esto se haría claro cuando, ya expulsado del PS, Alfredo Palacios, el más popular de los dirigentes socialistas, fracasara en su intento de retornar a la Cámara por un recién fundado Partido Socialista Argentino. Finalmente ni “socialistas argentinos” ni, a pesar de contar con un caudal mucho más amplio de militantes socialistas, “socialistas internacionales” lograrían arrastrar una parte considerable del voto socialista.¹²

Finalmente, la Ley Sáenz Peña tuvo consecuencias importantes en la organización del PS por una tercera vía, más indirecta. Al colocar al PS en una posición más relevante dentro del sistema político, y al darle una representación parlamentaria relevante, obligó a los socialistas a tomar un papel activo en cuestiones que podían dividir a las propias filas, e incluso a los miembros del grupo parlamentario.¹³ Una de las cuestiones clave de la política de la época, la de las intervenciones provinciales, tensaría la relación entre Palacios y el resto de sus compañeros de bloque para ser luego el detonante de la ruptura de los socialistas independientes (Martínez Mazzola, 2011); otra, la de la actitud ante la Gran Guerra, dispararía la ruptura de los “internacionalistas”.

Bibliografía

Belkin, Alejandro (2007), *Sobre los orígenes del sindicalismo revolucionario en Argentina*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.

12. En todo caso, y dado el importante núcleo de dirigentes gremiales y juveniles que participaron de la ruptura “internacionalista”, una de sus principales consecuencias sería acentuar aún más la importancia de lo electoral en la vida del PS.

13. El vínculo entre partido socialista y grupo parlamentario constituye un problema en muchos partidos socialistas. Como señala Noëlline Castagnez (2006) respecto al socialismo francés, la tensión entre una fuerza que hace un culto de la disciplina partidaria y su bloque parlamentario suele acentuarse cuando el crecimiento del número del grupo de parlamentarios socialistas los coloca en una posición más importante dentro del sistema político, empujándolos a posicionarse en cuestiones que van más allá de la defensa de la clase obrera.

- (2013), “La crítica del sindicalismo revolucionario al parlamentarismo”, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, n° 3, septiembre.
- Camarero, Hernán y Alejandro Schneider (1991), *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires: CEAL.
- Campione, Daniel (2005), *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires; Ediciones del CCC.
- Castagnez, Noëlline (2006), “Discipline partisane et indisciplines parlementaires”, *Parlement (s), Revue d’histoire politique*, 2006, n°6, pp.4 y 40-56.
- Castro, Martín (2012), *El ocaso de la república oligárquica. Poder, política y reforma electoral (1898-1912)*, Buenos Aires: Edhasa.
- Corbière, Emilio (1984), *Orígenes del comunismo argentino*, Buenos Aires: CEAL.
- Garguin, Enrique (1999), “La marea roja. El triunfo socialista en las elecciones porteñas de 1912”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, N° 6, La Plata, pp. 147-181.
- Martínez Mazzola, Ricardo (2005), “Entre radicales, roquistas y pellegrinistas. El Partido Socialista durante la segunda presidencia de Roca (1898-1904)”, en Hernán Camarero y Carlos Herrera (comps.) *El Partido Socialista en Argentina. Sociedad, política e ideas a través de un siglo*, Buenos Aires: Prometeo, pp.75-96.
- (2011), “Entre la autonomía y la voluntad de poder. El proyecto de intervención a la Provincia de Buenos Aires y la ruptura del PS en 1927”, en *Sociohistórica. Cuadernos del CISH*, n° 28, La Plata, pp.77-107.
- Oddone, Jacinto (1983), *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires: CEAL.
- Panebianco, Angelo (1990), *Modelos de partido. Organización y poder en los partidos políticos*, Madrid, Alianza.
- Poy, Lucas (2014), *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Scherlis, Gerardo (2005), “El PS y la reforma electoral de 1912”, en Mario Justo López (comp.) *De la república oligárquica a la república democrática. Estudio sobre la reforma política de Roque Sáenz Peña*, Buenos Aires: Lumiere, pp. 418-483.
- Torre, Juan Carlos (2012), “El primer triunfo socialista”, en Juan Carlos Torre, *Ensayos sobre movimiento obrero y peronismo*, Buenos Aires: Siglo XXI.

* * *

Título: Temporary Ills? The Partido Socialista in face of Sáenz Peña Law’s consequences

Resumen: En este artículo nos proponemos dar cuenta del impacto de la Ley Sáenz Peña, que ampliaba el universo de participación política, sobre la orga-

nización y la vida interna del Partido Socialista (PS). Comenzaremos pasando revista a las posiciones del PS en los debates que condujeron a la sanción de la Ley Sáenz Peña. A continuación abordamos el modo en que fueron recibidos los, sorprendentemente positivos, resultados socialistas en las elecciones porteñas que siguieron a la sanción de la reforma electoral. En tercer lugar, y centrándonos en el XII Congreso del PS, realizado en 1914, analizamos el modo en que los propios socialistas percibieron los desafíos nacidos del crecimiento experimentado por el partido a partir de la sanción de la nueva legislación electoral. Concluimos planteando algunos argumentos más generales respecto a los desafíos a los que los socialistas se vieron sometidos a partir de la vigencia de la Ley Sáenz Peña.

Palabras clave: Partido Socialista – Reforma electoral – Cuestión nacional – Partidos Políticos

Abstract: In this article we propose to account for the impact of Sáenz Peña Law, which extended the universe of political participation, on the organization and internal life of the Partido Socialista (PS). We begin by reviewing the positions of the PS in the discussions that led to the enactment of the Saenz Peña Law. Here we address the way in which the surprisingly positive socialist results were received in the Buenos Aires elections that followed the passage of the electoral reform. Third, and focusing on the PS's XIIth Congress, held in 1914, we analyze how the socialists themselves perceived the challenges born from the growth experienced by the party after the enactment of the new electoral law. We conclude by considering some more general arguments regarding the challenges that the Socialists were under, from the effective date of the Sáenz Peña Law.

Keywords: Partido Socialista – Electoral reform – National Question – Political Parties

Recepción: 31 de enero de 2015. **Aprobación:** 28 de febrero de 2015.

El socialismo argentino frente a Enrico Ferri

Carlos Miguel Herrera

Universidad de Cergy-Pontoise
Carlos.Herrera@u-cergy.fr

La relación de Enrico Ferri (1856-1929) con el socialismo argentino ha quedado reducida a la polémica que lo enfrentara con Juan B. Justo sobre la razón de ser de un partido socialista en un país rural, al punto que sólo se ha insistido mayormente en su primer viaje, de julio a octubre de 1908 –algunos trabajos historiográficos parecen hasta ignorar la existencia de una segunda visita, acaecida poco después del Centenario (Crovetto, 1988)–. Incluso, la célebre controversia con Justo se redujo al análisis de textos, sin detenerse siquiera en sus circunstancias históricas.¹

Los viajes de Ferri se desarrollan en un contexto de transformaciones para el país, tanto en el plano social como político. Buena parte de su “éxito” puede explicarse por una posición, la suya, que permite canalizar las preocupaciones que atraviesan las elites burguesas más avanzadas de la época en torno a la cuestión social. Y el visitante no se priva de enlazar en sus intervenciones tres problemas: la cuestión social, la nueva concepción jurídica y finalmente, el proyecto socialista, una trama que ya había aparecido en su libro de 1894, *Socialismo e scienza positiva*.² Su propio perfil, como dirigente socialista y profesor universitario, facilitaba la articulación de un discurso complejo, pero donde se adivinan ya las fallas y tensiones que estallarán en su propia biografía a fines de la década.

Este trabajo retoma el análisis de su disputa con el socialismo argentino. No se trata tan sólo de ofrecer una mejor reconstrucción de su contexto: la polémica revela dos aspectos que superan la controversia

1. Como en otros temas de la historia del PS, parte de este reduccionismo se debió a la propia actitud del partido, que hará una larga promoción de la respuesta de Justo, al punto de incluir el texto de Ferri en las obras completas de aquél.

2. La obra había conocido dos ediciones en español.

y sus entretelones. Por un lado, la evolución de las ideas de Ferri –y de una franja importante del socialismo europeo– hacia posturas nacionales y reformistas; de algún modo, sus posiciones en Argentina son reveladoras de su propia evolución política. Por el otro, la reacción del socialismo argentino, menos homogénea de lo que ha podido creerse, deja al descubierto las tensiones que están atravesando al PS en un momento clave de su historia, y que la aplicación de la ley Sáenz Peña terminará consolidando en una dirección precisa.

1. El primer viaje de Ferri o la razón de ser del socialismo argentino

Ferri desembarca en Buenos Aires el 18 de julio de 1908. El entusiasmo que rodea su llegada trasciende su afiliación socialista, y las iniciativas para agasajarlo son numerosas, en particular en los círculos intelectuales y juveniles. El diputado italiano es visto ante todo como un agente de la cultura europea e italiana, un “sabio”, presentado la más de las veces como un “eminente sociólogo”, portador de los últimos desarrollos del conocimiento social. Latinidad y ciencia son las principales coordenadas de su derrotero antes que su identidad partidaria.

El socialismo argentino, empero, no podía menos que participar y fomentar ese entusiasmo, ya que se trataba del primer dirigente socialista europeo de renombre que visitaba estas tierras.³ *La Vanguardia* acogía al viajero con una prometeica semblanza de su vida en su portada, ilustrada no sólo por su fotografía –un tanto antigua– en gran tamaño, sino también con las imágenes de sus tres hijos. Casi todos los miembros del Comité Ejecutivo se hacen presentes en el puerto y Antonio de Tomaso, promisorio dirigente, logra franquearse un lugar entre la multitud y hace uso de la palabra de manera improvisada para homenajearlo públicamente, recordando que muchos socialistas argentinos habían aprendido las nociones elementales de la doctrina en su ya citado *Socialismo y ciencia positiva*.⁴

3. Ferri había sido diputado desde 1886, electo primero por agrupaciones radicales, y luego por el socialismo, función que conservará durante 9 legislaturas. Tras adherir al recientemente unificado Partido Socialista, en 1893, se transforma en uno de los jefes del ala revolucionaria enfrentada a Filippo Turati en la primera década del siglo XX. Se convierte así en secretario general en 1904 aliado con los sindicalistas. Ya un año antes había ocupado la dirección del órgano oficial del PSI, *Avanti!* Derrotado, a principios de 1908 abandona también la dirección del periódico (Sircana, 1997; Salvadori, 1960).

4. Ferri recordará más tarde que conocía al socialismo argentino por intermedio de Manuel Ugarte, y estaba en contacto epistolar con Alfredo Palacios en las inmediaciones de su viaje.

Con todo, parecía claro que el propósito del viaje no era militante, y el propio Ferri recordará, en el discurso que dará origen al incidente público con Justo, que había advertido por carta a los dirigentes del PS, y reafirmado en sus primeros contactos personales, que no venía en plan socialista sino a asegurar el sustento para su familia, tras 15 años consagrados a la acción. En efecto, había sido contratado, como lo serán poco después Anatole France, Georges Clemenceau o aún Jean Jaurès, por un empresario teatral para dar 8 conferencias en el Teatro Odeón.⁵ Ferri prefería definir su propósito en el Plata como una obra de “vulgarización científica”. La propia nota de *La Vanguardia* subrayaba en la presentación del “compañero” y “luchador esforzado”, su calidad de “hombre de ciencias”, de “sociólogo admirable”. En cambio, Ferri parecía mostrarse abierto a otras invitaciones más militantes una vez terminados sus compromisos contractuales.

Rápidamente, la elite gobernante y universitaria aparece como su principal interlocutor. Así, se hace presente en las redacciones de los principales periódicos, como *El Diario* del senador Laínez o *La Nación*. No quedan tampoco fuera de programa las instituciones ligadas a su quehacer profesional, como el Congreso, la Facultad de Derecho o aún la Penitenciaría nacional. El punto más alto de su vida social tendrá lugar el 6 de agosto, cuando sea recibido por el presidente de la República, José Figueroa Alcorta. En comparación, el trato personal con los socialistas parece más restringido, reducido a dos visitas a *La Vanguardia* ya avanzada su estadía, lo que le será reprochado amargamente por sus camaradas cuando se produzca el cruce. Hasta entonces, las páginas del periódico se mostraban siempre generosas con el visitante, calificándolo de “sumamente simpático” en el primer contacto, dando luego amplia publicidad a sus conferencias, antes de glosarlas de manera entusiasta. Ferri, por su parte, se declaraba dispuesto a colaborar con el diario socialista, y se anuncian incluso una serie de conferencias “patrocinadas” por el partido entre el 8 y el 12 de octubre. Pero la promesa solo se concretaría al final de su viaje y se reducirá a una única actividad.⁶

Su primera conferencia en el Teatro Odeón tendrá lugar el 27 de

5. Sobre los viajes de estas figuras francesas, y en particular de Jaurès, ver Herrera (2009, 2014).

6. E. Quesada señalaba antes del choque de octubre que los socialistas estaban “algo sorprendidos y desconcertados” por la actitud de Ferri, pero que habían recibido como explicación la existencia de una cláusula contractual que le impedía participar en la agitación socialista, y se tranquilizaban con la promesa del conferencista italiano de prolongar su estadía para colaborar con ellos (Quesada, 1908).

julio⁷ y según los diarios de la época será un gran éxito.⁸ Ya antes de concluir su programa inicial, había comenzado a ofrecer una serie de charlas “extraordinarias” fuera de abono, siempre en el mismo escenario porteño, lo que era índice de su suceso. Era sólo un comienzo de una maratón oratoria: Ferri pronunciará más de 50 conferencias durante esos tres meses. Por cierto, no variará sólo las materias, sino también los lugares (Montevideo, Junín, Mercedes, Pergamino, Rosario, Santa Fe, Paraná, Córdoba, Tucumán...). Si ofrece siempre disertaciones sobre temas amplios, y un tanto fantasiosos (Wagner, los grandes navegantes, el espiritismo, etc.), no descuida por completo su campo y dedica una conferencia, que él mismo califica de “científica” para distinguirlas de las otras, en la Facultad de Derecho de Buenos Aires sobre la legislación penal argentina, donde llama al Gobierno a abolir la pena de muerte. No es de extrañar que Ernesto Quesada lo juzgue duramente desde el punto de vista científico, denostando su poca originalidad o un saber detenido “un cuarto de siglo atrás” aún en cuestiones de sociología.

El cierre del periplo discursivo de Ferri coincide con el fin de su estadía. Pero es allí, paradójicamente, cuando se produce su giro, ya que 48 horas antes de su partida tendrá lugar su presentación a beneficio de *La Vanguardia*, el órgano socialista.⁹ El tema anunciado era “Qué es y cómo se realizará el socialismo”.¹⁰

La controversia

En verdad, un primer contacto público con los socialistas había tenido lugar en un marco más amplio: el banquete que “la juventud estudiosa” le ofrece a Ferri el 11 de agosto. En esa ocasión, A. Palacios hará uso

7. En un texto publicado mucho más tarde, Rodolfo Rivarola, que lo presenta ante el público, señalará que había sido requerido por Ferri para evitar ser introducido por sus amigos socialistas. Rivarola deja entender que aquél quería mantenerse alejado de manera expresa de sus camaradas, lo que terminó generando la animosidad de éstos, y fue esta actitud lo que llevó a Ferri a hacer pública su hostilidad en su discurso del Teatro Victoria. El relato daría cuenta de cierto estado de ánimo de parte del criminalista italiano.

8. Según *La Vanguardia*, el público está formado por proletarios, profesores, médicos y abogados. Y al final del discurso un grupo viva al Ferri socialista, a la Internacional obrera y a los partidos socialistas argentino e italiano.

9. Según el relato posterior de los socialistas, fue Ferri quien tomó la iniciativa de la proposición, en un momento en que sus camaradas ya se mostraban desilusionados por su actitud. Aunque buena parte de su atención estaba ocupada en las elecciones a diputado por la Capital Federal del 18 de octubre.

10. Los precios de las entradas para la conferencia “a total beneficio de *La Vanguardia*”, iban de 7,50 a 0,40 pesos, agotándose rápidamente. Había ese día 3.000 personas presentes según el diario socialista.

de la palabra y en la mesa de honor se encuentran J.B. Justo, Nicolás Repetto y Enrique Dickmann. Ferri había tenido también ocasión de tratar a Enrique del Valle Iberlucea, en particular cuando la Universidad de La Plata, de la que éste era secretario general, le concederá el título de doctor *honoris causa*.

Es justamente del Valle Iberlucea quien lo introduce ante un auditorio socialista expectante que llena el Teatro Victoria –Ferri hará su elogio como así también el de Palacios y de Justo, cuando tome la palabra–. En su primer momento, el diputado italiano expone algunas ideas generales, extraídas de su célebre libro. Al final de su discurso, empero, desarrolla un conjunto de tesis que cuestionaban, de manera explícita, la razón de ser de un partido socialista en un país de débil industrialización como la Argentina.¹¹ Ferri anotaba, al mismo tiempo, la ausencia en estas tierras de un auténtico partido radical que conformara su programa en torno a reivindicaciones democráticas, lo que obligaba al PS a asumir un conjunto de demandas institucionales. En los hechos, el programa del socialismo argentino era mixto: “obrero” o trade-unionista (es decir asumía un conjunto de demandas de los trabajadores, como la limitación de la jornada legal de trabajo) y “radical” en lo político (un plan de reformas basado en la extensión de la libertad política y de los principios del parlamentarismo). Lo que no hacía más que corroborar el hecho de que sin propiedad colectiva no podía haber doctrina socialista, y que el país no había alcanzado aún al grado de desarrollo económico para tener un partido socialista.

Los términos de la polémica, tal como se reconstruyeron posteriormente, son conocidos y sólo nos detendremos aquí en algunos detalles. Cabe precisar, ante todo, que los textos canonizados de la contienda son en realidad comentarios, meta-discursos, tras el intercambio público que había tenido lugar en la noche del 26 de octubre, publicados en la recién creada *Revista Socialista Internacional* dos meses más tarde y con Ferri ya en Italia –la versión original en italiano sigue a la traducción española–.¹² Ferri asume más directamente que Justo el carácter posterior de su contribución escrita, proponiendo una historia de sus contactos con los socialistas argentinos y justificando sus propósitos. No se priva incluso de corregir una afirmación lanzada oralmente por Justo sobre Nueva Zelandia, aclarando que allí existe sólo un partido

11. Ya en su primer contacto con *La Vanguardia*, Ferri había subrayado que la Argentina se encontraba en un estadio de agricultura y pastoreo y “las manifestaciones sociales son paralelas a esta face [sic]”. Por consiguiente, proseguía, “científicamente no se puede juzgar las condiciones de este país con la misma medida con que se juzgan los países de la civilización europea”.

12. *La Vanguardia* retoma, en dos números sucesivos, ambos textos, antes de que sean publicados como folleto independiente.

obrero, y no socialista, siendo este una forma evolucionada del primero.¹³ Pero el texto, que es redactado en momentos previos a su partida (está fechado el 29 de octubre), es una simple nota, poco elaborada, contrariamente al artículo de Justo, con sus referencias más sólidas, en particular de Marx.

La reacción pública de Justo –“vehemente” según *La Argentina*– fue más corta y menos estructurada,¹⁴ aunque estaba advertido de la visión del diputado italiano sobre el socialismo argentino como “flor exótica” desde el primer contacto personal, el día mismo de su llegada. Pero ya en su réplica oral, Justo juzgaba que Ferri mostraba un apego exagerado a la doctrina, ignorando la importancia del método para la ciencia. Si, por caso, la socialización de los medios de producción era una necesidad para el socialismo, sus modalidades no podían conocerse de antemano, por ende, se debía evitar convertir las hipótesis en mitos o dogmas. Lo esencial del socialismo científico era su método, aplicable en cada lugar del globo donde hubiere explotación, trayendo el ejemplo de la Nueva Zelanda en lo que hacía a la evolución de la propiedad agrícola por intervención del Estado. Justo terminaba su corta réplica diciendo que el político Ferri debería indicar qué debía hacer la clase trabajadora con sus derechos políticos y qué nombre debía llevar el partido que ella forme, si es que consideraba necesario formar alguno.

Al retomar la palabra, Ferri evocará el rol del PS en términos de “suplencia cerebral”, fenómeno neurológico observado en algunos pacientes, por el cual algunas circunvoluciones cerebrales sustitúan en el trabajo psíquico funciones específicas de otras circunvoluciones, desaparecidas o enfermas. El socialismo desempeñaría así una función de “suplencia” en la política argentina, ante la inexistencia de partidos orgánicos, y sobre todo de un partido radical. Más tarde, tras la evolución de la propiedad individual, el socialismo podía encontrar su programa, acorde a su verdadero ideal.¹⁵

El PS ya había afrontado un cuestionamiento similar de parte de socialistas italianos en momentos en que se constituía oficialmente como partido. A finales de 1896 Angelo Monti sostenía, ante el entusiasmo mostrado por sus camaradas por la organización del PS, que faltaban las condiciones necesarias para el desarrollo del socialismo, ante la falta de gran industria. Otros militantes contradecirán a Monti. En su

13. Justo lo corregirá en su respuesta, diciendo que el nombre del partido es progresista...

14. N. Repetto, en sus memorias, hace pasar la respuesta escrita de Justo por la réplica oral que le dirigiera en el Teatro Victoria ...

15. Terminaba diciendo que el tiempo dirá quién de los dos contendientes tenía razón. *La Nación*, 27 de octubre de 1908.

corta réplica, *La Vanguardia* insistía en el desarrollo de maquinaria en el campo, y admite que su programa, que va de las reformas más modestas hasta las aspiraciones de bienestar de los trabajadores, es defendido en parte y otras partes del mundo por los partidos avanzados de la burguesía ¿Ferri conocía esta polémica en las páginas de *Lotta di Classe*? Lo que es claro es que el eco no era el mismo en 1908, proferidas por una figura ampliamente reconocida y con un partido sólidamente instalado en la vida política y gremial del país.¹⁶

Los socialistas se dan cuenta inmediatamente del peligro que aparejaba tal juicio, y en los días sucesivos se improvisa una contraofensiva. La primera expresión tiene lugar en un acto público organizado al día siguiente, del cual los diarios se harán especial eco. A. Palacios acusa a Ferri de haber preferido la compañía de los poderosos y de no haberlos acompañados en la reciente brega electoral. “Quisimos ver al coloso, al agitador valiente, y sólo encontramos a quien [...] resultó ser ‘un humilde servidor de los acontecimientos’”. El ex diputado socialista proponía a su público dejarlo partir silenciosamente, sin hacerlo portador de salud alguno al proletariado italiano. Y, sobre todo, llamaba a continuar “nuestra tarea de elevación material, intelectual y moral del proletariado argentino y de saneamiento del ambiente político”.

Los medios se multiplican. El 28 de octubre, con el título “Nuestra suplencia”, el editorial de *La Vanguardia* denuncia la ligereza con la que Ferri habría pronunciado su sentencia de muerte. Aunque el PS estaba obligado a cumplir una “doble función”, que no existía en otros países, el diario se preguntaba en qué se diferenciaban el partido argentino y su homólogo italiano, incluso en sus proyectos legislativos –según Ferri, la acción legislativa de un Palacios no era distinta de la de un representante radical–. Una carta de Luis E. Recabarren pide que se exija a Ferri una reparación de sus errores antes de su partida. Al día siguiente, los artículos se multiplican sobre el “éxito de Ferri”, detallando los ecos que habían tenido sus palabras en la prensa “oligárquica”. Un corto suelto sobre “Industria y socialismo” buscaba desbaratar las bases empíricas sobre las que el visitante había construido su argumentación, detallando el número de industrias que utilizaban maquinaria a vapor o eléctrica en el país y empleaban un gran número de obreros (curtiembres, industrias gráficas, carpintería, textiles, fábricas de fósforos, alpargatas, cigarrillos, vidrio, fideos, cerveza pero también establecimientos mecánicos como Vasena o La Cantábrica, sin contar los frigoríficos o las compañías de ferrocarriles y tranvías). Se publican además una serie de telegramas de Uruguay, Rosario, etc., aprobando la contestación de Justo.

La contraofensiva del PS operaba en dos planos. El primero era po-

16. Debo esta referencia a Lucas Poy, que prepara un artículo sobre el tema.

lítico; allí se atacaba a Ferri por los ecos de su intervención en los enemigos del PS con variadas armas, como publicar su carta de despedida al presidente Figueroa Alcorta, contrastar sus dichos con un Manifiesto del socialismo peninsular a los trabajadores italianos en Argentina de 1898, o aún proponer un análisis de su psicología “dualista” y adaptable. Esta estrategia era coronada por una nota del secretario general, Mario Bravo, fechada el 18 de noviembre, que buscaba poner en conocimiento del partido italiano, “a los fines que se encontrare conveniente”, la actitud de “su” diputado durante la estadía en Argentina, considerada contraria a la acción socialista (la carta iba acompañada de recortes de periódicos para probar sus dichos).¹⁷ Más adelante, frente a la reacción de Ferri ante esos ataques continuados, se abre una suscripción para pagarle su conferencia y devolverle así el beneficio pecuniario que había podido procurar a *La Vanguardia*...

Los socialistas buscan apuntalar su posición recogiendo también la opinión de otros socialistas europeos, como Pablo Iglesias. En una carta publicada en la *Revista Socialista Internacional*, el líder socialista español afirma:

En todo pueblo donde haya proletarios –y en la Argentina los hay– tiene razón de ser el Partido Socialista; que los hombres del Partido Socialista Argentino hacen una excelente labor por la causa de la emancipación humana, y que juzgo un deber de cuantos socialistas de otros países visiten esa nación, mostrar su solidaridad con ellos, ayudándoles en la lucha que mantienen y juzgando como enemigos propios a todos los que los combaten.

El otro plano es teórico y busca establecer la falsedad doctrinaria de la relación entre desarrollo industrial y socialismo que planteaba el “sabio turista”, como se lo llama ahora. Es sin duda su contendiente de aquella noche quien marcaba las coordenadas de la réplica teórica, en el texto elaborado y conciso que publica Justo a fines de 1908. Allí Justo reafirma la asimetría entre una sociedad moderna, “íntimamente vinculada al mercado universal” como la Argentina, y la ausencia de partidos políticos orgánicos, modernos. Su respuesta se escinde así en dos direcciones. La primera, de teoría económica; sosteniéndose en una lectura de *El capital* de Marx y su teoría de la “colonización capitalista

17. Allí se denuncia que Ferri se cuidaba de hacer referencia a su identidad socialista (se habla de una “dualidad irritante”), su falta de colaboración para con la propaganda socialista priorizando su interés pecuniario (negándose a hablar en un acto organizado por el partido de cara a las elecciones de octubre), y otros detalles de su visita, como haberse descubierto ante una iglesia en Santa Fe...

sistemática”, separa el maquinismo de la existencia de un proletariado, que no es mero producto de aquel. La segunda, de corte político, subraya que el PS es “el único partido que existe” en Argentina. Justamente, “la parte más viva del marxismo [...] es la práctica de la lucha de clases”, y en definitiva “el socialismo es la acción” (Justo, 1908).

Pero el texto de Justo no era la única respuesta en esa dirección, si bien su posición dentro del partido le confiere un lugar preeminente. La ya citada *Revista Socialista Internacional*, que ambicionaba ser el órgano teórico del PS, encabeza las acciones. Su editor, E. del Valle Iberlucea había estado muy cercano a Ferri durante la visita y hay como cierta desilusión en la inquina con la que se lo perseguirá tras la conferencia. Un primer artículo de Carlos N. Caminos buscaba contradecir la posición del jurista italiano desde su título, “Porvenir del socialismo en Argentina”.

Quizás la tentativa más ambiciosa se deba al propio del Valle Iberlucea, en su trabajo “Industrialismo y socialismo en la Argentina”.¹⁸ Tras apuntalar con sesudas estadísticas la realidad del desarrollo industrial en el país, que mostraban para él que en 1895 había un millón trecientos mil trabajadores sobre una población de poco más de cuatro millones de habitantes, Del Valle apuntaba que la lucha por el socialismo en los países de América implicaba mayor energía, en la medida que no había una cultura democrática acendrada como en Europa, que limitaba el caciquismo y la oligarquía. Pero el socialismo no era planta exótica “en ningún país donde la propiedad privada de los medios de producción y cambio sea la base del régimen social”. Sin ignorar la centralidad del maquinismo en el desarrollo del movimiento obrero al desarrollar la teoría del valor de Marx (citando *El capital* en francés), Del Valle insiste en la importancia de la acción política para la transformación del Estado, ya que éste es “el terreno de la lucha de clases”. El bienestar de la clase obrera, obtenido por sus representantes en el parlamento a través de leyes, no hace más que reforzar la conciencia de su fuerza y su disposición a la lucha. En todo caso la expansión del capitalismo en todo el país “ha provocado” la emergencia del PS, que buscaba contener la dominación capitalista.

Su programa constituía la tercera parte del escrito, la única completamente original.¹⁹ Para Del Valle la apropiación individual de todo el suelo del país, aunque hubiese grandes tierras sin explotar, justifican

18. Se trataba, a la base, como el propio del Valle Iberlucea lo aclara, de un texto que ya había publicado en las *Anales de la Facultad de Derecho*, y que él mismo habría dado a Ferri el día de su llegada para contrarrestar sus opiniones sobre la ausencia de industrialismo en Argentina. Actualizado y con una tercera parte inédita, el estudio comienza a publicarse en el n° 2 de la *Revista Socialista Internacional* en entregas.

19. Esta parte dedicada al Partido Socialista argentino tampoco se edita en el folleto independiente que del Valle Iberlucea publica en 1909.

la constitución de un “partido obrero”. Únicamente ese partido puede evitar que la clase rica esclavice a los trabajadores. Pero el PS no solo invocaba la existencia material de la clase obrera para actuar, sino también “los altos principios de equidad y justicia, desenvueltos en la consciencia humana en la lucha secular e incesante por el derecho”. Si su aspiración era la sustitución del régimen capitalista, su programa inmediato tenía por fin el mejoramiento económico de los trabajadores, necesario para que puedan realizar esa transformación cuando el desarrollo de las fuerzas productivas lo permita. En ese sentido, el programa es también político, y no sólo económico, porque allí donde no existe un partido de clase, las reformas económicas son frágiles y de corto alcance, como lo probaba según él la experiencia australiana. Del Valle pasaba a detallar, o mejor aún a explicar, la razón de ser socialista –es decir, para facilitar el “desarrollo político de la clase obrera”– de reivindicaciones como el sufragio universal para ambos sexos, el mandato revocatorio, la iniciativa popular, la autonomía municipal, el juicio por jurados, la abolición de la pena de muerte, la igualdad jurídica entre personas de ambos sexos, la supresión de las diferencias entre hijos legítimos e ilegítimos, la ley de divorcio, la separación de la Iglesia y el Estado, etc. Otro tanto hará con el programa económico y en materia de legislación social, defendiendo una ley de protección contra los accidentes de trabajo en una perspectiva socialista. Por esta vía, las dicotomías de Ferri se mostraban menos concluyentes, aunque Del Valle hablaba de “partido obrero” y de “partido socialista” sin distingos.

Por cierto, Ferri, que no pasará a la historia del socialismo italiano como un dirigente de alto vuelo doctrinal sino más bien por su habilidad política (que confinaba en ciertos casos con el oportunismo), no profundizará sus dichos.²⁰ Pero los ecos de la polémica superan los círculos socialistas. La gran prensa porteña elogiaba la valentía de Ferri:

La prueba está en la forma franca y sincera con que el gran tribuno ha expuesto lo que piensa sobre el llamado socialismo argentino. Como se ve, nada lo intimida. Es consecuente con sus ideas. Sus palabras no pueden traicionar su pensamiento.²¹

Más tarde, la novel ciencia política argentina recogerá sus juicios para determinar la naturaleza del socialismo argentino y, llegado el caso, negar la pertinencia de su accionar.

20. En efecto, si había sido un intelectual avezado para la época en sociología y derecho penal, sus cualidades como teórico del socialismo no pasan del propagandismo, y su militancia se caracterizaba por los giros tácticos de sus opiniones políticas.

21. *La Prensa*, 29 de octubre de 1908.

2. El segundo viaje de Ferri o los confines del socialismo parlamentario

Al despedirse, Ferri había hecho la promesa de volver en dos años y el 30 de julio de 1910 esta se materializa.²² Esta vez parece haber un cambio de perspectiva: ya no viene contratado por un empresario teatral sino invitado por la Facultad de Derecho, aunque los socialistas denunciarán que el impulso venía dado por el presidente Sáenz Peña en persona, al no poder confiar a Ferri una función oficial, como se habría comprometido al ser electo, por la oposición de sus aliados católicos. El sentido de su viaje cambia de todos modos y es ante todo el académico que pisa por esta vez el suelo argentino. Empero, terminadas sus obligaciones universitarias, no podrá sustraerse a una serie de cuatro conferencias en el Odeón. Pero a diferencia de su primera gira, no hay ahora temas fantasiosos, y entre esas charlas y las lecciones universitarias tampoco existe un abismo temático –la primera conferencia versa sobre “el actual movimiento social y político en la República Argentina”–. De hecho, la invitación a dar ese ciclo de conferencias en un teatro provenía de algunos de los oyentes de la cátedra, como J.V. González, R. Rivarola, A. Dellepiane o A. Álvarez, que le proponen hacer públicas sus “insinuaciones sobre hechos de la vida política y social de este país” en una carta que recoge la prensa.

El recibimiento de los socialistas está marcado por el silencio, pero circunstancias particulares contribuyen a ello: *La Vanguardia*, cuyos talleres y redacción habían sido destruidos por hordas nacionalistas en mayo, no está en la calle en momentos de su llegada, que se viven bajo estado de sitio. Y cuando vuelve a aparecer, el 16 de agosto, lo ignora, prefiriendo concentrarse en la visita de Adolfo Posada (que se muestra muy interesado por la obra del PS) o aún en las conferencias de Clemenceau. La indiferencia no dura mucho, y pronto se lo ataca sobre la cuestión de la doble ciudadanía, que ahora Ferri rechazaba, aunque *La Vanguardia* acepta la publicación de su carta de respuesta. Justo, por su parte, viajaba en esos momentos a Europa para participar como delegado en el congreso de la Internacional, en Copenhague.

22. Ferri permanecerá casi tres meses, zarpando de regreso el 24 de octubre. Tras sus conferencias porteñas, visitará varias localidades del interior y, sobre todo, recorrerá el Río Negro desde Viedma hasta Neuquén, una región que, como lo había anunciado a su llegada, le interesaba conocer. Dicho viaje alentaría la posterior denuncia de los socialistas, que afirmaban que el profesor italiano había recibido tierras fiscales sobre la línea ferroviaria de Neuquén. Se afirma incluso que una estación de dicha línea llevará su nombre (Repetto, 1955). El rumor existía y Ferri, a su llegada, busca descartar todo interés “especulativo”, situándolo en la importancia de encontrar otras tierras para la inmigración italiana.

Si se compara la crónica periodística, la segunda estadia del político italiano no despierta la misma curiosidad por su personalidad, lo que parece natural. Sin embargo, ya familiar del público argentino (escribía de tanto en tanto para *La Nación*), era interrogado por los periodistas a su llegada sobre su evolución política y su posición favorable a la participación del Partido Socialista en el gobierno italiano. Ferri desmiente que tras esa postura se esconda la ambición personal de ser ministro. Justifica su cambio de línea en el hecho de que el PSI era ahora un partido robusto, sólido, que podía llevar sus reivindicaciones a la política gubernamental. El carácter monárquico del Estado no era óbice para impedirlo, amparándose en la autoridad de Bebel, la gran figura del socialismo alemán y la Internacional.

El socialismo es un gran partido de orden, que ha meto-
dizado y encauzado muchos elementos de orden y anarquía,
que ha apaciguado y normalizado la vida italiana, haciendo
oír la voz de los grandes intereses que, cuando son ahogados,
allí como en cualquier parte, estallan en formas odiosas y que
ponen en peligro la existencia social. Debe gobernar allí donde
ha podido y sabido salvar.²³

Ferri no perdía el carácter sulfuroso de su identidad política y un primer incidente ligado a ella estalla rápidamente: las autoridades de la Universidad de Córdoba se niegan a invitarlo a dar un curso, como lo había pedido el Centro de estudiantes. Finalmente, ante el repudio de la prensa capitalina, habrá un cambio de opinión, aunque resulta demasiado tardío para que Ferri acepte la invitación.

Pero el principal escándalo estallará en la citada conferencia pública del Odeón, el sábado 10 de septiembre, y será provocado por los socialistas. Ante un público menos numeroso, según la prensa, que el concitado dos años antes, Ferri disertaba sobre el movimiento político argentino. Anotaba en ese sentido un "síntoma" novedoso: la creación de nuevos partidos, que formulaban programas en torno a ideas y que respondían a determinados intereses sociales, lo que alejaba la política de los personalismos. Veía como ejemplos la Unión Nacional creada en torno a R. Sáenz Peña o la Liga del Sur de Lisandro de la Torre. Recostándose en un artículo de José Ingenieros, Ferri imagina un sistema representativo de gobierno a la inglesa, con tres partidos defendiendo

23. *La Nación*, 31 de julio de 1910. Volverá sobre el tema al dar la última conferencia en Buenos Aires, el 19 de octubre, donde insiste en que el socialismo tiene que ver evolucionar su táctica, aunque subraya que debe ir al gobierno como partido, en representación de su credo y no encarnado por algunas personalidades.

intereses económicos diversos, incluyendo un partido del trabajo, en defensa de los trabajadores.

Algunos gritos desde el palco habían ocasionalmente seguido sus palabras, pero ahora era interrumpido por E. Dickmann desde la platea, al que se suma otro viejo conocido, A. de Tomaso, que pide hablar cinco minutos. Ferri logra calmarlos con la promesa de escucharlos tras finalizar su propio discurso, lo que efectivamente ocurre. Desde el escenario, pese a los silbidos e interrupciones que van en aumento, de Tomaso reprocha al jurista italiano no haber hecho mención del PS entre los indicios que según él mostraban una tendencia hacia una vida política y social superior en la Argentina. Ferri responderá que su punto de vista no había variado: el socialismo no estaba “en su ambiente” y seguía sin entender su función en este país, donde hacía falta en realidad un partido obrero. Se declaraba empero de acuerdo con la obra que venía realizando el PS: lo que negaba era la eficacia de los criterios socialistas trasplantados de Europa. Cuando de Tomaso se disponía a replicar, se produce un nuevo incidente, cuando Dickmann, aparentemente fuera de sí, sube al escenario a los gritos, pero Ferri decide dejar el escenario, aplaudido por el público.

Los socialistas argentinos no se conforman y al día siguiente lo desafían a una controversia pública sobre “1) el Partido socialista y el movimiento obrero, 2) el socialismo en la República Argentina”, proponiendo tres condiciones formales: que se haga un domingo por la tarde en un teatro, para que puedan asistir los obreros; que se nombre un presidente para dirigir los debates; que no se pueda salir del temario preestablecido. Ese mismo día, Ferri en una carta a *La Vanguardia*, aclara que fue su intervención la que permitió que el público escuchara al “joven” de Tomaso, y que se retiró porque el “otro señor”, en lugar de discutir, injuriaba, pero sin hacerlo precipitadamente como lo reseñaba la crónica, alegando luego su falta de tiempo para asistir a la disputa a la que se lo invitaba.

El periódico rechazará sus argumentos, insistiendo que era un deber para el diputado italiano aceptarla. Se agrega a la polémica una misiva de De Tomaso precisando que el tumulto le había impedido responder una segunda vez a Ferri. Transcribía luego el texto de un artículo enviado dos meses atrás a *La Nación* (y que esta no había publicado pretextando el estado de sitio) donde juzga artificial el distingo entre partido socialista y partido obrero que hacía Ferri. El socialismo era más que una hipótesis económica o que una organización social, es un movimiento colectivo de elevación humana que se inscribe en la evolución histórica.²⁴ Con respecto al argumento de la necesidad de propiedad privada

24. Martín Casaretto respondería a de Tomaso que no hay socialismo sin el propósito

de toda la tierra, de Tomaso apunta que en un país de latifundios, la política agraria que libere al productor de la tiranía del propietario sería socialista (*LV*, 12-13 de septiembre de 1910). También Dickmann publica una carta abierta a Ferri en el mismo número, donde denostaba su “vergonzosa fuga”, apoyado por su “claqué”. No duda en calificarlo de “apóstata” y “traidor”. En un tono particularmente violento, niega que haya sido socialista en algún momento de su vida, hablando de una mera “pose” alimentada por el escándalo y la demagogia. Pero también pone en tela de juicio su carácter de hombre de ciencia, y califica su última intervención de “conferencia servil”.

Ferri escribirá nuevamente al diario para confirmar, tras otra carta, esta vez de Repetto, sus juicios sobre el PS. Aprovechaba ahora para denunciar la nota que en su momento mandara el partido argentino a su homólogo italiano y a la Internacional, y que no tuviera ningún efecto, porque las opiniones son libres. Ferri apuntaba contradicciones entre el accionar del PS en pos del problema obrero y su programa socialista, que también hallaba en la cuestión agraria. Llamaba una vez más a los socialistas argentinos a no copiar a los europeos y confiaba haber contribuido a orientarlos hacia la realidad positiva, de acuerdo con el ambiente americano.

Para los socialistas argentinos, la burguesía criolla había puesto en marcha una obra “socialisticida” de la que participa el diputado italiano (un discurso suyo en homenaje a Figueroa Alcorta en Mendoza era una prueba más). Las injurias terminarán con la partida de Ferri, calificado de “histrión”, que al partir deja “un macilento cadáver, el de la vaca lechera de su ciencia, muerta tísica de tanto ordeñada”...

Acción política y acción socialista

Aunque se decía socialista para toda la vida, Ferri afirmaba en su segunda carta a *La Vanguardia* que los partidos socialistas habían cumplido su rol al despertar al proletariado, darle una organización de clase y... estimular en la burguesía la conciencia de la importancia de la legislación. Pero la evolución los conducía, como en Francia o Italia, hacia partidos obreros que alentaban reformas prácticas. Ahora era Ferri quien parecía cambiar el foco de su visión y su argumento mostraba cierta circularidad.

Es quizás en las lecciones de la Facultad de Derecho que podemos encontrar la mejor concentración del pensamiento socialista de Ferri.²⁵

final de la propiedad colectiva.

25. En todo caso, es la única ocasión, en sus dos viajes a Argentina, en que desarrollará sus ideas sociales con cierta sistematicidad.

En 1910 se sigue definiendo como “socialista científico” y también “militante” pero su análisis sobre la cuestión obrera se afirma como el examen objetivo del sociólogo. Ferri situaba la cuestión de la justicia social en una doble coincidencia de intereses, la del obrero y el capitalista, y la de la Argentina y la inmigración, que era precedida de una constatación: no hay inmovilidad e invariabilidad, toda sociedad está en vías de continua formación. Su vieja tesis que veía las reformas en el campo del derecho, y en particular en el derecho penal, como reformas sociales, que se logran mejorando las condiciones del trabajo, era una ilustración de eso. De hecho, asevera que el legislador del futuro pedirá la norma al pedagogo y al psiquiatra. Pero la miseria, material o moral, no era la única causa del delito y es por eso que subsistirá siempre, aun en formas más elevadas de civilización. Más aún: el mejoramiento de la sociedad se produce por una evolución “lentísima”, lo que explica que la justicia represiva sea siempre necesaria. Pero no podía ser la única forma, y en su modalidad actual no hacía más que aumentar el delito (su defecto, como insistirá siempre, es concentrarse en el delito y no en el delincuente). Pero la defensa de la sociedad contra aquellos que luchan por su existencia con el modo anormal del delito era sólo una parte de la tarea del Estado. La otra era “comprender y secundar” el desarrollo de la defensa social para la gran mayoría de la clase trabajadora, aquella que lucha por la existencia bajo formas normales.

En verdad, la justicia social para los trabajadores seguía dos vías paralelas, la de las propias organizaciones proletarias, a través de la solidaridad, y la del Estado, a través de la legislación social. Ferri desarrolla aquí una de las fuentes teóricas de su crítica al socialismo argentino. La clase obrera sólo surgía con la máquina a vapor porque ella obligaba a la reunión de grandes grupos de obreros en fábricas, propias del industrialismo moderno. Solo la máquina a vapor y los grandes establecimientos fabriles crean al proletariado como clase, porque permiten ese contacto directo y continuo entre sí que permitía desarrollar su conciencia de clase, y que le permitía incluso empujar consigo a otras fuerzas sociales menos dinámicas dentro del esquema industrial, como el campesinado. Sus esfuerzos actuales tendían al logro de la justicia social, y en ese sentido, el trabajo era una fuerza más que una mercancía. Porque toda organización obrera se desarrollaba entre dos leyes generales: la lucha de los intereses antagónicos y la solidaridad de los intereses iguales.

Así se reconstruía su esquema de la evolución social, que pasaba por la concatenación de tres fenómenos sucesivos: necesidad, interés, derecho. “El proletariado tiene, hoy y siempre, necesidades que se vuelven en consecuencia sus intereses; y lucha para que esos intereses revistan el aspecto y asuman las prerrogativas de derechos”. El derecho, afirmaba sin gran originalidad, es una conquista. No hay derechos innatos, todos

son adquiridos; incluso el derecho a la vida, el primero de los derechos, era desconocido en la esclavitud. La clase obrera luchaba por conquistar el derecho a la vida más completa. Otro tanto ocurría con el derecho de huelga, que se había convertido en uno de los vehículos más eficaces de la civilización, en países como Inglaterra.

Para Ferri, todas las clases sociales tenían derecho a mejorar sus condiciones, no existiendo más que un límite, aquel que contrapone el interés individual al interés social. Pero para los teóricos de la Revolución, el mejoramiento de la clase obrera sólo podía producirse por la violencia. Oponiéndose a Georges Sorel, el jurista italiano aseveraba que toda conquista futura se podría alcanzar con las vías de la razón, y la revolución no era necesariamente violenta. La jornada de 8 horas, un alojamiento salubre, la jubilación, la ley de accidentes de trabajo son de hecho revoluciones. En todo caso, no se podía imponer “por la violencia” una etapa nueva de la civilización si ese estadio no había sido “elaborado por las modificaciones graduales” de las condiciones donde “la nueva civilización deberá desenvolverse”. En esta clave evolucionista, consideraba que el espíritu de revuelta no era un signo de fuerza sino representaba un estadio infantil del pueblo.

A su juicio, las dos fuerzas en lucha sabían hoy comprenderse y valorarse. La burguesía y el Estado parecían percibir el derecho del proletariado a condiciones de vida más humana, y el proletariado, por su parte, comprendía lo que aquellos podían concederle. En particular, el proletariado debía entender que su carácter mayoritario “no puede constituir el derecho a todos los derechos”. Si la lucha de clases era un fenómeno real, inevitable, puede ser combatida con armas civiles.²⁶

En ese sentido, detalla que los instrumentos con que cuenta la clase trabajadora eran principalmente el mutualismo, la resistencia y la cooperación. Los tres no podían ser separados, porque si el primero y el tercero proveían al proletario una existencia menos penosa, consolidando la victoria de la lucha, la elevación de la clase obrera implicaba conquistar siempre nuevas posiciones. Pero calificaba como formas anormales de resistencia el boicot, el obstruccionismo, el sabotaje e incluso la huelga –atacando una vez a Sorel en su idea de que la humanidad sería en un futuro completamente regulada por los sindicatos profesionales–.

Pero quedaba el otro aspecto, la legislación social, que, como Ferri señalaba, no debía ser confundida con la legislación laboral, que era sólo una parte de ella. A través de la legislación social, el Estado se interponía entre ambos litigantes, para mediar y pacificar. Las funciones de la legislación social eran tres: disminuir las dolencias del trabajo,

26. Ferri, claro, se dirige a las clases dirigentes: “La cuestión obrera es como la marea: se puede canalizarla pero no sofocarla”.

elevant el nivel de vida físico y moral de los trabajadores, desarrollar la tendencia a asociar el trabajo individual con el trabajo colectivo.²⁷ Este programa, que debía ser adaptado por todas las naciones, había tenido para él su expresión en Argentina con el proyecto de Código de trabajo de J.V. González de 1904. Había un derecho nuevo, el derecho en devenir, el derecho que se adaptaba a las formas de la vida. El socialismo, con la crítica y con la acción positiva, desarrollaba la legislación del trabajo y creaba la jurisprudencia de un nuevo derecho. Ferri podía entonces concluir que “la legislación social no es más que la sanción del derecho madurado en el seno de las organizaciones obreras, derecho que surge de las condiciones del trabajo y de la civilización”.

No costaba a Ferri asumir de manera explícita su cambio, dando fundamento teórico-político a su evolución.²⁸ Si desde 1908 se mostraba favorable a la participación de los socialistas en el Gobierno para realizar las reformas que reivindicaba, asumiendo la responsabilidad del poder, era porque tenían ahora la fuerza y la práctica necesarias para hacerlo. Utilizaba en ese sentido una metáfora peculiar: “Por qué ser pasajero de un tren cuando se puede ser su maquinista y guiarlo” (Ferri, 1911). En ese punto, se tensaba una vez más la diferencia con el caso argentino: no sólo era imposible saltar a un partido socialista sin pasar por el partido obrero, sino que la propia evolución de aquellos les permitía ahora participar en el Gobierno, lo que situaba más lejos aún las “perspectivas” socialistas en el país.

Pero la posición de Ferri revelaba las propias tensiones dentro del Partido Socialista Argentino, y el carácter bifronte de su proyecto. Estas habían surgido ya en ocasión del choque de 1908, cuando una polémica soterrada apareció ante una circunstancia banal, la publicación de una extensa carta abierta a Justo de un socialista extranjero afincado en el país, Elías Leyboff. Las reacciones que producía dejaban al descubierto algo más que la ansiedad que atravesaba al PS tras los dichos de Ferri, revelando la existencia incipiente de tres corrientes internas, que pocos

27. Para él, las leyes sociales del trabajo eran la estadística del trabajo y la reglamentación del trabajo (higiene, reposo dominical, la prohibición del trabajo nocturno, la inspección del trabajo), pero también apuntaba la importancia del contrato colectivo, de las oficinas de colocación, de los seguros de accidente de trabajo, de protección de la vejez, o aún contra la desocupación. Entre la legislación social que no se refería al trabajo, Ferri destacaba la instrucción obligatoria, la vivienda obrera, pero también las leyes fiscales.

28. Ferri termina alejándose del PSI poco después de su regreso del segundo viaje a Argentina, ubicándose como “socialista independiente”, cercano al reformismo de derecha. Tras finalizar la Primera Guerra Mundial, vuelve a ser electo diputado en 1921, y milita en el Partito Socialista Unitario. Pero termina acercándose a Mussolini, que lo nombra senador poco antes de morir (Sircana, 1997).

años más tarde se tornarían explícitas y producirían sendas rupturas. Leyboff cuestionaba las ideas demasiado personales de Ferri en materia de doctrina socialista, pero no desaprobaba del todo sus observaciones sobre el PS argentino, poniendo en tela de juicio la lectura de Justo. Para este militante de origen ruso lo que caracterizaba al socialismo era su fin de socialización de los medios de producción, y la lucha de clases como medio. La propiedad colectiva no podía ser una mera hipótesis, sino que resultaba del propio desarrollo del capitalismo. Aprovechaba también para atacar la línea de *La Vanguardia*, que para él no inspiraba ideas socialistas. Si el PS existía, sólo estaba en sus comienzos y no debe convertirse en simple vanguardia de la burguesía. Y esto exige que la ideología socialista sea puesta en primera fila.

Tras la publicación de la carta en la *Revista Socialista Internacional*, Del Valle Iberlucea estimaba, desde una implícita posición de izquierda, que Leyboff incurría en errores de interpretación, como juzgar que la socialización de la propiedad era una simple hipótesis para los socialistas argentinos, lo que era una no menos abierta crítica a Justo. Del Valle recordaba en ese sentido la importancia de la “Declaración de principios” que era su programa máximo, y cuya fuente era el marxismo, lo que afirmaba el carácter universal del socialismo argentino, que no correspondía a un supuesto modelo “a la americana”. Y para evitar toda confusión entre partido del trabajo y partido socialista, recordaba que el gobierno encabezado por el Partido del Trabajo australiano acababa de reprimir una huelga y meter en la cárcel al líder socialista.

Justo, tras calificar de “ligeras” las objeciones (y sin afrontar directamente el fondo del debate), se contentaba con clarificar el sentido que daba a la palabra “hipótesis” cuando se refería al colectivismo en su respuesta a Ferri, es decir como “previsión no confirmada aún por la experiencia”. Empero, la hipótesis del colectivismo conducía a una gran acción cotidiana de la clase obrera para que sea probada, o al menos “levantar a la clase trabajadora a un nivel superior de vida material e intelectual, en el cual adquiera las fuerzas necesarias para su emancipación”. Para Justo, en efecto, la fuerza del PS no le permitía ahora transformar radicalmente la sociedad por una revolución, ni siquiera era suficiente para imponer la verdad del sufragio o el cumplimiento de la legislación social.

De Tomaso, a su vez, interpretaba la respuesta de Justo como una convalidación del juicio reformista de Bernstein que había agitado las aguas del socialismo alemán, según el cual el movimiento era todo y el fin, nada. Apostrofando una vez más el dogmatismo de Ferri, atacaba también las definiciones dogmáticas de un Kautsky, marxista “ortodoxo” que dejaba de lado la importancia de la acción cotidiana y que había sido a su juicio derrotado. La doctrina debía ajustarse a los hechos y

no había partido socialista “sin movimiento o acción socialista”. Justo considerará necesario aclarar –tras una nueva carta de Leyboff donde reafirma que lo que interesa es la “orientación práctica”– que no hacía suya la frase de Bernstein, precisando que la agitación socialista se estribaba en una teoría de la historia –según la cual sin progreso técnico-económico no hay progreso histórico posible–, permitiéndole una acción encaminada y consciente. La diferencia no era de doctrina sino de método, defendiendo la acción electoral.²⁹

No era de extrañar que tras el segundo viaje de Ferri, y la normalización de la vida partidaria, estas diferencias se tornasen más concretas. El IX Congreso del Partido, en diciembre de 1910, daba una nueva resonancia a la cuestión. El debate surgía sobre el balance de *La Vanguardia*, dirigida entonces por Justo, y su transformación en sociedad comercial comanditaria, pero sobre todo se le reclamaba una inspiración de clase. Como lo sintetizaba del Valle, la minoría “quería acercar más el partido a la vida de los trabajadores, sin desconocer su rol político, que no comprende, sin embargo, toda su misión” (Del Valle Iberlucea, 1911). Los opositores serán derrotados y Del Valle Iberlucea, que era su figura más prominente, declina integrar el nuevo Comité ejecutivo.

La respuesta de Justo ante esos reclamos había sido la promoción de agrupaciones socialistas de oficio que pudiesen adherir al partido directamente. La minoría se había opuesto, porque, como lo afirmaba M. Casaretto, se debía reforzar las organizaciones obreras, no el accionar político. Durante todo el año 1911, *La Vanguardia* había calificado la resolución como la más importante aprobada en el Congreso, insistirá ante sus lectores para avanzar en su materialización, que permitiría estimular a los trabajadores en la lucha política. Pero la prueba de que el IX Congreso no había logrado zanjar las diferencias era dada por el hecho de que sólo obreros gráficos habían constituido una agrupación socialista. Tampoco se logrará transformar al periódico en sociedad comercial. Es por ello que el X Congreso nacional, que tiene lugar en enero de 1912, será el teatro de la misma representación, ampliándose incluso la contestación. Pero la posición “centrista” de Del Valle Iberlucea se revelará insuficiente para contener a los sectores izquierdistas, lo que se hace más notable con su elección como senador de la Capital.³⁰

Si, como lo afirmaba E. Dickmann, otra *bête noire* de la minoría en

29. *La Vanguardia*, 18, 20, 22-23 de febrero de 1909. Habrá un último texto de De Tomaso, colocando su interpretación bajo la férula justista.

30. En julio de 1912 estos comienzan a editar *Palabra Socialista*, donde se encuentran en un primer momento los militantes cercanos a Del Valle, como Fernando de Andreis, y algunos dirigentes ligados al trabajo gremial como M. Casaretto o Pedro Zibecchi. E. Leyboff aparece como uno de sus teóricos de mayor calado con sus largos artículos, aunque no pertenece al grupo en sentido estricto. Del Valle Iberlucea no materializará

el Congreso de 1910, “la lucha social debe ser aquí lucha política”, las posiciones de Ferri revelaban lo que efectivamente estaba haciendo la dirección partidaria. En el fondo, se trató siempre de saber cuál debía ser el programa de ese partido socialista, y por ende, su tipo de acción. El mismo Dickmann, que no había dudado en interpelar a Ferri, era el primero en aseverar, contra aquellos que reclamaban un mayor anclaje obrero del PS, que no había un gran movimiento gremial porque la industria era aquí incipiente, y la lucha era menos contra la patronal que contra la oligarquía y el latifundio...

Bibliografía

- Crovetto, P. (1988), “Enrico Ferri in Argentina”, en F. Devoto y G. Rosoli (eds.), *L'Italia nella società Argentina*, Roma.
- Del Valle Iberlucea, E. (1909), “Industrialismo y socialismo en la Argentina”, *Revista Socialista Internacional*.
- (1911), “IX Congreso socialista”, *Humanidad Nueva*.
- Herrera, C.M. (2009), “Jaurès en la Argentina – La Argentina de Jaurès”, *Estudios Sociales*, n° 37.
- (2014), “El político, el científico, lo social: las visitas de Jean Jaurès y Léon Duguit”, en P. Bruno (ed.), *Visitas culturales en Argentina entre 1910 y 1930*, Buenos Aires: Biblios.
- Ferri, E. (1908), “El Partido socialista argentino”, *Revista Socialista Internacional*.
- (1911), *Le conferenze di Enrico Ferri nella Repubblica Argentina*, Buenos Aires: Buffarini,
- Justo, J.B. (1908), “El profesor Ferri y el Partido Socialista Argentino”, *Revista Socialista Internacional*.
- Leyboff, E. (1909), “Carta abierta al ciudadano Justo”, *Revista Socialista Internacional*
- Quesada, E. (1908), “Ferri conferencista”, *Nosotros*, t. III.
- Repetto, N. (1955), *Mi paso por la política. De Roca a Yrigoyen*, Buenos Aires: Rueda.
- Sircana, G. (1997), “Enrico Ferri”, *Dizionario biografico degli Italiani*, vol. 47.
- Salvadori, R. (1960), “Enrico Ferri político. Dal radicalismo all’adesione al partito socialista”, *Rivista Storica del Socialismo*, III.

* * *

su anunciada colaboración hasta 1913, con dos artículos sobre “La lucha de clases” y “El colectivismo” en el n° 12. Ver el artículo de Hernán Díaz en este dossier.

Título: Argentine socialism in front of Enrico Ferri

Resumen: Las visitas del socialista italiano Enrico Ferri fueron la ocasión de fuertes debates en el socialismo argentino. Pero contrariamente a lo que se cree habitualmente, estos no se resumieron a la célebre respuesta de Juan B. Justo. No sólo otras voces participan de la discusión: estas dejan aparecer un conjunto de tensiones que terminarán traduciéndose en rupturas a partir de la Primera Guerra Mundial. Las posiciones de Ferri sobre el socialismo argentino, pero también su propia evolución dentro del socialismo italiano, aparecen como los síntomas de la crisis del socialismo parlamentario.

Palabras clave: Ferri – Justo – Socialismo argentino – Del Valle Iberlucea – Reformismo

Abstract: The visits of the Italian socialist Enrico Ferri were the occasion of intense debates in the Argentine socialism. But contrary to what is commonly thought, they are not summarized in the famous Juan B. Justo reply. Not only other voices involved in the dispute, but let appear a set of tensions that will end up producing a series of divisions from the First World War. Ferri's positions on the Argentine socialism, but also its evolution within the Italian socialism, appear as symptoms of the crisis of parliamentary socialism.

Keywords: Ferri – Justo – Argentine Socialism – Del Valle Iberlucea – Reformism

Recepción: 26 de enero de 2015. **Aprobación:** 28 de febrero de 2015.

Paula Varela

La disputa por la dignidad obrera

**Sindicalismo de base fabril en la zona norte del
Conurbano bonaerense, 2003-2014**



Este segundo volumen de la Colección Archivos contribuye a tejer una nueva mirada sobre la clase trabajadora argentina a partir de la caída de la convertibilidad y del arribo del kirchnerismo. Con un riguroso sostén empírico, el libro analiza las relaciones entre una nueva generación de trabajadores, las organizaciones sindicales y la izquierda. Situándose en la perspectiva del marxismo, Paula Varela no duda en recurrir a un careo con diversos conceptos y debates provenientes de la sociología, la antropología y la historia, que le permiten reflexionar sobre el objeto en cuestión, para elaborar una mirada novedosa.

El periódico *Palabra Socialista* (1912-1914) y los comienzos de la disidencia marxista en el PS

Hernán M. Díaz

UBA
hernandiaz59@gmail.com

El periódico quincenal *Palabra Socialista* tuvo un papel de primer orden en la constitución de la oposición de izquierda dentro del Partido Socialista argentino, pero su consulta estaba (o está) prácticamente vedada a los investigadores. Mencionado ocasionalmente en textos de la época o en trabajos historiográficos posteriores, sus ejemplares no se podían ubicar en los repositorios y archivos conocidos de la Argentina. En el Cedinci, hasta el momento de escribir este texto, no figuraba en catálogo.

Hemos encontrado una colección aparentemente completa en la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine (Universidad de Nanterre, Francia), microfilmada en negativo, lo cual nos da la oportunidad para hacer un relevamiento de sus ideas y analizar de qué manera se fue constituyendo un núcleo de jóvenes marxistas al interior de un partido tildado por ellos como reformista y practicista. De hecho, el núcleo que se consolida en torno de *Palabra Socialista* y más adelante del Comité de Propaganda Gremial es el primer grupo en la Argentina constituido de manera orgánica alrededor de las ideas de Marx y Engels. Sin quitar mérito a los internacionalistas de la década de 1870, al defensor solitario del marxismo que fue Germán Avé Lallemand, a los rebeldes verbales de *La Montaña* o a tantos dentro y fuera del partido que defendieron las ideas de Marx, este grupo que en 1918 terminará fundando el Partido Socialista Internacional es el primero que actúa orgánicamente como un nucleamiento de militancia obrera y marxista, con el objetivo colectivo de transformar la fisonomía del socialismo en la Argentina para marchar hacia una dictadura del proletariado.

El Partido Socialista argentino hacia el Centenario, ya con veinte años de actividad, no había sabido construirse un norte definido, ni siquiera en función de aquel aspecto que el equipo liderado por Juan B. Justo consideraba su eje de trabajo, confeso o no: el reformismo parlamen-

tario. Su política con respecto al movimiento obrero había significado una derrota tras otra: superado por el anarquismo, el llamado “sindicalismo revolucionario” se llevó en 1906 la mayor parte de los obreros del partido. La política parlamentaria tuvo su momento de gloria en 1904 con el logro de una banca para Alfredo Palacios, pero ese éxito no se repetiría hasta 1913, ya bajo el amparo de la ley Sáenz Peña. Orgulloso de la pertenencia a un movimiento internacional en ascenso, el PS sin embargo no exhibía ningún vigor teórico y paulatinamente se había ido recostando cada vez más en un democratismo que no ocultaba sus raíces confusamente liberales.

La profunda derrota que experimenta el movimiento obrero en el Centenario da pie a que un sector de jóvenes del partido, que han vivido o protagonizado las encendidas luchas de la década pasada, saquen un balance negativo de las derivas reformistas del partido de Justo. En un país como la Argentina, donde el proletariado se mantiene en un nivel de pobreza que hace frecuente la comparación de la Argentina con Rusia o España, y donde la opción represiva es la apuesta que prevalece en la filosofía del Estado, el parlamentarismo y el democratismo tienen escaso margen y no saben ofrecer logros, salvo simbólicos. En coincidencia con la diferenciación, en muchos países europeos, de diversas tendencias dentro de los partidos de la Segunda Internacional, un núcleo de jóvenes emprende un camino de crítica al interior del Partido Socialista de la Argentina, con la intención expresa de vincular de una manera orgánica las ideas socialistas con el movimiento obrero.

Esta tendencia, que mostrará su fisonomía más organizada y definida con la creación en 1918 del Partido Socialista Internacional, tiene su acta de nacimiento con el periódico que analizamos.

Algunos elementos fácticos

El periódico *Palabra Socialista*, si bien no se convirtió en un medio de larga duración, superó en permanencia temporal a la mayoría de los pequeños emprendimientos gráficos en el socialismo argentino. Se publicó con una extraordinaria regularidad cada 15 días (el 1° y el 15 de cada mes), durante casi dos años completos: el primer número salió a la calle el 14 de julio de 1912 y el último (al menos en la colección consultada) es del 15 de mayo de 1914. Solamente se saltean una quincena en febrero de 1913 y otra en enero de 1914, por alguna circunstancia estival que no explican. Todos sus ejemplares contaban con 8 páginas, salvo el número especial del 1° de mayo de 1913 (n° 18), con 16 páginas, que conmemoraba la jornada de lucha de los trabajadores.

Gráficamente era un producto medianamente bueno, con algunas dificultades tipográficas y de corrección, sobre todo al principio. Oca-

sionalmente incluía algunas fotografías o alegorías. Un miembro de la redacción, Pablo Chanussot, actuó a menudo como traductor de textos del francés al castellano. Otro colaborador asiduo, Cornelio Thiessen, traduce textos del inglés y del alemán, y también envía artículos donde se evidencia el conocimiento directo de las publicaciones en esos idiomas. En un número recogen noticias y artículos de Rusia y de Bulgaria traducidos por N. Kazandjieff, quien tendrá después una larga militancia en el Partido Comunista, dirigiendo la Agrupación Comunista Búlgara de Buenos Aires.

En muchos momentos, particularmente en el segundo año de edición, el estilo de los artículos tiene un tono sarcástico que parece salido de la pluma de Juan Ferlini Guillán, frecuente colaborador y por momentos secretario de redacción. La mordacidad y las ironías son habituales en quien años después se convertiría en el primer concejal del PSI, y muestran no sólo un gran manejo de la lengua castellana sino también sus amplios conocimientos libresco. Cuando ese estilo sarcástico es cuestionado por algún lector, la redacción (virtualmente, el mismo Ferlini) sale en su defensa: “Formulamos la promesa de no corregirnos, pues entendemos que hacerlo sería llevar al suicidio nuestra propia obra. Tenemos un alto concepto de la ‘sátira’ como elemento de crítica y no estamos dispuestos a rectificarlo” (“Actualidades”, sin firma, en nº 32, 15 de diciembre de 1913).

Para solventar los gastos del periódico se crea, previo al primer número, una cooperativa específica, conformada por los siguientes integrantes: Nicolás Di Pinto, Renato D. Cozzi, José F. Grosso, Martín Casaretto, Jaime López, E. González Mellén, José F. Penelón, Alejandro Jasclevich, Julián Ducasse, Manuel Domínguez, Pedro Zibecchi, Antonio Chiaia, Manuel Freire (hijo), Juan Clerc, Fernando Guillot, Gerardo Lamenza, Pablo Chanussot, J. García Fernández, Luis Miranda, Blas Feijoo, Paulino Domínguez, Vicente Fazio, Domingo Fazio, Luis León, José Vescovo y Pascual Paolini. En la redacción son nombrados inicialmente Grosso, González Mellén y Casaretto, pero habrá una alternancia significativa de redactores, cuyo detalle haremos más adelante.

La sede del periódico figura en Canning 929, pero al año siguiente se producen una serie de cambios. En primer lugar, se crea el Centro Carlos Marx,¹ a partir del propio periódico y con la participación de muchos de los que formaban parte de la cooperativa o de militantes socialistas que habían colaborado con la publicación. Desde el número 21 (1º de julio de 1913), *Palabra Socialista* hace constar bajo su nombre: “Órgano del

1. Así es nombrado este centro desde su creación en julio de 1913. Referencias posteriores lo nombran Centro de Estudios Carlos Marx o Centro de Estudios Sociales Carlos Marx, pero aquí respetaremos el nombre que figura en *Palabra Socialista*.

Centro Carlos Marx”. Desde agosto de 1913 la administración se traslada al local de Pedro de Mendoza 1981 (a la vez que desaparece la mención al local de Canning 929, dirigido por Pedro Zibecchi, quien además deja de firmar en el periódico) y desde febrero de 1914 figura también la dirección de la redacción en Estados Unidos 1056, renombrado local que en los años venideros sería el principal punto de irradiación de la disidencia de izquierda que en febrero de 1918 formó el PSI.

En la publicación se hace constar también la existencia de varios “agentes”, que seguramente recibían por correo los ejemplares para ser distribuidos en su localidad y ocasionalmente envían colaboraciones o informaciones al periódico. La red de distribución artesanal incluía varias poblaciones hoy parte de la capital federal o del Gran Buenos Aires, pero que en aquel momento estaban distanciadas geográficamente (Villa Devoto, Lanús, Santos Lugares, Avellaneda, Ramos Mejía, Lomas de Zamora, Haedo, Wilde), pueblos o ciudades de la provincia de Buenos Aires (La Plata, Mar del Plata, Bahía Blanca, Exaltación de la Cruz, Lobos, Nueve de Julio, San Nicolás), de Santa Fe (Rosario, Rufino) y la ciudad de Córdoba. También se registra una conexión frecuente con el socialismo uruguayo y con grupos socialistas de Chile, lo cual nos informa que la militancia del comunismo argentino en el ámbito sudamericano en los años 20 (Jeifets y Jeifets, 2014), ya se podía registrar en los orígenes del grupo.

No contamos con datos de tirada y tampoco el periódico ofrece una imagen clara acerca de la penetración en gremios y sindicatos. Como parece ser la tónica general en el Partido Socialista, el militante se referencia más en su centro de afiliación que en su lugar de trabajo y las noticias sindicales o de huelgas hacen poca mención a la participación de corrientes políticas y menos aún a los propios participantes del periódico.

Cuestiones programáticas

El periódico *Palabra Socialista* surge como iniciativa de un grupo de militantes opuestos de manera decidida a la política de la dirección del partido, a la que acusan habitualmente de “practicista”, a veces de “reformista”, y de abandonar la prédica del ideal del socialismo para resumirse en un oportunismo electoralista y democrático. A diferencia del periódico oficial *La Vanguardia* (que se va convirtiendo paulatinamente en el principal blanco de las críticas), se hace una defensa de las tesis generales del marxismo, tanto en sus nociones económicas como políticas, se reivindica la centralidad del movimiento obrero como forjador del socialismo y se reclama que el partido deje de lado su menosprecio por la lucha sindical. En ese sentido, *Palabra Socialista* cree representar un socialismo obrero, marxista, anticapitalista y combativo.

La posibilidad de mejoras y de reformas en la sociedad capitalista es cuestionada constantemente en la publicación. Sólo la lucha de clases, es decir la relación de fuerzas, hará posible que una ley se aplique, se aplique mal o no se aplique. Las reivindicaciones de los trabajadores sólo podrán ser satisfechas plenamente en otra sociedad. Así debe entenderse entonces la conclusión de Elías Leyboff: “Sólo la *dictadura del proletariado* hará posibles las verdaderas reformas socialistas” (“El socialismo automático en acción”, 1 de septiembre de 1913, subrayado en el original).

Declaradamente, el objetivo del periódico es generar una discusión de principios en el seno del socialismo argentino, ya que lo que observa el grupo de redactores es que la dirección homogénea a la organización detrás de una política reformista, y que la única manera de revertir ese derrotero es a través de la discusión abierta, serena, impersonal y principista (por ejemplo, entre muchos otros artículos, “Una nueva etapa”, por Renato Cozzi, n° 20, 15 de junio de 1913).

Cuando se realiza el XI congreso del PS, señalan “lamentables desviaciones del criterio marxista de la lucha de clases, atenuado en grado sumo, por no decir desvirtuado, en virtud del predominio de un reformismo extremo” (n° 9, 15 de noviembre de 1912). Reconocen que la dirección partidaria cuenta con una mayoría legítima y el periódico se siente parte de la minoría crítica del congreso, pero por ello mismo quieren tener el derecho a discutir lo que ellos consideran el verdadero camino del socialismo.

Aparecen algunas referencias ocasionales al revisionismo de Bernstein (al que se critica con los mismos epítetos que a la dirección del socialismo argentino), pero no se aprecia por ello un apoyo explícito a alguna otra fracción del socialismo internacional. En general prevalece una elogiosa reivindicación, poco matizada desde nuestro punto de vista, de un “socialismo europeo” que se desarrolló gracias a levantar las banderas de la lucha proletaria contra el capital y que todavía entonces, en los momentos previos a la primera guerra mundial, puede ser visto como un socialismo no esclerosado y provisto de una organización modelo. En ese sentido, el periódico parece contraponer el gran movimiento desarrollado en Europa al pequeño partido oportunista que surge en la Argentina.

A través de diferentes plumas, aparecen citados y defendidos los grandes escritores del socialismo hasta ese momento: Karl Marx, Friedrich Engels, Ferdinand de Lassalle, Grigori Plejanov, Antonio Labriola, Jules Guesde, Paul Lafargue, Karl Kautsky, Jean Jaurès. La idea que se transmite es que el socialismo europeo, como un todo, es un movimiento proletario, opuesto al capitalismo y decidido a enfrentarse a cualquier guerra si esta es declarada. Los “herejes” (críticos revisionistas o políticos

oportunistas que aceptan cargos en gobiernos burgueses) son pocos y han sido combatidos por las direcciones oficiales o directamente expulsados. Se menciona en algún artículo la división entre marxistas y no marxistas del socialismo ruso, pero no se informa de otras tendencias similares en el resto de los países.

Desde los primeros números se realiza un seguimiento destacado del socialismo italiano, dividido por esos años en varias fracciones (ultrarreformistas, moderados, intrasigentes y revolucionarios). La revista se congratula del alejamiento de los ultrarreformistas en el congreso de Ancona (1912), y con eso se da por satisfecha en cuanto a la orientación ideológica de aquel partido. Paralelamente, se hace varias veces un elogio desmedido del viejo revolucionario Amílcare Cipriani, residente en París, que es de quien toman el relato del congreso, aunque la relación de Cipriani con el socialismo es bastante sinuosa. Garibaldino y comunero en el último tercio del siglo XIX, en su exilio francés se acerca más a los anarquistas y al socialismo revolucionario que al socialismo marxista. Hombre de lucha más que de doctrina, *Palabra Socialista* ve en él no tanto al militante marxista como al luchador que posee muchas de las cualidades que le faltan a la dirección del socialismo argentino.

Pero la idealización de la situación en Europa, si bien se puede leer en diversos artículos, no es compartida por todos los articulistas del periódico. Cornelio Thiessen parece tener una mayor conciencia de las dificultades del desarrollo de las ideas de Marx. En un artículo, en el que combate una crítica de Enrique Dickmann al marxismo, al que el dirigente del partido considera “dogmático”, afirma Thiessen:

Los “dogmas” del marxismo nunca han dominado a los partidos socialistas. En Alemania los marxistas han tenido que luchar constantemente con Lassalle y su herencia; sólo en 1891 pudieron desaparecer del programa las herejías más esenciales de Lassalle. En Francia, Guesde y Lafargue sólo en los últimos años han podido consolidar las fuerzas de los guesdistas. Jaurès y sus amigos nunca han sido partidarios de Marx ni de una política de clase. En Inglaterra, los marxistas, con su veterano, constituían una minoría insignificante. Sólo en los últimos años, al aniquilarse la situación privilegiada del capital inglés, parcialmente con la acentuación de los antagonismos sociales, el “dogma” empieza a introducirse también allí. En Norte América, los Knights of Labour, la organización sin duda más inteligente del pasado, era inspirada por ideas de Henry George. El primer diario marxista de Suecia apareció en 1908; en Rusia recién en 1903 organizóse la fracción marxista del socialismo. En la Argentina, a pesar del socialismo “importado” de Engels, Plekankoff [sic], de la primera época

de *La Vanguardia*, asistimos recién ahora al nacimiento de los “dogmas” en los *centros obreros*. (“Los dogmas”, n° 25, 1 de septiembre de 1913)

Es interesante la crítica de Thiessen a Ferdinand de Lassalle. Aunque la versión posterior de la historia del socialismo lo ubica en el campo de los derrotados y expulsados por Marx del campo del socialismo, el partido alemán, y a través de él toda la Segunda Internacional, mantuvo la idolatría a quien fuera uno de los principales fundadores de la corriente en Alemania. El grupo Vorwärts de la Argentina, en el que militara Lallemand, presidía sus reuniones con retratos de Marx y de Lassalle; y el Partido Socialista de Justo, en el mismo año 1913 en que Thiessen hace sus críticas, encargaba un monumento a Ernesto Soto, promocionado en *La Vanguardia* (1 de mayo de 1913), cuyo epígrafe era elocuente: “Marx, Engels y Lassalle conduciendo al hombre hacia una vida mejor”.

Las críticas que se plantean en *Palabra Socialista* a la política justista van desde actitudes puntuales de los legisladores hasta cuestiones ideológicas más generales, en la que se incluye la labor periodística del diario oficial *La Vanguardia*.

Ya desde los primeros números se critica el proyecto de ley de Enrique Dickmann de reformar las leyes de residencia y de defensa social. Para *Palabra Socialista*, un diputado obrero debe proponer la derogación lisa y llana de ambas leyes, y no su modificación. También critican una propuesta de Repetto de asignar una partida presupuestaria para mejorar el estado edilicio de cárceles y cuarteles. Se critica también que, dentro del partido, no se le otorguen derechos partidarios a los extranjeros, por el hecho de no tener ciudadanía argentina. Incluso algunos miembros del grupo tratan de forzar en un congreso, infructuosamente, el ingreso de delegados “no ciudadanos” que son rechazados. Como insinúa Casaretto en un artículo, eso no sólo deja a los extranjeros fuera del partido sino, por lógica, también a las mujeres.

Las críticas no apuntan solamente a la línea general del partido, sino también a algunas personalidades destacadas. En diversos números se cuestiona el nacionalismo de Manuel Ugarte, se ironiza sobre el pintoresquismo de Alfredo Palacios, el abstencionismo de José Ingenieros, las ínfulas filosóficas de Esteban Dagnino o el reformismo parlamentario de Dickmann o de Repetto. Juan B. Justo se salva de los sarcasmos, pero no de las críticas. En el n° 13 (15 de enero de 1913) aparecen dos artículos (de Elías Leyboff y de Luis Miranda, futuro dirigente del Partido Comunista) cuestionando seriamente un texto de Justo aparecido en *La Vanguardia*. El artículo de Miranda se titula “Revisionismo y marxismo”.

Enrique Del Valle Iberlucea es aplaudido en el congreso de 1912

porque tiene algunos gestos de apoyo a la minoría de izquierda (incluso reproducen algún texto suyo en el n° 12), pero al año siguiente es elegido senador por la Capital Federal y abandona toda veleidad izquierdista. Comentando el discurso del 1° de mayo de 1913, dice un articulista que firma Argos:

Del Valle Iberlucea estuvo desconocido. A diferencia de otros años, no citó ni a Marx, ni a la Internacional, ni a la bandera roja... Después de una breve introducción en la que habló del ejército libertador que cruzó los Andes para libertar a sus naciones, y de la patria (Argentina, probablemente), expuso los proyectos que piensa presentar al parlamento.

La crítica se extiende a otros oradores y se concluye que el acto se ha desaprovechado: “Sólo ha sido útil para la política simplemente radical del titulado organismo político del proletariado argentino, es decir del partido socialista”. Afirmar que el Partido Socialista tiene una política “simplemente radical” y que su pretendida orientación proletaria no es más que un título autoimpuesto y falso implica para los miembros de este sector de izquierda ubicarse al borde de una escisión.

Importa destacar también una defensa del materialismo histórico, frente a un ataque que publica Enrique Dickmann en *La Vanguardia* del 12 de diciembre de 1913. Dos artículos se dedican a combatir la tesis de Dickmann, uno de Manuel Pereyra (n° 32, 15 de diciembre de 1913, es decir sólo tres días después de que aparece el artículo de Dickmann) y otro de Elías Leyboff (n° 33, 15 de enero de 1914). Según este último, Dickmann define el materialismo histórico como un materialismo grosero que sólo considera los avances técnicos y productivos y desprecia los aspectos sentimentales y éticos del ser humano. Leyboff niega esto y afirma que es la misma crítica que hacen los idealistas, tergiversando el marxismo. El análisis histórico-económico sirve *de base* (subrayado en el original) para el análisis de la sociedad en su conjunto. Nadie pretende analizar una obra de arte a partir de la economía. Para Dickmann, sigue Leyboff, todo se reduce a la Sinceridad y la Ética. Leyboff niega que la prédica moral sirva para modificar el estado de cosas, y si se explican los delitos por la situación económica no significa que los delitos no existan o que haya un componente psicológico o subjetivo. La economía es la base de los otros comportamientos, nada más, pero nada menos. Los socialistas, concluye, tienen una ética, y es “la solidaridad proletaria de clase”, la educación para la lucha, con lo cual acusa indirectamente a Dickmann de basarse en una ética no sólo idealista sino, sobre todo, individualista.

Otro planteo importante se da en torno a la lucha política. Nueva-

mente debemos citar a Elías Leyboff, en su artículo “Socialismo y lucha política” (nº 37, 15 de marzo de 1914):

En los países atrasados, en donde la burguesía no ha conquistado su hegemonía política, el partido socialista, naciente o ya formado, agita el problema de los límites entre las aspiraciones socialistas y los derechos políticos a conquistar.

Es decir que el socialismo, en un país atrasado como la Argentina, debe trabajar en el límite entre los dos tipos de consignas (obreras y democráticas) y eso sirve como sistema de depuración: quienes sólo se interesan por los aspectos revolucionarios, abandonarán el partido para pasarse a las filas del anarquismo. Quienes sólo se interesen por las consignas democráticas, se harán liberales. Pero “el llamado partido socialista argentino considera la propaganda y la organización socialista prematura e incompatible con las aspiraciones prácticas del momento”. Es decir que el partido de Justo abandona las consignas obreras y sólo se interesa por las reivindicaciones democráticas. De esa manera, no se hace una crítica del capitalismo, sino que se busca reformarlo.

Para Leyboff, el verdadero socialismo “ataca la forma de producción y de distribución capitalista”, “es incompatible con el militarismo”, “no admite restricciones de las libertades públicas”. “El socialismo es incompatible con las fronteras territoriales establecidas por el capital”, “es incompatible con la forma del matrimonio moderno”, “es incompatible con la constitución política del país”. Su pronóstico sobre la democratización del Partido Socialista anticipa la constitución del futuro Partido Comunista: “Tal vez el crecimiento rápido de un partido con un programa de radicalismo burgués pondrá a la orden del día la formación de un verdadero partido socialista obrero en este país”.² Frente a cualquier duda que generara esta frase, el “partido con un programa de radicalismo burgués” es el PS de Justo, y el “crecimiento rápido” apunta a los éxitos que ha tenido el socialismo en las elecciones de 1912 y 1913. El “verdadero partido socialista” que pronostica Leyboff parece tener su acta de nacimiento en enero de 1918, con la conformación del Partido Socialista Internacional.

Quiénes son los que escriben

Haremos una caracterización de los diferentes redactores o firman-

2. Obsérvese en este debate el eco de aquel otro de 1908 entre Justo y Ferri (en el que también participó Leyboff), expuesto por Carlos Herrera en otro artículo de este dossier.

tes de artículos que se publican como colaboraciones. Las indicaciones pueden ser tomadas como provisorias y completadas con investigaciones de mayor alcance temporal.

Ya hemos anticipado que buena parte del grupo que se nuclea en *Palabra Socialista* o en el Centro Carlos Marx será el creador del Partido Socialista Internacional en 1918 (desde 1920, Partido Comunista). Entre ellos, es decir aquellos que se mantendrán en una crítica indeclinable a las posiciones democráticas del PS, se encuentran Juan Ferlini Guillán, Amadeo Zeme, Atilio Alberini (los dos últimos, luego del PSI y del PC, formaron parte del partido de Penelón en 1927), Pedro Zibecchi (que también firma con el seudónimo de Ernesto Radamés), Emilio González Mellén, Ramiro Blanco (de Rosario), Luis Miranda, José F. Grosso, Julián Ducasse.

José Penelón, en cambio, casi no figura en *Palabra Socialista*. Participa en la cooperativa inicial que sostiene el periódico, pero no hay colaboraciones suyas firmadas. Tampoco se lo menciona en la conformación del Centro Carlos Marx, en 1913. La redacción levanta un artículo que aparece en *Humanidad Nueva*, pero en ocasión del XI Congreso del PS de 1912 critican la actitud de Penelón de abandonar el congreso y renunciar al partido. A partir de ese momento ya no es nombrado. Evidentemente la redacción lo considera dentro del amplio sector de opositores a la dirección, pero no parece tener en estos dos años un papel central en su conformación.

Otro de los más asiduos colaboradores del quincenario, y en varias ocasiones secretario de redacción, es Martín Casaretto, quien en la crisis de 1918 opta por permanecer en las filas del socialismo justista y en los años 30 escribe una historia del movimiento obrero argentino. Casaretto parecía ser, desde los primeros números, el principal vocero de *Palabra Socialista*, pero durante 1913 se ausenta de Buenos Aires por motivos laborales y, aunque regresa, desde ese momento parece tener un rol de segundo orden. Otro de los colaboradores que permanece en el PS es Fernando De Andreis (hijo de un dirigente del Partido Socialista), quien a fines de la década siguiente será diputado y se irá con Antonio De Tomaso a formar el Partido Socialista Independiente.

A otras firmas destacadas de la publicación les perdemos el rastro: uno de ellos es Pablo Chanussot, que traduce del francés varios textos y posiblemente todos los escritos de Elías Leyboff y que actúa como redactor principal durante algunos números. Otro es Renato Cozzi, presente en la cooperativa fundacional del quincenario, en la redacción del diario, delegado al congreso del PS de 1913, orador frecuente en los actos de la izquierda juvenil y miembro del Centro Carlos Marx. Algún otro miembro del grupo sigue un camino académico: Alejandro Jaslavich se va a estudiar con John Dewey en Estados Unidos y cuando

regrese a la Argentina en 1919 se dedicará a las traducciones y a la filosofía, alejado del socialismo.

Elias Leyboff merece un párrafo aparte. Sus escritos figuran entre los más elaborados y extensos de la revista. Suelen ser colocados en primero o segundo lugar y en ciertos temas centrales la revista parece cederle el lugar para que encabece las críticas a la dirección socialista. Gracias a que es atacado por *La Vanguardia*, el quincenario publica un artículo en su defensa y nos enteramos de algunas circunstancias de su vida (n° 35, 15 de febrero de 1914).

Nació en el imperio ruso, en Ekaterinoslav (hoy Dniepropetrovsk, Ucrania), comenzó a estudiar medicina en Kiev y allí leyó a Marx y a Plejanov. Junto a otros estudiantes hacían propaganda socialista en las minas de Ekaterinoslav hasta que los descubrió la policía zarista y deportó a la mayoría. Leyboff, junto a otros, se exilió en Francia y terminó sus estudios de medicina en Montpellier, haciendo luego un doctorado en París. En Lyon se unió al Partido Socialista francés, sección Jules Guesde. Colaboró con los exiliados rusos y publicó artículos en el diario socialista de Ekaterinoslav *Viestnik Yuga*, con el seudónimo de Roniky, hasta 1908, cuando se traslada a la Argentina. Aquí llega con pocos recursos, mujer e hijos, sin saber el idioma, y se instala en Rosario del Tala (centro de Entre Ríos), para convertirse en médico de las colonias judías de la zona. Al año de llegar envía a la *Revista Socialista Internacional* un artículo de crítica a la política del socialismo argentino, titulado “Carta al doctor Justo”. Por esta carta lo conocen los jóvenes de izquierda y se comunican con él cuando comienzan a editar el periódico.

Leyboff evidencia un gran conocimiento del marxismo y de las circunstancias que rodean la construcción del socialismo en Europa. Conoce de primera mano lo que sucede en Rusia, en Francia y en Bélgica. Al igual que los redactores de *Palabra Socialista*, se ubica en la defensa del marxismo y aboga por la conformación de un socialismo obrerista. Aunque no cree en las posibilidades de las reformas parlamentarias, su posición sobre los métodos de lucha se acercan más a la izquierda de la socialdemocracia alemana que al futuro bolchevismo: el socialismo, piensa Leyboff, debe desarrollar métodos de lucha pacíficos. La violencia está en el Estado y es producto de la reacción del capital frente a los métodos de lucha pacíficos de la clase obrera. Revolucionario pero antijacobino, considera que el capitalismo exagera las contradicciones económicas y políticas hasta que se vuelven insostenibles para la población, pero no es el proletariado sino la burguesía la que toma la iniciativa de reaccionar con violencia (“Política de hechos pequeños o política socialista”, n° 13, 15 de enero de 1913). Desconocemos el destino ulterior de este médico rural, que a través de la correspondencia intentó mantenerse vinculado al movimiento obrero internacional.

Es interesante también observar las relaciones entre *Palabra Socialista* y la revista *Humanidad Nueva*. Esta publicación, continuadora de la recién nombrada *Revista Socialista Internacional*, en la que tuvieron un papel central Enrique Del Valle Iberlucea y Alicia Moreau, incluía en su redacción a miembros de *Palabra Socialista* como Renato Cozzi, Pedro Zibecchi y Guido A. Cartey. También Fernando de Andreis, participante ocasional, es presentado como ex director de *Humanidad Nueva*. Como ya comentamos antes, el único artículo que aparece firmado por Penelón fue publicado originalmente en esa revista-libro de Del Valle Iberlucea. Como se sabe, este último exhibió durante toda su militancia cierta inclinación al socialismo marxista (Corbière, 1987; Marianetti, 1972) y, a pesar de las críticas que recibe en *Palabra Socialista*, también parece justificado que algunos militantes participaran de los dos ámbitos editoriales.

Cerramos el registro de los colaboradores de la publicación con dos casos que van más allá de la producción de textos. Uno es Ramiro Blanco, quien también firma Errebeyese, militante socialista asturiano, que llega a la Argentina en 1911 y ya en 1912 se conecta con la izquierda del socialismo. Constructor del partido y de la juventud del socialismo en Rosario, seguirá vinculado al grupo y se constituirá en uno de los fundadores del Partido Socialista Internacional. El otro es Cornelio Thiessen (su apellido es deformado constantemente en los primeros números, hasta que se estabiliza), dirigente en Tolosa y La Plata. Cuando se constituya el Movimiento Juvenil Socialista, en 1914, colaborará en forma decidida con la campaña antimilitarista. Muere en 1916 y la juventud en homenaje publica una conferencia suya en forma de folleto (Thiessen, 1917). Como ya hemos mencionado, evidencia un gran conocimiento de inglés, francés y sobre todo alemán, traduciendo textos íntegros o citando a los clásicos desde su lengua original, pero fundamentalmente es quien vincula al sector izquierdista con las secciones rebeldes de La Plata y uno de los principales animadores del despertar juvenil.

Balance y proyecciones

Si bien el grupo de redacción de *Palabra Socialista* tiene un fuerte enfrentamiento con la dirección partidaria, a la que tilda de practicista y reformista, el grado de elaboración de una doctrina alternativa y verdaderamente diferente dista de haber sido completamente elaborada. Lo que une al grupo no es una visión homogénea sobre qué hacer, sino un rechazo decidido a las formas burguesas de la política de la dirección del PS. Si bien esta característica puede observarse en cualquier grupo, consolidado o no (el porvenir aparece diseñado en una multitud

de posibilidades, pero sólo una prevalecerá ante los embates de la realidad), en el periódico que estudiamos resulta más acusado todavía el momento *negativo* de su conformación y son más notorias las aristas contradictorias de su proyección.

Para ejemplo, basta ver la política con respecto al movimiento obrero. Si bien le critican al socialismo el abandono de larga data de una política sindical coherente, el grado de inserción en los lugares de trabajo o el de elaboración de una política diferente en lo gremial no pasa de ser una declaración de principios. Eso no quiere decir que sus diferentes integrantes estén lejos de la militancia sindical, sino que no hay una elaboración específica del problema a lo largo de las páginas del quincenario, más allá de la reivindicación de diferentes luchas o acciones puntuales de la clase, o de las críticas específicas que se descargan, sobre todo al sindicalismo revolucionario. El debate con esta última corriente se desarrollará más adelante, sobre todo entre 1916 y 1917, en las páginas de *La Vanguardia* (Camarero y Schneider, 1991) y allí se evidenciará el entendimiento táctico entre la nueva dirección de la FORA y la dirección justista del socialismo argentino, ambos en contra de las posturas de Penelón.

El tema del Comité de Propaganda Gremial, por ejemplo, es un tema que apenas es rozado por *Palabra Socialista*. Por supuesto se apoya su constitución, pero no se hace eje en ese problema. El CPG fue planteado en el congreso partidario de 1911, pero recién empezó a funcionar a mediados de 1912. Según *Palabra Socialista* (n° 11, 15 de diciembre de 1912), “a pesar de su poca existencia (6 meses), de los escasos recursos de que dispuso, de la negación de su concurso por parte de afiliados y secretarios de Centros y de la falta de tacto para su nombramiento e integración, por desconocimiento y falta de interés por parte del Comité Ejecutivo que cesó, ha realizado obra buena, constituyendo varias organizaciones obreras”. El CPG es boicoteado por el partido y se disuelve tras la renuncia de Penelón. No se reconstituirá hasta mayo de 1914, es decir, coincidentemente con el cierre del quincenario. Recién en ese momento la izquierda marxista entenderá que su principal campo de acción debe ubicarse en el ámbito de la lucha sindical, alrededor del comité dirigido por Penelón.

Otro punto en donde se observan las vacilaciones entre la política que se abandona y la que se adoptará es en la cuestión de los métodos de lucha. Si bien hay una crítica cerrada al parlamentarismo de Repetto, Dickmann y Justo, en nombre de la concepción de la lucha de clases como motor de la historia, no se vislumbra claridad en cuanto a las formas de desarrollo de esas luchas obreras. El artículo citado de Leyboff es en ese sentido característico: la insistencia en la idea declaradamente antijacobina de que el movimiento socialista debe desarrollar

una lucha con métodos pacíficos, dejándole a la burguesía la iniciativa de la violencia, está todavía más cerca de la izquierda socialdemócrata de fines del siglo XIX que del bolchevismo de 1917.

Agregamos dos elementos que, aunque ya señalados, no dejan de marcar diferencias de apreciación que pudieron tener alguna incidencia en los hechos posteriores. Uno está marcado por la inclusión o no de Ferdinand de Lassalle dentro del panteón de guías del socialismo. El otro es la mencionada idealización del socialismo europeo, visto como un cuerpo unificado detrás de las ideas de Marx. En ambos casos, Thiessen y otros se ubicaron en una crítica más matizada, y no puede dejar de observarse que todas esas diferencias apuntan a una reelaboración de las herencias de la socialdemocracia alemana en un sentido más de izquierda.

La creación de otro partido se siente en el aire, pero todavía no ha llegado el momento, y el hecho de que el grupo siga siendo minoritario en los congresos es el síntoma de que una ruptura sería vivida como temprana. Todavía en 1912, cuando Penelón decide renunciar al PS, el redactor anónimo que hace el comentario del congreso dice: “Creemos prematura y perjudicial para la causa del proletariado una escisión en nuestras filas” (“Notas del XI Congreso”, n° 9, 15 de noviembre de 1912). Así puede pensarse que la victoria del ala izquierda unos años después, en el congreso extraordinario de abril de 1917, permitió acelerar los tiempos.

Otro elemento político desarrollado por el grupo, y alentado claramente por el quincenario, es el movimiento juvenil. Esto sólo se da en los últimos momentos. En el n° 36 (1 de marzo de 1914) se anuncia en un lugar destacado el nacimiento del Movimiento Juvenil Socialista. Todos los participantes del grupo conforman el MJS y son oradores en sus actos. Se insiste en que la juventud debe ocupar un lugar preferencial en la campaña electoral y se le solicita a la dirección del partido que se acepten oradores por la juventud. Ante la negativa, el movimiento desarrolla sus propios actos de propaganda, donde hablarán Martín Casaretto, Jaime López, José F. Grosso, Gualterio Mattioli, Renato D. Cozzi, Pedro Zibecchi, Manuel M. López, Fernando De Andreis, Alberto Carcagno, Luis M. López y Emilio González, es decir, la mayoría de los militantes vinculados al quincenario. El ala izquierda del partido encuentra en los jóvenes un gran aliado, fundamentalmente a partir del rechazo a las guerras y al enrolamiento obligatorio.

Este movimiento juvenil seguirá existiendo más allá de la extinción de *Palabra Socialista* y en abril de 1916 dará origen a una revista, *Adelante*, que seguirá apareciendo hasta enero de 1918, entroncando su existencia con la del naciente partido marxista dirigido por Penelón. La revista *Adelante*, de características gráficas muy similares a *Palabra*

Socialista, estará dirigida por Juan Ferlini, también secretario de redacción del quincenario que analizamos.

Lo que parece faltar, en *Palabra Socialista*, es un dirigente con una envergadura intelectual mayor. Ese papel, que más adelante será ocupado por José F. Penelón y, sobre todo, por el chileno Luis Emilio Recabarren (quizás el motor más importante que tuvo la escisión de 1918), todavía se echa en falta en la publicación de 1912. Elías Leyboff parece llenar ese papel, pero no tiene un rol militante en el grupo, sino más bien el de un intelectual a la distancia que vincula la crítica del ala izquierda a la dirección “simplemente radical” del PS con la experiencia del socialismo europeo y el acceso directo a los clásicos. Ningún otro colaborador exhibe el desarrollo teórico de Leyboff (no queremos dejar de mencionar los ocasionales artículos de Cornelio Thiessen y de Manuel Pereyra), pero Leyboff, a su vez, no tiene un contacto con el movimiento de la lucha de clases de la Argentina y quizás ni siquiera conoce bien la lengua castellana.

Penelón no participa del grupo, y recién va a tener un papel central a partir de la conformación, como ya dijimos, en mayo de 1914 del Comité de Propaganda Gremial. Martín Casaretto, Pedro Zibecchi, Amadeo Zeme, Pablo Chanussot no logran dar con la fisonomía de dirigente del grupo. Juan Ferlini parece más un intelectual y un buen escritor que un guía político. En definitiva, lo que se observa es más una tendencia a la cooperación política que una organización estructurada. La llegada al país de Luis Emilio Recabarren, el liderazgo y la militancia que desarrolla el Comité de Propaganda Gremial (abriendo frentes obreros y colaborando en los conflictos) y la indignación de la juventud con respecto al tema de la guerra mundial serán los catalizadores que van a dar pie a la conformación de la escisión de 1918 y la creación del Partido Socialista Internacional.

¿Por qué se cierra *Palabra Socialista*?

En los últimos números, nada deja entrever una decadencia económica o política de la publicación: se sigue editando hasta último momento con sus ocho páginas quincenales, como en los últimos dos años. No se registran debates ni polémicas que pongan en peligro la unidad de criterio. Descartamos una vinculación con el comienzo de la primera Guerra Mundial: hasta tres meses después del último número no hay una necesidad de toma de posición que afecte la cohesión ideológica del ala izquierda del socialismo. Todos coinciden con la que, hasta ese momento, es la posición “oficial” de los partidos socialistas europeos: huelga general obrera para derrotar la posible guerra.

La desaparición del quincenario (y la hipótesis que aquí manejamos

depende exclusivamente de considerar que el n° 40, del 15 de mayo de 1914, es efectivamente el último) coincide con un suceso que pudo haber actuado como catalizador de diferencias: el XII Congreso del Partido Socialista, desarrollado en Rosario entre el 22 y el 24 de mayo. En el mismo se observa una derrota profunda del sector izquierdista: el informe del Comité Ejecutivo es aprobado por amplia mayoría en todos sus puntos, el control que la dirección justista realiza en la organización se evidencia fuerte y sin fisuras. El ala izquierda del partido puede haber experimentado un duro golpe en sus filas. De hecho, el número 41 debía ofrecer a los lectores un balance de la reunión partidaria, y esto pudo haber despertado desentendimientos imposibles de resolver.

El sector que se agrupa en *Palabra Socialista* apenas está representado en las delegaciones al congreso: Zibecchi y Casaretto son los que participan mayormente en los debates; también figuran Renato Cozzi, Guido Cartey, José F. Grosso, José Vescovo y algunos pocos nombres más que se ubicarán en el ala izquierda con posterioridad (*La Vanguardia*, 28 y 29 de mayo de 1914). En el marco de un centenar de delegados, este sector sólo cuenta con una docena de votos.

Entre las diversas discusiones que se suscitan en la asamblea, el punto más polémico es una propuesta de la dirección para retirar del programa partidario la crítica al trabajo a destajo: vale la pena detallar cómo se origina.

El viejo militante y fundador del partido Miguel Pizza es dueño de una fábrica metalúrgica (Haupt y Pizza) donde a los trabajadores se les paga por pieza.³ Los obreros bronceros desarrollan una huelga para pasar del pago a destajo al pago diario y varios centros de la Capital le exigen a la dirección del partido que sancione al propietario Pizza por violar un punto del programa que, justamente, rechaza esa forma de pago. Después de algunas evasivas, el CE le encarga al militante Pedro Porcel que realice un informe de los hechos, pero éste será fuertemente negativo con respecto al pago por pieza y a las actitudes del empresario. La dirección partidaria desconoce ese informe, y en vez de sancionar a Pizza decide proponerle al congreso que se saque del programa el rechazo al trabajo a destajo.

Ya en el congreso, esta propuesta es atacada violentamente por el ala izquierda, que ha desarrollado una larga campaña en *Palabra Socialista*

3. Nicolás Repetto (1956: 32) afirma que el local de México 2070 “era propiedad del compañero Haupt, un antiguo obrero alemán, a quien se había expulsado de su país en virtud de la ley bismarckiana contra los socialistas, pero que en la Argentina se había enriquecido explotando un taller metalúrgico, cuyas utilidades invertía en la construcción de locales para el partido, las sociedades gremiales y las cooperativas, que entregaba sin cargo de alquiler a las entidades indicadas”. Agradezco esta referencia a Lucas Poy.

sobre el tema. El argumento esgrimido por el ala oficial del partido es verdaderamente llamativo: el trabajo por pieza, afirman, beneficia a los obreros más capaces, mientras que el salario por jornal lo solicitan los obreros haraganes. La aceptación de la modificación programática es sancionada finalmente por Juan B. Justo en un largo discurso, donde afirma que jamás el movimiento socialista internacional se movilizó contra el salario por pieza, y que no está demostrado que perjudique a los obreros, olvidando seguramente la traducción que él mismo había hecho veinte años antes de *El capital*, donde en la sexta sección Marx dedica un capítulo entero a demostrar los beneficios de esta forma de pago para el capitalista y el perjuicio para el obrero. También olvidó los reclamos obreros desde fines del siglo XIX, en la Argentina, exigiendo terminar con el pago a destajo. El discurso de Justo es coronado con una aclamación, según el diario oficial, y la propuesta es aceptada, dejando en el olvido toda sanción al burgués “socialista” Miguel Pizza. A las constantes vacilaciones teóricas del justismo, se le agregaba la tendencia a claudicar frente a las necesidades de dos dueños de fábrica, uno de los cuales era un viejo militante y dirigente del partido, y el otro un burgués benefactor a quien no convendría alterar con “pequeñeces” economicistas.

Hay que tener en cuenta que el socialismo de Justo viene de dos victorias electorales significativas en la Capital Federal, en 1912 y en 1913, gracias a las cuales Del Valle Iberlucea es elegido senador y un núcleo de dirigentes son elegidos diputados. La táctica parlamentarista parece estar rindiendo sus frutos y el ala izquierda cuenta con todos los argumentos a su favor menos uno: el éxito. El batallón de los críticos aumenta, pero cada vez es más marginado del partido. Ante esa situación, es muy probable que surgieran disidencias en cuanto a la conveniencia de seguir en la misma postura crítica y eso significará el fin de la publicación quincenal.

En este sentido, vemos que la política parlamentarista de Justo, que hacia el Centenario se mostraba poco fructífera, ahora tiene logros que exhibir, logros que tienen la virtud de entusiasmar a sus partidarios y acallar los apoyos al ala izquierda. Por añadidura, un importante referente partidario como Del Valle Iberlucea deja atrás, al menos por el momento, sus “gestos” de apoyo a la izquierda y se inscribe en los andariveles reformistas que ahora se imponen en la organización. El Partido Socialista parece cerrar así una crisis que no se mostraba como tal pero que anidaba en los continuos fracasos que hasta 1912 habían jalonado su historia. Pero ese fortalecimiento del reformismo parlamentario sería de corto alcance, pues la guerra mundial abriría nuevas fisuras entre la mayoría justista y el ala izquierda, que harían eclosión en el congreso extraordinario de abril de 1917 y, posteriormente, la creación del PSI.

Quienes busquen rescatar un desempeño electoral ascendente, minimizarán las sucesivas crisis y fracturas que experimenta el partido de Justo (mucho más allá de la época de la que hablamos); quienes pretendan confrontar la historia del PS con el proyecto de crear un partido de la clase obrera, no podrán dejar de observar cada uno de estos tropiezos como un anticipo de su posterior dispersión y su conversión en un partido demócrata sin resabios de socialismo.

Coincidentemente con el cierre de *Palabra Socialista* y con el congreso de Rosario, se está conformando el Comité de Propaganda Gremial. No hemos encontrado en esos meses ninguna referencia a la creación o a la existencia del mismo en las páginas de *La Vanguardia*, pero su acta de constitución es reproducida en un texto de Emilio González Mellén de 1917 (citado en Camarero y Schneider, 1991: 78-97). El comité tuvo una vida muy activa y es probable que los esfuerzos del sector marxista del partido, ya sin una publicación central, se haya volcado a los trabajos sindicales ahora en alianza con José F. Penelón.

Se cerraba así un capítulo en la conformación del ala izquierda del Partido Socialista, pero se abría otro, seguramente más fructífero, que se desarrollaría en los años de la Primera Guerra Mundial. Los avatares del conflicto bélico darán pie, tanto en el mundo (revolución rusa) como en la Argentina, a la consolidación de nuevas organizaciones y nuevas configuraciones políticas. Y será la lejana guerra la que dará oportunidad para que el ala izquierda del socialismo cristalice en una organización más amplia y definida, cuando se enfrente a las tendencias aliadófilas de la dirección justista. Al igual que en Europa, la traición que significó el apoyo socialdemócrata a una guerra que habían combatido hasta el momento mismo de su inicio será la oportunidad para que un sector, que denunciara desde un comienzo a la guerra como ajena a los intereses del movimiento obrero, emprendiera un camino independiente y dejara de lado el reformismo y el parlamentarismo del Partido Socialista.

Bibliografía

- Bilsky, Edgardo (1984), *La Semana Trágica*, Buenos Aires: CEAL.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Camarero, Hernán y Alejandro Schneider (1991), *La polémica Penelón-Marotta (marxismo y sindicalismo soreliano, 1912-1918)*, Buenos Aires: CEAL.
- Campione, Daniel (2005), *El comunismo en Argentina. Sus primeros pasos*, Buenos Aires: Ediciones del CCC.
- Cole, G.D.H. (1986), *Historia del pensamiento socialista*, tomo III, México: FCE.

- Corbière, Emilio (1984), *Orígenes del comunismo argentino (El Partido Socialista Internacional)*, Buenos Aires: CEAL.
- (1987), *El marxismo de Enrique Del Valle Iberlucea*, Buenos Aires: CEAL.
- Del Campo, Hugo (1983), *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, Buenos Aires: CLACSO.
- Díaz, Hernán (2008), “Introducción”, a Ramón Suárez Picallo, *Años de formación política. Selección de textos (1916-1931)*, Buenos Aires: Alborada.
- Haupt, Georges (1978), *L’Internazionale Socialista dalla Comune a Lenin*, Turín: Einaudi.
- Jeifets, Víctor y Lazar Jeifets (2014), “La Internacional Comunista y la izquierda argentina: primeros encuentros y desencuentros”, *Archivos* n° 5, septiembre.
- Joll, James (1976), *La II Internacional. Movimiento obrero 1889-1914*, Barcelona: Icaria.
- Marianetti, Benito (1972), *Enrique Del Valle Iberlucea. Una honesta conducta frente a la revolución rusa*, Buenos Aires: Sílabas.
- Oddone, Jacinto (1934), *Historia del socialismo argentino*, Buenos Aires: La Vanguardia.
- Partido Socialista Internacional (1919), “Historia del socialismo marxista en Argentina”, en Daniel Campione (2005), pp. 61-112.
- Repetto, Nicolás (1956), *Mi paso por la política. De Roca a Yrigoyen*, Buenos Aires: Santiago Rueda.
- Tarcus, Horacio (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires, Emecé.
- Thiessen, Cornelio (1917), *El militarismo y las juventudes socialistas*, Buenos Aires: Juventud Socialista Cornelio Thiessen, prólogo de Jaime López.
- Viguera, Aníbal (1991), “Participación electoral y prácticas políticas de los sectores populares en Buenos Aires, 1912-1922”, *Entrepasados*, año I, n° 1, Buenos Aires.

* * *

Título: The newspaper *Palabra Socialista* (1912-1914) and the beginnings of dissent in the Argentine marxist socialism

Resumen: El texto aborda el análisis del periódico *Palabra Socialista*, primer órgano del ala izquierda del Partido Socialista que desembocará en 1918 en la creación del Partido Socialista Internacional (luego Partido Comunista). Se releven aspectos técnicos, las principales ideas programáticas, se traza un cuadro de los principales miembros del grupo y se realiza un balance de su participación en el ámbito de la política argentina entre 1912 y 1914.

Palabras clave: socialismo – orígenes del marxismo argentino – Centenario

Abstract: The text deals with the analysis of *Palabra Socialista*, first newspaper of the left wing of the Socialist Party that will result in 1918 in the creation of

the International Socialist Party (then Communist Party). Technical aspects are relieved, the main programmatic ideas, a picture of the main members of the group plotted and balance of their participation in the field of Argentine politics between 1912 and 1914 was performed.

Keywords: socialism – origins of the Argentine marxism – Centenario

Recepción: 9 de noviembre de 2014. **Aprobación:** 28 de febrero de 2015.

ARTÍCULOS

El poder de la turba. La lucha de los ferroviarios del Central Argentino y las contiendas del poder gremial en el seno del movimiento obrero (1917-1918)

Paulo Menotti y Antonio Oliva

UNR-UBA, paulomenotti551@gmail.com • UNR-ISHIR, oto70oliva@gmail.com

El ciclo de huelgas ferroviarias de 1917 y 1918 impuso desde las bases hacia las cúpulas gremiales un debate no suficientemente relevado aún por la historiografía sobre los trabajadores argentinos. El debate replanteó los alcances políticos de los sindicatos y los modelos que los mismos debían adoptar en función del vertiginoso nivel de agremiación que la recomposición de clase del personal de talleres y tráfico dejó traslucir con sus conflictos en cadena, develando, a su vez, la posición estratégica del personal ferroviario como condicionante del modelo agroexportador. La fase recesiva inaugurada con la guerra mundial trajo como consecuencia la descalificación y la pauperización del personal de talleres y de tráfico en las empresas ferrocarrileras. Los obreros de los oficios de los talleres del Central Argentino de Rosario y su zona cumplieron un papel de primer nivel en este impulso organizativo, extendiendo su ejemplo a las distintas empresas ferroviarias que operaban en la zona. A su vez, las distintas tendencias ideológicas del movimiento obrero agregaron y desagregaron opiniones a dichos modelos en discusión. El trabajo despliega la hipótesis de que el alza de lucha, después de la recesión de la guerra, inauguró una serie de planteos de organización de los sindicatos ferroviarios y del papel de éstos frente al Estado y las patronales que sólo se resolvió unívocamente bien entrada la década del 20, pero que a esta altura se trató de una disputa abierta y de resultado incierto. Las fuentes utilizadas refieren a las publicaciones de las distintas tendencias gremiales y políticas del movimiento obrero actuante en los conflictos y a los periódicos de carácter regional en Rosario y su zona, material que nos permitió introducir apoyos empíricos e inferencias documentadas para nuestra hipótesis. *Hic Rhodus, hic salta!*

Los obreros de Talleres de Rosario y Pérez: la composición de clase del personal ferroviario

La ciudad de Rosario constituía, hacia la época de la Primera Guerra Mundial, un importante enclave cerealero, puntal del modelo capitalista agroexportador diseñado desde fines del siglo XIX. Al mismo tiempo, la urbe santafesina fue uno de los principales centros ferroviarios de la Argentina a la que se conectaban seis líneas de ferrocarril. Entre las mismas había dos de capitales ingleses, el Ferrocarril Central Argentino (FCCA) y el Ferrocarril Central Córdoba (FCC); y tres de capitales franceses, la Compañía General de Ferrocarriles de la Provincia de Buenos Aires (CGFCPBA), el Ferrocarril de la Provincia de Santa Fe (FCPSF) y el Ferrocarril Rosario-Puerto Belgrano (FCRPB). Por último, una línea de menor importancia y que nunca logró finalizar la traza, de capitales privados locales que ligaba a la ciudad con la provincia de Mendoza (Badaloni, 2010: 96). La playa vial de la sureña ciudad de Santa Fe fue una de las principales de América Latina porque desde ese espacio se relacionó con varias regiones del país. Sumado a esto, la ciudad de Rosario y su localidad vecina, Pérez, contaron con dos grandes talleres ferroviarios dedicados a la reparación e instalación de los interiores de vagones de pasajeros y las que sumadas daban trabajo hacia 1917 a 3.000 operarios. Los aserraderos fueron importantes y en Rosario predominó esa actividad que era realizada a destajo, con una consiguiente flexibilización en la planta de trabajadores que eran ocupados de acuerdo a la oferta de la empresa. Desde la primera década del siglo la concentración obrera impulsada por el ferrocarril produjo que la urbe se ubicara detrás de Capital Federal como ciudad manufacturera y comercial, mientras que en relación a su capacidad instalada de talleres se ubicaba cuarta detrás de lo que en la actualidad es la ciudad de Avellaneda, en la provincia bonaerense. Se estima que uno de cada tres obreros santafesinos vendía su fuerza de trabajo en Rosario, siendo la mayor plaza proletaria de la provincia (Pons y Ruiz, 2005: 41; Biale Massé, 2010: 283-313). Como ciudad forjada por la inmigración y la renta exportadora de productos agro-ganaderos, el puerto fue otro espacio de nucleamiento de trabajadores. Allí se llegaron a congregarse alrededor de 6.000, aunque en nuestro período de estudio, entre 1915 y 1919, descendió la ocupación a alrededor de 1.000 personas (Pons y Ruiz, 2005: 42). El tercer ámbito donde masivamente se congregaban proletarios fue en la fábrica Refinería de Azúcar Argentina, que reunió en sus mejores momentos hasta 3.000 personas, en su mayoría mujeres. Particularmente, esta factoría junto a Talleres tuvieron una significativa característica identitaria para los trabajadores porque estaban ubicadas en el extremo norte de la ciudad, formando los barrios Talleres y Refi-

nería, netamente obreros e, incluso, separados de la parte céntrica de la urbe justamente por las vías del tren (Guy y Wolfson, 1988; Karush, 2002: 81). Fue en ese ámbito donde se forjó una identidad fuertemente clasista y surgieron la mayoría de las luchas obreras desde fines del siglo XIX (Falcón, 2005: 114-134).

Los socialistas contribuyeron a cincelar un perfil obrero de la cultura de Talleres y Refinería. Más ligados a los talleres ferroviarios y con mayor presencia tras el dictado de la ley de sufragio obligatorio, los militantes del socialismo estuvieron presentes con la Cooperativa de Pan y el Ateneo Cultural Filosocialista “Enrique del Valle Ibarlucea” que estaba cercano al frente del Portón N°1 de los Talleres ferroviarios. Esta biblioteca fue impulsada por la juventud del partido y brindaba servicios de lectura y también de educación a los trabajadores. Gracias al impulso de militantes como el asturiano Ramiro Blanco, se realizaron actividades para los jóvenes, como la enseñanza de matemática o lecturas literarias (Lozza, 1985: 169; Tarcus, 2007: 73-74). El Centro Socialista de la Sección Décima fue otro lugar desde el que surgieron líderes sindicales con una vasta trayectoria. Tres de ellos fueron los socialistas Manuel Molina, José Domenech¹ y Juan Luis Wilhelm² quienes, en el marco del conflicto gremial de junio de 1917, comenzaron a cumplir distintas funciones partidarias, como oradores, socios dirigentes de la Cooperativa de Pan y dirigentes de la Federación Obrera Ferrocarrilera (FOF) rosarina.³ La organización gremial de los socialistas se centró en la seccional Rosario de la FOF, cuyos miembros pertenecían principalmente a los talleres de Rosario y Pérez del Central Argentino. Disponemos actualmente de muy poca información sobre la construcción del movimiento obrero en las otras empresas aunque, como veremos, se puede conjeturar que el anarquismo contaba con cierto desarrollo en ellas. Allí donde los conflictos inmediatos llevaron a los trabajadores de las secciones a preparar pliegos reivindicativos y obtener mejoras en los salarios y las condiciones de trabajo, la militancia anarquista, con un

1. Véase la entrevista realizada por Luis Alberto Romero en Domenech (1970).

2. Fundación Casa del Pueblo. http://www.casadelpueblo.com.ar/biografias/WILHELM_Juan_Luis.html

3. La FOF se fundó al calor de la huelga de maquinistas y foguistas de 1912 y nucleaba al resto de los ferroviarios no pertenecientes al personal de tracción. Su estructura de pretendido alcance nacional tuvo siempre como columna vertebral a los obreros de Talleres y de Tráfico, hasta que las continuas disidencias relacionadas con las olas de huelgas de 1917 y 1918 y por ser caja de resonancia de las distintas tendencias del movimiento obrero llevaron a su definitiva disolución a mediados de ese último año. En el Central Argentino su estructura logró consolidarse por breve tiempo a raíz de las huelgas que estamos analizando. Sobre sus orígenes véase Marotta (1961: 108) y Fernández (1947: 117-126).

corpus doctrinario extremadamente flexible, acompañó con mayor éxito las luchas en estos años que las estructuras minoritarias del socialismo y del *sindicalismo* rosarino más interesadas en sostener en el tiempo la organización gremial y encuadrarla en las estructuras nacionales de la FOF y La Fraternidad (Monserrat, 2011: 107).

Pero en el albor de los acontecimientos de 1917, cuando el clima recesivo todavía impactaba en la organización gremial, la rígida disciplina del trabajo y la feroz persecución a cualquier trabajador que intentara organizar a sus compañeros en los Talleres, llevaron a que socialistas y anarquistas tuvieran un camino en común y tácticas no del todo disímiles.

Los paros de junio-agosto: malestar generalizado en los talleres

El ciclo de huelgas comenzó en junio en los talleres del FCCN de Tafi viejo, en Tucumán, pertenecientes al Estado nacional. Desde un año antes la FOF había organizado su sección basada, sobre todo, en la concientización de los caldereros, y por intermedio de militantes locales y la participación de José Blanco, un obrero anarquista asturiano recién llegado que fue decisivo para conformar la organización (Escribano, 1982: 14). El despido de uno de los obreros caldereros que formaba parte de la sección, llamado José Villar, por parte del capataz José Michelli, detonó en un movimiento huelguístico de todos los trabajadores de los talleres a los que se fue plegando el conjunto de los operarios de la región conformando un verdadero paro general. El Concejo Federal de la FOF envió a Bautista Mansilla para que coordinara las acciones y dirigiera la negociación con los funcionarios estatales del ferrocarril. El conflicto que había comenzado el día 22 de junio se resolvió con la incorporación de Villar y el desplazamiento de Michelli a la sección de Cruz del Eje, aprobándose la mayoría de los puntos del pliego que los trabajadores habían elevado. Las tareas en los talleres se retomaron el 1 de julio con la victoria obrera después de una semana de huelga.⁴

A nivel local, desde mediados de junio a los primeros diez días de julio, la medida empezó como un reclamo por la reducción de las horas de trabajo pero pronto la empresa mostró una actitud provocativa. En el transcurso de esta fase del conflicto, a la reinscripción de los despedidos y la liberación de huelguistas presos, se unió el reclamo de expulsión del ingeniero de Talleres de Pérez, Mr. Crouch, al que se le achacaba el maltrato hacia los obreros y el sostenimiento de los crumiros. Un

4. *El Obrero Ferroviario (OF)*, n° 49, julio de 1917, pp. 1 y 2.

representante del Departamento Nacional del Trabajo (DNT), Alejandro Ruza, llegó a la ciudad en los primeros días de agosto. Luego de reunirse con la empresa, logró que la misma levantara el lock-out, e intentó conseguir el apoyo obrero participando en una de las masivas asambleas de trabajadores que desbordaban el salón Airoso, ubicado en el barrio Talleres. Sin lograr convencer a los trabajadores de retomar sus puestos de trabajo y por no poder garantizar el ciento por ciento de sus reclamos, el funcionario emprendió el retorno a Buenos Aires (Palermo, 2014: 67-72).

El primer paro

El martes 3 de julio de 1917 el diario *La Capital* de Rosario informaba que los obreros del aserradero del Ferrocarril Central Argentino (FCCA), que en realidad estaban de paro desde mediados de junio, entrarían en huelga porque reclamaban que les dieran trabajo por cuatro horas semanales y no seis mensuales como proponía la empresa.⁵ En tanto, La Fraternidad (LF) había avisado que apoyaba sólo materialmente, y declaraba sus reservas sobre la viabilidad de las huelgas parciales.⁶ Recordemos que desde agosto de 1916, LF y la FOF habían firmado un Pacto de solidaridad en el marco del cual se barajaba como posibilidad la aplicación de medidas conjuntas para el verano de 1917-1918 con un pliego de reivindicaciones común que estableciera un Reglamento definitivo para el funcionamiento de los ferrocarriles y aplicara de una forma justa una nueva ley de jubilaciones para todo el personal ferroviario (Thompson, 1978: 111-117). En este sentido, Juan Giordano como representante del Concejo Federal de FOF, Sebastián Marotta y Francisco García, como representantes de la FORA IX, venidos a Rosario desde el primer día de huelga, participaron de las multitudinarias asambleas tratando de encauzar el conflicto hacia un acuerdo que contemplaba solo retrotraer los horarios de trabajo de los aserradores y otros oficios de taller a las 4 horas semanales y la promesa por escrito de la empresa de no sancionar a los huelguistas. Abogaron, a su vez, por la aprobación, por parte de los masivos mítines, de la idea de plantear un pliego de 48 puntos que incluiría escalafones y salarios para los trabajadores de tráfico, talleres, y vías y obras que, según el CF de la FOF, sería la base de la lucha de fin de año para forzar al gobierno a reglamentar el trabajo ferroviario. La presión de las organizaciones nacionales sobre el comité local de la FOF y sobre el comité pro-huelga nacido de las bases, sin embargo, no

5. *La Capital (LC)*, 3 de julio de 1917, pp. 6.

6. *LF*, n° 166, 15 de julio de 1917, pp. 7 y 8; Circular de *LF* n° 32, 24 de julio de 1917.

tuvo efecto en las asambleas donde también hicieron uso de la palabra militantes anarquistas como Casas y Pacheco.⁷ Dos días más tarde, la empresa aceptó la petición planteada por la FOF y la FORA IX, aunque el “Decano de la prensa argentina” expresaba que en esta oportunidad “los obreros presentaron un nuevo pliego pidiendo aumento de salarios, que sean reincorporados huelguistas y que no reincorporen a los crumiros”.⁸ En esas condiciones, la medida de fuerza continuó y se culpó a “elementos extraños”⁹ de la negativa obrera a retomar las tareas porque, afirmaba la prensa, “ayer estaban contentos con que le pasen la resolución por escrito, hoy piden los aumentos”. Sin embargo, la firma ferroviaria siguió cediendo al aceptar nuevos reclamos que se ponían sobre la mesa, como ser “los cuatro días de trabajo y el descanso de los limpiamáquinas”.¹⁰ La incorporación de los limpiamáquinas, plegados en forma espontánea al movimiento, obligó a LF, que tenía intenciones expresas de no perder la posibilidad de afiliarse al sindicato a estos trabajadores descalificados de tracción, a mandar a la seccional Rosario para que en la negociación se incluyera la reivindicación deseada.¹¹ En esa línea, el 12 de julio la huelga concluyó luego de que en una asamblea se resolviera volver al trabajo. La acción de militantes socialistas como José Domenech, a esa altura secretario de la sección de Talleres de Perez y Rosario de la FOF, y Manuel Molina, actuante en el comité de huelga, representaban arrestos individuales claros de una recomposición de la militancia de base en los trabajadores de los galpones del Central Argentino, que se irá generalizando al conjunto de los ferroviarios de las distintas empresas que operaban su tráfico en la región. El primer corolario del triunfo obrero sobre “el gran monstruo” fue el crecimiento exponencial de la FOF en la regional

7. OF, n° 49, julio de 1917, p. 3; *La Organización Obrera (LOO)*, n° 7, agosto de 1917, pp. 1 y 2; *La Protesta (LP)*, 11 de julio de 1917, p. 3, y 12 de julio de 1917, p. 3.

8. LC, 5 de julio de 1917, p. 6. Véanse los 7 puntos del nuevo pliego presentado, al que se le incorporó un 8° que refería al día de descanso de los limpiadores de máquinas, en *La Vanguardia (LV)*, 11 de julio de 1917, p. 5. Los anarquistas, que a medida que las asambleas aceptaban las gestiones del Comité de Huelga ante Mr. Crouch iban quedando en minoría, concluían que de los 7 puntos la empresa sólo garantizaría el aumento salarial, que el informante de *La Protesta* suponía que no alcanzaría “ni para comprar un quilo de pan”, LP, 12 de julio de 1917, p. 3.

9. LC, 6 de julio de 1917, p. 6, parecería que paradójicamente los “elementos extraños” fueron esgrimidos por Giordano a la hora de advertir a los asambleístas ferroviarios “sobre la charlatanería de los oradores del anarquismo”. Ver *LOO*, n° 7, agosto de 1917, p. 1, y la réplica de los anarquistas, LP, 11 de agosto de 1917, p. 3.

10. LC, 9 de julio de 1917, p. 5.

11. LF circ. n° 32, 24 de julio de 1917, p. 2.

con más de 2.000 afiliaciones en esta primera etapa.¹² No obstante, no se puede concluir que este crecimiento representara a esta altura una orientación clara del gremio. Las importantes divergencias ideológicas en el seno del movimiento ferroviario, dejaban traslucir grandes diferencias sobre el papel y la forma que las estructuras sindicales debían tener para afrontar la etapa en alza de la lucha que se avecinaba (Thompson, 1984: 97). El segundo corolario refiere a la evidencia de que el conflicto ferroviario pasó de una primera etapa signada por las reivindicaciones parciales, a una segunda caracterizada por el endurecimiento de la posición del Central Argentino y una verdadera disputa de poder contra los trabajadores por el control de orden y mando en el trabajo, sobre todo –pero de ninguna manera exclusivamente– contra los operarios de talleres.

El segundo paro

El viernes 20 de julio se volvió a producir un conflicto pero esta vez en los Talleres Gorton, de Pérez,¹³ cuando dos obreros, el tornero español Casimiro Fernández y el oficial fundidor Fortunato Polizzi, fueron expulsados por Crouch alegando que el primero de ellos lo había insultado siendo miembro del comité de huelga y el segundo se negaba a trabajar como la empresa deseaba. Al día siguiente, los trabajadores del Central Argentino entregaron una petición a la empresa¹⁴ –acordada en asamblea– en la que resolvieron pedirle a la firma un cuarto intermedio hasta el martes siguiente para volver a trabajar. Obviamente se pedía que se reincorpore a los despedidos. Sin embargo, en esta oportunidad y llegado el plazo propuesto por los obreros, la empresa respondió con un lock-out a sus talleres en Rosario y Pérez.¹⁵ Los directivos empresarios acusaron a los huelguistas por los vagones destrozados en esos días, así como por daños en las instalaciones. El lock-out no hizo más que congregarse a la masa obrera en esos puntos y permitir su radicalización. El conflicto pasó entonces a dirimirse en función del poder de mando que la empresa creía tener sobre la disciplina del personal en el lugar de trabajo. La solidaridad de todos los ferroviarios con los obreros suspendidos convirtió a la disputa en algo más que una huelga parcial y defensiva, la cual se trasladó a los barrios obreros circundantes.

Los dirigentes proletarios se reunieron con Crouch, a quien tam-

12. *OF*, n° 49, julio de 1917, p. 3; *LOO*, n° 7, agosto de 1917, p. 1. La FOF calificó de “acción libertaria” al primer paro, *OF*, n° 50, agosto de 1917, p. 1.

13. *LC*, 21 de julio de 1917, p. 5.

14. *LC*, 22 de julio de 1917, p. 5.

15. *LC*, 24 de julio de 1917, p. 5; *LV*, 23 de julio de 1917, p. 1.

bién se le pidió “respeto al interior del aserradero” con una respuesta positiva que no se tradujo en la realidad. La comisión de huelga exigía, entonces, la reincorporación de Fernández y Polizzi, y agregaba ahora la separación del ingeniero jefe.

La Fraternidad envió advertencias a las secciones, aunque por el momento decidió no actuar,¹⁶ pero dos días más tarde los principales dirigentes de la organización nacional, José San Sebastián, Sbranca y Bazán, llegaron a Rosario, conscientes de que el conjunto del personal de tracción rosarino estaba “informalmente” de paro y participando de las asambleas, que el movimiento ya se había generalizado y que “la empresa se ha de mostrar fuerte mientras sigan caminando las locomotoras”.¹⁷ En tanto por la FOF, Giordano y Domenech realizaron gestiones en Buenos Aires en el Ministerio del Interior y tuvieron acercamientos con la empresa. El resultado de la acción de las entidades nacionales actuando en Rosario trajo como consecuencia la creación de un comité mixto de La Fraternidad y de la FOF con la esperanza de mantener en alza la conciencia de lucha de las bases hasta el momento que se planificara en los meses siguientes una huelga oficialmente declarada por las entidades a nivel nacional (Thompson, 1978: 116). Pero La Fraternidad, urgida por concertar con el ministro de Obras Públicas Pablo Torello una salida mediada a lo que todavía consideraba una huelga parcial, el día 7 de julio, separándose de la FOF, pidió garantías en una reunión unilateral con el ministro, el cual se le concedió.¹⁸ Presionados ahora por la necesidad de circulación de los trenes, los directivos del FCCA decidieron la reapertura de los talleres con la reincorporación de los obreros, a los que sin embargo se les iniciaría un sumario investigativo y rechazaron de plano la salida de su jefe de Talleres, en consonancia con los acuerdos que LF y, a regañadientes, la FOF habían acordado con el Ministerio de Obras Públicas. En consonancia con la toma de decisiones en asambleas que cada vez eran más numerosas, el mitín del 8 de agosto decidió mantener su postura y no abandonar a su suerte a los dos compañeros. Los obreros se mantuvieron firmes y, a pesar de que la empresa abrió sus puertas, nadie asistió a trabajar. La FOF, segmentada ideológicamente e inflada con nuevas afiliaciones, y cuya tónica general era apoyar la intransigencia frente a la política empresarial, respondió con un paro general en todas las líneas, separándose así

16. *LC*, 27 de julio de 1917, pp. 5; *LF circ*, n° 36, 29 de julio de 1917, p. 1.

17. *Ídem*, p. 2; *LC*, 1 de agosto de 1917, pp. 4 y 5.

18. *LF circ*, n° 40, 7 de agosto de 1917; véanse las reservas y la calificación de “deslealtad” sobre la posición de La Fraternidad por parte del Consejo Federal de la FOF y la FORA *sindicalista* en *LOO*, n° 7, agosto de 1917, p. 2; también *LV*, 8 de agosto de 1917, p. 3.

de la táctica acuerdista de La Fraternidad.¹⁹ El enfrentamiento de los obreros de talleres y tráfico se agravó cuando mujeres y niños salieron a detener trenes un día más tarde. La movilización se hizo masiva con 2.000 personas frente a los portones ferroviarios tensionada por la aparición del Regimiento 11 que intentó ocupar espacios y decidió finalmente no abrir fuego contra los manifestantes. Sin embargo, tuvieron lugar enfrentamientos y disparos que mataron a un carrero que se encontraba apoyando a los ferroviarios. Desde el gobierno nacional, Ruza y Rouco Oliva elaborando el primer informe detallado de la huelga y sus causas, culparon a la empresa de no dar empleo y de “reafirmar una larvada dictadura en los lugares de trabajo”.²⁰ En el fragor de la lucha callejera y las disposiciones de intransigencia de la empresa, el movimiento anarquista tuvo una importante participación, ya posicionados en criticar desde adentro de las secciones de la FOF, la política “centralista” y “entreguista” del CF representado por Mansilla y Giordano.²¹ El 18 de agosto la empresa reabrió sus puertas para todo el personal. Los obreros formaron dos grandes filas detrás de Polizzi y Fernández como un gran acto de demostración de fuerza.²²

Camino a la huelga general en toda la red

El triunfo definitivo del 18 de agosto de los trabajadores del FCCA en Rosario y Pérez y anteriormente el éxito de los trabajadores de los talleres de Tafi Viejo multiplicaron el pronunciamiento de huelgas parciales desde comienzos del mes de setiembre. La modalidad de la presentación de pliegos reivindicativos locales a las empresas y el llamado a la huelga para sostenerlos, presentes en toda la red ferroviaria, supuso un salto cualitativo en la participación de huelguistas involucrados en las contiendas, que sin solución de continuidad se extendieron hasta mayo del año siguiente (Thompson, 1978: 148 y ss., Goldberg, 1979: 133-134; Horowitz, 2011: 125-126). Durante este período, las cinco trazas de líneas férreas que componían la red rosarina se vieron envueltas en diferentes conflictos. El 27 de agosto, y hasta el 9 de septiembre, tomaron la posta los ferroviarios de Rosario y Santa Fe del Ferrocarril de la Provincia de Santa Fe (FCPSF), incluyendo al personal de tracción y hasta los empleados de contaduría. Los gerentes de la empresa de

19. *LC*, 12 de agosto de 1917, p. 5; *LOO*, n° 7, agosto de 1917, p. 3.

20. Véase la reproducción del informe Ruza completo en *LV*, 16 de agosto de 1917, p. 1.

21. Véase la crónica contra la represión que protagonizaron los anarquistas ferroviarios y las críticas a Mansilla y Giordano en *LP*, 15 de agosto de 1917 pp. 2 y 3; 16 de agosto de 1917, pp. 2 y 3.

22. *LC*, 18 de agosto de 1917, p. 5; *LC*, 19 de agosto de 1917, p. 5.

capital francés accedieron al pliego que no necesitó arbitraje del Estado, a pesar de que Torello lo había ofrecido. Aunque el conflicto fue particularmente violento en la capital provincial que operaba como centro de las movilizaciones, en la sección Rosario se organizaron mítines que tuvieron repercusiones.²³

El 5 de setiembre fue el turno del Ferrocarril Central Córdoba (FCCC) y al día siguiente se plegaron los del Ferrocarril Compañía General de Provincia de Buenos Aires (FCCGBA) por mejora de sueldos y condiciones de trabajo que también se solucionaron con el triunfo de los huelguistas. En particular la sección del FCCGBA, de La Bajada, protagonizó el conflicto arrastrando a la FOF local a presentar por sus propios medios los pliegos a la compañía y el movimiento no excluyó hechos oscuros y violentos como el incendio de la estación La Carolina, en la localidad de Piñero, al suroeste de Rosario.²⁴ Por último el día 18 se sumaron al pliego por sus propios medios los trabajadores de las secciones de Rosario y los talleres de Villa Diego del Ferrocarril Rosario-Puerto Belgrano (FCRPB) que también obtuvieron aumento de haberes. Según *La Capital*, más de 2.500 trabajadores ferroviarios se encontraban en huelga a mediados de mes, excluyendo a los trabajadores del FCCA que, aunque no realizaron huelgas ofensivas, presentaron permanentemente su solidaridad al movimiento.²⁵ Fuera del área de Rosario y su zona de influencia, en la primera mitad del mes de setiembre se realizaron huelgas masivas en 13 de las 14 empresas que operaban en el país, incluyendo los ferrocarriles del Estado. Alrededor de 100.000 obreros ferroviarios se vieron involucrados en las medidas de fuerza, cifra que se equipara con las obtenidas, según el DNT, con el momento del paro nacional oficial del 24 de setiembre (Chiti y Agnelli, 2012: 323-324; Goodwin, 1974: 102).

Frente a estos hechos, la FOF y La Fraternidad, cuyas relaciones a partir de la experiencia del Comité Mixto de Huelga del conflicto del FCCA estaban empezando a tensionarse, adoptaron estrategias diferentes, basadas en concepciones disímiles del accionar huelguístico. La Fraternidad abogaba por la construcción de la unidad ferroviaria sólo si los obreros que no fueran de tracción se organizaban de manera centralizada, disciplinada y si apelaban a la herramienta de la huelga general en la medida que la negociación con las empresas y el Estado

23. Diario *Santa Fe (SF)*, 1 de setiembre de 1917, p. 2; *LC*, 1 de setiembre de 1917, p. 4, con un reportaje al ingeniero Roudy, gerente del FCCGBA.

24. *LC*, 5 de setiembre de 1917, p. 4, y 6 de setiembre de 1917, p. 5. Para la estación La Carolina, *LC*, 17 de setiembre de 1917, p. 7.

25. *LC*, 16 de setiembre de 1917, p. 4. Para la estimación de huelguistas en Rosario, *LC*, 16 de setiembre de 1917, p. 7.

Nacional se encontraran absolutamente cortadas. Además, La Fraternidad denunciaba permanentemente los riesgos de retroceso material y de conciencia organizativa en la medida que las huelgas parciales y segmentadas continuaran y no se confeccionara un pliego claro, único y común para todas las firmas ferroviarias bendecidas legalmente por el gobierno; en ese sentido se pretendía el reconocimiento oficial de las entidades ferroviarias por medio de la personería jurídica (Gordillo, 1988: 65 y ss.; Chiti y Agnelli, 2012: 71-87). Pero aún así, la pretendida homogeneidad de La Fraternidad no era tal: durante las jornadas de julio-agosto y sobre todo en el comienzo de la generalización de las huelgas parciales de septiembre, la comisión directiva tuvo enormes dificultades para encuadrar a sus mismas bases como lo muestran la multiplicación de circulares de urgencia de la Comisión Directiva dirigida a las secciones para no plegarse a “agitaciones y reivindicaciones suicidas”.²⁶ Por el contrario, la Federación alojó desde siempre aún en su dirección nacional distintas concepciones sobre la manera de plantear la unidad obrera y de concebir la huelga general como herramienta para mejoras. Así, cuando el crecimiento de sus secciones se hizo evidente, desde los primeros meses del conflicto abonó para que se incrementaran en sus organizaciones y secciones locales planteos como la organización descentralizada por ferrocarril, muy cercana a la línea de la FORA anarquista, que irá ganando terreno hacia fin de año, frente a los planteos más centralistas de organizaciones vinculadas al espectro del *sindicalismo*. De este modo, la necesidad de la lucha por un reglamento nacional único para todas las actividades del riel y un único planteo sobre una verdadera Ley de jubilaciones superadora de la de 1915 se veía mellada por el surgimiento de un modelo sindical mucho más laxo, que impugnaba cualquier dirección nacional con atribuciones no concertadas por las secciones. El acercamiento de Bautista Mansilla al gobierno nacional y la sensación de que mediante una lucha intransigente las empresas cederían frente a los reclamos sin que la UCR planteara abiertamente la represión, descompuso aún más la posibilidad de planificar una estructura centralizada y alejó a los sindicatos de taller y de tráfico por mucho tiempo de la táctica llevada por la CD de La Fraternidad (Thompson, 1978: cap. 3).

Aun cuando ambas entidades estaban de acuerdo en la convocatoria a la huelga nacional ferroviaria y en la coordinación de la misma a par-

26. Contra las huelgas parciales y afirmando el pacto de Solidaridad con la FOF para no ir a huelgas aisladas, *LF* circ. n° 49, 21 de agosto de 1917; “Las secciones deben esperar el llamado a la huelga general y no aventurarse a huelgas parciales”, en clara alusión a los movimientos de maquinistas y foguistas del FCCC y de la CGFCPBA, que para setiembre se habían lanzado solos a parar y elaborar pliegos reivindicativos para presentar a las empresas, *LF* circ. n° 55, 8 de septiembre de 1917.

tir de los comité mixtos de huelga, el movimiento de masas ensancho sus diferencias, que concluyeron en el llamado de la FOF a la afiliación de maquinistas y foguistas en su estructura, la ruptura del Pacto de Solidaridad firmado entre ambos gremios en agosto de 1916 y, en definitiva, en la lenta descomposición de la FOF a lo largo de 1918. Tanto uno como otro gremio debieron acelerar el llamado a la huelga general para el mes de septiembre debido a la permanente aparición de huelgas parciales que involucraban obreros de distintos ferrocarriles y aún de distintas secciones y talleres.

La CD (LF) abogó en todo momento para que sus secciones enviaran las reivindicaciones de carácter local mientras en Buenos Aires se elaboraba un pliego de carácter general cuyo ariete pasaba por presionar al gobierno para que elaborase y aprobase un Reglamento General para los trabajadores de tracción (incluyendo a los limpiamáquinas) pero que podía ser extensivo como modelo para los trabajadores de tráfico y taller. La circular de la CD, que preparaba a todas las secciones para la huelga, fue enviada el 8 de septiembre e incluía también la recomendación a las bases de crear junto con la FOF comisiones de huelga locales a partir de las cabeceras de sección para coordinar con el centro, es decir una estructura que pretendía ser altamente centralizada previamente para permitir nacionalizar el conflicto ordenadamente.²⁷ Una estrategia que suponía, a su vez, la esperanza del arbitraje del DNT, teniendo en cuenta el antecedente del proceder del gobierno en las huelgas de junio y julio-agosto en Tafi y en Rosario (Palermo, 2014).

En un principio, a comienzos de setiembre, el CF dirigido por Bautista Mansilla y Juan Giordano mostraba acuerdo con LF en no dispersar, por medio de pliegos particulares y locales, la lucha de unidad. Las circulares N° 44, 45 y 46 del 4 y 7 de septiembre instruían a las secciones a elaborar pliegos locales siguiendo el ejemplo del presentado en su momento por los trabajadores del FCPSF del 27 de agosto, a fin de ser centralizadas por el CF. Advertía también, y esto no deja de ser significativo de lo que acontecía en algunas secciones, “no hacerse eco de cierta campaña separatista que se ha iniciado en las Secciones de los ferrocarriles del Estado por parte de compañeros que miran con recelos el creciente desarrollo de la Federación...”²⁸ La advertencia aludía a las secciones neurálgicas del FCCN de Tafi Viejo, Mechita, Cruz del Eje y San Cristóbal, que siendo secciones de una importante inserción de la FORA anarquista entre los trabajadores se habían declarado autónomas de las tácticas centralizadoras de LF y la FOF.²⁹ La acusación perma-

27. LF, circ. n° 55; LOO, 8 de septiembre de 1917, p. 4.

28. LOO, 16 de septiembre de 1917 pp. 1, 2 y 3.

29. LP, 16 de septiembre de 1917, pp. 1 y 2.

nente de LF al CF de la FOF de no poder controlar la falta de disciplina de sus secciones fue una constante hasta la caída definitiva del pacto de solidaridad conjunto a final de año. En este sentido el CF declaraba que “a la FOF le es imposible detener a sus secciones, se ve obligada a aceptar el temperamento de hacer huelga ferrocarril por ferrocarril”.³⁰ Las diferentes tendencias políticas con respecto a la evaluación de la etapa que se estaba atravesando y las tareas gremiales para la misma “desmembró” no sólo a las secciones de base de la FOF, sino al mismo CF (Thompson, 1984: 84).

Huelga general favorable, ¿triunfo obrero?

Tras el ultimátum no contemplado por las empresas, la huelga general ferroviaria fue finalmente anunciada el 24 de septiembre por los dos sindicatos y el Comité Mixto de Huelga, ahora compuesto por la LF, la FOF y la Asociación Argentina de Telegrafistas (AAT), con cuatro representantes por cada organización y que culminó el día 18 de octubre a raíz de la aceptación por parte del CF del decreto del día 13 del poder ejecutivo en el que el gobierno de Yrigoyen, tras reunirse con los sindicatos, conminaba a las empresas ferroviarias a aceptar los reclamos y a volver forzosamente al trabajo bajo estas condiciones. Aunque el gobierno había mostrado un encomiado esfuerzo por reprimir las movilizaciones y con una clara pretensión de terminar con la huelga, por ejemplo movilizando los trenes con el ejército desde el 8 de octubre, el paro solidario de la Federación Obrera Marítima (FOM) del 12 de octubre en apoyo a la lucha ferroviaria y la intransigencia patronal frente a las propuestas de arbitraje pareció determinante para tomar una decisión favorable a los obreros (Thompson, 1978: 150; Rock, 1977: 163; Monserrat 2011: 107-110). Finalmente, tras las reuniones de Torello con LF, y el trabajo conjunto con la Dirección General de Ferrocarriles, otro decreto del Presidente del 21 de noviembre daba cuerpo al Reglamento del trabajo ferroviario que previamente se había discutido con acalorada energía en el Congreso Nacional (Zacagnini, 1917). Un aumento de sueldo del 10%, las nuevos escalonamientos para el conjunto del trabajo ferroviario y la duración programada de 8 horas elásticas de trabajo para cada especialidad, parecían coronar el apuro del gobierno radical por terminar con el conflicto antes de la cosecha del verano. Alrededor de 120.000 trabajadores ferroviarios habían participado de la paralización total de los ramales en todas las líneas, menos en el Ferrocarril Meridiano V (FCMV^o) que había solucionado su pliego en forma particular (Goldberg,

30. LOO, 22 de septiembre de 1917, p. 1.

1979: 134; Goodwin, 1974: 103).³¹ Los trabajadores de las empresas del estado se plegaron el día 4 de octubre. El accionar del Comité Mixto de Huelga parecía haber triunfado en toda la línea revirtiendo la derrota de 1912 (Suriano: 1991). Sin embargo una larga y engorrosa etapa de estudio de la reglamentación, las divergencias irreversibles del Comité Mixto, el cambio drástico del gobierno desde agosto mostrando en toda la línea su faz represiva y sobre todo la resistencia de las empresas a aplicar la más mínima reforma planteada por la nueva reglamentación extendieron en un clima de alza de lucha pero de extrema descentralización de las mismas los combates parciales por ferrocarril y hasta por secciones.

En los talleres “Gorton” de Pérez pertenecientes al FCCA y en Rosario, la huelga general masiva arrancó el día 22 de septiembre con la muerte por parte de los soldados del obrero tranviario de origen español Pedro Mena. Los tranviarios estaban en conflicto con el municipio y la empresa belga que gestionaba los *tranway* (Roldán, 2011: 67 y ss), desde el 13 de dicho mes, intentando armar el sindicato apoyado por la FOF local y presentando un pliego reivindicativo en el que se exigía la regulación de los horarios de trabajo y el reconocimiento de la entidad sindical.³² Los trabajadores del Ferrocarril Central Argentino y los del Central Córdoba paralizaron las actividades conjuntamente con los tranviarios. Es de destacar que la huelga arrancó antes que LF la declarase y después de las iniciativas de la FOF por comenzar cuanto antes con el conflicto.³³

En el llamado a la huelga general no existía ninguna alusión a las organizaciones nacionales y a los tiempos marcados por la FOF, lo que se destacaba era el mecanismo de acción directa. Nos sentimos tentados a pensar que los sistemas de representación en la gran huelga no seguían los canales orgánicos nacionales y los ferroviarios, en este sentido, siendo muy numerosos no serían la excepción. Florindo Moretti, militante primero socialista, luego comunista y participante de los piquetes contra los rompehuelgas en los portones del Central Argentino, nos dice que los ferroviarios utilizaban métodos “clasistas” para la toma de decisiones basados en los comité de huelgas y en las asambleas abiertas y que, por tanto, “los otros cuerpos directivos tenían un poder

31. La prensa obrera contabilizaba 150.000; *LOO*, 13 de octubre de 1917, p. 1; *LV*, 4 de octubre de 1917, p. 3.

32. *LC*, 22 de septiembre de 1917, p. 5; véanse los sucesos tras el entierro: *LC*, 23 de septiembre de 1917, p. 6; los argumentos del FCCA y la respuesta de las organizaciones: *LC*, 24 de septiembre de 1917, p. 5.

33. Véase, como ejemplo, el panfleto de la FOF, sección Rosario, adherida a la FORA, del 20 de septiembre de 1917, Fondo Ramiro Blanco, Cedinci.

limitado: podían resolver pero sólo de común acuerdo con el ‘comité de huelga’ y la base” (Lozza, 1985: 163).

En distintas regionales la huelga fue comenzada sin que existiera un pliego de reivindicaciones enviado a Buenos Aires (FCP y FC Midland). El crecimiento de la afiliación a la federación ferroviaria en Rosario no implicaba que los nuevos afiliados respetaran desde el comienzo las directivas (muchas veces contradictorias del CF). Por su parte, a partir del 24 de setiembre la represión del Ejército y la policía se ciñó sobre los huelguistas ferroviarios. El saldo represivo dejó en Rosario por lo menos 5 muertos y centenares de heridos. A los numerosos tiroteos en el norte y oeste de la ciudad se sumaron los cortes de servicio de agua que la empresa del Central Argentino realizaba contra los inquilinos de sus propiedades en el barrio Alberdi y Talleres (Palermo, 2011: 15) Un desesperado discurso clasista se desplegó desde los medios de prensa. A esta altura la participación del conjunto de la familia de los ferroviarios en la huelga y el corte de calles se convirtió en sustancial para el mantenimiento del conflicto en la ciudad. En este sentido, es destacable el papel cumplido por las mujeres, lejos de cualquier posibilidad de sindicalización pero combatiendo contra las empresas, contra el costo de vida y la represión (Palermo, 2006 y 2011).

La aplicación de la ley es una cuestión de fuerzas

La reglamentación del sistema de trabajo ferroviario de noviembre de 1917 no implicó su aplicación espontánea debido a la resistencia de las empresas, a la ausencia de un mecanismo gubernamental que tuviera la fuerza suficiente para aplicarlo y a la diversidad de movilizaciones obreras con pliegos y reivindicaciones dispares según las líneas. En muchos ferrocarriles el aumento de sueldos y los nuevos escalafones fueron objeto de discusiones y conflictos permanentes desde noviembre de 1917 a mayo de 1918. La Fraternidad, definitivamente opuesta a los conflictos espontáneos y cada vez más cercana a la política de Torello, impugnó constantemente las iniciativas descentralizadoras que se generaban por dentro y por fuera de la FOF y la FORA IX.³⁴

Un caso ejemplificador de este cuadro de situación fue la huelga de 24 días de enero y febrero de 1918 en el Central Argentino y en el Central Córdoba, específicamente en Rosario y en Pérez. Las aplicaciones del Reglamento de trabajo y sus interpretaciones fueron el marco de dichos conflictos. En una entrevista realizada por el diario *La Vanguardia* a Jerónimo Della Latta, militante socialista y miembro del CF de la FOF,

34. LF, Actas de la Comisión de Huelga, 10 y 11 de octubre de 1917, en Reseña (1918), pp. 87-88.

se resume que las huelgas parciales de principios de año habían sido determinadas por las medidas de las empresas referidas a las horas de descanso, el pago de los días perdidos, la falta de cumplimiento de la jornada de 8 horas y en general “por el continuo chicaneo de las empresas con el fin de violar las mejoras alcanzadas en 1917”.³⁵

La agitación ferroviaria en la zona comenzó el día 9 de enero con un conflicto en las secciones rosarinas del FCCGBA en las que tanto a los maquinistas como al personal de tráfico no les reconocían las 8 horas. El personal de tracción pidió ayuda a La Fraternidad para iniciar la huelga pero el gremio no se plegó. Sin embargo, maquinistas y foguistas participaron de la huelga del día 14 y recibieron la solidaridad de los trabajadores del Central Córdoba. La huelga se solucionó el día 18 con el arbitraje de Torello a favor del cumplimiento del pliego.³⁶ Pero el día 24 de enero los obreros de tráfico del FCCA y el FCCC, solidarizándose con los trabajadores de ferroviarios de Quilino (Córdoba) y La Banda (Santiago del Estero) que habían sido reprimidos por la gobernación radical, lanzaron una huelga muy dura en la que pretendían presentar un pliego de reformas a los reglamentos que de todas formas las empresas no habían aplicado. En un principio, el CF de la FOF no avaló la medida de sus pares rosarinos.³⁷ Suficientemente atareado y dividido entre quienes apoyaban las huelgas parciales y las organizaciones por ferrocarril (más autonomistas) y quienes pensaban que había que seguir con un pliego general y organizarse centralizadamente, el CF sin embargo se vio forzado a acompañar hasta el final la lucha en la región tratando de establecer negociaciones con el gobierno. Por su parte, ya el día 27 el personal de tracción, siguiendo las directivas de LF, decidió no plegarse a la huelga, con lo cual los trabajadores de tráfico del FCCA quedaron solos, mientras que en el FCCC se mantenía la organización.³⁸

A pesar del entusiasmo, la huelga tenía varios inconvenientes. A escala local y a diferencia de la huelga general de septiembre del año anterior, las entidades de las capas medias italianas británicas y francesas lograron instalar en los medios locales lo inoportuno de la medida para los trenes en momentos en que la cosecha debía abastecer a las tropas aliadas, acusando de “germanófilos” a los huelguistas. Por otra parte, también el gobierno ya no estaba interesado en ceder o cambiar las cláusulas de la reglamentación, a lo que se sumaban los contratos establecidos con los exportadores para sacar la última cosecha y la

35. *LV*, 24 de abril de 1918, p. 5.

36. *LC*, 11 de enero de 1918, p. 3; *LC*, 13 de enero de 1918, p. 4.

37. *LF*, Reseña (1918), pp. 90-91, donde LF justifica su no respaldo y vuelve a criticar “la aventura de la FOF” local y nacional.

38. Véanse los acontecimientos de *LC*, del 24 de enero de 1918 al 16 de febrero de 1918.

inminencia de las elecciones legislativas del 3 de marzo. Por su parte el frente antiobrero se cerraba con la intransigencia de las gerencias del FCA y el FCCC de no dar el brazo a torcer sabiendo la posición de la embajada británica presionando sobre Yrigoyen y Torello en el sentido de reprimir con dureza. Finalmente, LF descartaba cualquier tipo de posibilidad de aventurarse a apoyar huelgas que estuvieran a contrape- lo de las negociaciones con la Dirección General de Ferrocarriles para comenzar a implementar los escalafones que la nueva legislación ase- guraba al personal de tracción (Thompson, 1978: 153 y ss; Rock, 1977: 164; Marotta, 1961: 216-222; Goldberg, 1979: 135). En solitario, en la desbandada, la FOF presionó el día 11 de febrero para que el gobier- no arbitrara el conflicto. El ministerio propuso un arreglo que excluía cualquier modificación del articulado descartando de plano el pliego de los trabajadores rosarinos y de la Federación. Finalmente, el día 13, la FOF con Mansilla y Giordano a la cabeza, presionados por las bases, amenazó con un paro general en el conjunto de los ferrocarriles si no se satisfacían las demandas, a lo cual el gobierno contestó otorgando un plazo de 24 horas para normalizar el trabajo en las secciones. La CF, acorralada, llamó al levantamiento del paro que trajo como consecuencia un arbitraje desfavorable y una gran cantidad de despidos (Goodwin, 1974: 140-141). La FOF local, también dividida entre las posiciones de anarquistas mayoritarias y la minoría socialista que intentaba encauzar la huelga en ambos ferrocarriles, prácticamente desaparecerá como enti- dad representativa hasta el congreso nacional de delegados de diciembre de 1918 donde una mayoría anarquista propondrá la construcción de organizaciones por ferrocarriles, frente a las posiciones más centralistas de socialistas y *sindicalistas*.

Conclusiones

Las huelgas ferroviarias masivas de 1917 supusieron una recompo- sición de una fracción estratégica de la clase y marcaron un parteaguas, junto con la lucha de los marítimos de la FOM, en su relación con las tendencias políticas en su seno, con el Estado y sobre todo en la corre- lación de fuerzas con las patronales. Si se observa con detención el ciclo de alza de la lucha obrera de 1917 a 1921, no sólo aumentó el número de huelgas sino que, en el marco de dicha recomposición, el descarnado debate por diseñar una estructura gremial acorde a la necesidad de mejo- ras materiales y espirituales se convirtió en uno de los ejes transversales del movimiento obrero argentino. En ese sentido la entrada en escena de los trabajadores de talleres y tráfico de las empresas ferrocarrileras, que habían permanecido pasivos, flexibilizados y segmentados políticamente, se hicieron visibles por su carácter masivo a partir de una radicalidad

inusitada. Las huelgas en Rosario y su zona de influencia testimonian claramente dicha recomposición. Sin embargo, el frente de lucha de los ferroviarios estuvo profundamente dividido, aun cuando las huelgas y la presentación de pliegos reivindicativos tuvieran una canalización exitosa. La bifurcación entre planteos descentralizadores y centralizadores para la organización sindical, la distinta evaluación sobre el papel mediador o represivo del nuevo gobierno radical y la distinta caracterización sobre el sentido de las huelgas de carácter parcial, dividió a La Fraternidad y a la Federación Obrera Ferrocarrilera por un lado, y a las tendencias ideológicas como anarquistas, socialistas y *sindicalistas* en ambas organizaciones con distintos grados, por el otro.

1918 será un año de alza de la lucha proletaria que, sin solución de continuidad, se extenderá por un quinquenio. No obstante, los trabajadores ferroviarios por fuera del personal de tracción de las distintas empresas ferrocarrileras comenzarán un ciclo de discusión profunda de las formas que debía adoptar su estructura sindical que sólo decantará definitivamente en un modelo centralizado y vertical en los años 20 con la creación de la Unión Ferroviaria, pero los años de tránsito a la consolidación de dicho modelo sindical no permitían aún vislumbrar su desenlace. Las diferencias entre el modelo centralizado de LF y el descentralizado que había adoptado la FOF hasta su disolución a mediados de 1918 mostraban que, aún en el ciclo de alza de la lucha, las dificultades materiales de la clase, lejos de desaparecer, se multiplicaban.

Bibliografía general

- Badaloni, Laura (2010), "Huelga ferroviaria de 1917. Violencia, complot maximalista y mujeres incendiarias", en Marta Bonaudo (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués. Rosario, 1850-1930*, tomo II: *Instituciones, conflictos e identidades. De lo nacional a lo local*, Rosario: Prohistoria.
- Bialet Massé, Juan (2010), *Informe sobre el estado de la clase obrera* (1904), Buenos Aires, vol. II.
- Chiti, Juan B. y Francisco Agnelli (2012), *50° aniversario de La Fraternidad. Fundación desarrollo y obra* (1937), Buenos Aires: Fabro.
- Di Tella, Torcuato (2003), *Perón y los sindicatos. El inicio de una relación conflictiva*, Buenos Aires: Ariel.
- Doeswijk, Andreas (2014), *Los anarco-bolcheviques rioplatenses (1917-1930)*, Buenos Aires: Cedinci.
- Domenech, José (1970), entrevista realizada por Luis Alberto Romero, Programa de Historia Oral (PHO-ITDT).
- Escribano, Cruz (1982), *Mis recuerdos*, Buenos Aires: Cooperativa Gráfica General Belgrano.
- Falcón, Ricardo (2005), *La Barcelona argentina. Migrantes, obreros y militantes en Rosario, 1870-1912*, Rosario: Laborde.

- Fernández, Manuel (1947), *La unión ferroviaria a través del tiempo. Veinticinco años al servicio de un ideal (1922-1947)*, Buenos Aires: Unión Ferroviaria.
- Goldberg, Heidi (1979), *Railroad unionization in Argentina, 1912-1929: the limitations of working class alliance*, Yale University.
- Goodwin, Paul (1974), *Los ferrocarriles británicos y la UCR. 1916-1930*, Buenos Aires: La Bastilla.
- Gordillo, Mónica (1988), *El movimiento obrero ferroviario desde el interior del país (1916-1922)*, Buenos Aires: CEAL.
- Guy, Donna y Leandro Wolfson (1988), "Refinería Argentina, 1888-1930: límites de la tecnología azucarera en una economía periférica", *Desarrollo Económico*, vol. 28, n° 111.
- Horowitz, Joel (1985), "Los trabajadores ferroviarios en la Argentina (1920-1943). La formación de una elite obrera", *Desarrollo económico*, vol. XXV, n° 99.
- (2011), *Argentina's Radical Party and Popular Mobilization, 1916-1930*, Pennsylvania: Penn State Press.
- Karush, Matthew (2002), *Workers or citizens. Democracy an identity y Rosario, Argentina (1912 - 1930)*, Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Lozza, Arturo Marcos (1985), *Tiempo de huelgas. Los apasionados relatos del campesino y ferroviario Florindo Moretti sobre aquellas épocas de fundaciones, luchas y serenatas*, Buenos Aires: Anteo.
- Marotta, Sebastián (1961), *El movimiento sindical argentino. Su génesis y desarrollo*, Buenos Aires: Calomino, tomo II.
- Menotti, Paulo (2013) "La importancia de los debates sobre la Primera Guerra Mundial, la revolución rusa y las luchas obreras en el origen del Partido Comunista de Santa Fe", *Trabajadores*, Buenos Aires, año III, n° 4.
- Monserrat, Alejandra (2011), "Los trabajadores ferroviarios: sus luchas y organizaciones sindicales en el contexto de la Argentina gobernada por el radicalismo (1916-1930)", *Cuadernos del Ciesal*, año 8, n° 10, julio-diciembre.
- Palermo, Silvana (2006) "Peligrosas, libertarias o nobles ciudadanas: representaciones de la militancia femenina en la gran huelga ferroviaria de 1917", *Mora. Revista del Instituto Interdisciplinario de Estudios de Género*, N° 12.
- (2011) "De las organizaciones sindicales a las familias trabajadoras: nuevas miradas sobre los protagonistas de la gran huelga ferroviaria de 1917 en Argentina", en Miguel Muñoz (ed.), *Organizaciones obreras y represión en el ferrocarril: una perspectiva internacional*, Madrid: Fundación de los Ferrocarriles Españoles-Museo del Ferrocarril de Madrid.
- (2014), "La acción del Departamento Nacional de Trabajo frente a los conflictos laborales en los ferrocarriles y su intervención en la gran huelga de 1917", en Mirta Lobato y Juan Suriano (comps.), *Las instituciones laborales en la Argentina (1900-1955)*, Buenos Aires: Edhasa.
- Pons, Adriana y Rosalyn Ruiz; (2005), "Tras el velo del comercio, la materia

- prima se transforma. Una aproximación al perfil industrial-manufacturero de Rosario (1873-1914)", en Marta Bonaudo (dir.), *Imaginario y prácticas de un orden burgués, Rosario, 1850-1930*. Tomo 1: *Los actores entre las palabras y las cosas*, Rosario: Prohistoria.
- Rock, David (1977), *El radicalismo argentino (1890-1930)*, Buenos Aires: Amorrortu.
- Roldán, Diego (2011), "Electrificar, ampliar, municipalizar: tranvías y ómnibus (1906-1932)", en Laura Badaloni y Gissela Galassi (comps.), *Historia del transporte público de Rosario (1850-2010)*, Rosario: ISHIR-Conicet.
- Suriano, Juan (1991), "Estado y conflicto social: el caso de la huelga de maquinistas de 1912", *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. E. Ravignani"*, Tercera serie, n° 4, 2° semestre.
- Tarcus, Horacio (2007), *Diccionario biográfico de la izquierda argentina*, Buenos Aires: Emecé.
- Thompson, Ruth (1978), *Organized Labour in Argentina. The Railways union to 1922*, Tesis Doctoral, St. Antony's College Oxford.
- Thompson, Ruth (1984), "The Limitations of Ideology in the Early Argentine Labour Movement: Anarchism in the Trade Unions, 1890-1920", *Journal of Latin American Studies*, vol. 16, n° 1.
- Zacagnini, Antonio (1917), *El trabajo de los ferroviarios. Discursos pronunciados en la Cámara de Diputados en las sesiones de septiembre 18, 21 y 24 de 1917*, Buenos Aires: Talleres Gráficos L.J. Rosso y Cía.

* * *

Título: "The power of the mob". The struggle of rail and strife of union power within the labor movement

Resumen: En los años de la Primera Guerra Mundial, el modelo agroexportador argentino se resintió y mostró signos de una profunda recesión. Entre los sectores estratégicos estrechamente vinculados al funcionamiento del modelo con dificultades para la reinversión de capital se encontraban las empresas ferrocarrileras. A mediados de 1917, en la salida del ciclo recesivo, los obreros descalificados y mal remunerados de los astilleros y talleres de la empresa Central Argentino, con centro en Rosario y Pérez, comenzaron un conflicto contra la disminución de los días de trabajo. El artículo reflexiona sobre la composición de clase de los trabajadores en conflicto, el ciclo de alzas y bajas de la lucha y las divergencias en las líneas político-gremiales que intervinieron en la misma.

Palabras claves: obreros ferroviarios – huelgas de 1917 – modelo sindical – Ferrocarril Central Argentino

Abstract: During the First World War, the Argentine meat and cereal agro-export model had stumbled, showing signs of a deep recession as well as unemployment and job insecurity. Among the strategic sectors closely linked to the functioning of the economy which were having difficulties reinvesting capital were the railroad companies. In mid-1917, when recession ends, underpaid and disqualified

workers from shipyards and the British-owned Central Argentine Railway (CA) in Rosario and Perez started a conflict against reduction of workdays. This essay attempts to reflect upon the class composition of workers in conflict, the ups and downs of the struggle cycle, and the trade-union and divergences political lines that took part in it.

Keywords: railway workers – strikes of 1917 – union model – Central Argentine Railway

Recepción: 28 de diciembre de 2014. **Aprobación:** 2 de febrero de 2015.

Natalia Casola

El PC argentino y la dictadura militar

Militancia, estrategia política y represión estatal



Este nuevo libro de la Colección Archivos aborda el papel del Partido Comunista argentino durante la última dictadura militar, desentrañando las razones de la polémica línea sostenida por la organización: la “convergencia cívico militar” y el apoyo “táctico” a Videla. A partir de una gran variedad de fuentes escritas y orales, hasta el momento inéditas, la autora reconstruye las formas de militancia comunista en aquellos años, el impacto de la represión en sus filas y los vínculos con las Fuerzas Armadas.

Activistas clasistas en las fábricas del calzado de la Córdoba revolucionaria (1969-1975)

María Laura Ortiz

(UBA / CONICET)
malauraortiz@gmail.com

Este artículo forma parte de un trabajo más amplio, que tiene por objetivo analizar históricamente la tendencia sindical clasista, esto es, abordar sus dinámicas a partir de las transformaciones políticas, sociales y culturales que sucedieron en Córdoba entre 1969 y 1976. Si bien el sindicalismo clasista se manifestó en distintos espacios y momentos históricos, tuvo un desarrollo excepcional en Córdoba durante el período examinado. James Brennan y Mónica Gordillo sostienen que esta excepcionalidad reside en la profunda radicalización de algunos sindicatos en comparación con otros de Argentina y de América Latina (Brennan y Gordillo, 2008: 251). No obstante, un repaso por otras experiencias clasistas desarrolladas en Buenos Aires y Santa Fe demuestra que allí también hubo niveles muy altos de radicalidad (Löbbecke, 2009; Lorenz, 2013; Santela y Andújar, 2007; Schneider, 2005; Werner y Aguirre, 2009). Estas fueron experiencias posteriores a la de Córdoba y, en algunos casos, tuvieron a ésta como ejemplo. De manera que la particularidad de Córdoba tuvo más que ver con su desarrollo temprano, en un clima de profunda movilización política posterior al “Cordobazo”. Por ello, comprender los procesos sucedidos en Córdoba en el período 1969-1975 es sustancial para entender el devenir nacional.

Conviene aclarar que, académicamente, no abundan las reflexiones sobre el concepto “clasismo” (Ortiz, 2010). Algunos autores lo definen a partir de su sentido ideológico, considerándolo un salto cualitativo en la conciencia de clase. Desde esa perspectiva, el clasismo se vincula con la opción por la izquierda y el camino revolucionario al socialismo, oponiéndose a la tradicional identidad peronista de las masas trabajadoras (Andújar, 1998: 95; Brennan, 1992: 5-15; Brennan y Gordillo, 2008: 257; Duval, 2001: 7-8; James, 2005: 310; Schneider, 2005: 333; Werner y Aguirre, 2009: 86). Otros investigadores, en cambio, han remarcado las limitaciones de esas aseveraciones cuando se las contrasta

con los datos históricos. Según esta otra interpretación, el clasismo es definido más por sus prácticas que por sus definiciones ideológicas, especialmente la apelación a la acción directa, las “huelgas salvajes”, la constitución de redes horizontales y/o territoriales, entre otras (Ceruti y Resels, 2006: 125-130; Lorenz, 2013: 115-118).

En Córdoba hemos registrado expresiones clasistas en distintas fábricas mecánicas y metalúrgicas, del vidrio, del calzado, del caucho, en establecimientos lácteos, de la carne, en obras de construcción y en el sector de la sanidad. La diversidad de experiencias registradas dificulta una definición unívoca del término “clasismo” aunque, sin embargo, hay una serie de repertorios de confrontación que nos permiten asociarlas. A partir de la nueva etapa histórica que se abrió con el Cordobazo en 1969, se generaron más posibilidades para que las agrupaciones clasistas pudiesen ganar lugares de liderazgo en comisiones directivas de sindicatos de 1° y 2° grado, no obstante hasta 1972 lo hacían a partir de una militancia clandestina y por fuera de las estructuras sindicales. El activismo clasista se conjugó con militantes marxistas y peronistas de izquierda, pero a partir de la nueva coyuntura que se despliega con el régimen democrático en 1973, adquieren un renovado protagonismo los peronistas combativos, disputando espacios sindicales que tradicionalmente eran ganados por los peronistas “ortodoxos”.¹ En 1974 se inició la clausura de las direcciones sindicales para los clasistas, a partir del plenario “normalizador” de la Confederación General del Trabajo (CGT) regional y las intervenciones a algunos sindicatos clasistas y combativos. Esa pérdida de espacios institucionales no implicó directamente la “derrota” del clasismo, que continuó movilizado hasta 1975. No obstante, el terrorismo de Estado que el “Navarrazo” hizo posible, fue recortando cada vez más los espacios de expresión para los clasistas.

En esta oportunidad, específicamente, abordaremos el caso del clasismo que tuvo lugar en algunas fábricas de calzado en Córdoba. El clasismo no sólo fue un fenómeno que se desarrolló en grandes complejos industriales ubicados en el sector dinámico de la economía regional, cuya relevancia les permitía una mayor capacidad de negociación. El sector del calzado, como otros que no analizamos en esta oportunidad, formaban parte de los sectores vegetativos de la economía y, sin embargo, ese lugar en el mercado no imposibilitó la capacidad de movilización de las bases, e incluso, la adopción de tendencias clasistas.

El objetivo de este trabajo es analizar la mutua determinación entre las organizaciones clasistas y las cambiantes configuraciones de las

1. El peronismo “ortodoxo” se definía por su característica adhesión intransigente a los principios peronistas y al verticalismo. Con el tiempo, fueron virando hacia posturas facciosas, ideológicamente alineados a la derecha.

cúpulas sindicales locales –como también nacionales–,² para analizar los horizontes de posibilidad de las expresiones clasistas en fábricas de calzado en Córdoba, entre los años 1969 y 1975.

Las cúpulas sindicales cordobesas en el contexto revolucionario

Con el Cordobazo se expresó un bloque socio-político antidictatorial, que aceleró un proceso de exteriorización y expansión de la protesta. Fue la expresión de un pasaje de la resistencia a la confrontación, de la defensiva a la ofensiva; donde las reivindicaciones se expresaban en consignas que excedían lo sectorial y que se plasmaron en una serie de proyectos de revolución (Tortti, 1998: 21-22; Pozzi y Schneider, 2000: 53). Mucho se ha escrito y discutido acerca de ese hecho histórico: para algunos el Cordobazo fue el punto final de una serie de luchas sociales que se venían manifestando desde 1956 (Garzón Maceda, 1994: 26); pero, para otros autores, fue el “mito” fundante de las luchas políticas que atravesaron a todo el país hasta marzo de 1976 (Altamirano, 1994: 12; Brennan y Gordillo, 1994: 73-74). Lo cierto es que luego de esa insurrección popular, Córdoba no volvió a ser la misma, como así tampoco las representaciones que el resto del país construyó sobre esta ciudad. Para la mayoría de los proyectos de las organizaciones de la izquierda, el Cordobazo fue un hito fundamental que marcó la construcción de una imagen de la ciudad de Córdoba como “vanguardia” en el proceso revolucionario. A partir de él se construyó una mística revolucionaria representada por los obreros y los estudiantes en las calles, que se acentuó en los años siguientes con un aumento cualitativo y cuantitativo del número de militantes y simpatizantes de partidos de izquierda (Brennan y Gordillo, 1994:104-105). Dentro del ámbito sindical, retomando el trabajo de Daniel James, este proceso se tradujo en la mudanza del tradicional verticalismo por reclamos de autonomía y democratización de los sindicatos hacia un proceso de irrupción de las bases en las plantas fabriles (James, 2005: 299-301). E incluso, trascendiendo las reivindicaciones antiburocráticas, se ampliaron los reclamos hacia objetivos claros de revolución y de implantación de un régimen socialista.

En el momento de producirse el Cordobazo, la regional de la CGT estaba liderada por sectores alineados en el peronismo, tanto del sector “ortodoxo” como de la corriente “legalista”. Entre ellos se encontraba la dirigencia del Sindicato del Calzado seccional Córdoba, que estaba presidido desde hacía más de dos décadas por Raúl Olmedo, referente del núcleo “ortodoxo” de las 62 Organizaciones peronistas.

2. Sobre el concepto de determinación, ver Williams, 2001: 262-263.

No obstante, entre 1969 y 1971, las movilizaciones cada vez más radicalizadas de las bases obreras fueron transformando esos posicionamientos en la cúpula de la CGT regional, al elevarse críticas que ponían en cuestión el nivel de compromiso de la central obrera en la defensa de los trabajadores. Un caso fue la “huelga larga” de junio de 1970, desarrollada en fábricas encuadradas en el Sindicato de Mecánicos y Afines del Transporte Automotor (SMATA), con foco en las plantas de Grandes Motores Diesel y Perdriel. El desenlace del conflicto fue percibido por las bases como una derrota, y se responsabilizó por ella a su secretario general Elpidio Torres, referente de la tradicional dirigencia sindical vanderista. Por la misma época, una movilización de las bases obreras en Fiat Concord comenzó a poner en cuestión a su dirigencia. En junio se sumaron sus compañeros de Fiat Materfer, y a partir de allí el Sindicato de Trabajadores de Concord y Materfer (Sitrac y Sitram) actuaron como partes de una misma entidad, aunque eran dos sindicatos de planta. Dos nuevas insurrecciones obreras y populares marcaron el paso de la presión de las bases obreras hacia las dirigencias peronistas: el “Ferreyrazo” primero y, a los pocos días, el “Viborazo” (Duval, 2001: 46-50; Flores, 2004: 174-189).

Además, los conflictos internos en la dirigencia sindical peronista debilitaban su conducción. En este tiempo habían resurgido tensiones entre “ortodoxos” y “legalistas” dentro de las 62 Organizaciones Peronistas por la discusión sobre qué vinculación se debía mantener con los núcleos no peronistas. Para los “ortodoxos” se debía prescindir de los no peronistas –principalmente los “independientes”, muchos de ellos comunistas y radicales–; pero los “legalistas” buscaban consolidar alianzas con estos otros sectores.

Las movilizaciones clasistas, aglutinadas sindicalmente en el sector “no alineado”, hicieron posible la visualización pública de críticas sobre el estilo dirigenal que tradicionalmente había administrado la vida sindical, y que ocupaba la cúpula de la CGT local y nacional. Si bien durante 1970 los “no alineados” mantuvieron sus distancias con el sector de los sindicatos identificados como “independientes” –cuyo principal referente era Agustín Tosco, dirigente del Sindicato de Luz y Fuerza–, a partir de 1972-1973 se establecieron alianzas estratégicas entre estos dos nucleamientos, especialmente con la conformación del Movimiento Sindical Combativo (MSC).

Esta alianza entre el peronismo “legalista” y los “independientes” logró ganar el secretariado de la central obrera local en 1971, liderada por el peronista combativo Atilio López y el líder de los “independientes” Agustín Tosco. Aunque Tosco fue detenido y encarcelado por más de un año y medio, sin poder hacerse cargo en lo concreto de esta función; la CGT continuó en la misma sintonía política de combatividad y alianza

de diferentes nucleamientos. Si bien uno de los principales motivos que unía a peronistas “legalistas”, radicales y comunistas era la lucha contra la dictadura y la legislación represiva, de a poco fueron incorporando otras reivindicaciones como el levantamiento de las intervenciones en los sindicatos, el pedido de apertura de las discusiones paritarias, el reclamo contra la carestía de vida e, incluso, la necesidad de generar conciencia e identidad de clase. A partir de 1973 se sumó al secretariado de la CGT regional, René Salamanca, secretario general del SMATA; sellando la alianza de los sectores clasistas y combativos en la cúpula de la central obrera local. Esta nueva conducción en la CGT fue el resultado de una movilización de bases obreras que había iniciado unos años antes, aunque también su presencia fue una condición de posibilidad para que, en diferentes sindicatos, se alzaran voces opositoras a sus dirigencias “ortodoxas”, como sucedió en el Sindicato del Calzado.

A partir de 1973 las elecciones transformaron el panorama sindical cordobés, ya que Atilio López, cuya trayectoria política estaba ligada a su participación como dirigente del sindicato de conductores de ómnibus (Unión Tranviarios Automotor), fue electo como vicegobernador. Ese lugar ponderó a los “legalistas” en sus disputas con los “ortodoxos”, tanto en el campo político como en el mundo sindical, del que el caso del Sindicato del Calzado seccional Córdoba es un ejemplo. De ese movimiento oposicional a las cúpulas sindicales tradicionales también participaron nucleamientos identificados con la izquierda revolucionaria, aunque tuvieron a su vez otros conflictos en su relación con el gobierno provincial, sobre todo porque éste no llegó a desarrollar una política de empleo interpelada por la conflictividad laboral del momento.

La interrupción violenta del gobierno de Ricardo Obregón Cano y Atilio López tampoco mejoró la situación de los trabajadores. El 28 de febrero de 1974 el por entonces Jefe de la Policía provincial, Tte. Cnel. (re) Antonio Domingo Navarro, derrocó al gobierno de Córdoba que había sido elegido democráticamente diez meses antes. Luego, el presidente Juan D. Perón –con aprobación del Congreso– ordenó la intervención federal de la provincia (Ortiz, 2013: 83-88). Este cambio en lo político se vio reflejado en lo sindical, y tuvo como hito el plenario “normalizador” de la CGT regional Córdoba, realizado en Alta Gracia el mismo día del Navarrazo. Su Secretariado, que había sido consensuado previamente en el ámbito de “las 62”, estaría formado únicamente con peronistas: cuatro serían representantes de la fracción “legalista” y cuatro de la “ortodoxa”. La vuelta de Perón a la presidencia, en septiembre de 1973, les había dado los apoyos políticos necesarios para prescindir de los no peronistas. De hecho, sindicatos “independientes” como Luz y Fuerza, Empleados Públicos, el Círculo de Prensa (CISPREN) y los clasistas de Perkins no pudieron participar de la reunión en Alta Gracia. Sin em-

bargo, fueron reconocidos como representantes algunos interventores de sindicatos, como el del Calzado. Pero dos días antes del plenario se rompió el acuerdo entre “legalistas” y “ortodoxos” y, finalmente, los primeros quedaron afuera del nuevo Secretariado de la CGT. Además, los cuatro dirigentes “legalistas” que habían sido preseleccionados para conformar el Secretariado fueron detenidos durante el *putsch* policial. A partir de ese momento, la coordinación estatal de la represión con razones políticas transformó la protesta social e izquierdista, esta vez, de la ofensiva a la defensiva.

La configuración de las cúpulas sindicales, sobre todo a nivel local, fue determinante en el horizonte de posibilidades del clasismo. Mientras la hegemonía era peronista, entre 1969 y 1971, las posibilidades de organización institucional de las agrupaciones clasistas fueron más limitadas. Pero a partir de 1971, con una nueva dirección en la CGT regional que aglutinaba peronistas combativos, “independientes” y clasistas, emergieron mayores posibilidades de expresión para el clasismo, aunque el peronismo “ortodoxo” sería un obstáculo difícil de sortear para lograr institucionalizar la organización clasista. El quiebre de 1974 acortó los espacios de disputa, ya que el sector “ortodoxo” logró dominar nuevamente las cúpulas sindicales regionales.

La producción de calzado en Córdoba y el surgimiento del activismo clasista

Según el Censo Nacional Económico de 1974 la producción de calzado de cuero en Córdoba representaba el 1,31% del total de la producción industrial de la provincia. Es decir que tenía un lugar secundario en la industria de Córdoba, cuyas actividades más dinámicas giraban en torno de la producción metalúrgica y metalmecánica (ver Tabla n° 1, pg. 154). A pesar de no pertenecer a las ramas dinámicas de la economía regional, la producción de calzado condensaba al 2.7% del total de la masa trabajadora de la industria (ver Tabla n° 2, pg. 154). Además, por las características de la actividad, la mayor parte de sus trabajadoras eran mujeres, lo que le da una especificidad al sector, a diferencia del resto de las actividades productivas cuya población trabajadora tenía una preponderancia masculina. La mayor cantidad de talleres y fábricas de calzado se concentraban en el sureste de la ciudad de Córdoba, sobre todo en barrio Colón y San Vicente. Por su ubicación territorial, tuvieron muchos contactos con los clasistas de Fiat, con quienes se movilizaron conjuntamente en más de una oportunidad. Más allá de todas estas características, o a pesar de ellas, durante los años de mayor protesta obrera en Córdoba, las bases de trabajadores de este sector se vieron movilizadas al compás de los trabajadores de otros sectores, sea de

sectores dinámicos o no. Quizás la causalidad de estos movimientos de irrupción de las bases no haya que buscarla en la estructura económica, sino en el marco de posibilidades políticas para emerger.

En este recorrido discutiremos la hipótesis de Mónica Gordillo y James Brennan, para quienes el clasismo o la combatividad de un sindicato se corresponde con su lugar preponderante en el mercado productivo y, especialmente, entre los sectores más dinámicos de la economía por su mayor capacidad de negociación (Gordillo, 1996: 57-58; Brennan y Gordillo, 2008: 31). Consideramos que aquella situación en el mercado no fue determinante para la constitución de un movimiento de “rebelión de las bases”, parafraseando a Daniel James (2005: 299-301); ni mucho menos que ese movimiento desembocase en una expresión clasista o, en el mejor de los casos, en una dirección clasista en un sindicato.

En estos establecimientos fabriles la arbitrariedad patronal y las malas condiciones laborales parecían ser una tradición, como también lo era la pasividad sindical ante estas situaciones. Era común la obligatoriedad de firmar los recibos de sueldo en blanco, los despidos sin causa o la falta de seguridad en las máquinas. Ante estas situaciones el sindicato debía intervenir, solicitando inspecciones de organismos estatales en las plantas, o bien reclamar ante la patronal el cumplimiento de la legislación laboral. Pero, como ello no sucedía, los trabajadores podían recurrir al apoyo de otros sindicatos o de la regional de la CGT o bien autoorganizarse.

En 1970 hallamos los primeros ejercicios de resistencia y autoorganización de las bases de las fábricas del calzado. En la fábrica Italo Brenna, ubicada en Barrio Colón, la patronal quiso obligar a sus trabajadores a cambiar el horario laboral, fraccionando la jornada que era continuada. Las bases resistieron el cambio de horario y por ello la empresa decidió despedir a 39 obreras. Un grupo importante de sus 101 trabajadoras acudieron a la CGT y denunciaron, además, que el dueño de la fábrica, que era un militar retirado, pagaba \$800 de sueldo en vez de pagar los \$1.300 que correspondían. También expusieron que era común que las obligaran a firmar recibos de sueldo en blanco o por sumas diferentes a las que recibían, completándolos después con la suma que convenía para poder evadir impuestos. Allí los feriados se trabajaban como jornada simple y los sábados no se consideraban trabajo extra; y esos días no se permitía marcar tarjeta para evitar el registro de esas ilegalidades (*La Voz del Interior*, en adelante *LVI*, 18 de septiembre de 1970: 20). Raúl Olmedo, presidente del Sindicato del Calzado, fue apuntado como cómplice de la situación de injusticia, que continuó durante todo el período (*Córdoba*, 12 de junio de 1971: 13).

Estas expresiones de bases obreras buscaron su constitución como oposición sindical a la “camarilla” de Olmedo. Pero los estatutos y las

prácticas de la Unión Trabajadores de la Industria del Calzado de la República Argentina les dificultaban la tarea: desde hacía 24 años se presentaba una sola lista, la Azul y Blanca; y nadie podía disputarle el liderazgo. Por ello buscaron organizarse por fuera de la estructura sindical, convocando a opositores de diferentes plantas a reuniones al margen de las asambleas del Sindicato (*LVI*, 15 de diciembre de 1970: 13; *Córdoba*, 24 de junio de 1971: 13).

En julio de 1971 se formó la Agrupación de Obreros del Calzado “11 de junio” que se definía como la “agrupación que interpreta la voluntad de las bases”, y declaraba:

Que hemos salido a la lucha en defensa de la organización sindical que nos agrupa, en manos de seudos dirigentes que han convertido al Gremio del Calzado en una sucursal de los intereses patronales [...] La unión con todos los hombres honestos del gremio es una de nuestras metas (*Córdoba*, 4 de julio de 1971, p. 27).

Por aquellos años, la honestidad era sinónimo de movimiento de bases y de clasismo; y por el contrario, la corrupción se asociaba a la “burocracia”. La Agrupación “11 de Junio”, apoyada por el Sindicato de Empleados Públicos (SEP), la CGT regional y el Sitrac-Sitram, convocó a una asamblea y propuso realizarla en el Sindicato de Vendedores de Diarios. Cuando la asamblea se constituyó, sin la presencia de ningún miembro de la conducción –aunque sí estuvo el hijo de Raúl Olmedo tratando de impedir el libre ingreso de los trabajadores–, circuló la versión de que los directivos habían “huido junto a Olmedo en búsqueda de la Policía”. Por ello decidieron mudarse al local de la CGT regional: allí se destituyó a la Comisión Administrativa por “inconducta sindical y deslealtad” y se designó una Comisión Administrativa Provisoria (*Córdoba*, 12 de julio de 1971: 15; *Córdoba*, 14 de julio de 1971: 13).

Hasta aquí el proceso de “rebelión de las bases” es bastante similar al caso de Fiat Concord y Materfer en Córdoba, esto es, se inició con un proceso de autoorganización de las bases por fuera y al margen del sindicato, formando una Comisión Provisoria para destituir a la dirección sindical existente (Duval, 2001; Flores, 2004). Sin embargo, comparando el caso del Calzado con el proceso vivido en Fiat, los trabajadores de base del calzado hallaron apoyos sustanciales en la CGT regional, que prestaba sus espacios y recursos para su organización. Es que, como explicamos *ut supra*, la CGT que se había conformado en Córdoba en 1971 era diferente a la 1970. Por otro lado, el del calzado era un sindicato por rama de producción, por lo que dependía de la Comisión Central de la Unión Trabajadores de la Industria del Calzado. Es decir que la

autonomía relativa que tenían los sindicatos de Fiat, por ser Sindicatos por planta, no se parecía a la que tenían en el calzado. Por ello, para que la Comisión Provisoria del calzado fuese reconocida, debía ser aprobada por la Central. Ésta, al igual que la dirección regional, estaba alineada con el peronismo “ortodoxo” y, en vez de reconocer la comisión formada por las bases, envió una Comisión Interventora a la seccional cordobesa. Para ello se basó en las acusaciones de Olmedo, que los había tildado de “extremistas, guerrilleros, extranjerizantes” de “conocida filiación comunista” ajenos al gremio. No obstante, la Comisión Provisoria sí fue reconocida en el Departamento de Trabajo, donde negoció con la patronal de la firma Blanco Hnos., logrando dejar sin efecto el despido arbitrario de dos obreros y obteniendo el compromiso de respetar la legislación laboral vigente (*Córdoba*, 16 de julio de 1971: 13).

Para formar la Comisión Interventora, la Central envió a Córdoba gente de Capital Federal, Avellaneda y Rosario. Al principio, esta comisión se diferenciaba de la anterior dirección, y se jactaban de haber denunciado incumplimientos de las disposiciones laborales en que incurrían numerosas patronales y de haber reorganizado los cuerpos de delegados de las fábricas de calzado Lucas Trejo, Triay Hermanos, Dimaja y Blanco Hermanos. Al principio, la Agrupación “11 de junio” apoyó la intervención y suspendió la Comisión Provisoria, pero al poco tiempo comenzó a criticarla, argumentando que no eran trabajadores del gremio, en especial sus asesores Pedro Albisini y Montesana. En su lugar, proponían formar una “comisión asesora” elegida por las bases y movilizaron a los trabajadores para reclamar la mejora de condiciones laborales.

Esta Comisión Interventora comenzó a tener diferencias con el cuerpo de delegados de la fábrica Lucas Trejo, a partir del conflicto que se desarrolló en ese establecimiento. De todas las fábricas de calzado de Córdoba, Lucas Trejo es una de las más recordadas por sus conflictos, por su activismo, porque establecieron redes horizontales con sindicatos clasistas como los de Fiat, y porque la gran mayoría de sus delegadas eran mujeres.

En Lucas Trejo, al igual que en muchas otras fábricas del sector, la arbitrariedad patronal era una constante. Pero en 1971 las bases comenzaron a organizarse y a reclamar sus derechos. El inicio del conflicto sucedió cuando la patronal despidió al subdelegado Luis Ramón Toledo, por lo que se dispuso una huelga de brazos caídos durante ese día. Pero, luego del descanso del mediodía, cuando se presentaron a continuar con la jornada, se encontraron con la fábrica cerrada, un cordón policial al frente y 170 telegramas de despido. Unos días después, los trabajadores de Fiat Concord hicieron abandono de tareas en solidaridad con este conflicto, marchando desde Ferreyra hasta

el Barrio San Vicente donde estaba ubicada la fábrica y, desde allí, marcharon juntos con el Movimiento Clasista de Obreros del Calzado y algunos vecinos del barrio.

El conflicto continuó en los días siguientes, cuando la Agrupación “11 de junio” y el Cuerpo de Delegados de Lucas Trejo convocaron a un paro activo con un acto frente al local de la CGT regional, que fue acatado masivamente a pesar de las presiones y amenazas de las patronales. Con el impulso del cuerpo de delegados del establecimiento Lucas Trejo y del Movimiento Clasista Obreros del Calzado, una asamblea de trabajadores terminó expulsando a Montesana, el dirigente de la Comisión Interventora. En cada reunión, en cada acción, las trabajadoras de Lucas Trejo tenían el apoyo de los Sindicatos de Fiat, de la CGT regional y también de la UTA, que les prestaban sus locales y daban asesoramiento, lo que era catalogado por la Comisión Interventora como intromisión “extremista” (Duval, 2001: 63).

Los enfrentamientos continuaron y, acorde al período histórico, combinaron la discusión con la violencia política. Así, un par de días más tarde un grupo de unas 20 personas “patoteó” a unas 400 obreras del calzado que se habían congregado en una asamblea en el hall del local de la CGT regional. Hubo disparos de armas de fuego y bombas de estruendo, combinadas con golpes de puño y puntapiés a algunas trabajadoras que estaban en la escalera del local. El grupo agresor se identificaba con la escarapela argentina, y fueron calificados por los agredidos como “supuestos nacionalistas que se autotitulaban ‘peronistas ortodoxos’” pero que, según los agredidos, eran “bandas fascistas armadas por la Policía del régimen y pagadas por las patronales”. La Agrupación “11 de junio” emitió un comunicado en el que responsabilizaba a la Intervención del Sindicato del Calzado a convocar a matones a sueldo para intimidar a los trabajadores (*LVI*, 28 de agosto de 1971: 10; Duval, 2001: 62).

Este hecho demuestra al menos dos cosas. Primero, que la organización de las bases del calzado era capaz de reunir a cuatro centenas de trabajadores en una asamblea, cifra más que significativa considerando que debe haber reunido trabajadores de distintas fábricas, que en general tenían desde menos de 100 hasta no mucho más de 300 obreros. Vale decir que ya estaban en funcionamiento las redes horizontales propias del clasismo en la época, por fuera y al margen de los sindicatos, reuniendo al activismo, cuerpos de delegados y comisiones internas. Segundo, que los trabajadores de bases del calzado se enfrentaban a la cúpula de su propio sindicato, alineada al peronismo “ortodoxo”; y que eran apoyados por la CGT regional y otros sindicatos, alineados al peronismo combativo, al sindicalismo “independiente” y clasista.

Había al menos dos sectores enfrentados a la Comisión Interventora

del calzado. Uno era el Movimiento de Recuperación del Calzado, que toma su nombre de los movimientos clasistas de la época. Sus activistas, algunos de ellos militantes de partidos de la izquierda revolucionaria, eran calificados por los normalizadores como “permanentes provocadores” y, a principios de 1972, fueron atacados a tiros por parte de autoridades del sindicato mientras realizaban una asamblea (*Córdoba*, 26 de marzo de 1972: 4).³ El otro sector era la Agrupación Obrera del Calzado “11 de junio”, dirigida por Armando Jorge D’Ilelo. Formada principalmente por militantes peronistas, estaba alineada en “las 62 legalistas” y, desde 1973, tenía buenas relaciones con el vicegobernador Atilio López que la apoyaba en sus críticas a la comisión normalizadora.

A pesar de esos apoyos, las agrupaciones de bases tenían un funcionamiento extrainstitucional, ya que formalmente el sindicato estaba intervenido. En esa situación se hacía más difícil mejorar las condiciones laborales y salariales de los trabajadores que, como hemos mencionado, estaban marcadas por una fuerte arbitrariedad patronal. Aun así, la oposición a la intervención nunca dejó de bregar por la organización de las bases para defender sus derechos. Por ejemplo, ante el incendio de la fábrica Triay comenzaron a circular versiones de que la empresa suspendería a todo el personal por dos o tres meses y luego despediría al 50% sin indemnización. Por ello el Movimiento de Recuperación del Sindicato del Calzado convocó a los trabajadores a organizar una Comisión Interna. Por su parte, la Agrupación “11 de junio” denunciaba despidos de delegados en la fábrica Bruno Landi y Nando, como también suspensiones sin término en Italo Brenna, Blanco, Larami y Fábrica Muñoz. En estas últimas también se denunciaba que los obreros no podían elegir delegados ni tampoco eran amparados por el sindicato. Criticaban a la Comisión Interventora del gremio porque tenía “dirigentes que nada han hecho para mejorar la nefasta conducción de Olmedo sino que por el contrario continúan aplicando la misma política sindical tramposa en perjuicio de los obreros” (*Córdoba*, 29 de julio de 1972: 5). El vicegobernador Atilio López los apoyó en sus declaraciones, y acusó que el gremio del calzado estaba dirigido por personas ajenas al quehacer específico. Eso provocó la respuesta de la Comisión Interventora, que declaró que la Comisión Directiva Central de UTICRA había nombrado como interventor de la seccional Córdoba a Armando Pesenti, quien venía de ser Secretario General del Sindicato en Rosario. Según manifestaban,

3. Por la misma época, hubo Movimientos de Recuperación en el SMATA, en Perkins, en el Sindicato de Empleados Públicos (SEP) y en el Sindicato Único de Empleados y Obreros de la Municipalidad de Córdoba (SUOEM). Durante este período también existieron expresiones clasistas, aunque sin estos mimbres, en agrupaciones que se formaron en el Sindicato de la Construcción, en el Sindicato del Caucho, Meta-lúrgicos, Gráficos y Lecheros.

Pesenti habría sido el encargado de nombrar a la Comisión Interventora, formada con obreros del calzado y afiliados al gremio (*Córdoba*, 27 de junio de 1973: 4).

En la misma sintonía con ese movimiento de oposición a la intervención, actuaron algunas organizaciones políticas y político-militares, especialmente el Peronismo de Base y el Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP), que contaban con algunos militantes entre sus trabajadores (L.U., Bizzi y Sosa). El ERP efectuó varios copamientos y arengas en fábricas de calzado: en octubre de 1973 en la fábrica Lucas Trejo se hizo una arenga al personal, distribuyendo propaganda “guerrillera”. Dos meses más tarde la misma fábrica fue copada por el Comando Eduardo Giménez del ERP que también arengó a su personal, distribuyó propaganda revolucionaria y recibió “la más cálida simpatía de los trabajadores” (*Estrella Roja*, N° 27, 17 de diciembre de 1973: 15). También en la fábrica de zapatillas Bartolo Ludovico en Barrio San Vicente hubo una arenga por parte de un grupo de 4 personas de “filiación guerrillera” que pintaron paredes y repartieron volantes (*Córdoba*, 8 de noviembre de 1973: 4).

Para los empresarios del sector, la mala situación de los trabajadores y los despidos se debían a una crisis generalizada de esta rama productiva. Según sus argumentos, estaban siendo perjudicados por la obligatoriedad de comprar materia prima y maquinaria en Buenos Aires, lo que aumentaba los costos de producción. En efecto, la patronal de Lucas Trejo había manifestado que, ante esta situación, debería cerrar definitivamente la planta y, por ello, los delegados, asesorados por el Dr. Curutchet, solicitaron al gobierno la expropiación de la fábrica para reactivar y reabrir la fuente de trabajo. Ese pedido quedó suspendido por un tiempo, desde septiembre de 1971 hasta agosto de 1975, ciertamente, debido a los vaivenes políticos de la provincia. Finalmente, en el contexto posterior al Navarrazo, el gobierno de la intervención federal compró la fábrica con la idea de crear talleres sociales coordinados por el ministerio de Bienestar Social. Pero el hecho fue investigado a pedido del bloque de diputados provinciales de la Unión Cívica Radical (UCR), y de esa investigación se constataron graves irregularidades en el cumplimiento de los deberes de funcionario público por parte del ministro de Bienestar Social, como también irregularidades en el manejo de los fondos públicos.

A mediados de 1975 la sangría por despidos continuaba, según las denuncias de la Agrupación de Trabajadores del Calzado (*Córdoba*, 2 de agosto de 1975: 4).⁴ El sindicato no se movilizaba contra los des-

4. También la Agrupación de Trabajadores del Calzado denunció el despido arbitrario de 42 trabajadores de la fábrica de calzados El Dante de barrio San Vicente y de otros en otras fábricas (*Córdoba*, 7 de agosto de 1975: 5).

pidos y frenaba las denuncias colectivas de las bases, en una clara “actitud pro-patronal”. A pesar de sus dirigentes, los trabajadores del calzado continuaron activos durante este período, y llegaron incluso a ocupar seis fábricas por reclamo de mejoras laborales y salariales. La conducción del sindicato no apoyó estas tomas aunque luego, cuando consideró que la situación era irreversible, declaró un paro por 48 horas y reclamó el pago de indemnizaciones y salarios caídos. Esta actitud tenía más que ver con un intento de “administrar los descontentos” de las bases antes que con una real movilización en búsqueda de mejoras para los trabajadores (James, 2005: 333-334). En este caso, al igual que en otros sindicatos intervenidos, como el SMATA de Córdoba y otros, los cuerpos orgánicos y la movilización de las bases comenzaron a funcionar de manera autónoma respecto de la cúpula sindical. En el caso del calzado, la institucionalidad sindical se mantuvo alineada a la verticalidad “ortodoxa” del peronismo que, desde 1974, había vuelto a hegemonizar el campo político.

* * *

Aunque no se trataba de uno de los sectores más dinámicos de la industria cordobesa, el sector de producción de calzado tuvo un rol significativo en el movimiento obrero de la Córdoba revolucionaria y movilizadora del post Cordobazo. Durante los meses posteriores a la conmoción provocada por el Cordobazo, las cúpulas sindicales locales –en las que predominaba la tendencia peronista– limitaban las posibilidades de intervención institucional de los clasistas. Por ello, los trabajadores de fábricas de calzado buscaron autoorganizarse por fuera de la estructura sindical, conforme a la estrategia clasista del momento histórico. Formaron comisiones propias de las bases, organizadas a partir de la intervención de activistas identificados con el clasismo y con el peronismo “legalista” y combativo. Aunque tuvieron reconocimiento del Estado, no lograron que la central del Sindicato los admitiera y, en cambio, se envió una Comisión Interventora que fue eficaz para evadir las expresiones de las bases obreras. Acompañando esa táctica, el discurso de la dirigencia sindical tradicional culpaba a los clasistas de infiltrados, comunistas, extremistas, legitimando su marginación de las instituciones obreras. Con el Navarra se garantizó una nueva hegemonía sindical y política de los sectores identificados con el peronismo ortodoxo. La “normalización” de la CGT regional bajo la órbita ortodoxa, dio un reconocimiento legal a la Intervención en el Sindicato del Calzado, dejando a las agrupaciones de bases fuera del marco institucional del sindicalismo local.

Es decir que, si bien la coyuntura abierta a partir de 1971 con una

dirección combativa en la CGT regional aportó posibilidades de emergencia para el clasismo en este sector, al mismo tiempo, el verticalismo de los peronistas ortodoxos de la central del sindicato del calzado obturaron las posibilidades de institucionalización de estas expresiones. No obstante, los Cuerpos de Delegados y agrupaciones clasistas fueron sustanciales para sostener la movilización de las bases hasta mediados de 1975, funcionando como entes autónomos de la intervención.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (1994), "Memoria del 69", *Estudios*, N° 4, diciembre, Córdoba, pp. 9-13.
- Andújar, Andrea (1998), "Combates y experiencias: las luchas obreras en Villa Constitución (1974-1975)", *Taller*, vol. 3, n° 6, abril, Buenos Aires, pp. 93-146.
- Brennan, James P. (1992), "El clasismo y los obreros. El contexto fabril del 'sindicalismo de liberación' en la industria automotriz cordobesa, 1970-75", *Desarrollo Económico*, vol. 32, n° 125 (abril-junio), pp. 3-22.
- Brennan, James y Mónica Gordillo (1994), "Protesta obrera, rebelión popular e insurrección urbana en la Argentina: el Cordobazo", *Estudios*, n° 4, diciembre, Córdoba, pp. 51-74.
- (2008), *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización social*, Buenos Aires: De la Campana.
- Ceruti, Leónidas y Mariano Resels (2006), *Democracia directa y gestión obrera. El S.O.E.P.U., la Intersindical de San Lorenzo y la Coordinadora de Gremios, 1962-1976*, Rosario: Ediciones del Castillo.
- Duval, Natalia (2001), *Los sindicatos clasistas: Sitrac (1970-1971)*, Córdoba: Fundación Pedro Milesi.
- Flores, Gregorio (2004), *SITRAC-SITRAM. La lucha del clasismo contra la burocracia sindical*, Córdoba: Editorial Espartaco.
- Garzón Maceda, Lucio (1994), "Cordobazo: algunos de sus mitos y leyendas", *Estudios*, n° 4, diciembre, Córdoba, pp. 25-34.
- Gordillo, Mónica (1996), *Córdoba en los 60: la experiencia del sindicalismo combativo*, Córdoba: Dirección General de Publicaciones de la UNC.
- James, Daniel (2005), *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Löbbe, Héctor (2009), *La guerrilla fabril: clase obrera e izquierda en la Coordinadora de Zona Norte del Gran Buenos Aires: 1975-1976*, Buenos Aires: Ediciones RyR.
- Lorenz, Federico (2013), *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1979)*. Buenos Aires: Edhasa.
- Ortiz, María Laura (2010), "Apuntes para una definición del clasismo. Córdoba, 1969-1976", en *Conflicto Social*, año 3, n° 3, junio, Instituto

- de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Disponible en <http://webiigg.sociales.uba.ar/conflictosocial/revista/03/sumario3.htm>
- Ortiz, María Laura (2013), "Recuerdos y olvidos sobre el terrorismo de Estado. Córdoba, Argentina, 1974-1976", en Robson Laverdi y Mariana Mas-trángelo (comps.), *Desde las profundidades de la historia oral: Argentina, Brasil y Uruguay*, Buenos Aires: Imago Mundi-RELAHO.
- Pozzi, Pablo y Alejandro Schneider (2000), *Los "setentistas". Izquierda y clase obrera (1969-1976)*, Buenos Aires: EUDEBA.
- Santella, Agustín y Andrea Andújar (2007), *El Perón de la fábrica éramos nosotros. Las luchas metalúrgicas de Villa Constitución, 1970-1976*, Buenos Aires: Desde el Subte.
- Schneider, Alejandro (2005), *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo. 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Tortti, María Cristina (1998), "Protesta social y 'nueva izquierda' en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional", *Taller. Revista de Sociedad, Cultura y Política*, vol. 3, n° 6, Buenos Aires.
- Werner, Ruth y Facundo Aguirre (2009), *Insurgencia obrera en la Argentina, 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, Buenos Aires: Ediciones IPS.
- Williams, Raymond (2001), *Cultura y sociedad, 1780-1950. De Coleridge a Orwell*, Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.

* * *

Título: Classist activists in the shoe factories of revolutionary Córdoba

Resumen: En este artículo analizaremos la conformación de un movimiento de bases clasista en fábricas de Calzado en Córdoba, entre los años 1969 y 1975. Abordaremos sus formas de organización y los principales conflictos que los enfrentaron a las patronales y las cúpulas sindicales, tanto locales como nacionales. A partir de ellos, analizaremos los horizontes de posibilidad tanto para la emergencia de expresiones clasistas, como para institucionalizar su organización.

Palabras clave: Clasismo – Obreros – Calzado – Córdoba

Abstract: In this article we will discuss the formation of 'clasista' movement in footwear factories in Cordoba, between 1969 and 1975. We address their organizational forms and the main conflicts that confronted the employer and local and national union leaders. From them, we will explore the horizons of possibility for the emergence of both class expressions, to institutionalize their organization.

Keywords: Clasism – Workers – Footwear – Córdoba

Recepción: 18 de mayo de 2014. **Aprobación:** 6 de diciembre de 2014.

Tabla N° 1. Actividades industriales en Córdoba, 1974

| Actividad | Valor agregado censal | Porcentaje |
|---|-----------------------|--------------|
| Productos alimenticios, bebidas y tabaco | 1.125.544 | 19,02% |
| Textiles, prendas de vestir e industria del cuero | 212.961 | 3,60% |
| Fabricación de calzado de cuero | 77.586 | 1,31% |
| Industria de la madera y productos de la madera | 103.998 | 1,76% |
| Fabricación de papel y productos de papel, imprentas y editoriales | 151.700 | 2,56% |
| Fabricación de sustancias químicas y de productos químicos derivados del petróleo y del carbón, de caucho y de plástico | 315.518 | 5,33% |
| Fabricación de productos minerales no metálicos, exceptuando los derivados del petróleo y del carbón | 460.079 | 7,78% |
| Industrias metálicas básicas | 107.717 | 1,82% |
| Fabricación de productos metálicos, maquinaria y equipo | 3.418.772 | 57,79% |
| Otras industrias manufactureras | 20.068 | 0,34% |
| Total | 5.916.357 | 100,00% |

Fuente: elaboración propia, a partir de *Censo Nacional Económico 1974*, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Dirección de Informática, Estadística y Censos de Córdoba.

Tabla N° 2. Cantidad de personal ocupado por rama de actividad, Córdoba 1974

| Actividad | Cantidad de personal ocupado | Porcentaje |
|---|------------------------------|--------------|
| Productos alimenticios, bebidas y tabaco | 24.385 | 19,78% |
| Textiles, prendas de vestir e industria del cuero | 9.268 | 7,52% |
| Fabricación de calzado de cuero | 3.321 | 2,69% |
| Industria de la madera y productos de la madera | 5.374 | 4,36% |
| Fabricación de papel y productos de papel, imprentas y editoriales | 3.150 | 2,56% |
| Fabricación de sustancias químicas y de productos químicos derivados del petróleo y del carbón, de caucho y de plástico | 4.849 | 3,93% |
| Fabricación de productos minerales no metálicos, exceptuando los derivados del petróleo y del carbón | 13.309 | 10,80% |
| Industrias metálicas básicas | 2.390 | 1,94% |
| Fabricación de productos metálicos, maquinaria y equipo | 59.480 | 48,26% |
| Otras industrias manufactureras | 1.044 | 0,85% |
| Total | 123.249 | 100,00% |

Fuente: elaboración propia, a partir de *Censo Nacional Económico 1974*, Instituto Nacional de Estadísticas y Censos, Dirección de Informática, Estadística y Censos de Córdoba.

DEBATES

Diálogo sobre el concepto de “estrategia” de la clase obrera

Paula Varela - Nicolás Iñigo Carrera

Como planteáramos en el primer número de Archivos, la puesta en pie de una revista que aborda la historia del movimiento obrero y la izquierda implica asumir el reto del debate acerca de diferentes conceptualizaciones que hacen a la definición misma del objeto de estudio y al modo en que nos posicionamos ante él, en el trabajo historiográfico y también en el presente. En este número presentamos un debate entre Paula Varela y Nicolás Iñigo Carrera que surgió de una serie de comentarios y posterior diálogo¹ en ocasión de la tercera edición (corregida y aumentada) de La estrategia de la clase obrera 1936.² En dicha oportunidad, el intercambio se centró no en una crítica general al libro sino en una reflexión particular sobre el uso que Iñigo Carrera realiza del concepto de estrategia y las consecuencias que éste tiene en el propio desarrollo de su investigación sobre la huelga general de 1936. Para la publicación del debate Archivos propuso como metodología que la crítica de Paula Varela fuera enviada por escrito con antelación, documento a partir del cual Iñigo Carrera elaboró su respuesta con posterioridad.

* * *

1. El encuentro se llevó a cabo en el marco del taller coordinado por Agustin Santella y Lucas Poy en el Instituto de Investigaciones Gino Germani de la UBA.

2. Imago Mundi, 2012, Buenos Aires.

La estrategia objetiva, ¿ilusión teleológica del historiador?

Paula Varela

En el texto que sigue el lector no encontrará una reseña o un debate historiográfico general sobre *La estrategia de la clase obrera 1936*, sino el esfuerzo por poner a discusión la lógica argumental de la tesis central de esa obra. Ese esfuerzo está impulsado por un doble interés. Un interés teórico que pretende esquivar la contraposición abstracta de esquemas generales para discutir, a través de la problematización de análisis situados, las posibilidades del marxismo para dar las mejores explicaciones posibles de los procesos históricos y sus resultados. Y un interés político de buscar en el pasado una fuente de lecciones para el presente y el futuro. Agradezco a Nicolás Iñigo Carrera su aliento a que expusiera en forma escrita las críticas realizadas oralmente.

Un libro que hay que leer

Hay al menos tres motivos por los que leer *La estrategia...* como trabajo historiográfico logra reconstruir no sólo el momento de la huelga general de 1936, sino más que eso. Configura una instantánea de esa ciudad de Buenos Aires, la composición social de sus barrios, las posiciones estratégicas del proletariado distribuidas en el territorio, el clima de época expresado a través de tangos y milongas de circulación cotidiana. El relato permite observar los flujos de circulación de ramas de producción, de oficios, de generaciones, que *esa ciudad tenía*. El libro permite atravesar Mataderos, Liniers, Devoto, Paternal, Flores, recorrer la historia de su gestación y encontrarse allí, en la mañana del 7 de enero de 1936, con las barricadas, los enfrentamientos con la policía, los piquetes espontáneos de mujeres, jóvenes y vecinos, los cruces de solidaridad entre individuos desconocidos pero mancomunados en la lucha, las sorpresas y hasta las valentías de los niños envueltos en clima de revuelta. Vivir, en definitiva, la apropiación de la ciudad por las masas. En una historiografía, incluso la de tradición marxista en la que se inscribe este libro, que ha caído muchas veces en cierto desdén por la geografía, *La estrategia...* recupera la importancia del espacio para mostrar una ciudad de Buenos Aires como campo de batalla, como teatro de operaciones. Pero además la instantánea de esta Buenos Aires en una batalla de clase, se contrapone con la postal, muchas veces fabricada, de la Buenos Aires desclasada, pacificada, territorio de una clase media cuya circulación está signada únicamente por el

comercio. En sentido opuesto, *La estrategia...* le devuelve a Buenos Aires su carácter obrero.³

El segundo motivo, es por el período que toma para investigar: la década del 30. En los últimos diez o quince años se han multiplicado el número de investigaciones sobre esa época⁴ y de ellas resulta, además de algunas refutaciones a sentidos comunes en la academia, la evidencia de lo necesario que sigue siendo profundizar en el estudio de esos años. No sólo por su indisociable relación con “los orígenes del peronismo”, sino también porque esta década permite ver que, al igual que sucede a nivel internacional, es imposible comprender la historia del movimiento obrero en Argentina de forma dissociada de la historia de la izquierda. La década del 30 es la evidencia de que esta disociación sería “mutilar la comprensión de ambos sujetos”,⁵ al mismo tiempo que señala el punto de inflexión en que los caminos del movimiento obrero y la izquierda se bifurcan sin volverse jamás paralelos. *La estrategia...* resulta también una invitación a la reflexión acerca de esta relación, incluso porque algunos presupuestos teóricos que criticaremos más adelante, obligan a subir la guardia para evitar los mecanicismos objetivistas y los politicismos voluntaristas.

Por último, hay que destacar lo que constituye, quizás, el rasgo principal de este libro: la elección de Iñigo Carrera de “entrar” a la historia a través del concepto de estrategia. Entrada que en el uso que hace el autor del concepto resulta polémica pero que, en su propia apuesta, es una crítica a las formas en que la historiografía (y también la sociología) dominante en la academia, analizan la clase obrera. La recuperación de la noción de estrategia es, antes que nada, el señalamiento de que estamos ante un “sujeto contendiente”. Eso que resulta obvio es, sin embargo, necesario de ser resaltado en la medida en que, al igual que en las lecturas historiográficas, en el nuevo auge de estudios sobre la clase obrera que comenzó en los últimos años, ésta vuelve a aparecer una vez más como un sujeto pasivizado al que el Estado le otorga un “nuevo modelo de relaciones laborales” que se ha configurado en los gabinetes gubernamentales y nunca en el terreno de la lucha de clases. La noción de estrategia introduce una cuña en ese pensamiento institucionalista y obliga a volver a hacer foco en el enfrentamiento como terreno de constitución de la clase obrera y terreno en que se realizan posibilidades históricas determinadas. Pero esta noción es, además, una

3. Al respecto, véase Hernán Camarero, “Consideraciones sobre la historia social de la Argentina urbana en las décadas de 1920 y 1930: clase obrera y sectores populares”, *Nuevo Topo*, n°4, septiembre-octubre de 2007.

4. Véanse los trabajos de Hernán Camarero, Diego Ceruso y Fernando López Trujillo.

5. Véase “Introducción” de *Archivos* N° 1.

afrenta contra las miradas que reducen a la clase obrera a un puro sujeto social. Ya sea desde un punto de vista “autonomista” o “movimientista” (que han cobrado peso hacia fines de los 90 y principios de los 2000 de la mano del “espontaneísmo de la derrota”), o desde un punto de vista “institucionalista” (históricamente ligado a la mirada estatal sobre la clase obrera y por ende, a la mirada burguesa), las ciencias sociales académicas vienen eludiendo el análisis de la clase obrera en su potencialidad de sujeto político, en su potencialidad de sujeto dirigente. La noción de estrategia abre la puerta a la restitución de ese “derecho” que los trabajadores y trabajadoras conquistaron en las primeras décadas del siglo XX, y pone sobre la mesa el problema de las formas a través de las cuales la clase obrera puede hacerse clase dirigente del conjunto de los explotados y oprimidos. Por último, la noción de estrategia introduce un dedo en otra llaga de la producción académica: la de la idea del antagonismo (el enfrentamiento) como dinámica de articulación y clave explicativa para la comprensión de la totalidad social. Si la táctica es la conducción de las operaciones aisladas, la academia ha mostrado una desmedida “pasión por la táctica” en la medida en que se profesionaliza en el estudio cada vez más parcializado de acciones forzadas a cobrar sentido *per se*, de luchas disociadas, de fracciones que se explican a sí mismas. La pregunta por la estrategia incomoda al individualismo (metodológico y político) y abre una grieta a través de la cual comprender el encadenamiento de esas operaciones aisladas. Al hacerlo introduce la pregunta por la posibilidad de que la clase obrera se constituya en clase hegemónica, en sujeto capaz del ejercicio del poder.

Las contradicciones

La pregunta central de libro de Iñigo Carrera es cuál es la estrategia de la clase obrera que se hace observable en la huelga general del 7 y 8 de enero de 1936. Este interrogante está explícitamente inscripto en un interés intelectual (y político) mayor: el de profundizar la explicación de la adhesión de la clase obrera argentina al peronismo, rastreando en los enfrentamientos sociales que ésta libró durante la década del 30 y 40 (particularmente la huelgas generales desde 1930 hasta 1946), los antecedentes de esa adhesión. Esta búsqueda retrospectiva sobrevuela el conjunto del libro y es, quizás, parte de la explicación de sus contradicciones.

Lo primero que surge es la curiosidad acerca de cómo se dispone el autor a rastrear *la* estrategia de la clase obrera. Esta pregunta (teórico-metodológica) es central en la medida en que su respuesta es, en sí misma, una definición acerca de a qué se refiere Iñigo Carrera con ese concepto. A diferencia de lo que implicaría reconstruir las diversas

estrategias puestas en juego en la clase obrera durante un período de tiempo determinado (que llevaría a analizar al menos cuatro variables: los programas expuestos en materiales y discursos de las diversas corrientes, grupos, partidos; la relación de dichos programas con las características de la “formación económico-social”; el peso real de dichas corrientes en la clase obrera –para sopesar sus chances de influir efectivamente en los enfrentamientos y moldear los resultados–; y, sobretudo, la contraposición de estos programas con la práctica concreta puesta de manifiesto no en enfrentamientos aislados sino en el ordenamiento de enfrentamientos de modo tal que ésta vuelva observable sus objetivos), la propuesta de observar *la estrategia de la clase obrera* obliga a preguntarse cómo ésta se vuelve distinguible, reconocible, diferenciable de *las diversas estrategias en la clase obrera*. La respuesta del libro al respecto es clara: *la estrategia de la clase obrera en 1936 es la que triunfó*. Y ese triunfo se habría materializado según el autor en el acto del 1° de mayo de 1936 organizado por la CGT.⁶ Acto que, por sus convocantes y por su programa, vuelve visible que *la estrategia de la clase obrera en dicho período es la de su incorporación al régimen institucional*.

He aquí lo que consideramos el problema central del que se derivan una serie de otros problemas: *la equiparación de estrategia con resultado*. Esta identificación que transforma el resultado de un enfrentamiento, de un encuentro (en este caso la huelga general del 36), en una meta, *abre la puerta a una visión teleológica de la historia* que introduce una serie de contradicciones en el texto que, siendo de origen teórico, terminan refractando en el propio análisis historiográfico del proceso.

La **primera** contradicción es que la amalgama de resultado con objetivo hace que la propia definición de estrategia ingrese en un terreno resbaladizo tensada por dos concepciones. Por un lado, una concepción que, basándose en la clásica cita de Engels, hace hincapié en la historia como un resultado “que nadie quería”.⁷ Por otro lado, una concepción

6. Como veremos más adelante, la consideración del acto del 1° de mayo de 1936 como *el resultado* de la huelga responde a una necesidad de la lógica de argumentación del autor (y de la tesis que el autor intenta sostener).

7. “(...) la historia se hace ella misma de tal modo que el resultado final proviene siempre de conflictos entre el gran número de voluntades individuales, cada una de las cuales está hecha a su vez por un cúmulo de condiciones particulares de existencia. Hay pues innumerables fuerzas que se entrecruzan, una serie infinita de paralelogramos de fuerza que dan origen a una resultante: el hecho histórico. A su vez, éste puede considerarse como producto de una fuerza que, tomada en su conjunto, trabaja inconsciente e involuntariamente. Pues el deseo de cada individuo es obstaculizado por el de otro, de lo que resulta algo que nadie quería.” (Engels, citado en pie de página 17, cita 5). Si bien no se trata aquí de debatir sobre concepciones del materialismo histórico, hay que decir que la elección de esta cita por parte de Iñigo Carrera no sólo es un recorte limitado de las posiciones de los “clásicos” respecto de la historia (al que

que define el resultado como producto de un determinado “uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra”⁸ y obliga a preguntarse por el sujeto de dicho uso. Acerca de esta tensión, Iñigo Carrera afirma:

Podría objetarse que al plantear de esta manera la existencia de estrategias que ordenan los enfrentamientos, se está haciendo referencia, implícitamente, a que en todo momento existe algún tipo de conducción de la lucha, lo que, en apariencia, contradeciría la afirmación anterior acerca de que el desarrollo de la lucha no es producto de ninguna voluntad individual. Pero no hay tal contradicción: siempre hay alguna conducción de la lucha, conducción que no es individual. Encontrar el ordenamiento en los enfrentamientos sociales solo nos estará señalando la meta y el camino para alcanzar esa meta que se ha dado una clase social en determinado momento histórico. (p.18)

Y más adelante agrega, “El movimiento ‘espontáneo’ es la estrategia que se da ‘naturalmente’ la clase obrera y un momento necesario de su proceso de formación” (p. 21). Así las cosas, la tarea historiográfica que se propone el autor consiste en reconstruir, a partir de un determinado resultado y retrospectivamente, ese movimiento *necesario*. La pregunta por la estrategia parece ser entonces una forma (historiográfica) de reconstruir una “necesidad histórica” que se ha puesto de manifiesto (se ha desplegado) en el encadenamiento del accionar de la clase obrera en un determinado momento histórico. Este armado conceptual obliga a una serie de interrogantes. ¿Es equiparable esta definición de estrategia a la expresión (bajo la forma de una *meta*) de lo que Engels denomina como la “fuerza que, tomada en su conjunto, trabaja inconsciente e involuntariamente”? ¿Puede hablarse entonces de una “estrategia inconsciente o involuntaria” de la clase obrera como expresión de la necesidad histórica? La respuesta a esta pregunta es afirmativa: “... esos enfrentamientos se ordenan siguiendo una estrategia, no importa el grado de desarrollo de la conciencia que se tenga de ella” (p.24). He aquí una idea de estrategia que resulta difícil de sostener o, en el mejor

podría contraponerse la también clásica frase de Marx en *La sagrada familia* acerca de que “la historia no hace nada”), sino que es un recorte ampliamente discutido en la bibliografía marxista, como puede observarse, entre otros, en el muy productivo texto de Perry Anderson sobre el “debate” entre E.P. Thompson y Althusser. Véase *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2012.

8. “Si recordamos que el desarrollo de esa lucha ha sido considerado el ‘desarrollo de la guerra civil’, siguiendo la teoría clásica podemos considerar que la estrategia es el uso de los encuentros para alcanzar el objetivo de la guerra” (página 18, nota 7).

de los casos, abre dudas sobre su productividad teórica en la medida en la que aparece como un intento de incorporar un elemento subjetivo a una concepción objetivista de la historia. La estrategia, que aparecería como una especie de “enlace” entre las necesidades estructurales del capital y las acciones de la clase obrera, no opera como categoría analítica que permita explicar la relación entre la determinación y la acción en un momento histórico concreto, sino como entrada metodológica del historiador que permite ordenar retrospectivamente una secuencia de acciones que están determinadas en términos absolutos por la estructura económica. La estrategia se vuelve así una ilusión teleológica del historiador.

Reforzando esta perspectiva, el autor termina de armar el cuadro en las conclusiones:

Si en ese momento histórico el objetivo de la clase obrera argentina era entrar al sistema, necesitaba formar o participar de la formación de una fuerza democrática. Y este es el objetivo, no explícito, quizás no conciente para todos los que participaban de la huelga, pero que surge del análisis del hecho. (p. 325)

En síntesis, el razonamiento del autor respecto de su pregunta de investigación parece ser: dado que con el peronismo la clase obrera consolidó un proceso de ciudadanización (resultado fáctico), y dado que para llevar adelante cualquier proceso de ciudadanización es necesario participar de la formación de una “fuerza democrática” (presupuesto teórico-político del autor), por ende, *la* estrategia de la clase obrera en el 36 fue la formación de una fuerza democrática aunque ella misma no supiera que esa era su meta. Bajo este razonamiento la noción de estrategia (que constituye el corazón de la investigación) se desdibuja, y en su lugar va ganando potencia la idea de *necesariedad histórica* que aparece como evidente leída con el diario del 45 (lo que le otorga, además, al peronismo un carácter de necesaria fatalidad: el peronismo como la estrategia inconsciente de la clase obrera argentina).

A partir de aquí se despliega una **segunda contradicción** en el texto, la que se da entre esta noción de estrategia y la importancia teórica que el autor otorga a la lucha (y dentro de ella, particularmente a las huelgas generales) como proceso de constitución de las clases y de su conciencia. Esta contradicción se hace visible en el texto en la *disociación entre la descripción de la huelga y la interpretación de su resultado*. Veamos. El proceso concreto, el *hecho*, según la define el propio autor, es una huelga-demonstración con elementos de huelga-insurrección, movilización de masas, acciones callejeras, choque armado con la policía y muertos de ambos bandos, en el que predomina una estrategia de superación del

sistema.⁹ Más aún, según Iñigo Carrera es la estrategia de superación del sistema la que va ganando a otros sectores urbanos que se suman a la huelga o bien activamente, o bien con una solidaridad pasiva que se percibe en el clima general de apoyo a los manifestantes. Esta caracterización puede encontrarse en su detalle en el excelente capítulo 9 que describe la preparación y desarrollo de la huelga general el día 7, pero también en los capítulos 12, 13 y 14 en los que se exponen las opiniones de las distintas fracciones organizadas que participan de la huelga, como así también de las dos CGT, el PS y varios diarios comerciales. La reconstrucción que hace el autor basada en un serio trabajo de fuentes permite tener una visión equilibrada de la envergadura de la propia huelga general metropolitana por el impacto que ésta produce tanto entre sus impulsores como entre sus detractores. El componente común de todas estas opiniones es la sorpresa por la masividad de la huelga, la incorporación de sectores no directamente afectados por la convocatoria (realizada por los obreros de la construcción en paro desde hacía dos meses y por el Comité de Defensa y Solidaridad con la huelga de la construcción que aglutinaba 68 sindicatos más), y la violencia de las acciones callejeras y los enfrentamientos con las fuerzas represivas que hicieron retroceder a la policía, haciendo que los huelguistas y la población adherente se adueñaran temporariamente de un sector de la ciudad. Es esta configuración la que permite hablar de “elementos de insurrección”. Las declaraciones de las dos CGT (Catamarca e Independencia) elogiando la valentía de una huelga que no secundaron y advirtiendo claramente a la patronal de la construcción que era mejor “ceder algo para no perder todo”, es una muestra contundente del peligro de desborde institucional que la propia huelga presentó (ese peligro hizo que el poder ejecutivo de la nación preparara al Ejército para intervenir aunque no llegó a hacerlo). Sin embargo, luego de estas descripciones, a la hora de exponer su caracterización del *resultado* del proceso, el autor afirma que éste expresa una clara estrategia de incorporación en el sistema institucional que se plasma en la convocatoria del 1° de mayo de 1936.

Esta tensión entre *proceso* y *resultado* es quizás uno de los desafíos más importantes que propone la propia huelga del 36 al investigador en la medida en que obliga a desentenderse de toda linealidad y auscultar las contradicciones del objeto de su investigación. ¿Cómo explica Iñigo Carrera que habiendo cobrado fuerza *durante el transcurso de la huelga la otra estrategia*,¹⁰ el resultado del proceso sea un claro triunfo de la

9. Véase p. 329.

10. “Otra estrategia plantea la utilización de las instituciones vigentes y las luchas reivindicatorias como camino para ganar fuerza, teniendo como meta la superación

estrategia? En el camino que toma el autor para resolver este problema vuelve a aparecer una fuerte idea de necesidad histórica: la explicación de por qué se impuso la estrategia de incorporación al sistema no surge del análisis del propio conflicto y su *puesta en relación* con la dinámica de las relaciones de fuerzas configuradas previamente, sino de una correspondencia entre la estrategia de incorporación al sistema institucional y la “tendencia dominante en el momento histórico: momento ascendente de la lucha de la clase obrera, como vimos en el capítulo 3, pero que difícilmente pueda ser considerado como de revolución proletaria” (331). Es decir, luego de una detallada descripción del enfrentamiento que asume rasgos insurreccionales en la metrópoli, lo que define su resultado es que este enfrentamiento se desarrolla en un “momento de expansión del capitalismo en extensión más que en profundidad” (p. 332) y que a un momento de esas características se corresponde una estrategia de incorporación al sistema. El objeto de análisis (la lucha) queda desdibujado como parte de la determinación de su propio resultado y éste aparece dictado de antemano por el “momento histórico” del capitalismo en Argentina.

De esta afirmación llaman la atención varias cuestiones:

a) La generalidad de la noción de “momento histórico” y la ausencia de una argumentación acerca de por qué ese “momento” negaría la posibilidad de una estrategia de superación del sistema (o, dicho al revés, por qué se correspondería *necesariamente* con una estrategia de integración al sistema). Si bien una teoría de correspondencia entre momentos (¿estadios?) de desarrollo del capitalismo y estrategias de la clase obrera (teoría ampliamente debatida dentro del marxismo como “etapismo”) trasunta el conjunto del texto, ésta no está desarrollada explícitamente ni en el capítulo de exposición del problema (capítulo teórico), ni en los capítulos 3 y 4 de descripción del contexto histórico. Es recién en las conclusiones que esta concepción etapista aparece con más claridad, aunque sin problematización ni desarrollo pese a ser un debate de primer orden entre los marxistas:

Estas dos estrategias (incorporarse al sistema o transformarlo radicalmente, NdeA) están siempre presentes a lo largo de la historia de la clase obrera. Pero **en cada momento histórico** se presentan con pesos relativos y de posibilidad de realización de cada una de ellas, distintos. Históricamente se ha comprobado que **el desarrollo de la primera es condición**

del sistema social vigente y como métodos tanto la solidaridad y la lucha en las calles como la negociación” (p. 320).

de existencia y posibilidad de realización de la segunda.(Destacado mio)¹¹

b) El carácter lineal de la deducción entre esta estrategia (concebida como necesidad histórica) y el tipo de alianza social que debe llevar adelante la clase obrera para realizarla. La explicación de la convocatoria y los oradores del acto del 1 de mayo de 1936, que es indicado por el autor como *resultado de la huelga*, no se deduce argumentalmente del análisis del proceso huelguístico, sino que se deriva (teóricamente) de la concepción etapista a la que Iñigo Carrera suma un nuevo presupuesto tan controvertido como no desarrollado: el de la equiparación entre frente único (como necesidad de la clase obrera de formar una alianza de clase) y frente popular (como forma histórico concreta de alianza del proletariado con sectores de la burguesía).¹²

c) La indeterminación acerca de si el “momento histórico” se define a nivel nacional o internacional, o cómo es la relación entre esos dos ámbitos (cuestión no menor en una obra marxista). La afirmación de Iñigo Carrera acerca de que ese “momento histórico” difícilmente pueda ser considerado como de revolución proletaria, indica más bien una visión “nacional” debido a que la década del 30 a nivel internacional fue de grandes ascensos revolucionarios y dramáticas derrotas (de lo que la muestra más contundente es la revolución española y el ascenso del nazismo), y por ende, un “momento” en el que primó la dinámica de revolución y contrarrevolución que dio paso a la Segunda Guerra Mundial.

d) La conclusión obligada de la imposibilidad del triunfo de *la otra*

11. Página 323, nota 3. La oración destacada resulta al menos polémica teniendo en cuenta que la primera revolución obrera triunfante rompió fácticamente con esta idea de las etapas necesarias (en la medida en que se “salteó” la “etapa” de incorporación al sistema de la clase obrera), y que el marxismo (como teoría y como movimiento político) ha debatido largamente esa ruptura en términos teóricos, dando una de las páginas más sofisticadas de teoría revolucionaria del siglo XX, la teoría de la revolución permanente en la que León Trotsky desarrolla, a partir de la experiencia histórica, una conceptualización de la relación entre las contradicciones objetivas del desarrollo del capitalismo y el espacio para la intervención del “factor subjetivo” que estas contradicciones generan. La estrategia revolucionaria se define, justamente, a partir de calibrar esa relación. Afirmar que la historia ha comprobado la necesidad de la etapa de “ciudadanización” como condición de posibilidad de la etapa de transformación radical del sistema requeriría, al menos, una argumentación de dicho punto de vista.

12. Esta concepción desconoce los debates que se desarrollaron entre el III y el IV Congreso de la Internacional Comunista (1921 y 1922, respectivamente), que dieron lugar a la definición de Frente Único proletario, y amalgama el concepto con la orientación de Frente Popular dictada bajo la Internacional ya estalinizada (VII Congreso, 1935) y que implicaba alianzas con los partidos de la “burguesía democrática”.

estrategia que se deriva de esta conceptualización. El “momento histórico”, que es en definitiva lo que explica *la* estrategia de la clase obrera independientemente de la lucha de clases que sólo la vuelve visible (perdiendo todo su carácter generador de las relaciones de fuerza), explica también la derrota de la *otra* estrategia. La *otra* estrategia *no podía triunfar* por más que haya sido seguida por sectores de masas de la clase obrera y otras fracciones del pueblo en la huelga general. En últimas, es esta certeza teórica de la imposibilidad del triunfo de la *otra* estrategia la que explica *la disociación* que el lector encuentra entre la descripción del *hecho* y el análisis del *resultado*, y explica también porqué, en un libro dedicado a reconstruir una huelga, ésta termina teniendo una incidencia casi¹³ nula en la reconstrucción de *la* estrategia, negando en la investigación concreta el peso que se le dio a la lucha de clases en la presentación teórica.

Hipótesis sobre “el problema”

Las contradicciones señaladas más arriba pueden explicarse, al menos en parte, como consecuencia de aplicar el concepto de estrategia a la *clase obrera en su conjunto*. Esta aplicación termina forzando la homogeneización de una clase que el propio autor reconoce como heterogénea, pero que su elección teórica unifica en una suerte de “voluntad involuntaria” impuesta por el momento histórico.

Para aplicar la noción de estrategia al conjunto de la clase obrera, Iñigo Carrera diferencia

dos procesos **distintos**, aunque relacionados entre sí: 1) el que hace a los enfrentamientos que va librando una clase social y cuya meta puede conocerse observando esos enfrentamientos; 2) las distintas alternativas políticas que proponen a esa clase los distintos cuadros políticos que actúan en la sociedad, y que expresan intereses de distintas clases o fracciones sociales. (p. 23, destacado mío)

Esta distinción es completamente atendible y es una buena alerta frente a la confusión entre hacer una historia de la clase obrera y hacer una historia de las corrientes políticas que intervienen en la clase obrera. Sin embargo, lo que comienza siendo una buena alerta metodológica se transforma en *un mal presupuesto teórico que postula dos procesos dis-*

13. La incidencia que el autor otorga a su propio objeto de estudio en la reconstrucción de *la* estrategia de la clase obrera es la de haber servido para potenciar el objetivo de incorporación al sistema. La *otra estrategia* expresada en la huelga termina siendo, astucia de la historia mediante, un instrumento de *la* única estrategia posible (p. 333).

tintos allí donde existe un único proceso, confundiendo objeto de estudio con proceso histórico real. Con el argumento de evitar la sustitución de la “historia de la clase obrera” por la “historia de los partidos o sectas”, Iñigo Carrera abre la puerta a la negación de la incidencia de los partidos (y sus estrategias) en la *historia como proceso*. En la definición de estrategia que establece el autor se gesta una *escisión* entre *la* clase obrera y *las corrientes* que intervienen en ella, haciendo que el vínculo entre ambas se pierda (más allá de su enunciación) y estableciendo, de facto, una suerte de *externalidad en la relación entre los partidos políticos y los objetivos que la clase obrera se propone*. Las corrientes políticas operan como una suerte de actores de una tragedia cuyo guión ha sido escrito previamente.¹⁴ Esto explica la ausencia de un análisis de la incidencia que las corrientes políticas que intervienen en el proceso de la huelga del 36 tienen en la configuración del resultado. Es sintomático que la recopilación de las posiciones de las corrientes políticas durante y después del enfrentamiento no esté puesta en función de intentar comprender sus consecuencias para el propio desenlace del proceso,¹⁵ sino más bien en función de un objetivo clasificatorio.

Esto se observa, por ejemplo, en el hecho de que no haya ningún análisis de la relación entre la política de frente popular que el PC (que dirigía la FOOSC y el Comité de Huelga de la Construcción) estaba implementando en Argentina por mandato de la IC (y que implicaba un acercamiento al PS y el objetivo prioritario de legalización del partido para participar en un frente electoral) y el levantamiento de la huelga en un clima que, según el propio autor, demostraba gran disposición

14. El reconocimiento de la incidencia de los partidos y corrientes políticas en la lucha de clases y sus resultados implica asumir que “la dirección de ningún modo es un simple ‘reflejo’ de una clase, o el producto de su propia creación libre. La dirección se forja en el proceso de los choques de las distintas clases y de las fricciones entre las diferentes capas dentro de una misma clase dada” (Trotsky, 1940, *Clase, partido y dirección*). Esta posición teórica (y política), lejos de cualquier subjetivismo histórico, abraza un tipo de determinismo que se deshace de los supuestos mecanicistas (de una clase homogénea con la dirección que “se merece”) para meterse en el análisis situado de los enfrentamientos entre las fracciones de clases cuya heterogeneidad social explica la existencia de vanguardias, retaguardias y sectores que oscilan y que conforman distintas estrategias puestas en juego (con virulencia) en los momentos de crisis.

15. Es importante señalar aquí que el propio autor afirma que “la relación entre la estructura económica de la sociedad y la posibilidad de realización de las alternativas políticas planteadas desde y hacia la clase obrera en los años 30 es objeto de otra investigación, en curso” (p. 322). Esta auspiciosa noticia no salva sino refuerza el problema que estamos señalando: la separación teórica (y luego empírica en el propio trabajo) entre *la* estrategia y *las* estrategias de la clase obrera. Separación que hace que sean objeto de estudio de dos libros distintos.

para el combate. Si bien en el libro hay una descripción de la política de la IC y de lo que ésta significaba para el PCA, lo llamativo es que esa descripción no asume ningún carácter de factor explicativo del desenlace de la huelga. En sentido contrario a esta búsqueda de la incidencia de la política concreta de las corrientes en el resultado del encuentro, Iñigo Carrera tiende a desarrollar el razonamiento opuesto: si *la* estrategia de la clase obrera era la inserción en el régimen institucional (presupuesto deducido del “momento histórico”), esto explica que el PC haya privilegiado una política legalista. Razonamiento que no sólo resulta circular en términos teóricos, sino que resulta muy difícil de sostener en términos históricos dado que la política legalista del PCA tenía poco que ver con las necesidades particulares del capitalismo en extensión de la Argentina, y mucho que ver con la calamitosa derrota de la orientación estalinista del “tercer período” y el giro hacia la política de frente popular en la IC. Es decir, el legalismo del PC era una política independiente de las características específicas del capitalismo en Argentina, lo que refuta cualquier idea de que éste constituye una “expresión” de un “legalismo intrínseco” de la clase obrera argentina de la década del 30. Algo similar sucede ante otro hecho que resulta de gran significación durante el conflicto: la persistencia de la CGT Independencia (dirigida por los socialistas y un sector del sindicalismo) en el rechazo a convocar a la huelga general, incluso ante el segundo pedido de los organizadores, pedido realizado cuando la huelga ya se mostraba de masas y con altos grados de represión policial y enfrentamiento en las calles. Resulta difícil pensar que esta negativa no haya contribuido al evaporamiento del “sentimiento hostil” que envolvió a la ciudad en esas jornadas.

Que estos hechos, por mencionar los más llamativos, no estén puestos en relación con el resultado del enfrentamiento exhibe tres problemas en el abordaje de Iñigo Carrera: en términos teóricos muestra el papel prescindente que el autor otorga a las corrientes políticas en la lucha de clases; en términos políticos las exime de sus responsabilidades, y en términos historiográficos debilita la respuesta a la pregunta de por qué se impuso *la* estrategia. En síntesis, estrecha una dimensión central de la reconstrucción histórica: la posibilidad de sacar lecciones políticas. La huelga general del 36, que es presentada por el autor como la más grande huelga de la década, es sustraída al lector como terreno de enseñanzas para el futuro, haciendo que un gran trabajo de investigación histórica se prive de una de sus grandes potencialidades.

Mayo de 2014

Libertad y necesidad

Nicolás Iñigo Carrera

Como señala Paula Varela, sus observaciones críticas fueron vertidas originalmente en un taller organizado por Agustín Santella y Lucas Poy. Esas observaciones, puestas en comparación con los comentarios formales habitualmente recibidos desde el mundo académico o con los del aventurerismo parasitario y provocador, mostraban cierta originalidad: partían de considerar a la clase obrera como “sujeto contendiente”, es decir, centraban la mirada en la lucha, y por eso mi estímulo a que las pusiera por escrito. Sólo una de aquellas observaciones, que me pareció acertada, no aparece en la crítica escrita: la relativa ausencia de referencia en el libro a la cuestión nacional y el movimiento obrero en la década de 1930.¹⁶

Puestas aquellas observaciones por escrito saltan a la vista las diferencias entre Varela y el que escribe cuando se trata de precisar qué lucha: ¿es la lucha entre las clases, librada mediante fuerzas sociales que toman la forma de alianzas de clases, determinada por el momento histórico que transita una sociedad específica, tanto en las relaciones que hacen a la producción de la vida material como en sus formas políticas e ideológicas? ¿O basta con observar la lucha entre partidos y corrientes político-ideológicas que sintetizan en sí, o al menos así se da por supuesto, la confrontación entre las clases? Conocer y explicar la estrategia de la clase obrera en un momento determinado de su historia ¿requiere conocer el grado de desarrollo de las fuerzas y relaciones productivas de la sociedad de la que forma parte, la ubicación de esa sociedad nacional en las cadenas de poder internacionales, el proceso de formación ideológica de esa clase obrera específica (la historia de sus luchas) y las alternativas políticas que se plantean desde y hacia ella? ¿O basta con remitirse a la confrontación político-ideológica dentro de la izquierda, ignorando o dando por supuestos todos los otros campos de relaciones? ¿Escribir la historia de la clase obrera es escribir la historia de un partido político o es escribir la historia de la sociedad, observada en sus confrontaciones? ¿Puede reducirse la explicación de la estrategia triunfante en la clase obrera en 1936 simplemente a la política de frente popular del Partido Comunista y la Internacional Comunista? ¿Explica esta política por qué la inmensa mayoría de la clase obrera argentina tuvo

16. Abordé ese tema en el artículo “Emancipación social y emancipación nacional en el movimiento obrero argentino”, en Beatriz Rajland y María Celia Cotarelo, *La revolución en el bicentenario. Reflexiones sobre la emancipación, clases y grupos subalternos*, Buenos Aires, CLACSO-FISYP, 2009.

como meta incorporarse al sistema institucional vigente, reformándolo profundamente pero no superándolo de raíz, poniendo en cuestión su naturaleza capitalista? Esa es la discusión de fondo. Porque, en definitiva, lo que Varela propone para conocer la estrategia de la clase obrera es comenzar por reconstruir las distintas alternativas,¹⁷ es decir centrar la mirada en los partidos, considerados como algo externo a la clase, reduciendo la estrategia a alguna de esas alternativas. El análisis de las confrontaciones sociales y su ordenamiento terminan siendo, para ella, irrelevantes; el eje del análisis debe pasar por la acción de los partidos.

Veamos ahora las observaciones que apuntan a cuestiones específicas que deben ser analizadas, para después explicitar la posición metodológica adoptada en *La estrategia...*

Varela entiende que en el libro criticado se está equiparando *estrategia* a *resultado*. No es así. La relación entre resultado y estrategia está dada porque el ordenamiento de los enfrentamientos, y cómo se libran, está subordinado a la meta que se propone la fuerza social, y esto no significa equiparación. Por eso, salvo que se confunda estrategia, meta, fuerza social y fuerza “que trabaja inconscientemente”, no hay contradicción entre afirmar que la estrategia es el ordenamiento de los enfrentamientos por una fuerza social para lograr un objetivo y afirmar que siempre existe una conducción de la fuerza; lo que no quiere decir que llegue a ese objetivo tal como se lo planteó originariamente, porque existe otra(s) fuerza(s) social(es) que la enfrenta, con su propia estrategia, y el resultado puede ser el buscado por uno u otro o el de ninguno de los dos. La referencia a una fuerza que “trabaja inconscientemente” remite al resultado del proceso histórico, no a alguna de las fuerzas sociales en pugna. Que la fuerza resultante trabaje inconscientemente no significa que los contendientes no tengan conciencia sino que el resultado no es lo que quería ninguno de ellos: las fuerzas sociales tienen una conducción y una meta, pero el resultado de la lucha entre ellas no es exactamente el buscado por ninguna de las fuerzas, aunque se aproxime más al interés de una de ellas; analizar ese resultado permite conocer quién logró conducir el proceso histórico. En ningún momento se plantea que el resultado esté predeterminado, aunque, y esto es importante, tampoco son tantas las resoluciones probables.¹⁸

17. En primer lugar, los “programas expuestos”, su relación con la formación económico social, su peso dentro de la clase obrera (que no se sabe cómo se mide) y finalmente la “práctica concreta” “en el ordenamiento de los enfrentamientos” en un período. Es decir, los programas primero y la lucha al final.

18. Por ejemplo, descubrir todos los elementos que contribuyeron a la formación del peronismo requiere conocer la estrategia (las estrategias) que se dio la burguesía tanto frente a la clase obrera, incluyendo las confrontaciones entre las distintas alternativas planteadas por la burguesía, como con respecto a la situación internacional y

La primera contradicción que cree encontrar Varela surge de vincular dos citas que refieren a cuestiones distintas, saltándose el par de páginas que las separan, y en las que se señala que no hay actividad humana sin conciencia, por lo que no existe un movimiento puramente espontáneo. El movimiento considerado espontáneo no es más que la estrategia que se da “naturalmente”, es decir con la forma de conciencia predominante en la sociedad burguesa, la mayoría de la clase obrera.¹⁹ Pero Varela interpreta este rechazo explícito a la existencia de un movimiento espontáneo, sin conciencia ni dirección (o sea puramente mecánico), como la negación del papel de la voluntad en el proceso histórico y atribuye al libro un determinismo que no es tal. El libro de ninguna manera habla de una “estrategia inconsciente e involuntaria de la clase obrera”; en primer lugar porque, como allí se dice, no existe lo inconsciente ni lo involuntario: siempre existen grados de la conciencia, con mayor o menor aproximación al conocimiento de la realidad, y lo mismo ocurre con la voluntad, es decir sobre cómo resolver la situación percibida. Lo que sí se afirma es que el investigador puede hacer observable esa estrategia centrandó el análisis en los enfrentamientos sociales librados, más allá de las afirmaciones que hagan quienes componen la fuerza.²⁰ Lo que no puede confundirse, como afirma Varela, con las necesidades del capital.

Sin embargo, a pesar de su lectura equivocada, este punto del comentario de Varela tiene la gran virtud de traer a colación una cuestión fundamental: la “tensión” que advierte entre considerar al proceso histórico como resultante de las relaciones de fuerzas objetiva (estructura económica de la sociedad), política y potencialmente militar, y, a la vez, considerar que existen estrategias y conducción de la lucha no es más que la manifestación en esta investigación específica de la tensión entre necesidad y voluntad, tantas veces señalada por Marx. Es verdad que en los últimos tiempos diversas corrientes historiográficas confluyen en restar toda importancia al movimiento orgánico de la estructura económica de la sociedad. Sea porque critican la historiografía de los años 60 de los grandes relatos y prefieren recortar el proceso histórico

nacional. No era ese el objetivo de este libro, centrado en conocer la estrategia de la clase obrera, y por eso no está abordado el tema en un libro, que, por cierto, no se propuso explicar el surgimiento del peronismo.

19. Esta es una síntesis demasiado apretada, porque también hay que considerar la posibilidad de que opere el “instinto de clase” apuntado por Lenin.

20. Los obreros y campesinos rusos, conducidos por los bolcheviques bajo las banderas de “pan, paz y tierra”, ¿eran plenamente conscientes de que su meta implicaba cambiar de raíz todo el sistema vigente, comenzando por las relaciones de propiedad?; la plebe que clamaba por pan y que protagonizó el inicio de la Revolución Francesa, ¿era consciente de que su lucha implicaba como meta objetiva la instauración de la república burguesa?

en compartimentos estancos (historia económica, política, cultural, etc.), sea porque apelando a la “autonomía relativa del estado” y de la política (enunciada por Engels pero con un sentido diferente) terminan absolutizando esa autonomía y considerando que puede analizarse la lucha política sin referencia a la reproducción de la vida material, sea porque consideran que el capitalismo agotó su posibilidad de desarrollar sus fuerzas productivas hace cien años, todos terminan dejando de lado el análisis del movimiento orgánico. Y así como limitar la explicación de un proceso histórico al movimiento de la estructura económica impide conocer el proceso real, eliminar este aspecto del análisis conduce al mismo resultado. Que el capitalismo como sistema económico global esté recorriendo desde fines del siglo XIX su fase de descomposición, no excluye que, a la vez, encuentre espacios para expandirse, tanto en extensión como en profundidad. ¿Cómo entender si no el llamado “proceso de industrialización por sustitución de importaciones” desarrollado en los años de que se ocupa el libro?

Es justamente ese proceso de expansión capitalista predominantemente en extensión, es decir, expandiendo las relaciones capitalistas sobre espacios donde antes no predominaban, con el consiguiente movimiento de atracción e incorporación de población a las relaciones salariales, lo que constituye la condición para el desarrollo de una política de incorporación al sistema institucional de fracciones obreras. Obviamente ese movimiento de la estructura económica no explica por sí sólo el proceso de ciudadanización, de ninguna manera novedoso pero potenciado a partir de la mitad de la década de 1940, y que hasta ese momento era conducido por las organizaciones de izquierda. Es necesario tomar en consideración el proceso de luchas políticas, las contradicciones en el seno de burguesía, incluso la disposición de fuerzas en el mundo, y, fundamentalmente, la lucha de los trabajadores por incorporarse al sistema institucional. Pero no puede dejarse de lado el momento que recorre el desarrollo capitalista en Argentina.

Esto nos lleva a la cuestión de la “visión teleológica de la historia” que Varela atribuye al libro; y la segunda contradicción que cree advertir. No fue necesario leer el diario de 1945 para encontrar en la huelga y acto del 1° de mayo de 1936, e incluso en la misma huelga del 7 y 8 de enero, la presencia predominante de una estrategia que tenía como meta incorporarse al sistema institucional. Si bien en el momento de la lucha callejera la clase obrera confrontó con ese sistema, se colocó por fuera de él, y en ese sentido siguió “la otra estrategia”, la disciplinada y unánime finalización de la huelga, siguiendo las directivas del Comité encabezado por Mateo Fossa, donde predominaban quienes apuntaban a incorporarse al sistema, muestra que esta última era la estrategia predominante (y en ese sentido *la* estrategia de la clase obrera). A

diferencia de lo ocurrido en la Semana de Enero de 1919, cuando el levantamiento de la huelga por la FORA IX fue ignorado por una buena parte de la clase obrera, que asumió la continuidad de la lucha callejera impulsada por la FORA V, en enero de 1936 la protesta de la FACA y del CRRRA por la finalización de la huelga general no consiguió convocar a los trabajadores. La “segunda contradicción” estuvo en la realidad misma, en la confrontación en la huelga del 7 y 8 de enero entre dos estrategias donde la que tenía como meta penetrar el sistema resultó la seguida por los trabajadores.

Todo esto está contenido en la huelga general de enero de 1936: si se observa la drasticidad y extensión de la lucha callejera, tanto en este hecho como en otros de la década, difícilmente pueda afirmarse que se trató de un período en que predominaban la conciliación de clases y la ausencia de luchas. Pero el que en determinados hechos se hiciera presente una estrategia de confrontación con el sistema institucional no invalida que la mayoría de la clase obrera organizada sindical y políticamente se planteara como meta formar parte de ese sistema y no superarlo.

Varela confunde el análisis de un proceso histórico con explicar ese proceso por su culminación. Ni siquiera considerando que el objeto de la historia es “el hecho único e irrepetible” puede dejarse de lado el proceso histórico del que el hecho forma parte. Más aún, si el objetivo es descubrir cuál es la estrategia de una clase social, descubriendo el ordenamiento de los enfrentamientos que libra, para conocer cuál es su meta, es imposible dejar de considerar los diferentes enfrentamientos que lo constituyen. Y por eso, para comprender la estrategia presente en la huelga general de enero de 1936 no puede eludirse tomar en consideración el 17 de octubre de 1945. Pero no porque en este último hecho esté la explicación. Como ya dije, en la disciplinada finalización de la huelga y de la lucha callejera, acatada sin excepción por todos los trabajadores, está ya presente la dirección que toma la lucha y que se manifiesta abiertamente el 1° de mayo; aunque no hubiese existido el 17 de octubre de 1945, la estrategia de formar parte del sistema institucional hacia años que era predominante.²¹ No es que esa estrategia estuviera

21. Juan Carlos Torre ha realizado un ejercicio de “historia contrafáctica” a partir de imaginar el fracaso de la movilización del 17 de octubre de 1945 (Juan Carlos Torre, “¿Qué hubiese ocurrido si hubiese fracasado el 17 de octubre de 1945?”, en Santiago Senén González y Gabriel D. Lerman [comps.], *El 17 de octubre de 1945. Antes, durante y después*, Buenos Aires, Ediciones Lumen, 2005) y el resultado, en lo que hace al movimiento obrero, es bastante plausible: un movimiento obrero reformista, conducido por socialistas y comunistas, como en Chile y Uruguay (página 73). En otras palabras, la misma estrategia de insertarse en el sistema institucional, con un discurso de izquierda.

“predeterminada” sino que es la resultante de las luchas libradas por la clase obrera hasta ese momento, con las que construyó su conciencia de su situación asalariada y cuál era el camino para modificarla, en las condiciones del desarrollo en extensión del capitalismo argentino; esa estrategia es la que, en ese proceso histórico, efectivamente predominó sobre la que pretendía cambiar de raíz el régimen político y social, fue la que siguió la inmensa mayoría de la clase obrera organizada y por eso puede considerarse *la* estrategia de la clase obrera en ese momento histórico, sin por eso desconocer la existencia de *la otra estrategia* y las alternativas políticas planteadas, expuestas en los capítulos 13, 14 y 15.

Hacerse presente, e incluso ganar una batalla, no significa ganar la guerra. *La otra estrategia* emergió en la lucha callejera pero fue superada. Si no, se cae en una visión lineal: cada triunfo parcial es considerado indicador de la victoria final y cuando sobreviene la derrota no se la puede explicar o se acude a explicaciones ad hoc, como, por ejemplo, “la traición de los dirigentes” o “la línea política impuesta por la IC”, sin explicar por qué los trabajadores siguen a esos dirigentes o a esa línea política, ni la relación de ésta con el momento histórico.

Habiendo atribuido al libro el considerar que existe una necesidad en el desarrollo del proceso histórico y vincular esta necesidad con las necesidades estructurales del capital, los presupuestos teórico-políticos de Varela la llevan a concluir que el libro se enmarca “vagamente” en una concepción “etapista”.

Lo curioso es que el término “etapa” sólo aparece 4 veces en todo el libro y ninguna en el sentido que le atribuye Varela.²² No porque sea una concepción no asumida, sino porque no fue escrito con esa concepción. Salvo que se piense que el proceso histórico se desarrolla sin dirección alguna y que cualquier desenlace es posible en todo momento (por ejemplo, que mañana nos encontremos viviendo en una sociedad feudal o que, de pronto, amanezcamos en una sociedad socialista), debemos aceptar que ese proceso pasa por diferentes momentos históricos, término que nada tiene de vago. ¿Qué entender por “momento histórico”? Una situación, una relación de fuerzas históricamente determinada, cuyo análisis requiere de observar los distintos campos de relaciones de fuerzas, tal como están expuestas en el libro: las relaciones de fuerza políticas, es decir, de dónde viene la clase obrera, cuál es su experiencia de lucha, su conciencia de su situación y cómo resolverla, construida en 50 años de luchas (capítulos 2, 3 y 6); la relación de fuerzas objetiva existente, o sea el análisis de la estructura económica de la sociedad

22. Una vez para referirse a los pasos de la investigación (p. 13); otras dos veces en citas de otros autores (pp. 39-40 y 64) y la tercera, en su sentido literario, para caracterizar la política de la FORA (p. 320).

(capítulos 4 y 5), y las relaciones potencialmente militares, el momento de la confrontación (capítulos 7 a 15).

Tampoco es atribuible a una concepción “etapista” señalar que la lucha económica precede a la lucha política. Aunque no siempre los obreros lograron ciudadanizarse, en todos los procesos históricos se verificó la tendencia señalada por Marx a que la lucha de los obreros por reivindicaciones inmediatas precediera a la forma política de esa misma lucha y a la lucha por la superación del capitalismo.²³ La constatación de este rasgo no significa que existan etapas preestablecidas que deban sucederse en un orden determinado, ni que sea imposible un proceso revolucionario antes de que se desarrolle un proceso de institucionalización de fracciones obreras.

¿Dónde observar esas relaciones de fuerza en esta investigación específica? La determinación del momento histórico en este libro se circunscribe al ámbito nacional: hablar de ascensos revolucionarios en España o en la China, cuando se pretende conocer la estrategia de la clase obrera en Argentina, es otra manera de eludir un trabajo de investigación sistemático, dirigido a conocer un proceso histórico específico, incluso en su relación con el proceso mundial; el crecimiento de las fuerzas contrarrevolucionarias en el mundo es también un hecho que contribuye a potenciar la alianza con fracciones burguesas y la estrategia de insertarse en el sistema vigente.

Y si observamos la realidad argentina, Varela parece creer que en enero de 1936 la revolución socialista era posible en Argentina. Pero no da ningún elemento de prueba que sustente su hipótesis.²⁴ La derrota de esa otra estrategia ¿no debería analizarse en el marco de la instauración de una nueva situación en Argentina, que abarca desde un proceso de profunda transformación capitalista y el fin de la crisis económica abierta en 1928 hasta la resolución, al menos parcial, de la crisis de los cuadros políticos de la burguesía, y al menos de una fracción de la clase obrera, abierta en 1930?²⁵ ¿Puede limitarse la explicación de esa constatación al cambio de política de la Internacional Comunista? En mi opinión esa explicación sólo es posible a partir de una mirada autocentrada en la izquierda, que deja de lado el conjunto

23. Karl Marx, *Miseria de la filosofía*, capítulo “Las coaliciones obreras”.

24. La investigación sobre *la otra estrategia* y cómo pasó de tener alguna relevancia entre 1930 y 1935, en condiciones de potencial guerra civil, a diluirse en la segunda mitad de la década, aborda en profundidad esta cuestión.

25. La fundamentación de por qué considerar a 1935 como un hito en el proceso histórico está esbozada en el libro comentado (p. 56) y algo más desarrollada en Iñigo Carrera, Nicolás; “La clase obrera, la política y las armas en Argentina. 1930-1935”; en Cuadernos de Marte. Revista Latinoamericana de Sociología de la Guerra (FCS-UBA); Año 4, N° VI; enero-junio 2014; pp. 41 – 69.

de las relaciones de fuerza operantes y, sobre todo, que sólo toma en cuenta a una pequeña porción de los obreros y desconoce a la mayor parte de la clase obrera real, su percepción de su situación y las políticas que se da para cambiarla, construyendo su propia experiencia. Al centrar la mirada en los partidos no puede explicar por qué la mayoría de los trabajadores siguió mayoritariamente una alternativa y desechó las otras. El libro lo que propone es ver las distintas alternativas, por cierto que no con un criterio clasificatorio sino distinguiéndolas con relación a lo que constituye la cuestión central: su posición respecto de la inserción en el sistema institucional. Este es un momento necesario de la investigación para poder conocer la relación entre la estrategia que se dio la mayoría de la clase obrera y las organizaciones políticas que pretendían acaudillarla.

El camino propuesto por Varela relega el papel de la relación de fuerzas objetiva y de la relación de fuerzas política en la determinación de las condiciones de un proceso revolucionario, para exagerar –y autonomizar– el papel de la voluntad. Y en eso reside el valor del comentario de Varela: poner sobre la mesa dos cuestiones, de distinta densidad teórica pero ambas importantes. La primera cuestión es la tensión entre necesidad y voluntad. En este sentido, lo que el libro afirma es que se trata de un momento de expansión capitalista en extensión, que crea mejores condiciones para el desarrollo, a partir de su experiencia de lucha previa, de una estrategia reformista de la clase obrera, conducida por las organizaciones de izquierda. No está desarrollado en el libro, porque no era el problema a investigar, que la burguesía, a diferencia de lo ocurrido en otras situaciones, encontró la manera de conducir el proceso de ciudadanización de la mayoría de la clase obrera. La segunda cuestión son los diferentes resultados a los que se arriba cuando se centra el análisis en la lucha de la clase obrera, sin reducirla a las organizaciones políticas que pretenden expresar sus intereses. En este aspecto el libro muestra la existencia de dos estrategias, una de las cuales resulta triunfante.

Queda un último punto a considerar, acerca de las “enseñanzas de la historia”. El libro sí deja enseñanzas aunque Varela prefiera no verlas: en primer lugar, y aunque parezca una obviedad no lo era en el contexto en que fue escrito, confirmamos que no existen épocas sin lucha. También mostró que en los años 30 formar parte del sistema institucional no fue la única estrategia presente en la clase obrera, como sí parece serlo hoy; claro que el hecho de que existiera esa otra estrategia no la convirtió en triunfante ni siquiera en principal. Finalmente también mostró que el movimiento orgánico –que incluye sus manifestaciones políticas y culturales– tiende a imponerse sobre el movimiento ocasional.

Pero la lección más importante que podría sacarse de esta historia es

que no hay posibilidad de triunfo de una estrategia revolucionaria que prefiera ignorar cuál es la estrategia principal o predominante de la clase obrera y el pueblo; no para hacer seguidismo sino para acompañarla en su experiencia y contribuir al desarrollo de su conciencia, generalmente reformista, y a superarla si ella se limitara a querer formar parte del sistema institucional vigente.

Diciembre de 2014

Crítica de libros

Rossana Barragán y Pilar Uriona (coords.), *Mundos del trabajo en transformación: entre lo local y lo global*, La Paz, CIDES-UMSA, 2014, 376 pp.

La publicación a la que nos abocaremos es producto de un seminario realizado en Bolivia a fines de 2012, organizado entre otros por el Instituto Internacional de Historia Social de Holanda y el Centro de Postgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés. Articulado desde la perspectiva que promueve la primera de estas instituciones, la *historia global laboral*, presenta un conjunto de trabajos que a pesar de enfocar desde diversas miradas analíticas una variedad de periodos históricos, espacios geográficos y temáticas, se encuentran en el diálogo acerca de los desafíos que plantea al quehacer historiográfico la cuestión de los juegos entre escalas de análisis y sus interconexiones.

Ya en la introducción, las coordinadoras sugieren que adentrarse al mundo del trabajo desde lecturas que entrecrucen, problematizando, lo local y lo global permitiría nuevas interpretaciones sobre el trabajo como articulador de procesos económicos, sociales, políticos o culturales, afirmando que “las interacciones que genera el trabajo abre las fronteras de la auto-referencia propias de una historia individual, local o nacional, permitiendo ver que, más que *un mundo*, el trabajo es un generador de *mundos* de relacionamiento” (p.14). Implicadas en esta afirmación, dos discusiones atraviesan el libro: la del Estado-nación como frontera para la investigación, por un lado, y la multiplicidad de formas de explotación laboral y de resistencia, por otro.

Estructurado en torno a cinco ejes temáticos, el primero ofrece tres textos de balance historiográfico y de reflexión teórico-metodológica. Marcel van der Linden presenta los lineamientos generales de lo que él considera la Historia Global del Trabajo (HGT), entendida no como una teoría sino como un área de investigación. Su texto sugiere pistas para pensar las conexiones y transformaciones en las relaciones laborales, como en lo que toca a procesos de formación y culturas de clase en una escala global. Esboza elementos nodales de su propuesta historiográfica: el nacionalismo metodológico y el eurocentrismo como obstáculos epistemológicos, y la crítica a

lo que considera conceptos estrechos de trabajo o trabajador, incapaces de dar cuenta de la enorme diversidad de relaciones laborales que coexisten hoy, como lo hicieron ayer. Por su parte, Stefano Bellucci y Rossana Barragán retoman algunos de estos planteos para presentarlos desde estudios situados espacio-temporalmente, el África Subsahariana y la Región Andina respectivamente. La problematización del vínculo capitalismo-trabajo asalariado, las borrosas fronteras entre el trabajo libre y no libre o la importancia de estudiar las cadenas productivas desde la perspectiva del trabajo, son algunos de los elementos tratados por estos investigadores, cuestionándose además la ausencia del sujeto trabajador y sus luchas entre los prolíficos estudios sobre movimientos sociales.

El segundo bloque de ponencias da cuenta de dicha heterogeneidad observando las sociedades latinoamericanas contemporáneas. Maurizio Atzeni introduce el tema de la precariedad como rasgo característico de la acumulación de capital producto de la globalización neoliberal, mientras que los artículos de Federico Porrez Padilla, Elizabeth Jiménez Zamora y Apolinar Contreras, situados en una Bolivia signada por la informalidad, plantean los límites de las conceptualizaciones dualistas, abonando así el llamado a una apertura y reconceptualización de los esquemas de análisis “clásicos” sobre trabajo. En la misma línea, un tercer bloque de estudios asume una mirada de género, en las contribuciones de Seemin Qayum y Fernanda Wanderley. Para los casos de Calcuta-India y Bolivia respectivamente, el trabajo doméstico femenino sirve para repensar las complejas imbricaciones entre clase, etnia y género, analizándose las relaciones de dominación en el ámbito privado a la vez que en sus vínculos con la esfera de lo público.

Los trabajadores migrantes latinoamericanos se convierten en el foco de los artículos que conforman el cuarto bloque. Internas o transfronterizas, la circulación de personas o de sus productos es una puerta de entrada cara a los fines de discutir el “nacionalismo metodológico”. Escritos por María Luisa Soux, Paulo Fontes y Patricia Tavares de Freitas, estos textos abordan la influencia de las migraciones en la reconfiguración del mercado de trabajo pero también en el proceso de formación de la clase obrera, analizando aspectos como la inserción laboral, los imaginarios sociales, las identidades colectivas, las redes de sociabilidad, la conflictividad intraclase o intra-inter comunitaria. Finalmente, en un quinto bloque vuelven a escena actores y temas “clásicos” como los sindicatos y partidos políticos de izquierda, las huelgas y negociaciones colectivas. Touraj Atabaki, María Ullivarri y Larissa Rosa Corrêa nos presentan diversos aspectos de los movimientos obreros de Irán, Argentina y Brasil respectivamente, coincidiendo en señalar cómo éstos moldearon tanto sus identidades de clase como el devenir de dichos países. Por otro lado, en estas historias del siglo XX también reaparece el Estado como un agente insoslayable a la hora de analizar las relaciones entre trabajo y capital.

Sin proponérselo explícitamente, a nuestro entender este libro es, por el lugar de su factura como por el espacio de análisis de la mayoría de sus

investigaciones, un libro sobre el trabajo y los trabajadores/as en América Latina. Al menos en esa clave elegimos leerlo, interpretando que la compilación marca una agenda hacia la construcción de una historia global laboral pensada desde América Latina. Tarea no menor, en un contexto fuertemente marcado por historiografías que oscilan entre grandes (y muchas veces ficticios) relatos nacionales y parcelados estudios de caso, y donde en general, las síntesis sobre el “sur global” nos han llegado desde el “norte”. En esta línea, el artículo de R. Barragán marca las asimetrías actuales en las formas de producción y circulación de conocimiento en la academia, donde a pesar del giro global existen aún textos e idiomas que pueden ser omitidos. Es, sin duda, un compromiso crítico con la HGT, donde los estados nacionales no desaparecen, tampoco el conflicto, las tensiones, ni las clases. En síntesis, un libro que apuesta a pensar las historias del trabajo nacionales junto a otras a la vez más grandes y más pequeñas y a problematizar sus engranajes, que habrá que ver cómo dialoga con nuestras propias tradiciones historiográficas. Una lectura estimulante para quienes hacemos historia del movimiento obrero en Argentina, la que si bien ha sabido renovarse críticamente incorporando nuevas temáticas, enfoques, y ampliando marcos temporales, tiene aún en gran medida al “nacionalismo metodológico” como cuenta pendiente.

Gabriela Scodeller (IIGG-UBA, Conicet)

* * *

Carlos Mignon, *Córdoba obrera. El sindicato en la fábrica, 1968-1973*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2014, 384 pp.

“Quien manda adentro manda también afuera” escribía Vittorio Foa en los primeros años de la década de 1960 en *Quaderni Rossi*, revista insignia en torno a la cual se agruparon un conjunto de intelectuales italianos que conformaron la corriente *operaísta*. La frase manifestaba el interés de ese colectivo por dotar de centralidad a la fábrica como espacio de lucha, resistencia y conflictividad derivadas de la relación dialéctica entre capital y trabajo. No casualmente Carlos Mignon en *Córdoba Obrera...* recurre a las reflexiones de este conjunto de pensadores, junto a otros como Antonio Gramsci o Harry Braverman, para reconstruir la dinámica gremial en el sitio de producción de los obreros cordobeses de FIAT e IKA-Renault entre 1968 y 1973. Esta reducción de la escala de análisis al enfocar el lugar de trabajo se realiza ligada a la reconstrucción de un contexto que incluye una recuperación de los escenarios estructurales, productivos y políticos, entre otros, para enmarcar y comprender de mejor modo el desempeño de los operarios automotrices en cuestión. Así, a través de seis capítulos, además de la introducción, la conclusión y un anexo documental, el autor edifica el itinerario del proletariado fabril que formó parte de la emblemática

experiencia integrada por el Sitrac (Sindicato de Trabajadores de Concord) y del Sitram (Sindicato de Trabajadores de Materfer) en aquellos años de ascenso de la lucha popular en los cuales los cuestionamientos desbordaron el mero enfrentamiento con la dictadura de la autodenominada “Revolución Argentina” y alcanzaron hasta los cimientos mismos del sistema pasando por la refutación a la burocracia sindical.

En el primer capítulo se aborda el proceso local de crecimiento industrial acelerado, basado prioritariamente en la rama metalmeccánica, y su repercusión en la configuración demográfica que estuvo dada por un robusto flujo migratorio que denotó una fuerza de trabajo concentrada mayormente masculina, joven y no calificada. Además, allí se repasan las políticas de racionalización productiva de las empresas automotrices que habilitaron dicho fenómeno de descalificación que se completa en el capítulo siguiente con un análisis del proceso de trabajo. Esto, entre otros méritos, colabora en anudar el proceso de conflictividad en Córdoba con otros ocurridos para la misma época en países como Italia o Francia y oponerse a las tesis que hicieron eje en la caracterización de la estructura social provincial emparentándola a una “economía de enclave” y más tendiente, por ello, a la resolución de conflictos por vías no institucionales. En tanto, el capítulo tres se ocupa del desarrollo histórico del modelo sindical argentino y construye un tándem con el apartado posterior que escudriña los avatares que posibilitaron la aparición del clasismo y su correlato en el nivel nacional, local y en las plantas fabriles. Estos primeros cuatro apartados se revelan importantes para la comprensión estructural e histórica del proceso y, al mismo tiempo, actúan como una suerte de preludio para los dos últimos en donde la investigación gana fuerza, el relato se acelera y el sujeto social se sustancia.

El capítulo cinco, entonces, nos narra el desarrollo de las “huelgas salvajes” durante 1970 y 1971: “Se trataba de huelgas espontáneas, que reivindicaban el aumento salarial o se declaraban contra las condiciones laborales y se llevaban a cabo dentro del espacio de trabajo bajo modalidades particularmente duras y organizadas por fuera del control sindical” (p. 167). Con diferentes métodos, pero siempre con la intención de generar el mayor daño posible a la producción, el Sitrac y el Sitram protagonizaron numerosos sucesos de esta índole que tensionaron las relaciones con la patronal pero también, y no en menor medida, con el Estado y la burocracia peronista. La escalada de confrontaciones, en el que el pulso estuvo marcado por la radicalidad organizativa de las bases, a la que por momentos el autor pareciera dotar de una caracterización excesiva de espontaneidad, integradas por aquellos jóvenes no calificados, muestra la esencia del tiempo transcurrido en los años posteriores al Cordobazo y que desembocaron en un segundo levantamiento popular conocido como Viborazo. Alrededor de estas últimas jornadas es que se inaugura una descripción de la influencia de las corrientes políticas de izquierda (Partido Comunista, Partido Revolucionario de los Trabajadores, Partido Comunista Revolucionario, Política

Obrera, entre otros) y de Montoneros. Esta tendencia se profundiza en el sexto capítulo cuando se aborda concienzudamente las vertientes políticas con presencia e influencia en ese proletariado y se repasan las particularidades (propuestas, programas, tácticas, etc.) de cada una de ellas otorgando al lector un sólido panorama. Dos elementos merecen ser mencionados al respecto: el primero, es que esta explicación contradice la mirada de uno de los grandes especialistas del período, James Brennan, la cual sostenía que la dinámica del clasismo como fenómeno político se habría desarrollado en escasa relación a las organizaciones partidarias, en particular con posterioridad a partir de 1971; en segundo lugar, el enfoque que nuestro autor introduce acerca de la izquierda podría considerarse que aparece de modo más bien tardío, aunque muy rico, y en tenue relación con las prácticas de militancia históricas, incluso fabril, de esas tradiciones revolucionarias.

El libro, consecuencia de la tesis doctoral del autor, tiene un destacable caudal de fuentes y una profusa bibliografía que incorpora investigaciones internacionales y da cuenta de lo producido en la actualidad, junto a los clásicos. Esto impacta de lleno en la rigurosidad del texto que, si bien posee todos los requisitos del ámbito académico, presenta una escritura accesible que lo acerca a un público más amplio que pretenda conocer más acabadamente el proceso del clasismo en las fábricas, pero también más allá de ellas.

En resumen, *Córdoba obrera...* permite reconstruir la experiencia de una porción de la clase obrera argentina y registrar las tensiones en diferentes niveles: a través de las transformaciones en la composición del proletariado, las racionalizaciones productivistas de la burguesía automotriz, las relaciones de fuerza al interior de la fábrica, las contradicciones entre las bases y las dirigencias, la influencia de las corrientes políticas, las segmentaciones internas de los trabajadores, entre otros valores registrables. Todo esto tamizado por un contexto de crisis del capitalismo y de las estructuras tradicionales del sindicalismo argentino que habilitaron el surgimiento de nuevas prácticas gremiales y políticas con perspectivas estratégicas que coadyuvaron a generar el escenario de radicalización diagramado hacia fines de los años 60 e inicios de los 70 en la Argentina.

Diego Ceruso (UBA)

* * *

Gustavo Dorado, Lucas González y Oscar Spadari, *Entre bibliotecas y andamios. Orígenes del movimiento obrero en Mar del Plata (1890-1930)*, Mar del Plata, Suárez, 2013, 176 p.

Quienes se sumerjan en las páginas del libro aquí reseñado conocerán los pormenores del mundo obrero marplatense desde sus circunstancias iniciales de fines del siglo XIX hasta las vísperas del derrocamiento de Yrigoyen, tramo histórico que al momento de aparición de esta obra era

desconocido para la historia local. De esta forma los autores saldan una deuda que la historiografía obrera mantenía con el período formativo de la clase obrera en la ciudad de Mar del Plata, y lo realizan respondiendo a los interrogantes de Bertolt Brecht.

En una primera estación, previo estado del arte y presentación de la morfología de la ciudad en construcción, se presenta el universo de las corrientes ideológicas de izquierda, aunque no se desconoce la activación de otras corrientes, como la católica con sus Círculos Obreros o los activistas vinculados a la UCR. Así los historiadores nos presentan la paleta de colores ideológicos que nos acompañarán durante todo nuestro recorrido por los sucesivos capítulos. La primera en despuntar es la anarquista, seguida de cerca por la socialista, luego se suma el sindicalismo revolucionario y más tarde lo hace el comunismo. Los autores no se conforman con presentar sus modulaciones programáticas sino que se adentran en las prácticas a ras del suelo que desembocan en la fundación de diversas instituciones obreras, como bibliotecas y sindicatos, prensa gremial, teatros, entre otras. También ponen en evidencia cómo, si bien estas corrientes pudieron convivir, en no pocas ocasiones se trenzaron en hondas reyertas, siendo una de las más ilustrativas la relativa a los actos del 1° de mayo.

Como en cualquier ciudad, pero con mayor grado de crudeza por su doble carácter de ciudad turística y portuaria, Mar del Plata se encontraba escindida y articulada por un clivaje de clase que se plasma en una dislocación urbana, dando lugar a la emergencia de dos ciudades: la de las élites y la de los pobres. Estas múltiples tensiones son presentadas por los autores como un zócalo común a toda su narración. Asimismo ilustran cómo dichas tensiones se plasman en la prensa local, representada en este caso por el tándem *La Capital* y *El Trabajo*, que lejos de concebirse como una fuente de información para futuros historiadores se sabía un actor político más.

Las estaciones siguientes son la de los distintos conflictos obrero-patronales desplegados en aquel período. Aquí, sin desaparecer las tensiones en el seno del mundo obrero, gana la escena la confrontación con la patronal por mejores condiciones de trabajo y vida para la familia obrera, así como por el poder y control en los lugares de trabajo y el reconocimiento de la organización sindical por parte de la patronal. Este particular ángulo analítico no escatima en contextualizaciones y pinceladas de trayectorias personales que realzan la complejidad del relato de lo sucedido y vivido por los protagonistas de estos eventos en la ciudad costera. Mejor aún, esta perspectiva habilita para los autores la posibilidad de perfilar la emergencia de una contracultura obrera enfrentada a la cultura de la elite, esto sin negar la presencia de zonas culturales de solapamiento. También permite inmiscuirse en las tensiones entre las direcciones gremiales izquierdistas y la masa obrera. Un ejemplo de estas últimas fue la falta de eco en las diatribas izquierdistas contra la asistencia de los obreros a las riñas de gallo, la ruleta, el hipódromo, el carnaval...

En el orejejo, asoma la huelga de 1888 relatada por Marotta en su

monumental obra sobre la historia del movimiento obrero argentino. Los historiadores encuentran que una década más tarde los albañiles inician un movimiento huelguístico contra la patronal en reclamo de reducción de la jornada de trabajo a 8 horas. Seguidamente se detienen en los sucesos del Centenario y la huelga de 1911 declarada por los obreros que trabajaban en el entubamiento del arroyo Las Chacras, que devino en una huelga general de solidaridad. Un lugar destacado le dedican a los sucesos de la semana trágica en Mar del Plata. En esta parada los autores contrastan los sucesos con la visión que de los mismos tenía la clase dominante. También prestan su debida atención al amplio despliegue represivo contra los obreros en huelga. Parte de las razones que explican la inusitada respuesta represiva –sostienen los autores– se debe el terror que había inundado las conciencias de las clases dominantes tras los hechos de octubre de 1917 en Rusia.

La novedad de esta nueva estación estaba dada por el arribo del Partido Socialista al ejecutivo municipal. Este era un condimento más a los que habitualmente ya sazonaban la conflictividad obrero-patronal en la ciudad-puerto. De la constelación de conflictos existentes bajo la intendencia del socialista Bronzini los autores eligen detenerse en conflictos protagonizados por obreros de la construcción y por obreros panaderos, cuya repercusión excedió las fronteras de dichos gremios. Aquí el relato se detiene en los distintos pliegues y rugosidades que comprende el proceso de lucha obrera, en una medida justa y sin abusar de lo anecdótico. Este guión se replica para la huelga de carpinteros de 1926, ahora bajo la intendencia de otro socialista, Juan Fava. Las peculiaridades de este conflicto las aportan su extensión temporal, siendo una de las más largas de la historia obrera de la ciudad, y el rol que jugó el intendente, dueño de una empresa del ramo en conflicto. El movimiento de protesta culmina con una derrota obrera y con la renuncia de Fava a la intendencia y al Partido Socialista. Estas complejidades ilustran las dificultades que el socialismo en el poder tuvo para plasmar su hegemonía en los principales gremios obreros de la ciudad.

La última estación es ocupada nuevamente por un conflicto protagonizado por los obreros de la construcción. El episodio se remonta al año 1929 y sus aristas incluyeron, aparte del conflicto obrero-patronal, rispideces al interior de campo empresario y en el seno del mundo obrero, entre anarquistas y comunistas. También se destaca por inscribirse en un intento, impulsado por los activistas comunistas, de organización sindical por rama de actividad. Este intento se vio plasmado con la creación del Sindicato Único de los Obreros de la Construcción. Asimismo, como parte de un contexto diferenciado del período 1899-1919, el ciclo de lucha obrera en el cual se vio inserto este evento es caracterizado por los autores como de mayor legitimidad social de las protestas laborales y de mayor intervención laboral del estado a través del novel Departamento Provincial del Trabajo. Así, la lucha obrera provocó la democratización de la ciudad. Esto en el marco de una estructura económica similar a la del período anterior (1899-1919),

dominada por establecimientos pequeños y medianos carente en su gran mayoría de tecnificación.

Toda esta labor reseñada fue alimentada con una balanceada mezcla de fuentes primarias, siempre escasas. No faltaron las ya clásicas y obligadas referencias a la prensa comercial, gremial y política. Tampoco estuvieron ausentes las memorias y otras publicaciones de la época. Con todo, las fuentes más disruptivas y sugerentes para investigaciones como éstas son los expedientes del Juzgado de Paz, la correspondencia sindical y las entrevistas.

Un aspecto que me interesa destacar es la perspectiva analítica desde la cual se realizó toda esta minuciosa investigación. Los autores explícitamente se alinean con la tradición historiográfica británica de la historia local desde abajo, de raigambre popular y marxista, con una fuerte impronta militante y de divulgación. Esta perspectiva, junto a la laboriosa pesquisa realizada, implicaron cerca de dos décadas de maduración, iniciadas en el marco de las luchas estudiantiles contra las políticas neoliberales de los 90, y continuada en las aulas de la escuela marplatenses en donde los autores se desempeñan como docentes y militantes.

Desde ahora quienes se interesan por entender la formación de la ciudad y, particularmente, de aquellos y aquellas que la construyeron, cuentan con una obra de inestimable valor, que no solo aporta a la historia local sino que presenta claves interpretativas generales.

Agustín Nieto (UNMdP, Conicet)

* * *

Miranda Lida, *Monseñor Miguel De Andrea. Obispo y hombre de mundo (1877-1960)*, Buenos Aires, Edhasa, 2013, 272 pp.

La figura de monseñor Miguel De Andrea debiera ser, junto a las del padre Federico Grote y monseñor Gustavo Franceschi, una conocida referencia del catolicismo social para los estudiosos del movimiento obrero. Su temprana colaboración en los Círculos de Obreros católicos; su encendida prédica antisocialista advertida y replicada por *La Vanguardia*; su participación en la fundación de la Liga Patriótica Argentina; su labor de agremiación femenina a través de la Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas (FACE); su interpelación al estado como “árbitro” y mediador en los conflictos entre capital y trabajo a través de un intenso diálogo con el Departamento Nacional del Trabajo (DNT) en los años 30; su arenga anticomunista; su encendida defensa de la libertad de agremiación (católica) durante el peronismo; no son sino los aspectos más destacados de una vida dedicada en buena medida –pero no solamente– a intervenir sobre el movimiento obrero para su mejora material, buscando la conciliación de clases para atemperar el conflicto social.

Por todo esto es que la biografía de monseñor De Andrea, elaborada con

destacable erudición por Miranda Lida, puede revestir un innegable interés para aquellos especialistas en el movimiento obrero (sobre todo de la ciudad de Buenos Aires) que se hayan topado en el transcurso de sus investigaciones con De Andrea y la labor obrera del catolicismo. El objetivo del libro de Lida (Doctora en Historia e investigadora del Conicet especializada en historia social, cultural y política del catolicismo argentino de la primera mitad del siglo XX) excede no obstante la acción social de De Andrea. El género biográfico la lleva a explorar los aspectos más diversos y paradójicos de la vida de un obispo que cobró relevancia no tanto por sus ideas o doctrinas –que sin particular originalidad se nutrieron simultáneamente de distintas y en ocasiones contradictorias ideas circulantes en el catolicismo de la época–, sino por su acción y relevancia social y política. Este carácter público de la obra de De Andrea lleva a Lida a denominarlo un “hombre de mundo”.

Gracias a su capacidad para moverse y urdir vínculos en distintos ámbitos y círculos –desde las mujeres de la más alta “aristocracia” porteña o las autoridades eclesiásticas en Roma, hasta las empleadas de los comercios zonales–; para adaptar su discurso según el auditorio; para entablar relaciones con los gobiernos de turno sin asociarse a ninguno en particular; en fin, por esta “habilidad” la figura de De Andrea cobró una relevancia pública que trascendió con mucho su lugar en la iglesia local. Sin embargo, su evidente intención de agradar a los sectores de poder en una búsqueda poco disimulada de ascenso en la jerarquía redundaría en el conflicto por su fallido arzobispado (1923) que truncó su hasta entonces meteórica carrera. Se dedicaría entonces a reconstruir su lugar en la sociedad argentina a través de su liderazgo de la FACE.

La labor “popular” del obispo había comenzado tempranamente. En 1912 fue designado director espiritual de los Círculos de Obreros en reemplazo de Grote, cargo que ejercería hasta 1918. En 1916, por los avatares de la guerra y los cambios políticos, impulsaría fuertemente el reclutamiento y la movilización de socios, daría incontables conferencias propagandísticas en las sedes barriales y promovería las “conferencias populares” en las que, en un movimiento de “ir al pueblo”, los oradores católicos improvisarían tribunas en las esquinas de los barrios obreros generando no pocos incidentes con socialistas e incluso con otros católicos. En 1917 fundó la Federación Profesional Argentina (organización obrera por rama de actividad) para combatir la huelga general “tiránica”, y con este espíritu organizó asimismo la Gran Colecta Nacional de 1919.

También en 1912 fue designado párroco de San Miguel Arcángel en San Nicolás, ciudad de Buenos Aires, una zona muy comercial de escasa población estable. Dadas las características de su parroquia, De Andrea iniciaría desde allí una labor de agremiación femenina entre las empleadas de las grandes tiendas comerciales zonales como Harrods, Bonafide y Gath y Chaves. Pronto el reclutamiento se amplió a otros comercios, a las empleadas de servicios, enfermeras, de correo, telefonistas, etc., con las que conformaría en 1923 la FACE incorporando los sindicatos católicos feme-

ninos de La Cruz (fosforeras) y La Aguja (costureras). Con esta institución de carácter federativo (agrupaba empleadas según lugar de trabajo) que dirigió por casi 40 años hasta su muerte en 1960, difundió una identidad comunitaria de tipo asociativo y recreativo. En sintonía con el asociacionismo obrero católico, no promovía una identificación sindical ni clasista. En cambio, se organizaban festejos literarios y musicales, proyecciones y se celebraban el “Día de la Empleada” y el “Día de la Enfermera” con vistosas y masivas procesiones callejeras. Son de destacar las obras de socorro mutuo para las socias, que llegaron a ser 14.500 en 1935: comedores populares, la Casa de la Empleada (inaugurada en 1932, incluía una capilla, oficinas, consultorios médicos, biblioteca, un salón social y residencias), turismo y casas de veraneo.

Los años 30 veían florecer a la FACE, mientras De Andrea se convertía en interlocutor del DNT promoviendo campañas como la mejora salarial para las costureras, participando en la elaboración del estatuto de los bancarios y trabajadores a domicilio, y mediando en los conflictos de los obreros de la construcción y la carne. Esto permite entender su conflicto con Perón desde el carácter competitivo de la obra social peronista (que llegó incluso a apropiarse de las ideas de “justicia social”) respecto del accionar católico. Esto conllevó cierta decadencia de la FACE y una escasa visibilidad pública de Monseñor en estos años. El sacerdote aparece en esta interpretación como un “antecesor” moderado del peronismo.

Organizado cronológicamente en 11 capítulos (1 a 3 y 5 dedicados a su ascenso y frustrada candidatura al arzobispado, 4 y 6 a 8 al crecimiento exponencial de la FACE y 9 a 11 a su “viaje” al catolicismo liberal antiperonista), el libro de Lida consigue con éxito discutir las interpretaciones lineales de De Andrea. Estas han pretendido enmarcarlo sin más, ya sea con el catolicismo liberal (al que se acercó según la autora recién durante la Segunda Guerra Mundial), o al catolicismo social. Lida muestra que De Andrea congenió y alternó entre estas posturas a simple vista contradictorias. Invariables en su doctrina fueron su anticomunismo y antisocialismo, aspectos solapados en el libro, en el que se destaca por el contrario su confluencia por reclamos puntuales con estos sectores (como excepción, no como norma).

El cuidado relato de Lida, que roza no obstante en ocasiones el tono justificatorio minimizando ciertas posturas al menos discutibles de De Andrea (caracterizado como “paladín del catolicismo liberal” [p. 207] aun cuando apoyó y se vinculó con gobiernos militares represivos como el de Aramburu y la “Revolución Libertadora”, con la España franquista, con la Italia fascista y viajó por invitación a la Alemania nazi), nos lleva finalmente a la imagen de un hombre que trató de tender puentes, y lo hizo con relativo éxito, con los más diversos sectores sociales, logrando que su imagen trascendiera. Aunque fue acusado por sus detractores alternativamente de oligarca, izquierdista, arribista y malversador de fondos, Lida considera no obstante que De Andrea prevaleció por sobre estas acusaciones y ganó renombre en la sociedad argentina gracias a su labor a cargo de la FACE, que “lo hizo

amigable a los más amplios sectores sociales y le permitió dejar atrás los episodios más polémicos, incluso turbios, de su vida” (p. 266).

El libro de Lida, más allá de retratar la vida de De Andrea, nos obliga a prestar una mayor atención a la labor del catolicismo social dentro del movimiento obrero. Una tarea que ameritaría ulteriores investigaciones, desde una óptica ya no puesta en el catolicismo, sino pensada desde sus efectos e intervenciones sobre el desarrollo del movimiento obrero y las izquierdas. Ello permitiría incluso, tal vez, repensar a De Andrea como obispo “popular”, iluminando otras facetas de su persona que son soslayadas por Lida, como su fuerte carácter anticomunista, sus ataques al socialismo, su papel al frente de los Círculos de Obreros (conocidos proveedores de esquirols en contextos huelguísticos) o en la Liga Patriótica Argentina.

Ludmila Scheinkman (UBA-Conicet)

* * *

Owen Jones, *Chavs. La demonización de la clase obrera*, Capitan Swing, España, 2013.

Chavs es un libro peculiar. No es una investigación periodística, aunque su autor ejerce ese oficio. No es un trabajo académico, aunque la inquietud que lo mueve y la insistencia con que desmembra su objeto son dignos de las mejores preguntas sociológicas. Es un ensayo de divulgación, basado en distintos tipos de documentos (informes gubernamentales, entrevistas realizadas por el autor, trabajos académicos y fuentes periodísticas), sobre la operación de demonización de la clase obrera en Inglaterra bajo el neoliberalismo, sus bases en la lucha de clases y sus principales responsables: los políticos y periodistas empeñados en establecer como nueva ley social post thatcherista una suerte de meritocracia de la clase media.

Disparado por una conversación entre jóvenes progresistas, cultos, universitarios, respetuosos de toda diversidad (excepto la de clase), este libro se origina en la siguiente pregunta: ¿cómo se volvió tan legítimo el desprecio de la clase media hacia los “chavs”? La respuesta se despliega en un libro de 10 capítulos y que va tomando distintas dimensiones para explicar por qué el sector más empobrecido de los trabajadores ingleses: el precariado, mayormente compuesto por jóvenes que trabajan en los *call center*, limpian oficinas, atienden cajas de supermercado, reparten pizza, son vistos con desprecio y culpabilizados de su propia situación, incluso por los sectores que se consideran progresistas.

Escrito por un Owen Jones de apenas 25 años, su primera edición en Inglés es de 2010 (editorial Verso). Esa fecha es significativa porque el libro fue escrito antes de las protestas estudiantiles en Inglaterra por la triplificación de la matrícula universitaria y antes también de las huelgas contra el ajuste que se desatan en 2011. En ese sentido, con su denuncia de una

demonización largamente construida como “burla del conquistador” (p. 297), Chavs se adelanta al ingreso de Inglaterra en la ola de protestas de los “conquistados”, protestas que combinan a los llamados “jóvenes sin futuro” con los trabajadores sindicalizados (como las huelgas generales en Grecia de 2010, los indignados de España y el movimiento Occupy de Estados Unidos, incluso las manifestaciones en el Brasil de 2013).

Con una estructura expositiva algo desordenada (que redundante en la repetición), el libro elige una serie de blancos sobre los que disparar para desandar el proceso de construcción del desprecio a los “chavs” y de su par complementario, el ideal de ser “clase media” como grupo al que pertenecen los que tienen mérito para ello.

Entre esos blancos, uno de los más destacados, son los medios masivos de comunicación y, particularmente, los periodistas. El libro empieza con el análisis del distinto tratamiento televisivo que tuvo el secuestro de una niña de clase media y el de una niña perteneciente a los barrios de viviendas municipales. La comparación de la permanencia de la noticia en los medios, de la caracterización de ambas madres, de las hipótesis (fácilmente transformadas en pruebas) de la relación entre el “entorno” y el propio secuestro, la utilización del desenlace para la estigmatización de toda la comunidad (y con ella, de toda la clase obrera) resulta abrumadora. Más adelante, la mirada es puesta en los programas de ficción. Allí el autor rastrea el comienzo de la configuración de la clase obrera como gente vaga, sin ambición, dejada, aprovechadora de la ayuda estatal. Y establece como uno de los hitos de esa caracterización la aparición de los personajes de ficción *Wayne y Wanetta Slob* en 1990. Más cercano en el tiempo, toma el ejemplo de la serie *White* (2007) que termina caricaturizando a los trabajadores blancos como racistas y votantes del BNP (Partido Nacional Británico, de extrema derecha), amenazados por la inmigración masiva; o el personaje de Vicky Pollard en *Little Britain*, “presentada como una grotesca madre soltera adolescente de clase trabajadora, promiscua, incapaz de hilar una frase y con muy serios problemas de actitud. En un *sketch* cambia a su bebé por un CD de West-life. En otro, cuando le recuerdan que se lleve el bebé a casa, replica: ‘Oh, no, está bien, puedes quedártelo. Total, tengo muchos más’” (p. 156); o la familia Gallagher en *Shameless*, cuya trama sucede en un ficticio barrio de protección oficial de Chatsworth, en Manchester.

Pero quizás, una de las descripciones más sorprendentes es la de la aparición en 2003 de una página web “ChavScum” (escoria chav) con una bajada que decía “La subclase de palurdos británicos que están invadiendo nuestros pueblos y ciudades”; o de *El pequeño libro de los chavs* de Lee Bok que tuvo 8 reimpressiones (al menos eso consignaron sus editores), y de su secuela *Guía chav para la vida*, o *Chav: guía de uso para la nueva clase dirigente británica*. Todas publicaciones que van desde denostar de todas las formas posibles a los chavs hasta preguntarse qué hacer con ellos.

Jones establece en 2004 el año en que el odio a los chavs se naturalizó en la prensa mayoritaria con chistes en el Daily Mail como: “En qué se

diferencia una chavette del duque de York? Pues en que el Duque de York solo tenía 10.000 hombres” (p. 140). La sexualidad, alimentación, forma de vestirse, el supuesto alcoholismo (aunque las cifras de las investigaciones dieran a la clase media como el sector más bebedor de Inglaterra), los modales, pasaron a ser objetos de burla legitimados.

Esta demonización que reconstruye en los medios es contrapuesta en el libro a tres fenómenos que constituyen sus pilares materiales. El primero, las contrarreformas neoliberales de Thatcher y sus consecuencias en la destrucción de las condiciones de trabajo y de vida de la clase obrera inglesa (y con ellas, la destrucción de su prestigio). En este aspecto resulta muy interesante el eje puesto en la política de vivienda desde 1979 (con la “ley del derecho a compra”) en adelante y cómo el deterioro continuo de la política de viviendas de alquiler subsidiadas por el Estado redundó en una guetificación de las comunidades obreras hoy sindicadas como geografía de todos los males. El segundo, la destrucción de los sindicatos en que describe una triple estrategia gubernamental consistente en un ataque directo a la organización sindical en el Estado, una serie de prerrogativas a los empresarios en el sector privado (de modo de constituir un ataque indirecto) y la altísima tasa de desempleo como disciplinador general. Esa estrategia explica el pasaje de un 50% de trabajadores sindicalizados en 1979 a cerca del 33% en la actualidad. El tercero, el cambio de política del “nuevo laborismo” que podría resumirse en la frase de Tony Blair: “La nueva gran Bretaña es una meritocracia. Si el nuevo laborismo tuviera religión seguramente sería la meritocracia” (p. 120). Jones describe la adopción, por la inmensa mayoría de los laboristas, del discurso de entronización de las clases medias y su consecuente negación de la desigualdad como desigualdad de clase, y el cambio de terminología hacia el discurso de la exclusión social como cambio en la responsabilidad de la situación social. Dice: “La clase es algo que me viene *dado*. La exclusión es algo que me *sucede* y en lo que de alguna manera soy un agente” (p. 124). Analiza así la meritocracia (eje del discurso laborista) como algo que “acaba convirtiéndose en una sanción oficial de las desigualdades existentes, redefiniéndolas como merecidas” (p. 121).

Recorriendo el conjunto del libro puede percibirse una nostalgia que será también el mayor límite del libro: la nostalgia por el viejo laborismo. En su recurrente mistificación de la clase obrera de posguerra y de sus instituciones (los sindicatos) se pierde la posibilidad de la pregunta acerca de cuáles fueron las causas del giro económico y socio-político que comienza con Thatcher y continúa con el nuevo laborismo. De este modo, una descripción inteligente (e indignante) pareciera, por momentos, que atribuye la demonización a un odio de clase que, sin duda existente, no se explica por sí mismo.

Paula Varela (UBA, Conicet)

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

N° 3

Dossier: “Ideas y compromiso político: intelectuales e izquierda en la Argentina”: • Milcíades Peña, por *Hernán Camarero* • Dardo Cúneo, por *Carlos M. Herrera* • Ernesto Laclau, por *Omar Acha*

Artículos: • La crítica del sindicalismo revolucionario argentino al parlamentarismo, por *Alejandro Belkin* • La represión política a los anarquistas en los años 30 en Río Negro, por *Graciela N. Suárez*

Intervenciones: Los orígenes del peronismo y la tarea del historiador, por *Daniel James*

Perfiles: • Ricardo Falcón, por *Lucas Poy*

N° 4

Dossier: “Del Cordobazo al clasismo: protesta obrera y alternativas culturales”: • La protesta obrera en el cine, por *Mariano Mestman* • Militancia fabril del PRT-La Verdad, por *Martín Mangiantini* • Dos revistas culturales frente al Cordobazo, por *Adrián Celentano* • Huelgas salvajes en Córdoba y el surgimiento del Sitrac, por *Carlos Mignon*

Artículos: • La represión al comunismo durante el gobierno de Justo, por *Mercedes López Cantera* • Del sindicato a la central obrera en Tucumán en los años 30, por *María Ullivarri*

Perfiles: • Pierre Broué, por *Alicia Rojo*

N° 5

Dossier: “La deriva del Partido Comunista argentino: de la revolución a la colaboración de clases”: • El PC frente al peronismo, por *Silvana Staltari* • El planteo de Frente Democrático Nacional, por *Hernán Camarero* • La crisis del PC en los 80, por *Natalia Casola* • Los emisarios de la Comintern en los años 20, por *Victor y Lazar Jeifets* • La fracción “chispista” y la Comintern, por *Víctor A. Piemonte*.

Artículos: • Qué son los sindicatos en la teoría marxista, por *Agustín Santella* • La gran huelga azucarera de 1949, por *Esteban Piliponsky*

Entrevista: • Diálogo con Pelai Pagès, por *Clara Marticorena y Matías Eskenazi*

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y

número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre paréntesis, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta.

Ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H. M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.